



delirium

IMAGINA UN MUNDO SIN SENTIMIENTOS

LAUREN OLIVER 



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Siempre me han dicho que el amor es una enfermedad, y que he de curarme para vivir feliz y en calma. Siempre los he creído. Hasta ahora. Ahora todo ha cambiado. Ahora prefiero estar enferma durante una fracción de segundo, que vivir cien años ahogada por una mentira.

Una vida sin amor es una vida sin sufrimiento: segura, medida, predecible y feliz. Por eso cuando los habitantes de esta ciudad del siglo XXII cumplen los 18 años, se someten a la intervención, que consiste en la extracción de la parte del cerebro que controla las emociones. Lena espera ese momento con impaciencia, hasta que un día se enamora...

L≡LIBROS

Lauren Oliver

Delirium

Trilogía Delirium - 1

Para todos aquellos
que me han contagiado
los *deliria nervosa de amor* en el pasado,
y a sabéis quiénes sois.

Para todos aquellos
que me infectarán en el futuro,
estoy deseando saber quiénes sois.

A ambos grupos, gracias.

Las enfermedades más peligrosas son aquellas que nos hacen creer que estamos sanos.

Proverbio 42, *Manual de FSS*

Hace sesenta y cuatro años que el Presidente y el Consorcio clasificaron el amor como enfermedad, y hace cuarenta y tres que los científicos encontraron una forma de curarlo. A todos los otros miembros de mi familia ya se les ha efectuado la intervención. Mi hermana mayor, Rachel, lleva nueve años libre de la enfermedad. Ha vivido tanto tiempo a salvo del amor que dice que ya ni siquiera se acuerda de los síntomas. Yo tengo cita para mi operación dentro de noventa y cinco días; exactamente, el 3 de septiembre. Es mi cumpleaños.

A mucha gente le da miedo la intervención. Algunas personas incluso se resisten. Yo no tengo miedo. Estoy impaciente. Me la haría mañana mismo si pudiera, pero hay que tener dieciocho años, a veces algo más, para que los científicos te curen. Si no, pueden quedarte secuelas. La gente termina con lesiones cerebrales, parálisis parcial, ceguera o cosas peores.

No me gusta pensar que ando por ahí con la enfermedad en la sangre. A veces juraría que puedo sentirla retorciéndose en mis venas, contaminándome, como leche agria. Me siento sucia. Me recuerda a los niños con rabietas. Me recuerda a las chicas que se resisten, que se aferran a la acera con las uñas, se tiran del pelo y lanzan espumarajos por la boca.

Y, por supuesto, me recuerda a mi madre.

Después de la operación, seré feliz y estaré a salvo para siempre. Es lo que dice todo el mundo: los científicos y mi hermana y la tía Carol. Después de la intervención, los evaluadores me emparejarán con un chico. Dentro de unos años, nos casaremos. Últimamente he empezado a soñar con mi boda. Estoy bajo un toldo blanco, con flores en el pelo. Voy de la mano de alguien, pero cuando me vuelvo para mirarlo, su cara se vuelve borrosa, es como una cámara que se desenfoca y me impide distinguir sus rasgos. Pero sus manos están frescas y secas, y el corazón me late de forma regular en el pecho; y en el sueño sé que siempre latirá con ese mismo ritmo, que no va a acelerarse, dar un vuelco, brincar ni hacer cabriolas, que simplemente seguirá con su tic-tac-tic-tac hasta que me muera.

Estaré a salvo y libre de dolor.

Las cosas no siempre han ido tan bien. En la escuela hemos aprendido que

hace muchos años, en los tiempos oscuros, la gente no era consciente de que el amor era una enfermedad letal. Durante bastante tiempo, incluso lo vieron como algo bueno, algo que había que buscar y celebrar. Evidentemente, esa es una de las razones por las que resulta tan peligroso. «Afecta a la mente hasta tal punto que impide pensar con claridad o tomar decisiones racionales sobre el propio bienestar». Este es el síntoma número doce, como indica la sección dedicada a *los deliria nervosa de amor* de la duodécima edición del *Manual de felicidad, salud y seguridad*, o *Manual de FSS*, como solemos llamarlo. Sin embargo, la gente de aquella época daba nombres a otras dolencias —estrés, infarto, ansiedad. Depresión, hipertensión, insomnio, trastorno bipolar— sin darse cuenta de que estas enfermedades no eran más que síntomas relacionados, en la mayoría de los casos, con los efectos de los *deliria nervosa de amor*.

No es que en Estados Unidos estemos ya totalmente libres de los efectos de los *deliria*. Hasta que se perfeccione el tratamiento, hasta que se consiga hacerlo seguro para los menores de dieciocho años, no estaremos protegidos por completo. Este mal seguirá reptando entre nosotros con tentáculos invisibles, asfixiándonos. He visto muchísimos incurados que tuvieron que ser llevados a rastras a la intervención, tan atormentados por la enfermedad del amor que preferían sacarse los ojos antes que vivir sin él.

Hace varios años, en el día de su operación, una chica consiguió librarse de sus ataduras y llegó hasta la azotea del laboratorio. Se lanzó al vacío inmediatamente, sin gritar. Durante los días siguientes, mostraron en televisión el rostro de la muchacha muerta para recordar a todo el mundo los peligros de los *deliria*. Tenía los ojos abiertos y el cuello torcido en un ángulo extraño, pero por la forma en que su mejilla reposaba en el suelo de cemento, se podría pensar que se había tumbado a dormir la siesta. Curiosamente, había muy poca sangre, apenas un hilillo oscuro en la comisura de los labios.

Noventa y cinco días más y estaré a salvo. Estoy nerviosa, claro. Me pregunto si la intervención dolerá. Quiero que pase ya. Me cuesta tener paciencia. Es difícil no tener miedo estando aún incurada, aunque lo cierto es que, por el momento, los *deliria* no me han tocado. Aun así, me preocupo. Dicen que en los viejos tiempos el amor llevaba a la gente a la locura. El *Manual de FSS* también cuenta historias de personas que murieron por un amor perdido o por uno que nunca llegaron a encontrar, que es lo que más pánico me da.

La más mortal de todas las cosas mortales. Te mata tanto cuando la tienes como cuando no la tienes.

Debemos estar continuamente en guardia contra la enfermedad; la salud de nuestra nación, de nuestro pueblo, de nuestras familias, de nuestras mentes depende de una vigilancia constante.

«Medidas básicas de salud», *Manual de FSS* (12.^a edición)

El olor de las naranjas siempre me ha recordado a los funerales. Es ese olor lo que me despierta la mañana de mi evaluación. Miro el reloj de la mesilla de noche. Son las seis.

La luz es gris, pero los rayos del sol se van insinuando en las paredes del cuarto que comparto con las dos hijas de mi prima Marcia. Gracie, la pequeña, está acurrucada encima de su camita, ya vestida, y me mira. Tiene una naranja entera en la mano. Intenta darle un mordisco, como si fuera una manzana, con sus dienteitos de niña. Se me revuelve el estómago y tengo que cerrar los ojos otra vez para no recordar aquel vestido áspero y sofocante que me obligaron a llevar cuando murió mi madre; para no recordar los murmullos, o esa mano ruda y grande que me pasaba una naranja tras otra para que me estuviera tranquila. En el funeral me comí cuatro, gajo a gajo, y cuando ya solo me quedaban las cáscaras en el regazo, empecé a chuparlas. El sabor amargo de la parte blanca me ayudaba a contener las lágrimas.

Abro los ojos y Gracie se inclina hacia delante, con el brazo extendido y la naranja en la mano.

—No, Gracie —digo mientras aparto la ropa de cama y me pongo de pie. El estómago se me aprieta y se me afloja como un puño—. Y la cáscara no se come, ¿eh?

Ella me sigue mirando, parpadeando con sus grandes ojos grises, sin decir nada. Yo suspiro y me siento junto a ella.

—Trae —le digo, y le muestro cómo pelar la fruta con las manos, dejando caer los brillantes tirabuzones naranjas en su regazo mientras procuro contener el aliento para que no me llegue el olor.

Ella me mira en silencio. Cuando termino, coge la fruta ya pelada con las dos manos, como si fuera una bola de cristal y temiera romperla.

Le doy un golpecito con el codo.

—Anda, come —suspiro.

Ella se limita a mirar la fruta fijamente, así que empiezo a separarle los gajos, uno a uno.

—¿Sabes qué? —le susurro lo más bajito que puedo—. Los demás serían más amables contigo si les hablaras de vez en cuando.

No contesta. Tampoco es que yo esperara que lo hiciera. La tía Carol no le ha oído decir ni una palabra en los seis años y tres meses que tiene la niña; ni una sola sílaba. Carol cree que le pasa algo en el cerebro, pero por el momento los médicos no han encontrado nada.

«Es más tonta que un capazo», comentó con toda naturalidad el otro día, mientras miraba a Gracie. La niña le daba vueltas en las manos a un bloque de madera pintada como si fuera algo bello y prodigioso, como si esperara que de repente se convirtiera en otra cosa.

Me pongo de pie y me acerco a la ventana para alejarme de Gracie, de sus grandes ojos fijos y de sus dedos finos y veloces. Me da pena.

Marcia, su madre, está muerta. Siempre dijo que no quería niños. Ese es uno de los inconvenientes del tratamiento: al no sufrir los *deliria nervosa*, a algunas personas les resulta desagradable la idea de tener hijos. Por fortuna, son pocos los casos de desapego total, en los que un padre o una madre es incapaz de establecer un vínculo normal y responsable con sus hijos, como es su obligación, y acaba ahogándolos o golpeándolos hasta matarlos.

Pero los evaluadores decidieron que Marcia debía tener dos hijos. En aquel momento parecía una buena elección. Su familia había conseguido una buena nota de estabilización en la revisión anual. Su marido era un científico muy respetado. Vivían en una casa enorme en Winter Street. Marcia preparaba a diario la comida para los dos, y en su tiempo libre daba clases de piano para mantenerse ocupada.

Pero, claro, todo cambió cuando se empezó a sospechar que su marido era simpatizante. Marcia y sus hijas, Jenny y Gracie, tuvieron que mudarse a casa de su madre, la tía Carol, y la gente empezó a murmurar y a apuntarlas con el dedo fueran donde fueran. Gracie no se acordará de eso, desde luego; me sorprendería que tuviera algún recuerdo de sus padres.

El marido de Marcia desapareció antes de que diera comienzo el juicio. Puede que fuera lo mejor. Los juicios son, sobre todo, una cuestión de apariencias. A los simpatizantes casi siempre se los ejecuta. Si no, se los encierra en las Criptas, condenados a tres cadenas perpetuas seguidas. Marcia lo sabía, por supuesto. La tía Carol piensa que por eso se detuvo su corazón cuando, apenas unos meses después de que desapareciera su marido, la acusaron a ella en su lugar. Un día después de que le entregaran la citación, mientras iba caminando por la calle, sufrió un ataque y murió.

El corazón es algo muy frágil. Por eso hay que tener tanto cuidado con él.

Hoy va a hacer un día sofocante, lo noto. Ya hace calor en el dormitorio, y

cuando abro un poco la ventana para que se vaya el olor a naranja, el aire de fuera es tan denso que parece lamerme las mejillas. Aspiro profundamente, inhalando el olor limpio de algas y madera húmeda, mientras escucho los chillidos lejanos de las gaviotas que describen círculos interminables sobre la bahía, en algún lugar más allá de los almacenes achaparrados y los grises edificios. El motor de un coche se pone en marcha junto a la casa. El ruido me sobresalta.

—¿Estás nerviosa por la evaluación?

Me doy la vuelta. La tía Carol está de pie en el umbral, con las manos agarradas.

—No —respondo, aunque es mentira.

Ella sonríe apenas, una sonrisa breve, pasajera.

—No te preocupes. Lo harás bien. Date una ducha y luego te ayudaré con el pelo. Por el camino podemos repasar las respuestas.

—Vale.

La tía sigue mirándome fijamente. Me siento violenta, clavo las uñas en el alféizar que tengo detrás. Siempre he odiado que me miren así. Tendré que acostumbrarme. Durante el examen habrá cuatro evaluadores que me mirarán de ese modo durante casi dos horas. Tendré que llevar un camisón ligero de plástico, semitransparente, como los que suelen dar en los hospitales, para que puedan verme el cuerpo.

—Un siete o un ocho, diría yo —augura mi tía frunciendo los labios; es una nota digna..., y yo me daría por satisfecha si la consiguiera—. Aunque no sacarás más de un seis si no te lavas.

El curso casi ha terminado y la evaluación es el último examen que tengo que pasar. Durante los cuatro meses anteriores he ido haciendo los diferentes ejercicios de reválida: Matemáticas, Ciencias, Competencia Oral y Escrita, Sociología, Psicología y Fotografía (una especialidad opcional), con lo que recibiré mis notas en algún momento de las próximas semanas. Estoy bastante satisfecha de cómo me han salido, así que supongo que me asignarán una universidad. Siempre he sido buena estudiante. Los asesores académicos valorarán mis fortalezas y debilidades y elegirán para mí una facultad y una carrera.

La evaluación es necesaria para que puedan emparejarnos. En los próximos meses, los evaluadores me enviarán una lista con los cuatro o cinco candidatos aprobados. Uno de ellos se convertirá en mi marido cuando termine la carrera (suponiendo que haya aprobado todos los exámenes de reválida; a las chicas que no aprueban se las empareja y se las casa en cuanto terminan el instituto). Los evaluadores harán todo lo posible por asignarme candidatos que hayan recibido notas similares en las evaluaciones. En la medida de lo posible, procuran evitar grandes disparidades de inteligencia, carácter, edad y procedencia social. Claro

que a veces se oyen historias de terror: casos en los que una pobre chica de dieciocho años ha sido entregada a un hombre adinerado de ochenta.

Las escaleras sueltan un gemido quejumbroso y aparece la hermana de Gracie, Jenny. Tiene nueve años y es alta para su edad, pero está muy delgada; parece un saco de huesos, con su pecho hundido como una bandeja combada. Tiene el mismo aspecto demacrado que tenía su madre. Ya sé que suena mal, pero es que no me cae demasiado bien.

Se une a mi tía en el umbral y se me queda mirando. Yo mido un metro sesenta escaso, y ella un poco menos. Es una tontería que me sienta cohibida ante mi tía y mis primas, pero me empieza a subir un picor ardiente por los brazos. Sé que todos están preocupados por mi evaluación. Es crucial que me emparejen con alguien bueno. A Jenny y a Gracie les faltan varios años para sus respectivas intervenciones. Si yo consigo una buena boda, en poco tiempo eso se traducirá en más dinero para la familia. Y de paso, podría hacer desaparecer los monótonos rumores que, cuatro años después del escándalo, aún parecen seguirnos dondequiera que vamos, como el susurro de las hojas secas arrastradas por el viento.

Simpatizantes. Simpatizantes. Simpatizantes.

Durante años, tras la muerte de mi madre, me persiguió una palabra aún peor, un siseo ondulante como una culebra que iba dejando un rastro venenoso: *suicidio*. Una palabra de soslayo, una palabra que la gente masculla entre cuchicheos o toses, una palabra que solo se murmura tras el refugio de una puerta cerrada. Era solo en mis sueños donde la oía aullada, lanzada a gritos.

Respiro hondo, luego me agacho para sacar la caja de plástico de debajo de la cama. No quiero que la tía vea que estoy temblando.

—¿Se va a casar Lena hoy? —le pregunta Jenny a la tía. Su voz siempre me ha recordado al zumbido constante de las abejas en un día de calor.

—No seas tonta —dice la tía sin aspereza—. Ya sabes que no se puede casar antes de estar curada.

Saco la toalla de la caja y me incorporo, apretándola contra el pecho. Esa palabra, casarse, hace que se me seque la boca. Todo el mundo se casa en cuanto termina su formación. Así son las cosas. «El matrimonio significa orden y estabilidad, señales de una sociedad sana» (*Manual de FSS*, «Principios básicos de la sociedad», p. 114). Pero la mera idea de casarme sigue haciendo que el corazón me lata agudamente, como un insecto tras el cristal. Nunca he tocado a un chico, por supuesto: el contacto físico entre incurados del sexo opuesto está prohibido. Sinceramente, ni siquiera he hablado nunca con un chico más de cinco minutos, a menos que cuente a mis primos, a mi tío y a Andrew Marcas, el que ayuda a mi tío en su tienda Stop-N-Save y que, por cierto, siempre se hurga la nariz y deja los mocos bajo las latas de verdura.

Y si no apruebo los exámenes de reválida —por favor, por favor, que los

apruebe—, me casaré en cuanto esté curada, dentro de menos de tres meses. Lo que significa que llegará mi noche de bodas.

El olor a naranjas sigue siendo fuerte y el estómago me da otro salto. Entierro la cara en la toalla e inspiro, haciendo esfuerzos para no vomitar.

De abajo llega un ruido de cacharros. La tía suspira y mira el reloj.

—Queda menos de una hora —comenta—. Más vale que empieces a prepararte.

Señor, ancla nuestros pies en la tierra y nuestros ojos en el camino, y no nos dejes olvidar a los ángeles caídos que, queriendo elevarse, se quemaron con el sol y perecieron en el mar con las alas derretidas. Señor, ancla mis pies en la tierra y mantén mis ojos en el camino para que nunca tropiece.

Salmo 42

La tía insiste en acompañarme a los laboratorios, que, como todas las oficinas de la Administración, están dispuestos en línea a lo largo de los muelles: una fila de edificios blancos que brillan como dientes sobre la boca ruidosa del océano.

Cuando era pequeña y acababa de mudarme a casa de Carol, ella me llevaba a la escuela todos los días. Mi madre, mi hermana y yo habíamos vivido más cerca de la frontera, y yo me moría de miedo en aquellas calles enrevesadas y oscuras donde olía a basura y a pescado rancio. Siempre deseé que la tía me tomara de la mano, pero ella nunca lo hizo; yo apretaba los puños y seguía el hipnótico frufú de sus pantalones de pana, temiendo el momento en que la Academia Femenina Saint Anne se alzara en lo alto de la última colina: aquel edificio oscuro de piedra, cubierto de grietas y fisuras como el rostro curtido de los pescadores que trabajaban en los muelles.

Es asombroso cómo cambian las cosas. Entonces me daban pánico las calles de Portland y era reacia a alejarme de mi tía. Ahora las conozco tan bien que podría seguir sus curvas y pendientes con los ojos cerrados; de hecho, en este momento desearía quedarme sola. Aunque el océano está oculto por las tortuosas ondulaciones de las calles, su olor me relaja. La sal del mar vuelve el aire granuloso y cargado.

—Recuerda —me está diciendo la tía por enésima vez—. Quieren saber cosas de tu personalidad, pero cuanto más generales sean tus respuestas, más posibilidades tendrás de que te tengan en cuenta para distintos puestos.

Mi tía siempre habla del matrimonio con palabras sacadas directamente del *Manual de FSS*, palabras como deber, responsabilidad y perseverancia.

—Vale —respondo.

A nuestro lado pasa veloz un autobús. Lleva el emblema de la Academia Saint Anne pintado en un lateral; rápidamente bajo la cabeza, imaginándome a Cara McNamara o Hillary Packer al otro lado de las ventanas cubiertas de polvo,

riéndose y apuntándome con el dedo. Todo el mundo sabe que hoy me van a evaluar. Solo se hace cuatro veces a lo largo del año y los turnos se asignan con mucha antelación.

El maquillaje que la tía me ha obligado a ponerme hace que sienta la piel pastosa y resbaladiza. Al mirarme en el espejo del baño parecía un pez, sobre todo por el pelo, completamente recogido con horquillas y pinzas; un pez con un montón de ganchitos de metal que sobresalen de la cabeza.

No me gusta el maquillaje, nunca me han interesado la ropa ni los cosméticos. Mi mejor amiga, Hana, cree que estoy loca. Claro, ella es guapísima: incluso cuando no hace más que enrollarse el pelo rubio con un descuidado moño en lo alto de la cabeza, parece como si acabara de peinarla el mejor estilista. Yo no soy fea, pero tampoco guapa; soy del montón. Mis ojos no son ni verdes ni castaños, sino de algún color a medio camino entre los dos. No soy delgada, pero tampoco gorda. Lo único claro que se puede decir sobre mí es que soy baja.

—Si te preguntaran, Dios no lo quiera, por tu prima, acuérdate de decir que no la conocías muy bien...

—Va-a-le.

Solo la escucho a medias. Hace calor, demasiado teniendo en cuenta que aún estamos en junio. El sudor empieza ya a picarme en las axilas y en la parte baja de la espalda, a pesar de que esta mañana me embadurné de desodorante. A la derecha queda la bahía de Casco Bay, encajonada entre Peaks Island y Great Diamond Island, donde se alzan las torres de vigilancia. Más allá está el océano abierto, y más lejos aún, todos los países y ciudades que se vendrán abajo destruidos por la enfermedad.

—¿Lena? ¿Pero me estás escuchando?

Carol me agarra el brazo y me da la vuelta para que la mire.

—Azul —recito de memoria—. El azul es mi color favorito. O el verde —el negro resulta demasiado morbosos, el rojo los pondrá nerviosos, el rosa es demasiado aniñado, el naranja queda raro.

—¿Y las cosas que te gusta hacer en tu tiempo libre?

Suavemente, me desprendo de su apretón.

—Eso ya lo hemos repasado.

—Lena, esto es importante. Puede que sea el día más importante de toda tu vida.

Suspiro. Ante mí, las puertas que bloquean los laboratorios estatales se abren lentamente con un gemido mecanizado. Ya se está formando una doble cola: en un lado, las chicas, y unos veinte metros más allá, frente a otra entrada, los chicos. Entrecierro los ojos para evitar el sol, tratando de localizar a alguien conocido, pero el océano me ha deslumbrado y mi visión está nublada por puntos negros.

—¿Lena? —insiste la tía.

Inspiro profundamente y me lanzo a soltar la retahíla que hemos ensayado hasta la saciedad:

—Me gusta trabajar en el periódico escolar. Me interesa la fotografía porque me gusta el modo en que captura y preserva un momento concreto de tiempo. Me gusta pasar tiempo con mis amigos e ir a conciertos en el parque de Deering Oaks. Disfruto corriendo y fui cocapitana del equipo de cross durante dos años. Tengo el récord escolar en los 5.000 metros lisos. Y a menudo cuido de los pequeños de mi familia: me encantan los niños.

—Estás poniendo un gesto muy raro —comenta mi tía.

—Me encantan los niños —repito, forzando una sonrisa.

La verdad es que en realidad no me gustan, excepto Gracie. Son trastos y chillan todo el tiempo; siempre están cogiendo cosas, babeando y haciéndose pis. Pero sé que tendré que tener mis propios hijos en algún momento.

—Mejor así —aprueba Carol—. Continúa.

—Mis asignaturas favoritas son Matemáticas e Historia —remato, y ella asiente, satisfecha.

—¡Lena!

Me vuelvo. Hana baja del coche de sus padres; el pelo rubio le cae alrededor de la cara en mechones ondulados, y lleva una túnica semitransparente sujeta sobre un hombro bronceado. Todos los chicos y chicas que están haciendo cola para entrar en los laboratorios se vuelven a mirarla. Ese es el efecto que suele tener Hana en la gente.

—¡Lena! ¡Espera!

Hana sigue acercándose a toda velocidad, haciéndome señales como una loca. Detrás de ella, el vehículo comienza a maniobrar en el estrecho sendero, atrás y adelante, atrás y adelante, hasta que se coloca en sentido contrario. El coche de sus padres es tan elegante y oscuro como una pantera. Las pocas veces que hemos montado juntas en él, me he sentido como una princesa. Ya casi nadie tiene coches, y menos todavía vehículos que puedan circular. El petróleo está rigurosamente racionado y es muy caro. Algunas personas de clase media tienen coches inmóviles delante de su casa, como estatuas frías e inservibles, con los neumáticos sin estrenar.

—Hola, Carol —dice Hana sin aliento cuando nos alcanza. De su bolso medio abierto sobresale una revista, y se inclina para sacarla. Es una de las publicaciones gubernamentales, *Hogar y Familia*, y en respuesta a mis cejas arqueadas, hace una mueca.

—Mi madre me ha obligado a traerla. Me ha dicho que debo leerla mientras espero a la evaluación para causar buena impresión.

Se mete los dedos en la boca como si fuera a vomitar.

—¡Hana! —susurra mi tía enérgicamente.

La ansiedad de su tono hace que me dé un vuelco el corazón. Carol raramente pierde la compostura. Gira la cabeza con brusquedad en ambas direcciones, como si esperara encontrar reguladores o evaluadores merodeando por la calle en esta clara mañana.

—No te preocupes. No nos están espiando —Hana le vuelve la espalda a mí tía y vocaliza sin emitir ningún sonido: « ... todavía ». Luego sonríe.

Ante nosotras, la doble cola de chicas y chicos se va haciendo más larga. Se extiende por la calle, incluso cuando las puertas de cristal de los laboratorios se abren con un zumbido para dar paso a varias enfermeras con papeles en la mano, que empiezan a conducir a la gente hacia las salas de espera. La tía me posa una mano suavemente en el codo, rápida como un pájaro.

—Más vale que te pongas a la cola —dice, de nuevo en su tono normal. Ojalá se me pegara parte de su serenidad—. ¿Lena?

—¿Sí?

No me siento muy bien. Los laboratorios me parecen lejanos, tan blancos que apenas puedo mirarlos, y el suelo resulta también demasiado brillante. Las palabras que escuché por la mañana, « puede que sea el día más importante de tu vida », resuenan en mi cabeza. El sol parece un enorme foco.

—Buena suerte —mi tía me ofrece su sonrisa fugaz.

—Gracias.

Deseo que Carol diga algo más, algo como « estoy segura de que lo vas a hacer muy bien », o « intenta no preocuparte », pero se limita a quedarse allí, parpadeando, tan serena e impenetrable como siempre.

—No se preocupe, señora Tiddle —dice Hana guiñándome un ojo—. Me aseguraré de que no meta la pata demasiado. Lo prometo.

Ahora sí se disuelve todo mi nerviosismo. Hana está completamente relajada, despreocupada y normal.

Caminamos juntas hacia los laboratorios. Ella mide casi un metro ochenta. Cuando voy a su lado, tengo que dar medio saltito cada dos pasos para mantener el ritmo, y acabo sintiéndome como un pato que cabecea en el agua. Hoy, sin embargo, no me importa. Me alegra que esté conmigo. Si estuviera sola, me sentiría totalmente perdida.

—Tu tía se toma todo esto demasiado en serio, ¿no? —comenta mientras nos acercamos a las colas.

—Bueno, es que es serio.

Nos ponemos al final de la fila. Veo a algunas personas conocidas: varias chicas que recuerdo vagamente de la escuela, chicos a los que he visto jugando al fútbol detrás de la Preparatoria Spencer. Por un momento, mi mirada se cruza con la de uno que se da cuenta de que lo estaba observando. Arquea las cejas y yo bajo la vista rápidamente; me pongo toda colorada y se me concentran los nervios en el estómago. « En menos de tres meses estarás emparejada », me

digo, pero la frase suena ridícula, no significa nada; es como aquellas frases absurdas que nos salían cuando éramos niñas y jugábamos a los disparates: « Quiero banana para lancha motora » o « Dale mi zapato borracho a tu bizcocho abrasador » .

—Sí, lo sé. Confía en mí, he leído el *Manual de FSS*, como todos —Hana se sube las gafas de sol hasta la frente y me mira moviendo las pestañas, edulcorando la voz—. « El día de la evaluación es el emocionante rito iniciático que te prepara para un futuro de felicidad, estabilidad y vida en pareja » .

Se vuelve a bajar las gafas y hace una mueca.

—¿Tú no lo crees? —bajo la voz todo lo que puedo.

Hana lleva una temporada un poco rara. Siempre ha sido distinta de las demás, más franca, más independiente, más intrépida. Esa es una de las razones por las que al principio quise ser amiga suya. Yo soy tímida y siempre me da miedo meter la pata. Ella es todo lo contrario.

Pero últimamente hay algo más. Para empezar, ha dejado de preocuparse por la escuela, y ya la han llamado varias veces a la oficina del director por contestar a los profesores. A veces, en mitad de una conversación, se calla de pronto y cierra la boca, como si hubiera encontrado una barrera. Y en varias ocasiones la he sorprendido escrutando el océano como si pensara huir a nado.

Al mirarla en este momento, con sus claros ojos grises y la boca fina y tensa como un arco, siento una punzada de temor. Me imagino a mi madre debatiéndose confusa en el aire durante un segundo antes de caer al océano como una piedra. Me acuerdo de la cara de aquella chica que se tiró de la azotea del laboratorio hace años, de su mejilla apoyada en el pavimento. Aparto de mí mente con un esfuerzo cualquier pensamiento negativo: Hana no está enferma. No puede estarlo. Yo lo sabría.

—Si de veras quisieran que fuéramos felices, nos dejarían elegir a nosotras —refunfuña.

—Hana —le digo cortante, criticar el sistema es el peor delito que existe—. Retira lo que has dicho.

—Vale, vale. Lo retiro —dice levantando las manos.

—Ya sabes que no funciona. Mira lo que pasaba antes. Caos, peleas y guerra. La gente no era feliz.

—He dicho que lo retiro.

Me sonrío, pero yo sigo enfadada y aparto la mirada.

—Además —continúo—, nos dan la posibilidad de elegir.

Normalmente, los evaluadores elaboran una lista de cuatro o cinco candidatos aprobados y se nos permite escoger entre ellos. De esta forma, todo el mundo se queda contento. En todos los años que se lleva efectuando la intervención y se conciertan los matrimonios, no ha habido más de diez divorcios en el estado de Maine, y menos de mil en Estados Unidos. En casi todos los casos, el marido o la

esposa eran sospechosos de ser simpatizantes, así que el divorcio era inevitable y contó con la aprobación del estado.

—Con muy pocas opciones —puntualiza—. Solo podemos elegir entre los chicos que nos han asignado.

—Las opciones son siempre limitadas —replico brusca—. Así es la vida.

Hana abre la boca como si fuera a hablar pero simplemente se echa a reír. Luego me coge la mano y me da dos apretones cortos y dos largos. Es nuestra señal, una costumbre que empezamos en segundo cuando una de las dos tenía miedo o estaba disgustada. Era una manera de decir: «Estoy aquí, no te preocupes».

—Vale, vale, no te pongas a la defensiva. Me encantan las evaluaciones, ¿vale? ¡Viva el día de la evaluación!

—Más vale así —digo, pero sigo preocupada e inquieta.

La cola avanza lentamente. Pasamos las puertas de hierro, con su intrincado remate de alambre de espino, y entramos en el largo sendero que nos lleva a los diferentes pabellones. Nos dirigimos al edificio 6-C. Los chicos van al 6-B, y las colas comienzan a alejarse la una de la otra describiendo una curva.

A medida que nos acercamos a la parte delantera, nos llega una ráfaga de aire acondicionado cada vez que las puertas correderas de cristal zumban para abrirse y cerrarse. Es una sensación asombrosa, como sumergirse de pronto de pies a cabeza en una fina capa de hielo polar. Me vuelvo y me aparto la coleta del cuello, deseando que no haga tanto calor. En casa no tenemos aire acondicionado, solo ventiladores de pie que se oyen demasiado por las noches. Y la mayor parte del tiempo, Carol ni siquiera nos deja usarlos; chupan demasiada electricidad, dice, y no podemos desperdiciarla.

Al menos ya solo quedan unas pocas chicas delante de nosotras. Sale una enfermera del edificio, con un montón de papeles apoyados en tablillas y un puñado de bolis que empieza a distribuir a lo largo de la fila.

—Por favor aseguraos de que rellenáis toda la información que se os pide —explica—, incluyendo vuestro historial médico y familiar.

El corazón me sube hasta la garganta. Las casillas claramente organizadas en el papel, *Apellidos, Nombres, Dirección actual, Edad*, se mezclan y se confunden. Me alegro de que Hana esté delante de mí. Ella se pone enseguida a rellenar el formulario, apoyando la tablilla en el antebrazo mientras el boli se desliza ágilmente sobre el documento.

—Siguiente.

La puerta vuelve a abrirse con un zumbido y aparece una segunda enfermera, que le hace un gesto a Hana para que entre. En la penumbra fresca a su espalda, distingo una sala de espera de un blanco reluciente con moqueta verde.

—Buena suerte —le digo a Hana.

Se vuelve y me dedica una rápida sonrisa. Pero me doy cuenta de que está nerviosa. Por fin. Entre sus cejas hay un fino pliegue y se está mordiendo la comisura de los labios.

Hace ademán de entrar en el edificio, pero luego se gira de repente y se vuelve hasta mí. Acerca su rostro salvaje y extraño, me agarra por los hombros y me susurra algo al oído. Me quedo tan sorprendida que dejo caer la tablilla.

—Ya sabes que no puedes ser feliz a menos que seas desgraciada alguna vez, ¿verdad? —me dice susurrando, y su voz es áspera como si acabara de llorar.

—¿Cómo?

Me está clavando las uñas en los hombros y en ese momento me da un miedo terrible.

—Que no puedes ser verdaderamente feliz a menos que seas desgraciada alguna vez. Lo sabes, ¿no?

Me suelta antes de que yo pueda responder, y al separarse, veo su cara tan serena, bella y tranquila como siempre. Se inclina para recoger mi tablilla y me la pasa sonriendo. Luego se vuelve y desaparece tras las puertas de cristal, que se abren y se cierran a sus espaldas con la misma suavidad con que la superficie del agua se cierra sobre algo que se hunde.

El diablo se introdujo a escondidas en el Jardín del Edén. Llevaba consigo la enfermedad, delirio nervioso de amor, en forma de semilla. Creció y floreció hasta convertirse en un magnífico manzano que daba unas frutas tan relucientes como la sangre.

« Génesis », *Historia completa del mundo y del universo conocido*, Dr. Steven Horace (Universidad de Harvard)

Para cuando la enfermera me permite entrar en la sala de espera, Hana ya se ha ido; ha desaparecido por alguno de los blancos pasillos, tras una de las docenas de puertas blancas idénticas, pero quedan cinco o seis chicas más dando vueltas, esperando. Una está sentada en una silla, inclinada sobre su tablilla, garabateando las respuestas, tachándolas y volviendo a escribirlas. Otra le pregunta muy nerviosa a una enfermera cuál es la diferencia entre « enfermedad crónica » y « enfermedad preexistente ». Da la sensación de que en cualquier momento le va a dar algún tipo de ataque: le sale una vena en la frente y su voz tiene un tono histérico. Me pregunto si añadiré a sus respuestas « tendencia a la ansiedad ».

Ya sé que no tiene gracia, pero me dan ganas de reír. Me llevo la mano a la cara y me cubro la boca. Cuando estoy muy nerviosa, me da la risa tonta. Durante los exámenes, en la escuela, siempre me metía en líos por culpa de esta manía. Quizá debería haberlo mencionado en la hoja.

Una enfermera me quita la tablilla y ojea las páginas, asegurándose de que no he dejado ninguna respuesta en blanco.

—¿Lena Haloway? —pregunta con el tono abrupto que parecen compartir todas, como si fuera parte de su formación médica.

—Ajá —contesto, y rápidamente me corrijo; mi tía me ha dicho que los evaluadores esperarán un cierto nivel de formalidad—. Sí, soy yo.

Me sigue resultando extraño oír mi apellido verdadero, Haloway, y se me instala un cierto sentimiento triste en el estómago. Durante los últimos diez años he usado el de mi tía, Tiddle. Aunque como apellido suena bastante tonto (podría ser, según Hana, el nombre de una raza de perro pequeño y peludo), tiene la ventaja de que no está asociado con mi madre y mi padre. Por lo menos, los Tiddle son una familia de verdad. Los Haloway no son más que un recuerdo. Pero en los documentos oficiales tengo que usar mi apellido de nacimiento.

—Acompáñame.

La enfermera indica uno de los pasillos y yo sigo el nítido toc toc que producen sus tacones en el linóleo. El corredor tiene una claridad cegadora. Las mariposas me van subiendo poco a poco desde el estómago hasta la cabeza y me siento mareada. Trato de calmarme imaginando el océano que está fuera, su respiración irregular, las gaviotas que hacen molinetes en el cielo. «Esto terminará pronto», me digo. «Pronto se habrá acabado y entonces me iré a casa y nunca más volveré a pensar en las evaluaciones».

El pasillo parece prolongarse hasta el infinito. Una puerta se abre y se cierra, y un momento después, al doblar una esquina, nos cruzamos con una chica. Tiene la cara roja y, obviamente, ha estado llorando. Debe de haber terminado ya.

La recuerdo vagamente, es una de las primeras que han entrado.

No puedo evitar que me dé pena. Las evaluaciones duran normalmente entre media hora y dos horas, pero la gente dice que cuanto más te retengan los evaluadores, mejor lo estás haciendo. Claro que no siempre es así. Hace dos años, Marcy Davies entró y salió del laboratorio en cuarenta y cinco minutos y consiguió un diez redondo. Y el año pasado, Corey Winde batió el récord mundial en tiempo de evaluación (tres horas y media), y sin embargo solo sacó un tres. Las evaluaciones siguen unas pautas, evidentemente, pero siempre hay un componente de azar. A veces da la sensación de que todo el proceso está concebido para confundir e intimidar lo más posible.

De repente me imagino que corro por estos pasillos limpios y estériles dando patadas a todas las puertas. Luego, al instante, me siento culpable. Este es el peor momento para sentir dudas sobre las evaluaciones, y maldigo mentalmente a Hana. Es culpa suya, por decirme lo que me dijo cuando estábamos fuera: *No puedes ser feliz a menos que seas desgraciada alguna vez. Muy pocas opciones. Solo podemos elegir entre los chicos que nos han asignado.*

Pues yo me alegro de que alguien elija por nosotras. Me alegro de no tener que hacerlo yo y me alegro más aún de que nadie tenga que elegirme a mí. Evidentemente, a Hana le iría bien si las cosas fueran como antes. Ella, con su pelo dorado como un halo, los ojos grises brillantes, los dientes derechos y perfectos, y esa risa que hace que cualquiera en un radio de tres kilómetros se vuelva y se ría también... Hasta la torpeza le queda bien, dan ganas de ayudarla o recogerle los libros. Cuando yo me tropiezo con mis propios pies o me echo café en la camisa, la gente aparta la vista. Casi se puede oír lo que piensan: «¡Qué desastre de chica!». Y cuando estoy con desconocidos, la mente se me enmaraña, se me pone húmeda y gris, como las calles cuando la nieve comienza a fundirse después de una gran nevada; no como a Hana, que siempre sabe qué decir.

Ningún chico en sus cabales me elegiría a mí habiendo gente como ella en el mundo. Sería como conformarse con una galleta rancia cuando lo que quieres en

realidad es un cuenco grande de helado con nata, cerezas y fideos de chocolate. Así que yo estaré encantada de recibir una pulcra hoja impresa con mis « emparejamientos aprobados ». Por lo menos, eso me garantiza que terminaré emparejada con alguien. Da igual que nadie haya pensado nunca que soy guapa (aunque a veces desearía, solo por un segundo, que alguien lo creyera). Incluso daría igual que yo fuera tuerta.

—Por aquí —la enfermera se detiene, por fin, ante una puerta que es idéntica a todas las demás—. Puedes dejar la ropa y tus otras cosas en la antesala. Por favor, ponte el camisón que se te ha proporcionado, con el cierre hacia atrás. Puedes tomarte un momento para beber algo de agua y hacer un poco de meditación.

Me imagino a cientos y cientos de chicas sentadas en el suelo con las piernas cruzadas y las manos plegadas hacia arriba sobre las rodillas, cantando Om, y tengo que sofocar de nuevo el impulso desenfrenado de reír.

—Pero, por favor no olvides que cuanto más tardes en prepararte, menos tiempo tendrán los evaluadores para conocerte.

Sonríe forzadamente. Todo en ella es un poco estirado: la piel, los ojos, la bata de laboratorio. Me mira directamente, pero tengo la sensación de que realmente no enfoca, de que en su mente ya está taconeando camino de la sala de espera, lista para llevar a otra muchacha por el pasillo y soltarle el mismo rollo. Me siento muy sola, rodeada por estas gruesas paredes que amortiguan todos los sonidos, aislada del sol y del viento y del calor: todo perfecto y antinatural.

—Cuando estés lista, pasa por la puerta azul. Los evaluadores te estarán esperando en el laboratorio.

Una vez que la enfermera se va con su toc toc, yo entro en una antesala pequeña, tan reluciente como el pasillo. Parece la consulta del médico. En una esquina hay un aparato enorme que pita a intervalos regulares, y una camilla cubierta con papel. Todo huele a antiséptico. Me quito la ropa temblando porque el aire acondicionado hace que se me ponga la piel de gallina, que se me erice el vello de los brazos. Estupendo. Así los evaluadores pensarán que soy una bestia peluda.

Doblo la ropa, sujetador incluido, en un montón ordenado y me pongo el camisón. Está hecho de plástico muy transparente y, mientras me lo coloco alrededor del cuerpo y lo aseguro a la cintura con un nudo, soy muy consciente de que deja ver prácticamente todo, hasta el contorno de mi ropa interior.

« Pronto. Pronto habrá terminado » .

Inspiro profundamente y paso por la puerta azul.

En el laboratorio hay aún más luz, un brillo deslumbrante. La primera impresión que se forman de mí los evaluadores debe de ser la de alguien que entrecierra los ojos, retrocede y se lleva una mano a la cara. Cuatro sombras flotan en una canoa delante de mí. Luego, mis ojos se acostumbran y la visión se

define: hay cuatro evaluadores, todos sentados tras una mesa larga y baja. La sala es muy amplia y está totalmente despejada; en una esquina veo una mesa metálica de operaciones arrimada a la pared. Dos filas de luces cenitales proporcionan una claridad intensa. Me doy cuenta de lo alto que está el techo, al menos a diez metros. Siento una urgencia desesperada de cruzar los brazos sobre el pecho, de cubrirme de alguna forma. Se me seca la boca y me quedo con la mente en blanco, tan ardiente, tan vacía como los focos. No recuerdo lo que se supone que debo hacer, ni lo que debo decir.

Por suerte, uno de los evaluadores, una mujer, habla primero:

—¿Tienes los formularios?

Su voz suena cordial, pero no ayuda a aflojar el nudo que se me ha formado en el estómago y que me retuerce los intestinos.

« ¡Qué horror! », pienso. « Me voy a hacer pis. Me voy a hacer pis aquí mismo ».trato de imaginarme lo que dirá Hana cuando esto haya pasado, cuando estemos dando un paseo a la luz de la tarde, con el aire pesado por el olor a sal y a pavimento recalentado por el sol. « Vaya pérdida de tiempo », comentará. « Todos allí sentados mirándome como cuatro ranas en un tronco ».

—Eh... sí.

Me acerco sintiendo que el aire se ha vuelto sólido, que me ofrece resistencia. Cuando me encuentro a un metro de la mesa, les paso la tablilla con el papel a los evaluadores. Hay tres hombres y una mujer, pero no soy capaz de fijarme en sus rasgos demasiado tiempo. Los recorro rápidamente con la mirada y luego vuelvo atrás de nuevo, quedándome solo con una impresión vaga de varias narices, algunos ojos oscuros y el parpadeo de un par de gafas.

Mi tablilla recorre la línea de los evaluadores dando saltitos. Pego los brazos a los costados e intento parecer relajada.

Detrás de mí hay una plataforma de observación, situada a unos seis metros del suelo. Se accede a ella por una pequeña puerta roja que está más arriba de las gradas. Tiene asientos blancos obviamente destinados a estudiantes, doctores, internos y científicos en formación. Los científicos de los laboratorios no solo realizan la operación, también llevan a cabo revisiones posteriores y a menudo tratan casos difíciles de otras enfermedades.

Se me viene a la cabeza que las intervenciones deben de realizarse aquí, en esta misma sala. Para eso debe de servir la mesa de operaciones. La ansiedad comienza a apretarme de nuevo el estómago. Aunque he imaginado a menudo cómo sería estar curada, nunca he pensado de verdad en la operación en sí, la dura mesa de metal, las luces que parpadean por encima, los tubos y los cables. Y el dolor.

—¿Lena Haloway?

—Sí, soy yo.

—De acuerdo. ¿Por qué no comienzas contándonos algo sobre ti misma? —el

evaluador de las gafas se inclina hacia delante y extiende las manos sonriendo. Sus enormes dientes blancos y cuadrados me hacen pensar en azulejos de baño. El reflejo de sus gafas hace imposible verle los ojos; desearía que se las quitara —. Háblanos de lo que te gusta: tus intereses, tus aficiones, tus asignaturas favoritas...

Me lanzo con el discurso que he preparado sobre cuánto me gusta la fotografía y correr y pasar tiempo con mis amigas, pero no estoy centrada. Veo que los evaluadores asienten frente a mí y que las sonrisas comienzan a distenderles el rostro mientras toman notas. Supongo que lo estoy haciendo bien, pero ni siquiera puedo oír las palabras que salen de mi boca. Sigo obsesionada con la mesa de operaciones y no hago más que mirarla con el rabillo del ojo, viendo cómo brilla y parpadea a la luz como el filo de una cuchilla.

Y de repente pienso en mi madre. Mi madre siguió incurada a pesar de sus tres operaciones y la enfermedad se fue apoderando de ella, le fue royendo las entrañas e hizo que sus ojos se volvieran huecos y sus mejillas palidiecieran. La enfermedad le robó el control y se la fue llevando, centímetro a centímetro, hasta el borde de un acantilado arenoso, hasta el aire liviano y brillante del salto al vacío.

O eso es lo que me han contado. Yo tenía seis años entonces. Solo recuerdo la presión cálida de sus dedos en mi cara por la noche y las últimas palabras que me susurró: « Te amo. Recuerda. Eso no pueden quitártelo » .

Cierro los ojos rápidamente, abrumada por la idea de mi madre retorciéndose mientras una docena de científicos con batas de laboratorio la miran, garabateando imposibles en una libreta. En tres ocasiones distintas fue atada con correas a una mesa metálica, en tres ocasiones distintas un grupo de observadores la miró desde la plataforma, tomando nota de sus respuestas a medida que las agujas y luego los láseres le atravesaban la piel. Normalmente, a los pacientes se los anestesia durante la intervención y no sienten nada, pero a mí tía se le escapó una vez que durante la tercera operación de mi madre se negaron a sedarla, pensando que la anestesia podría estar interfiriendo con la respuesta de su cerebro a la cura.

—¿Quieres beber un poco de agua?

El evaluador 1, la mujer, señala una botella de agua y un vaso que están sobre la mesa. Ha notado mi alteración momentánea, pero no importa. He terminado mi declaración personal, y por la forma en que me miran los evaluadores —contentos, orgullosos, como si yo fuera una niña pequeña que ha conseguido encajar cada pieza en su agujero correspondiente—, veo que lo he hecho bien.

Me sirvo un vaso de agua y tomo algunos sorbos, agradecida por el respiro. Siento el sudor que me pica en las axilas, en el cuero cabelludo y en la base del cuello, y rezo para que no lo noten. Intento mantener la vista fija en los

evaluadores, pero ahí está en mi visión periférica, sonriéndome, esa maldita mesa.

—Bueno, Lena, ahora te vamos a hacer algunas preguntas. Queremos que contestes con sinceridad. Recuerda: intentamos conocerte como persona.

«¿Cómo podrían conocerme si no?». Se me viene la pregunta a la mente antes de que pueda detenerla: «¿Como animal?». Inspiro hondo, me obligo a asentir y sonrío.

—Perfecto.

—Dinos algunos de tus libros preferidos.

—*Guerra, paz e interferencia*, de Christopher Malley —contesto de forma automática—. *Frontera*, de Philippa Harolde.

No puedo seguir manteniendo alejadas las imágenes: se alzan ya como una inundación. Hay una palabra que no hace más que inscribirse en mi cerebro, como si estuviera marcada a fuego. *Dolor*. Querían que mi madre se sometiera a una cuarta intervención. Iban a venir por ella la noche en que murió, venían para llevarla a los laboratorios. Pero en lugar de esperarlos, ella huyó hacia la oscuridad, desplegó las alas. Y antes, me despertó con aquellas palabras: «Te amo. Recuerda. Eso no pueden quitártelo». Esas palabras que el viento parecía traerme de vuelta mucho después de que ella desapareciera, repetidas en los árboles secos, en las hojas que tosían y susurraban durante los fríos amaneceres grises.

—Y *Romeo y Julieta*, de William Shakespeare.

Los evaluadores asienten, toman notas. *Romeo y Julieta* es lectura obligatoria para todas las clases de Salud de primer año de Secundaria.

—¿Y por qué te gusta? —pregunta el evaluador 3.

«Da miedo». Es lo que se supone que debo decir. Es una historia aleccionadora, una advertencia sobre los peligros de los *deliria* antes de que existiese la cura. Pero parece que se me ha hinchado la garganta y me duele. No queda sitio para que salgan las palabras, se han quedado pegadas como esas semillas con pinchos que se clavan en la ropa cuando hacemos *footing* por las granjas. Y en ese momento parece que puedo oír el rugido del océano, puedo oír su murmullo lejano, insistente, puedo imaginarlo cerrándose sobre mi madre, el agua pesada como una losa. Y me sale otra respuesta:

—Es bello.

Al momento, las cuatro caras se alzan bruscamente para mirarme, como marionetas movidas por la misma cuerda.

—¿Bello?

El evaluador 1 arruga la nariz. Se percibe una tensión gélida en el aire y me doy cuenta de que he cometido un error descomunal.

El evaluador de las gafas se inclina hacia delante.

—Ese es un término interesante. Muy interesante —esta vez, sus dientes me recuerdan a los caninos blancos y curvos de un perro—. ¿Tal vez el sufrimiento te parece bello? ¿Quizá disfrutas con la violencia?

—No, no, no es eso —estoy tratando de pensar con claridad, pero mi mente está totalmente ocupada por el rugido sin palabras del mar. A cada momento se hace más fuerte. Y, solapado, oigo débilmente el grito de mi madre, como si su aullido me llegara a través de una década—. Lo que quiero decir es que... tiene algo muy triste...

Estoy luchando, voy a la deriva, me debato, siento que en ese momento me estoy hundiendo en la luz blanca y en el rugido. Sacrificio. Quiero decir algo sobre el sacrificio, pero no me viene la palabra.

—Continuemos —el evaluador 1, que parecía tan dulce cuando me ofreció el agua, ha perdido su gesto de cordialidad. Ahora es totalmente profesional—. Dinos algo sencillo: tu color favorito, por ejemplo.

Una parte de mi cerebro, la parte racional, instruida, mi yo lógico, grita: « ¡Azul! ¡Di azul! ». Pero la otra cabalga desbocada por las ondas del sonido, elevándose entre el ruido creciente.

—Gris —suelto.

—¿Gris? —repite farfullando el evaluador 4.

El corazón me está bajando en espiral hacia el estómago. Sé que lo he estropeado, que la estoy fastidiando; prácticamente puedo ver cómo se derrumban mis calificaciones. Pero es demasiado tarde: estoy acabada. El rugido que siento en los oídos se hace cada vez más fuerte, es una estampida que me impide pensar. Rápidamente, tartamudeo una explicación.

—Bueno, no es gris exactamente. Es el color del cielo justo antes de la salida del sol; ese color pálido indefinido... No es realmente gris, sino una especie..., una especie de blanco, y siempre me ha gustado porque lo relaciono con la esperanza de que suceda algo bueno.

Pero ya no me escuchan. Están mirando detrás de mí, con la cabeza ladeada y expresión confundida, como intentando discriminar las palabras conocidas de un idioma extranjero.

Y entonces, de repente, se elevan el rugido y los gritos y me doy cuenta de que durante todo este rato no eran imaginaciones mías. La gente grita de verdad y se oye algo que se atropella, retumba y golpea, como si mil pies se movieran a la vez. Hay un tercer sonido, también, que se distingue por debajo de los otros dos, un bramido sin palabras que no parece humano.

En mi confusión, todo parece inconexo, igual que en los sueños. El evaluador 1 se incorpora a medias en su silla.

—Pero... ¿qué diablos...?

En ese momento, Gafas interviene:

—Siéntate, Helen. Voy a ver qué pasa.

En ese instante, la puerta se abre de par en par y entra con gran estrépito en el laboratorio un torbellino borroso de vacas, vacas de verdad, reales y vivas, que sudan y mugen.

«Definitivamente, es una estampida», pienso, y por un raro instante me siento orgullosa de mí misma por haber sido capaz de identificar el ruido.

Luego me doy cuenta de que estoy siendo embestida por una manada de animales muy pesados y muy asustados, que están a punto de derribarme y pisotearme.

Me lanzo hacia la esquina y me agazapo tras la mesa de operaciones, totalmente protegida de la masa de animales aterrorizados. Saco la cabeza apenas lo suficiente para ver lo que pasa. En este momento, los evaluadores se suben a la mesa de un salto, mientras un muro de vacas marrones y moteadas se mueve en torno a ellos. El evaluador 1 grita a todo pulmón y Gafas, aferrado a ella, chillá:

—¡Calma, calma! —a pesar de que la agarra como si fuera una balsa salvavidas y él estuviera a punto de hundirse.

Algunas de las vacas tienen pelucas que les cuelgan de la cabeza, y otras van medio vestidas con camisones idénticos al que llevo yo, lo que les da un aire esperpéntico. Por un momento me parece que estoy soñando. Quizá todo este día haya sido un sueño y, cuando me despierte, descubriré que sigo en casa, en la cama, la mañana de mi evaluación. Pero enseguida noto que las vacas llevan algo escrito en los costados: NO CURA. MATA. Las palabras están escritas descuidadamente, justo encima del nítido número que identifica a estos animales como destinados al matadero.

Me sube un pequeño escalofrío por el espinazo y todo comienza a encajar. Los inválidos, la gente que vive en la Tierra Salvaje, el terreno no regulado que existe entre las ciudades y pueblos reconocidos; entran cada uno o dos años clandestinamente en Portland y montan algún tipo de protesta. Un año vinieron por la noche y pintaron calaveras rojas en las casas de todos los científicos conocidos. Otro año consiguieron introducirse en la comisaría central, que coordina todas las patrullas y los turnos de guardia de la ciudad, y trasladaron los muebles a la azotea, máquinas de café incluidas. La verdad es que tuvo cierta gracia: era asombroso que hubieran accedido a la central, en teoría el edificio más seguro de la ciudad. La gente de la Tierra Salvaje no ve el amor como una enfermedad y considera la cura una mutilación cruel. De ahí el eslogan de las vacas.

Empiezo a comprender, las vacas están vestidas como nosotros, los evaluados; es como si fuéramos un puñado de reses.

Los animales se van calmando un poco. Ya no embisten, y han empezado a vagar por el laboratorio. El evaluador 1 tiene una tablilla en la mano, y la agita como si estuviera matando moscas mientras los animales dan topetazos contra la

mesa, gimiendo, mugiendo y mordisqueando los papeles desperdigados por su superficie. Cuando una vaca se apodera de una hoja de papel y la rompe con los dientes, me doy cuenta de que son las notas de mi evaluación. Menos mal. A lo mejor se las comen todas y los evaluadores olvidan que yo iba camino del desastre. Medio oculta tras la mesa, y a salvo ya, he de admitir que todo esto tiene bastante gracia.

Es entonces cuando lo oigo. Por encima de los resoplidos, las pisadas y los gritos, percibo una risa que viene de arriba, una risa baja, breve y musical, como si alguien estuviera probando unas notas en un piano.

Hay un chico en la plataforma de observación que mira riendo el caos que se muestra a sus pies.

En cuanto alzo la vista, sus ojos se clavan en mí. Me quedo sin aire y todo se congela por un instante, como si le estuviera mirando a través de la lente de mi cámara, con el *zoom* a tope; como si el mundo se detuviera en ese breve lapso de tiempo, entre la apertura y el cierre del obturador.

Su cabello es castaño dorado, como las hojas en otoño justo cuando cambian de color, y tiene los ojos ambarinos y brillantes. En cuanto le veo, sé que es uno de los responsables de lo ocurrido. Sé que viene de la Tierra Salvaje, sé que es un inválido. El miedo me atenaza el estómago y abro la boca para gritar algo, no sé exactamente qué, pero justo en ese momento él mueve la cabeza ligerísimamente en un gesto de negación y ya no puedo emitir ningún sonido. Y entonces hace algo absoluta y totalmente impensable.

Me guiña un ojo.

Por fin salta la alarma. Suena tan fuerte que tengo que taparme los oídos con las manos. Compruebo si los evaluadores lo han visto, pero siguen haciendo su número de baile sobre la mesa y, cuando alzo de nuevo la mirada, ya no está.

Si pisas raya, tu madre estalla; si pisas cruz, te quedas sin luz; si pisas un palo, te pasa algo malo. Mira donde pisas, o morirás deprisa.

Canción popular infantil (para comba o palmas)

Esa noche vuelvo a tener el sueño.

Me encuentro al borde de un gran acantilado blanco de arena. El terreno es inestable. El saliente sobre el que estoy comienza a desmoronarse, se desprenden cada vez más pedazos que van cayendo a miles de metros por debajo de mí, hasta el océano que rompe y golpea con tal fuerza que parece un enorme guiso espumoso, todo crestas blancas y oleadas de agua. Me da pánico la idea de caerme, pero por algún motivo no puedo moverme ni alejarme del borde del precipicio, incluso cuando siento que el suelo se desliza debajo de mí, millones de moléculas que se recolocan en el espacio para convertirse en viento. Voy a caer en cualquier momento.

Y justo antes de saber que no tengo nada más que aire bajo los pies, que voy a caer irremediabilmente al agua envuelta en el aullido del viento, las olas que baten allá abajo se detienen y se abren por un momento, y veo el rostro de mi madre, pálido, hinchado, con manchas azules, flotando bajo la superficie. Sus ojos están abiertos, y sus labios separados como si estuviera gritando. Tiene los brazos extendidos a los costados, y se mueve con la corriente como si esperara para abrazarme.

Ahí es cuando me despierto. Ahí es cuando me despierto cada vez.

La almohada está húmeda y me pica la garganta. He llorado en sueños. Gracie está acurrucada junto a mí, con una mejilla apretada contra la sábana, mientras su boca se mueve una y otra vez sin emitir ningún sonido. Siempre se mete en la cama conmigo cuando tengo ese sueño. De alguna manera ella lo percibe.

Le aparto el cabello de la cara y retiro de sus hombros las sábanas empapadas en sudor. Me va a doler dejarla cuando me vaya. Nuestros secretos nos han acercado y nos han unido. Ella es la única que sabe de la frialdad, ese sentimiento que me viene a veces cuando estoy en cama, un sentimiento negro y vacío que me quita el aliento y me deja jadeando como si me acabaran de tirar al agua helada. En noches así, aunque está mal y es ilegal, pienso en aquellas palabras extrañas y terribles « Te amo », y me pregunto qué sabor tendrían en mi

boca, intento recordar su ritmo cadencioso en la voz de mi madre.

Y por supuesto, guardo el secreto de Gracie. Soy la única que sabe que no es tonta ni retrasada; no le pasa nada en absoluto. Soy la única que la ha oído hablar alguna vez. Una de las noches que vino a dormir a mi cama, me desperté muy temprano, apenas cuando empezaba a clarear. Ella estaba a mi lado. Ahogaba su llanto contra la almohada y repetía lo mismo una y otra vez tapándose la boca con las mantas; apenas podía oírla: «Mamá, mamá, mamá». Era como si estuviera intentando acabar con la palabra a mordiscos, como si la asfixiara en el sueño. La tomé entre mis brazos y apreté y después de lo que me parecieron horas, se agotó de repetirla y volvió a caer dormida, con la cara caliente e hinchada por las lágrimas. Poco a poco, la tensión de su cuerpo se fue relajando.

Esa es la verdadera razón por la que no habla. El resto de sus palabras están acumuladas en esa palabra única y acechante, que sigue despertando un eco en los rincones oscuros de su memoria.

Mamá.

Lo sé. Lo recuerdo.

Me incorporo y observo cómo la luz va adueñándose de las paredes, aguzo el oído para escuchar los gritos de las gaviotas, bebo un trago del vaso de agua que tengo junto a la cama. Estamos a dos de junio. Faltan noventa y dos días.

Deseo por Gracie, que la cura pudiera hacerse antes. Me consuelo pensando que algún día a ella también le harán la operación. Algún día la salvarán, y el pasado y todo su dolor se volverán tan suaves y agradables como la papilla con que alimentamos a nuestros bebés.

Algún día, todos seremos salvados.

Al día siguiente, cuando consigo salir de la cama y bajar a desayunar, siento como si tuviera arena en los ojos. Ya se ha hecho pública la versión oficial del incidente en los laboratorios. Carol mantiene bajo el volumen de nuestra pequeña tele mientras prepara el desayuno, y el murmullo de los presentadores casi me hace dormirme de nuevo. «Ayer, un camión de ganado destinado al matadero se confundió con un cargamento de productos farmacéuticos, dando lugar al inaudito y divertido caos que pueden ver en su pantalla». Lo que se ve en la pantalla: enfermeras que chillan y golpean con tablitas a vacas que mugen.

No tiene ningún sentido, pero mientras nadie mencione a los inválidos, todos contentos. Se supone que no sabemos nada de ellos. Se supone que ni siquiera existen; en teoría, toda la gente que vivía en la Tierra Salvaje fue exterminada hace medio siglo, durante la gran campaña de bombardeo.

Hace cincuenta años, el gobierno cerró las fronteras de Estados Unidos. El país está vigilado constantemente por personal militar. Nadie puede entrar. Nadie sale. Cada comunidad aprobada y sancionada debe estar también rodeada por

una frontera, esa es la ley, y todo viaje entre comunidades requiere la aprobación oficial por escrito del gobierno municipal, que debe obtenerse con seis meses de antelación. Es para nuestra protección. *Seguridad, inviolabilidad, comunidad*. Ese es el lema de nuestro país.

En general, se puede decir que ha sido un éxito. No hemos sufrido ninguna guerra desde que se cerró la frontera y casi no hay delitos, apenas incidentes aislados de vandalismo o hurtos menores. Ya no hay odio en Estados Unidos, al menos entre los curados. Solamente casos esporádicos de desapego, pero toda intervención quirúrgica conlleva un riesgo.

Sin embargo, hasta ahora el gobierno no ha conseguido librar al país de los inválidos, y ellos constituyen el único fallo de la administración pública y del sistema en general. Así que no se habla de ellos. Fingimos que la Tierra Salvaje, y la gente que vive allí, ni siquiera existe. Es raro incluso oír esa palabra, a menos que desaparezca alguien sospechoso de ser simpatizante, o que descubra que una joven pareja contaminada ha huido antes de la intervención.

Pero hay otra noticia buena de verdad: todas las evaluaciones de ayer han sido inválidas. A cada uno de nosotros se le asignará una nueva fecha, lo que significa que tengo una segunda oportunidad. Esta vez, juro que no lo voy a echar a perder. Me siento completamente estúpida por lo tonta que fui en los laboratorios. Sentada a la mesa de desayuno, todo parece tan limpio, brillante y normal —las tazas azules desportilladas llenas de café, el pitido irregular del microondas (uno de los pocos aparatos eléctricos, aparte de las luces, que Carol nos permite usar)— que lo de ayer parece un sueño largo y extraño. Es un milagro, la verdad, que un puñado de inválidos fanáticos decidieran provocar una estampida en el preciso momento en que yo lanzaba por la borda la prueba más importante de toda mi vida. No sé lo que me pasó. Recuerdo a Gafas enseñando los dientes y ese momento en que oígo a mi boca decir: «Gris», y me estremezco. «Estúpida, estúpida».

De pronto me doy cuenta de que Jenny me está hablando.

—¿Qué?

Parpadeo para enfocar y la veo. Me fijo en sus manos mientras corta con precisión la tostada en cuartos.

—Que digo que qué te pasa —adelante y atrás, adelante y atrás..., el cuchillo resuena contra el borde del plato—. Parece como si estuvieras a punto de potar o algo así.

—Jenny —la reprende Carol, que está en el fregadero lavando los platos—. No hables así mientras tu tío desayuna.

—Estoy bien —separo un trozo de tostada, lo deslizo sobre la barra de mantequilla que se funde en mitad de la mesa y me fuerzo a comer. Lo último que necesito es uno de esos interrogatorios familiares—. Solo cansada.

Carol se vuelve hacia mí. Su cara siempre me ha recordado a la de una

muñeca. Incluso cuando habla, hasta cuando está irritada o feliz o confundida, su expresión permanece extrañamente inmóvil.

—¿No has podido dormir?;

—Sí, he dormido —contesto—. Solo que he tenido pesadillas, eso es todo.

Al otro extremo de la mesa, el tío alza la cabeza del periódico.

—¡Anda!, ¿sabes qué? Me lo acabas de recordar. Yo también tuve un sueño la noche pasada.

Carol arquea las cejas y hasta Jenny parece interesada. Es extremadamente raro que la gente curada sueñe. La tía me dijo una vez que, en las escasas ocasiones en que le ha ocurrido, sus sueños están llenos de platos: pilas y pilas que se alzan hasta el cielo; ellas las escala, una a una, impulsándose hacia las nubes, intentando alcanzar la cima. Pero nunca terminan, se extienden hasta el infinito. Y, por lo que yo sé, mi hermana Rachel ya no sueña nunca.

William sonríe.

—Soñé que estaba sellando la ventana del baño. Carol, ¿recuerdas que el otro día comenté que entraba corriente? Bueno pues yo colocaba la masilla, pero en cuanto terminaba se caía, como si fuera nieve, así que entraba el aire y me tocaba volver a empezar desde el principio. Y así una vez y otra, durante horas, o eso me parecía.

—¡Qué raro! —comenta la tía sonriendo, mientras trae a la mesa un plato de huevos fritos.

Están muy poco hechos, como le gustan a mi tío, y sus yemas tiemblan como bailarinas de hula-hop, manchadas de aceite. Se me revuelve el estómago.

—Con razón me siento tan cansado esta mañana. Me ha pasado toda la noche haciendo bricolaje —dice William.

Todo el mundo se ríe menos yo. Doy otro bocado a la tostada, preguntándome si soñar alguna vez cuando esté curada.

Espero que no.

Este año es el primero desde sexto en que no comparto ni una sola asignatura con Hana, así que no la veo hasta después de clase, cuando nos juntamos en el vestuario para ir a correr aunque la temporada de cross terminó hace un par de semanas. (Cuando el equipo fue a los campeonatos regionales era solo la tercera vez que yo salía de Portland, y aunque apenas nos alejamos sesenta kilómetros por la desolada y gris autopista municipal, casi no podía tragar, de lo agitadas que estaban las mariposas en mi garganta). Sin embargo, Hana y yo procuramos correr todo lo posible, incluso durante las vacaciones escolares.

Empecé a correr cuando tenía seis años, después del suicidio de mi madre. La primera vez que corrí un kilómetro entero fue el día de su funeral. Me habían dicho que me quedara arriba con mis primas mientras mi tía ordenaba la casa para el velatorio y preparaba toda la comida. Marcia y Rachel tenían que arreglarme a mí, pero mientras me vestían se pusieron a discutir por algo y

dejaron de prestarme atención. Así que me fui abajo, con el vestido abrochado solo hasta la mitad de la espalda, a pedirle ayuda a la tía. La señora Eisner, la vecina de mi tía en aquel momento, estaba allí. Cuando entré en la cocina, estaba hablando:

—Es horrible, claro. Pero de todas maneras no había esperanza para ella. Es mucho mejor así. Y mucho mejor para Lena también. ¿Quién quiere una madre como esa?

Se suponía que yo no debía oírlo. La señora Eisner sofocó un grito cuando me vio, su boca se cerró de inmediato, como un corcho que volviera de golpe a la botella. Mi tía se quedó rígida y, en ese instante, fue como si presente y futuro se superpusieran en un solo punto y entendí que esto —la cocina, los impolutos suelos de linóleo color crema, las luces deslumbrantes, la montaña de gelatina verde que reposaba en la encimera— era todo lo que me quedaba ahora que mi madre se había ido.

De pronto quise salir de allí. No soportaba estar en la cocina de mi tía, que ahora iba a ser mi cocina. No podía ver la gelatina. Mi madre odiaba la gelatina. Sentí un horrible picor en todo el cuerpo, como si miles de mosquitos circularan por mi sangre mordiéndome por dentro, urgiéndome a gritar, a saltar, retorcerme.

Sali corriendo.

Cuando entro, Hana está atándose las zapatillas con el pie sobre un banco. Mi horrible secreto es que, en parte, me gusta que quedemos a correr porque, por nimio que parezca, es lo único que hago algo mejor que ella. Pero eso no lo admitiría en voz alta ni en un millón de años.

Se me acerca y me agarra del brazo sin darme tiempo a soltar la bolsa siquiera.

—¡No te lo vas a creer! —dice mientras hace esfuerzos por no reírse. Sus ojos son ahora un molinillo de colores, azul, verde, oro, que brillan como siempre que está entusiasmada por algo—. Han sido los inválidos, está claro. Al menos, eso es lo que dice todo el mundo.

Estamos solas en el vestuario, pues ha terminado la temporada de los deportes de equipo, pero instintivamente vuelvo la cabeza cuando escucho esa palabra.

—Baja la voz.

Se aparta un poco, colocándose el pelo sobre el hombro.

—Relájate. Lo tengo controlado. He comprobado hasta los cuartos de baño. Todo despejado.

Abro la taquilla que he tenido durante los diez años que llevo en Saint Anne. En el fondo hay una capa de envolturas de chicle, papeles rotos y clips sueltos, y encima de todo eso, mi pequeño montón de ropa de correr, dos pares de zapatillas, la camiseta del equipo de cross, unos cuantos desodorantes a medio usar, suavizante y colonia. En menos de dos semanas, me graduaré y nunca

volveré a ver el interior de este armario; por un momento, me invade la tristeza. Suena asqueroso, lo sé, pero la verdad es que siempre me ha gustado el olor de los gimnasios: el desinfectante, el desodorante, los balones de fútbol y hasta el persistente olor a sudor. Me resulta reconfortante. Es raro cómo funciona la vida. Deseas algo y tienes que esperar y esperar, y sientes que no llega nunca. Luego sucede y se va, y todo lo que deseas es acurrucarte una vez más en el instante anterior a que cambiaran las cosas.

—Además, ¿quién es todo el mundo? Las noticias dicen que fue solo un error, un problema con el transporte o algo así.

Siento la necesidad de repetir la versión oficial, aunque estoy tan segura como Hana de que es una bola como un piano.

Ella se sienta a horcajadas en el banco, mirándose. Como de costumbre, pasa totalmente de la vergüenza que me da que me vean medio desnuda.

—No seas tonta. Si lo han dicho en las noticias, no puede ser verdad. Además, ¿quién puede confundir una vaca y una caja de medicinas? No es tan difícil distinguirlas.

Me encojo de hombros. Evidentemente, tiene razón. Sigue mirándose, así que me vuelvo un poco. Nunca me he sentido cómoda con mi cuerpo, a diferencia de Hana y otras chicas de la escuela. Nunca he conseguido superar la desagradable sensación de que estoy hecha de partes que no acaban de encajar en su lugar. Como si fuera un boceto realizado por un artista aficionado. De lejos está bien, pero cuando te acercas y te fijas, se ven muy claramente los borrones y los fallos.

Hana lanza una pierna hacia fuera y empieza a estirar, resistiéndose a dejar el tema. Es la persona más obsesionada con la Tierra Salvaje que conozco.

—Si lo piensas, es realmente asombroso. La planificación y todo eso. Habrán hecho falta por lo menos cuatro a cinco personas quizá más, para organizarlo todo.

Me acuerdo brevemente del chico que vi en la plataforma de observación, de su reluciente cabello dorado, de cómo echaba la cabeza hacia atrás al reírse. No le he hablado a nadie de él, ni siquiera a Hana, y ahora pienso que debería haberlo hecho.

Ella continúa hablando:

—Alguien tenía que tener los códigos de seguridad. Tal vez un simpatizante.

Se oye el ruido de una puerta que golpea en la entrada de los vestuarios; nos sobresaltamos y nos miramos con los ojos muy abiertos. Se oyen pasos rápidos. Tras algunos segundos de vacilación, Hana se lanza sin dificultad a hablar de un tema inofensivo: el color de las togas de la graduación, naranja este año. En ese preciso momento, la señora Johanson, la directora deportiva, aparece por detrás de las taquillas, balanceando el silbato que lleva enrollado en un dedo.

—Por lo menos no son marrones, como las de la Preparatoria Fielston —

comento, aunque apenas escucho a Hana.

Me palpita el corazón. Sigo pensando en el chico de ayer y en si la Johanson nos habrá oído mencionar la palabra *simpatizante*. Hace un gesto de asentimiento cuando pasa a nuestro lado, así que no es probable.

Ha llegado a dárseme muy bien eso de decir una cosa cuando estoy pensando otra, hacer ver que presto atención cuando no lo hago, fingir que estoy tranquila y feliz cuando en realidad estoy desquiciada. Es una de las destrezas que se van perfeccionando a medida que una se hace mayor. Hay que ser consciente de que siempre hay gente escuchando lo que dices. La primera vez que usé el teléfono móvil que comparten mi tía y mi tío, me sorprendió una interferencia irregular que cortaba constantemente mi conversación con Hana. La tía me explicó que era por los sistemas de escucha del gobierno, que rastrean de forma arbitraria conversaciones telefónicas, las graban y las motorizan buscando determinadas palabras como *amor*, *inválidos* o *simpatizante*. No es que haya un objetivo concreto, todo se hace al azar, para que sea justo. Pero es casi peor así. Muy a menudo tengo la sensación de que una enorme mirada giratoria está a punto de posarse sobre mí, congelando mis malos pensamientos en su resplandor blanco.

A veces siento que hay dos yoes, uno situado directamente encima del otro: el yo superficial, que asiente cuando se supone que debe de asentir y dice lo que debe de decir; y otro, más profundo, la parte que se preocupa y sueña y dice: «Gris». Casi siempre funcionan de forma sincronizada y apenas noto la escisión, pero en ocasiones se comportan como dos personas distintas y siento que estoy a punto de romperme. Una vez se lo confesé a Rachel. Ella se limitó a sonreír y me dijo que todo iría mejor tras la operación. Después de la intervención, dijo, todo será como deslizarse suavemente, cada día será tan fácil como coser y cantar.

—Ya estoy lista —digo mientras cierro la taquilla.

Seguimos oyendo a la Señora Johanson, que arrastra los pies en el baño mientras silba. Se oye el ruido de una cisterna que se descarga. Y un grifo que se abre.

—Me toca a mí elegir la ruta —afirma Hana con los ojos brillantes, y antes de que yo pueda abrir la boca para protestar, se lanza hacia adelante y me toca en el hombro—. Tú la llevas —dice. Y así, sin más, se levanta del banco y sale corriendo hacia la puerta entre risas, y tengo que darme prisa para alcanzarla.

Ha llovido y la tormenta lo ha refrescado todo. El agua se evapora de los charcos y deja una capa de neblina brillante sobre la ciudad. Por encima de nosotras, el cielo tiene un tono azul profundo. La bahía, de un suave color plata, está en calma, y la costa parece un cinturón gigante y ceñido que la mantiene en su lugar.

No le pregunto adónde va, pero tampoco me sorprende cuando se encamina

callejeando hacia el Puerto Viejo, en la dirección del antiguo sendero que discurre a los largo de Commercial Street y llega hasta los laboratorios. Intentamos mantenernos en las calles más pequeñas para no cruzarnos con mucha gente, pero es casi imposible. Son las tres y media. Acaban de terminar las clases y la ciudad está repleta de estudiantes que vuelven a casa. Vemos algunos autobuses y uno o dos coches. Los coches se consideran amuletos de la suerte. Cuando pasan, la gente extiende la mano para rozar la capota brillante o las relucientes ventanillas, que se cubren constantemente de huellas dactilares.

Hana y yo comemos juntas, comentando los cotilleos del día. No hablamos de la chapuza de las evaluaciones de ayer, ni de los rumores sobre inválidos. Hay demasiada gente alrededor. En vez de eso, ella me cuenta su examen de Ética, y yo le cuento la pelea de Cora Dervish con Minna Wilkinson. Hablamos también de Willow Marks, que no ha venido a clase desde el miércoles pasado. Corre el rumor de que los reguladores la encontraron en el parque Deering Oaks después del toque de queda. Con un chico.

Llevamos años oyendo rumores similares sobre ella. Es la típica persona sobre la que la gente habla. Tiene el pelo rubio, pero siempre se está añadiendo reflejos con rotuladores. Recuerdo que una vez, durante una excursión a un museo en primero de Secundaria, pasamos junto a un grupo de chicos de la Preparatoria Spencer y ella comentó, tan alto que podía haberla oído cualquiera de nuestras monitoras: «Me gustaría besar en la boca a algunos de ellos». Al parecer, en décimo la pillaron con un chico y solo le pusieron una advertencia porque no mostraba síntomas de *deliria*. De vez en cuando, la gente comete errores, es biológico, es una consecuencia del mismo tipo de desequilibrios químicos y hormonales que a veces conducen al antinaturalismo: chicos que se sienten atraídos por chicos y chicas que se sienten atraídas por chicas. Estos impulsos también se anulan con la cura.

Pero esta vez, al parecer, va en serio, y Hana suelta la bomba justo cuando giramos hacia Center. El señor y la señora Marks han accedido a adelantar la fecha de operación de su hija nada menos que seis meses. ¡Se va a perder el día de la graduación!

—¿Seis meses? —repito.

Llevamos veinte minutos corriendo a buen ritmo, así que no estoy segura de si el peso de mi corazón es resultado del ejercicio o de la noticia. Siento que me falta el aliento más de lo que debería, como si tuviera a alguien sentado sobre el pecho.

—¿No es peligroso? —pregunto.

Hana vuelve la cabeza hacia la derecha, señalaron un callejón.

—Ya se ha hecho antes.

—Sí, pero no con éxito. ¿Qué pasa con los efectos secundarios? Problemas mentales, ceguera...

Hay muchas razones por las que los científicos no permiten que nadie menor de dieciocho años sea intervenido, pero la más poderosa es que no parece funcionar igual de bien. En los peores casos, puede causar todo tipo de problemas. Los especialistas manejan la hipótesis de que, antes de esa edad, el cerebro y sus recorridos neurológicos son aún demasiado plásticos; posiblemente estén todavía en proceso de formación. La verdad es que cuanto mayor seas en el momento de ser operado, mejor, pero a la mayoría de la gente se le programa la intervención lo más cerca posible de la fecha de su dieciocho cumpleaños.

—Supongo que habrán pensando que vale la pena correr el riesgo —comenta Hana—. Mejor que la alternativa, ¿sabes?; «*Deliria nerviosa de amor*. La más mortal de todas las armas mortales».

Este es el slogan que está escrito en todos los folletos de salud mental que se han escrito sobre los deliria. Hana lo repite con voz carente de entonación que me produce un nudo en el estómago. El desastre de ayer me ha hecho olvidar el comentario que hizo antes de la evaluación. Pero en este momento me acuerdo y me viene a la mente el aspecto tan raro que tenía Hana, con los ojos nublados e inescrutables.

—Venga —noto cierta tensión en los pulmones, y se me está formando un calambre en el muslo izquierdo. La única forma de superarlo es correr más rápido—. Vamos a darle un poco más fuerte, Babosa.

—¡Dale caña!

Su rostro se ilumina con una sonrisa y ambas incrementamos la velocidad. El dolor en los pulmones se hincha y florece hasta que se extiende por todas partes, desgarrando cada una de mis células y mis músculos. El calambre de la pierna me hace torcer el gesto cada vez que el talón toca el suelo. Siempre es así en los kilómetros cuatro y cinco, como si todo el estrés, la ansiedad, la irritación y el miedo se transformaran en pequeños pinchazos de aguja; entonces, apenas consigo respirar y no soy capaz de pensar en otra cosa que no sea: «No puedo. No puedo».

Y luego, igual de repentinamente, se pasa. Todo el dolor desaparece, el calambre se disipa, el puño libera mi pecho y logro respirar sin dificultad. Al momento me burbujea dentro una sensación de felicidad total, la sensación tangible del suelo bajo mis pies, la sencillez del movimiento, que explota desde mis talones empujando hacia adelante en el tiempo y en el espacio, libre, liberada. Echo un vistazo a Hana. Por su expresión puedo ver que ella también lo siente. Ha conseguido atravesar el muro.

Nota que la miro, vuelve la cabeza con la coleta rubia dibujando un arco brillante, y levanta el pulgar como signo de complicidad.

Es extraño cuando corremos, me siento más cerca que nunca de ella. Incluso cuando no hablamos, es como si hubiera una cuerda invisible que nos mantuviera atadas acompasando nuestros ritmos respectivos, nuestros brazos y piernas, como

si respondiéramos al mismo toque de tambor. Cada vez más a menudo pienso que esto, también, cambiará después de la operación. Ella se refugiará en el West End y se hará amiga de sus vecinos, más ricos y sofisticados que yo. Yo me quedaré en algún apartamento cutre de Cumberland, y no la echaré de menos ni recordaré lo que era correr a su lado. Me han advertido de que, después de mi intervención, quizá ni siquiera me guste correr. Otro efecto secundario de la cura. La gente a menudo cambia de hábitos, pierde interés por sus antiguas aficiones y por las cosas que antes les proporcionaban placer.

« Los curados, incapaces de sentir un deseo intenso, se libran así tanto del dolor recordado como del futuro» (*Manual de FSS*, «Después de la intervención», p. 132).

El mundo gira a nuestro alrededor, la gente y las calles son una larga cinta extendida de color y sonido. Pasamos por Saint Vincent, el colegio de chicos más grande de la ciudad. Media docena de chavales están fuera jugando al baloncesto, pasándose la pelota perezosamente, llamándose unos a otros. No se entiende lo que dicen: es una serie inconexa de gritos, órdenes y breves estallidos de risa; el ruido típico de los grupos de chicos, siempre que se los oye desde detrás de una esquina, desde el otro lado de la calle o desde lejos en la playa. Es como si tuvieran un lenguaje propio, y por milésima vez vuelvo a pensar en lo contenta que estoy de que las políticas de segregación nos mantengan separados la mayor parte del tiempo.

Cuando pasamos por su lado, noto una pausa momentánea, una fracción de segundo en que todos los ojos se alzan y se vuelven en nuestra dirección. Me da demasiada vergüenza mirar. Todo mi cuerpo se pone al rojo vivo, como si me hubiera metido de cabeza en un horno. Pero un instante después, noto que sus miradas pasan por encima de mí para detenerse en Hana. Su cabello rubio resplandece a mi lado como una moneda al sol.

El dolor va volviendo a mis piernas y se concreta en una fuerte sensación de pesadez, pero me obligo a seguir mientras doblamos la esquina de Commercial Street y dejamos atrás el colegio. Noto que Hana hace un esfuerzo por mantenerse a mi altura.

—Te echo una carrera —digo en un jadeo mientras me vuelvo hacia ella.

Pero cuando se abalanza impulsándose con los brazos y casi me adelanta, yo bajo la cabeza y muevo las piernas lo más rápido que puedo tratando de que me entre aire en los pulmones, que luchan contra el grito de los músculos y se encogen hasta hacerse del tamaño de un guisante. La negrura mordisquea los bordes de mi campo de visión y lo único que puedo ver es la alambrada de tela metálica que se alza de pronto ante nosotras bloqueándonos el paso. En ese momento, extendiendo la pierna y le doy un golpe tan fuerte que la hago temblar.

—¡He ganado! —grito dándome la vuelta.

Hana llega un segundo después, intentando recuperar el aliento. Ambas nos

reímos, nos entra hipo y respiramos a grandes bocanadas mientras caminamos en círculos, intentando recuperarnos.

Cuando por fin puede volver a respirar con normalidad, Hana se endereza riendo.

—Te he dejado ganar —bromea como siempre. Yo le echo grava con el pie, pero ella la esquivo y prosigue—: ¡Que no se te olvide!

El pelo se me ha salido de la coleta y lo saco de la goma, bajando la cabeza para que me dé el viento en el cuello. Me cae el sudor a los ojos. Escuece.

—Te queda bien ese *look*.

Hana me empuja suavemente y yo tropiezo hacia un lado, al tiempo que levanto la cabeza para devolverle el golpe.

Ella me esquivo. Hay un hueco en la alambrada que marca el comienzo de una estrecha vía de servicio. Está bloqueada con una cancela baja de metal. Hana la salta y me hace un gesto para que la siga. La verdad es que no me había dado cuenta de dónde estábamos. El sendero discurre por un aparcamiento, un bosque de contenedores industriales de basura y naves de almacenamiento: Más allá se ve una fila de edificios cuadrados blancos como dientes gigantes, que me resulta familiar. Esta debe ser una de las entradas laterales al complejo de los laboratorios. Ahora veo que la verja está coronada de alambre con letreros que dicen: PROPIEDAD PRIVADA, PROHIBIDO EL PASO, SOLO PERSONAL AUTORIZADO.

—Me parece que no debemos —empiezo a decir, pero Hana me corta.

—¡Venga! —me grita—. ¡Atrévete!

Hago un rápido recorrido visual por el aparcamiento que está más allá de la puerta y por el camino a nuestra espalda. No hay nadie. En la garita que está justo al otro lado de la entrada tampoco hay guardia. Me inclino y miro dentro: un bocadillo a medio comer apoyado en papel encerado y un montón de libros apilados en desorden sobre una mesa pequeña. Junto a ellos, una vieja radio que interrumpe el silencio con chisporroteos de interferencias y fragmentos de música. No veo cámaras de seguridad, aunque seguro que hay alguna. Todos los edificios gubernamentales están vigilados. Vacilo un segundo más, luego paso por encima de la verja y alcanzo a Hana. Sus ojos brillan de excitación y me doy cuenta de que este era su plan, este era su destino desde el principio.

—Así debieron de entrar los inválidos —comenta jadeando apresuradamente, como si lleváramos todo el rato hablando del drama de ayer—. ¿No crees?

—No parece demasiado difícil.

Intento que mi voz suene natural, pero todo el asunto me inquieta: la vía de servicio y el aparcamiento desiertos brillando al sol, los contenedores azules y los cables eléctricos que zigzaguean por el cielo, los blancos y relucientes tejados inclinados de los laboratorios. Todo está en silencio y muy tranquilo, casi congelado, como están las cosas en un sueño o justo antes de una gran tormenta.

No quiero decírselo a Hana, pero daría casi cualquier cosa por volver al Puerto Viejo, al complicado nido de calles y tiendas conocidas.

Aunque no hay nadie, me da la impresión de que nos vigilan. Es peor que la sensación habitual de ser observada en la escuela, en la calle e incluso en casa, midiendo lo que uno dice y hace, esa sensación de ahogo y bloqueo a la que todo el mundo acaba acostumbrándose.

—Sí—Hana le da un puntapié al camino de tierra. Se levanta una columna de polvo que se asienta lentamente—. Bastante cutre la seguridad para una instalación médica.

—Sería bastante cutre hasta para un minizoo.

—Me molesta que digas eso.

La voz viene de atrás, y Hana y yo nos sobresaltamos.

Me vuelvo. El mundo parece detenerse un instante.

A nuestra espalda hay un chico con los brazos cruzados y la cabeza ladeada. Un chico con la piel color caramelo y el pelo castaño dorado, como hojas de otoño que se preparan para caer del árbol.

Es él. Es el chico de ayer, el de la terraza de observación. El inválido.

Solo que no es uno de los inválidos, evidentemente. Lleva una camisa azul de manga corta con vaqueros, y una identificación gubernamental plastificada sujeta al cuello de la camisa.

—Me voy dos minutos para rellenarla —señala la botella de agua que lleva—, vuelvo y me encuentro un allanamiento en toda regla.

Me siento tan confundida que no puedo moverme, ni hablar ni hacer nada. Hana debe de pensar que estoy asustada, porque interviene rápidamente:

—No es un allanamiento. No estábamos haciendo nada. Solo estábamos corriendo y... eh, nos hemos perdido.

El chico cruza los brazos sobre el pecho, balanceándose sobre los talones.

—No habéis visto los letreros de fuera, ¿no? ¿Los que dicen «Prohibido el paso», «Solo Personal Autorizado»?

Hana aparta la mirada. Ella también está nerviosa. Lo noto. Tiene mil veces más confianza en sí misma de la que tengo yo, pero ninguna de las dos está acostumbrada a entrar en un lugar prohibido, donde cualquiera pueda vernos, ni a hablar con un chico, un chico que encima es guardia. Incluso Hana se da cuenta de que el guardia en cuestión tiene elementos más que suficientes para detenernos.

—Debe de ser que no los hemos visto —musita.

—Ajá —dice él arqueando las cejas. Está claro que no nos cree, pero al menos no parece enfadado—. Pasan bastante desapercibidos. Solo hay unas cuantas docenas. Está claro que es fácil no darse cuenta.

Aparta la vista por un segundo, entrecerrando los ojos y me da la sensación de que está haciendo esfuerzos para no reírse. No se parece a ningún otro

guardia, al menos no a los típicos que se ven en la frontera y por toda la ciudad: gordos, viejos y ceñudos. Pienso en lo segura que estaba ayer de que venía de la Tierra Salvaje, la certeza tangible que sentí en el fondo de mi corazón.

Obviamente estaba equivocada. Cuando vuelve la cabeza veo la señal inconfundible de un curado: la marca de la operación, una cicatriz con tres patas justo detrás del oído izquierdo. Los científicos insertan ahí una aguja especial de tres puntas que se usa exclusivamente para inmovilizar al paciente de modo que se le pueda efectuar la cura. La gente presume de sus cicatrices como si fueran medallas al valor: casi no se ven personas curadas con el pelo largo, y las mujeres que no se lo cortan del todo, procuran llevarlo recogido.

Se me quita el miedo. Hablar con un curado no es ilegal. No se aplican las reglas de segregación.

No estoy segura de si me ha reconocido o no. Si lo ha hecho, no lo manifiesta. No puedo soportarlo más.

—Tú... yo te vi a ti —exploto, pero no soy capaz de completar la frase: «Yo te vi ayer».

«Tú me guiñaste el ojo».

Hana parece sorprendida.

—¿Ya os conocéis?

Me mira sorprendida. Sabe que yo jamás he intercambiado más de dos palabras con un chico: un escueto «disculpa» por la calle o un breve «perdón por haberte pisado» cuando tropiezo con alguien. Se supone que las chicas no debemos tener más que un mínimo contacto con chicos incurados que no sean de nuestra familia. Incluso cuando están curados, casi no hay necesidad o excusa para ello, a menos que se trate de un médico, un maestro o alguien así.

Él se vuelve a mirarme. Su rostro tiene un aspecto totalmente sereno y profesional, pero podría jurar que veo un destello en sus ojos, una mirada de diversión o de placer.

—No —contesta suavemente—. Nunca nos hemos visto. Estoy seguro de que me acordaría.

Vuelve ese brillo a sus ojos. ¿Se está riendo de mí?

—Yo me llamo Hana —dice Hana—. Y ella es Lena.

Me da un codazo. Sé que debo de parecer un pez, ahí de pie con la boca abierta, pero me siento demasiado indignada para hablar. Está mintiendo. Sé que es el chico que vi ayer, me apuesto el cuello.

—Yo soy Álex. Encantado —mantiene sus ojos en mí mientras Hana y él se estrechan la mano; luego me la ofrece—. Lena —comenta pensativamente—, nunca había oído ese nombre.

Yo vacilo. Estrechar la mano de alguien siempre me hace sentir torpe, como si estuviera jugando a disfrazarme con ropas de adulto que me quedan demasiado grandes. Además, nunca he tocado a un desconocido. Pero él sigue

ahí con la mano extendida, así que un segundo después alargó la mía y se la estrecho. En el momento en que nos tocamos, siento una descarga eléctrica y me retiro rápidamente.

—Es una abreviación de Magdalena —explico.

—Magdalena —Álex inclina levemente la cabeza hacia atrás, mirándome con los ojos entrecerrados—. Bonito nombre.

Me distrae por un momento la forma en que pronuncia mi nombre. En sus labios suena musical, no desmañado y anguloso como siempre lo han hecho sonar los maestros. Sus ojos son de un color ambarino cálido, y cuando le miro me llega el recuerdo repentino y centelleante de mi madre echando sirope sobre un montón de tortitas. Aparto la mirada: me siento avergonzada, como si de algún modo él fuera el responsable de desenterrar ese recuerdo, como si hubiera extendido su mano hasta mi interior y me lo hubiera arrancado. La vergüenza me hace sentir enfadada y continuo:

—Yo sí te conozco. Ayer te vi en los laboratorios. Estabas en la plataforma de observación, mirando, mirándolo todo.

De nuevo, me falta el valor y no puntualizo: « Mirándome a mí ».

Noto que Hana clava los ojos en mí, pero la ignoro. Debe de estar furiosa porque no le he contado nada de todo esto.

La expresión de Álex sigue inmutable. No pestaña y no deja de sonreír ni siquiera durante una fracción de segundo.

—Supongo que me has confundido con otra persona. A los guardias no se les permite la entrada en los laboratorios durante las evaluaciones. Y menos a los que trabajamos a tiempo parcial.

Durante un segundo más nos quedamos así, mirándonos el uno al otro. Ahora sé que está mintiendo, y esa sonrisa espontánea y perezosa me da ganas de extender la mano y darle una bofetada. Aprieto los puños y respiro hondo, obligándome a mantener la calma. No soy una persona violenta. No sé por qué estoy tan indignada.

Hana interviene, rompiendo la tensión:

—¿Así que eso es todo? ¿Un guardia a tiempo parcial y algunos letreros de « Prohibido el paso » ?

Álex sigue mirándome medio segundo más. Luego se vuelve hacia Hana como si la viera por primera vez;

—¿A qué te refieres?

—Yo pensaba que los laboratorios estarían mejor protegidos, eso es todo. Da la sensación de que no sería demasiado difícil allanar este lugar.

Álex arquea las cejas.

—¿Estás pensando en intentarlo?

Hana se queda inmóvil y a mí se me hiela la sangre. Ha ido demasiado lejos. Si Álex nos denuncia como posibles simpatizantes o como alborotadoras, o como

lo que sea, nos esperan meses y meses de ser vigiladas e investigadas. Y ya nos podemos despedir de nuestra oportunidad de aprobar la evaluación con notas decentes. Visualizo una vida entera sintiendo náuseas al observar cómo Andrew Marcus se saca mocos de la nariz con la uña del pulgar.

Álex debe de notar nuestro miedo, porque alza las manos.

—Tranquilas, estaba bromeando. No parecéis precisamente terroristas.

Entonces me doy cuenta de lo ridículas que debemos de estar con los pantalones cortos de correr, las camisetas sudadas y las zapatillas neón. Bueno, por lo menos yo; Hana parece una modelo de ropa deportiva. Una vez más, noto que me voy a sonrojar y siento una ataque de irritación. No me extraña que los reguladores decidieran que había que mantener separados a chicos y chicas. Habría sido una pesadilla esta mezcla permanente de sentimientos: enfadada y cohibida, confusa e irritada.

—En cualquier caso, esta es solo la zona de descarga para mercancías y esas cosas —Álex señala más allá de la línea de naves de almacenamiento—. La seguridad de verdad empieza más cerca de las instalaciones. Guardias a tiempo completo, cámaras, vallas electrificadas. De todo.

Hana no me mira, pero cuando habla puedo oír la excitación en su voz.

—¿La zona de descarga? O sea, ¿dónde llegan los pedidos?

Empiezo a rezar mentalmente: « No menciones a los inválidos» .

—Eso es.

Hana baila en el sitio, desplazando el peso desde atrás hacia delante. Yo intento lanzarle una mirada de advertencia, pero ella evita mis ojos.

—Entonces, ¿aquí es donde llegan los camiones? ¿Con equipo médico y... otras cosas?

—Exactamente.

Una vez más tengo la sensación de que hay un destello en lo profundo de sus ojos, aunque el resto de su cara permanece totalmente natural. No confío en él, pienso, y de nuevo me pregunto por qué habrá mentido sobre su presencia ayer en los laboratorios. Quizá es solo porque está prohibido, como ha dicho. Tal vez se estaba riendo en lugar de intentar ayudar.

Y, por otro lado, puede que realmente no me recuerde. Solo nos miramos unos segundos, y estoy segura de que para él yo no fui más que una cara indistinta, del montón, fácil de olvidar. No tengo una cara bonita. Ni fea tampoco. Simplemente normal, como otras mil caras que puedes ver por la calle.

Él, por el contrario, no es en absoluto del montón. Es una locura que yo esté hablando abiertamente con un muchacho desconocido, aunque esté curado. La cabeza me da vueltas, pero mi vista adquiere una agudeza extraordinaria, así que me fijo en todo con gran detalle. Observo la forma en que un mechón de pelo se riza en torno a su cicatriz, como si fuera un marco; noto sus manos anchas y morenas, la blancura de sus dientes y la perfecta simetría de su rostro. Sus

vaqueros están gastados y los lleva por las caderas, sujetos con un cinturón; los cordones de sus zapatillas son de color azul tinta, muy raros, como si los hubiera pintado con rotulador.

¿Cuántos años tendrá? Parece de mi edad, pero debe de ser algo mayor, quizá diecinueve. Me pregunto también —un pensamiento breve, pasajero— si ya habrá sido emparejado. Por supuesto que lo habrán emparejado.

Me he quedado mirándolo sin querer y de repente él se vuelve hacia mí. Yo bajo los ojos, sintiendo un terror rápido e irracional a que haya leído el pensamiento.

—Me encantaría echar un vistazo —suelta Hana sin demasiada sutileza. Yo le doy un pellizco cuando Álex se vuelve y ella pega un respingo y me mira con aire culpable. Al menos no le está sometiendo a un cuestionario de tercer grado sobre lo que sucedió ayer; eso sí que nos llevaría directas a la cárcel o, al menos a un interrogatorio exhaustivo.

Álex lanza la botella de agua al aire y la recoge con la misma mano.

—No hay nada que ver, creedme. A menos que os guste los desechos industriales. De eso si hay bastantes por aquí —hace un signo con la cabeza indicando los contenedores—. Ah, y la mejor vista de la bahía que se puede encontrar en toda la ciudad. Eso también lo tenemos.

—¿De veras? —Hana arruga la nariz, distraída por un momento de su misión detectivesca.

Álex asiente, lanza la botella de nuevo y la recoge. Cuando el recipiente recorre el aire formando un arco, el sol parpadea a través del agua como el destello de una joya.

—Eso sí os lo puedo enseñar —dice—. Venid.

Todo lo que quiero es salir de aquí, pero Hana se me adelanta.

—¡Claro! —dice.

La sigo con desgana, maldiciendo en silencio su curiosidad y su obsesión por todo lo relativo a los inválidos, prometiéndome no dejar que elija la ruta para correr nunca más. Álex y ella van delante, y me llegan fragmentos aislados de su conversación; él cuenta que va a la universidad, pero no pillo lo que estudia; Hana le responde que nosotras estamos a punto de terminar el instituto. Él comenta que tiene diecinueve años; ella que las dos cumpliremos dieciocho dentro de unos meses. Por suerte, evita hablar del altercado en las evaluaciones de ayer.

La vía de servicio conecta con otro sendero más estrecho que discurre paralelo a la calle Fore, pero cortando por la empinada colina hacia el paseo marítimo. Pasamos junto a largas naves metálicas de almacenamiento. El sol está alto y cae de plano, sin misericordia. Tengo una sed enorme, pero cuando Álex se vuelve y me ofrece un trago de su botella le digo que no, aunque demasiado rápido y demasiado alto. La idea de poner mi boca donde ha estado la

suya me hace sentir ansiedad otra vez.

Cuando llegamos a la cima de la colina, jadeando un poco por el ascenso, la bahía se despliega a nuestra derecha como un mapa gigantesco, un mundo brillante y reluciente de azules y verdes. Hana sofoca un grito. Es realmente una vista muy hermosa, perfecta y sin obstáculos. El cielo está lleno de orondas nubes blancas que me recuerdan a almohadas de plumas. Las gaviotas describen arcos perezosos sobre el agua, trayectorias de pájaros que se forman y se deshacen en el cielo.

Hana se adelanta unos metros.

—Es sensacional. Precioso, ¿no? A pesar del tiempo que llevo viviendo aquí, sigo sin acostumbrarme —se vuelve a mirarme—. Creo que esta es mi vista favorita del océano; en mitad de la tarde, un día soleado y luminoso. Es como una fotografía, ¿no te parece, Lena?

Estoy absolutamente relajada, disfrutando del viento que sopla en lo alto de la colina, ese viento que me roza los brazos y las piernas y me produce una sensación fresca y agradable.

La bahía está preciosa y el sol parpadea como un ojo en lo alto. Casi se me ha olvidado que Álex está aquí. Se ha quedado rezagado justo detrás de nosotras; desde que hemos llegado a la cima, no ha dicho ni una palabra. Por eso, casi salgo volando del susto cuando se inclina hacia delante y me susurra una sola palabra al oído: « Gris ».

—¿Cómo?

Me doy la vuelta, con el corazón en un puño. Hana se ha vuelto a mirar el agua y sigue diciendo que le gustaría tener aquí su cámara y que nunca se tiene lo que se necesita de verdad. Álex está inclinado hacia mí, tan cerca que puedo ver cada una de sus pestañas, como pinceladas perfectas en un retrato sobre lienzo; en este momento, sus ojos bailan literalmente con la luz, resplandeciendo como si estuvieran en llamas.

—¿Qué has dicho? —repito en una especie de graznido susurrado.

Se acerca un poco más y es como si las llamas saltaran de sus ojos y le prendieran fuego a todo mi cuerpo. Nunca antes había estado tan cerca de un chico. Siento como si me quisiera desmayar y echar a correr al mismo tiempo. Pero no puedo moverme.

—He dicho que prefiero el océano cuando está gris. No exactamente gris. Un color pálido, indefinido. Lo relaciono con la esperanza de que suceda algo bueno.

Se acuerda. Estaba allí. El suelo desaparece bajo mis pies, como lo hace en el sueño sobre mi madre. Lo único que puedo ver son sus ojos, las formas cambiantes de sombra y luz que giran en ellos.

—Has mentido —consigo decir—. ¿Por qué has mentido?

No me contesta. Se aparta un poco y continúa hablando.

—Claro que es incluso más bello al atardecer. Sobre las ocho y media es

como si el sol estuviera ardiendo, especialmente en la ensenada de Back Cove. Deberías verlo —hace una pausa y, aunque habla bajo y con tono natural, me parece que quiere decirme algo importante—. Esta noche, probablemente va a ser alucinante.

Mi cerebro se pone en marcha con dificultad, procesa lentamente sus palabras, la forma en que hace hincapié en ciertos detalles. Luego, todo encaja: me ha dado un lugar y una hora. Me está diciendo que me reúna con él.

—¿Me estás pidiendo que...? —empiezo a decir, pero justo en ese momento, Hana se vuelve hacia mí y me coge del brazo.

—¡Se hace tarde! —exclama riendo—. Son más de las cinco. Tenemos que irnos.

Me arrastra hacia atrás sin darme tiempo a responder ni a protestar. Cuando consigo mirar por encima de su hombro para ver si Álex me hace algún tipo de señal, ya no se le ve.

Mamá, mamá, llévame a casa. Estoy en el bosque y nadie me acompaña. Me encontré un hombre lobo, una bestia malvada, me enseñó los dientes y fue directo a mis entrañas.

Mamá, mamá, llévame a casa. Estoy en el bosque y nadie me acompaña. Me asaltó un vampiro, con su pálida cara, me enseñó los dientes y fue directo a mi garganta.

Mama, mamá, llévame a la cama. Estoy medio muerta y lejos de casa. Conocí a un inválido y me cantó una canción, me mostró su sonrisa y me arrancó el corazón.

« Una niña camina hacia casa », *Canciones infantiles y cuentos tradicionales* (edición de Cory Levinson)

Esa noche no puedo concentrarme. Al poner la mesa para la cena, sin querer sirvo vino en la taza de zumo de Gracie y echo el zumo en la copa de vino de mi tío y cuando estoy rallando queso, me raspo los nudillos tantas veces que al final mi tía me echa de la cocina, diciendo que preferiría no comer piel como aderezo de los raviolis. No puedo dejar de pensar en las palabras de Álex, en los dibujos cambiantes de sus ojos, en la extraña complicidad de su cara invitándome a quedar con él. « Sobre las ocho y media, el cielo parece estar en llamas, especialmente en Back Cove. Deberías verlo... » .

¿Es concebible, incluso remotamente posible, que me estuviera enviando un mensaje? ¿Realmente me estaba pidiendo que quedara con él?

La idea me da vértigo.

No hago más que pensar, además, en esa única palabra, pronunciada en voz baja y tranquila, directamente en mi oído: « Gris » . Estuvo allí, me vio, me recordaba. Se me acumulan tantas preguntas en el cerebro, que parece que una de las famosas nieblas de Portland hubiera subido desde el océano y se hubiera instalado en mi cabeza; me resulta imposible tener pensamientos normales o, al menos, prácticos.

Al final, mi tía nota que me pasa algo. Justo antes de la cena, ayudo a Jenny con sus deberes, como siempre, y le pregunto la tabla de multiplicar. Estamos sentadas en el suelo del salón, que está pegado al « comedor » (un hueco en el que a duras penas cabe una mesa y seis sillas); yo tengo su cuaderno en las

rodillas mientras le tomo la lección, pero mi mente está en piloto automático y mis pensamientos se encuentran a miles de kilómetros de distancia. Para ser más exactos, a cinco kilómetros, en el borde pantanoso de Back Cove. Conozco la distancia exacta porque es un buen trayecto para hacer corriendo desde casa. En este momento estoy calculando el tiempo que me llevaría llegar allí con la bici, e inmediatamente me reprocho incluso el pensar en ello.

—¿Siete por ocho?

Jenny aprieta los labios.

—Cincuenta y seis.

—¿Nueve por seis?

—Cincuenta y dos.

Por otro lado, no hay ninguna ley que prohíba hablar con un curado. Los curados son seguros. Pueden actuar como mentores o guías de los incurados. Aunque Álex solo tiene un año más que yo, estamos separados, de forma total e irrevocable, por la operación. Daría igual que fuera mi abuelo.

—¿Siete por once?

—Setenta y siete.

—Lena —mi tía ha salido de la cocina y está de pie detrás de Jenny. Parpadeo dos veces, intentando concentrarme. Su cara está tensa de preocupación—. ¿Te pasa algo?

—No —bajo la mirada rápidamente.

Odio que la tía me mire así, como si pudiera leer los peores recovecos de mi alma. Me siento culpable solo por pensar en un chico, aunque esté curado. Si se enterara, me advertiría: «Lena, ten cuidado. Acuérdate de lo que le sucedió a tu madre». Diría: «Estas enfermedades pueden ser genéticas».

—¿Por qué? —pregunto.

Mantengo los ojos fijos en la moqueta gastada. Carol se inclina hacia delante y coge el cuaderno de Jenny de mi regazo.

—Nueve por seis son cincuenta y cuatro —dice con su voz aguda y clara mientras cierra el cuaderno de golpe—. No cincuenta y dos. Lena. Supongo que te sabes las tablas de multiplicar.

Jenny me saca la lengua.

Me pongo colorada al darme cuenta del error.

—Perdón. Supongo que estoy un poco... distraída.

Hay una breve pausa. Los ojos de Carol no se apartan de mi nuca. Note cómo me queman. Siento que voy a gritar, o a llorar, o a confesar, si sigue clavándome la mirada así.

Por fin suspira.

—Sigues pensando en las evaluaciones, ¿verdad?

Expulso el aire que he estado conteniendo y me desaparece del pecho la carga de ansiedad.

—Sí, supongo que sí.

Me arriesgo a mirarla y ella me concede una sonrisa huidiza.

—Sé que estás disgustada por tener que volver a hacerla. Pero míralo de esta manera: la próxima vez estarás aún mejor preparada.

Muevo la cabeza arriba y abajo e intento aparentar entusiasmo, a pesar de que empieza a roerme un molesto sentimiento de culpa. No había pensado en las evaluaciones desde esta mañana. Ni una sola vez.

—Sí, tienes razón.

—Venga, vamos. Hora de cenar.

La tía alarga el brazo y me pasa un dedo por la frente. Está fresco y me resulta tranquilizador, pero es tan pasajero como una levisima brisa. Hace que la culpa estalle con toda su fuerza, y en ese momento no puedo creer que se me haya pasado por la cabeza ir a Back Cove. Sería un error garrafal, un completo disparate. Me pongo de pie para ir a cenar sintiéndome limpia, liviana y feliz, como la primera vez que te encuentras bien después de pasar varios días con fiebre.

Pero durante la cena regresa mi curiosidad y, con ella, mis dudas. Apenas puedo seguir la conversación. Todo lo que puedo pensar es: «¿Voy? ¿No voy? ¿Voy? ¿No voy?». En cierto momento, mi tío cuenta una historia sobre uno de sus clientes y noto que todos rien, así que me río yo también, pero es una risa excesivamente aguda y dura demasiado. Todos se vuelven a mirarme, hasta Gracie, que arruga la nariz e inclina la cabeza como un perro que ha olfateado algo nuevo.

—¿Estás bien, Lena? —pregunta el tío, ajustándose las gafas como si intentara enfocarme mejor—. Te noto un poco rara.

—Estoy bien —revuelvo los raviolis del plato. Normalmente me como medio paquete yo sola (y me sobra sitio para el postre), sobre todo después haber corrido un buen rato, pero hoy apenas he conseguido tragar unos bocados—. Un poco estresada.

—Déjala en paz —dice la tía—. Está disgustada por lo de las evaluaciones. No es que salieran exactamente como esperábamos.

Alza la vista hacia el tío e intercambian una rápida mirada. Siento una corriente de nerviosismo. Es raro que se miren de esa forma, sin palabras pero diciéndose tantas cosas. Normalmente, sus interacciones se limitan al intercambio de historias sobre el trabajo en el caso del tío, o sobre los vecinos en el caso de la tía, y a algún «¿qué hay para cenar?», «hay una gotera en el tejado», «bla, bla, bla». Creo que por primera vez van a decir algo sobre la Tierra Salvaje y los inválidos. Pero inmediatamente, el tío sacude la cabeza.

—Es frecuente que haya ese tipo de confusiones —comenta pinchando raviolis con el tenedor—. El otro día, sin ir más lejos, le pedí a Andrew que recolocara tres cajas de zumo de naranja Viks, pero se equivocó con los códigos

y ¿sabéis lo que había? ¡Tres cajas de leche para bebés! Así que le dije: « Andrew... » .

Desconecto otra vez, agradeciendo que el tío sea tan charlatán, y satisfecha de que la tía se haya puesto de mi lado. Lo único bueno de ser un poco tímida es que nadie te molesta cuando quieres que te dejen en paz. Me inclino hacia delante y echo una ojeada al reloj de la cocina. La siete y media, y aún no hemos terminado de cenar. Luego tendré que ayudar a recoger y a lavar los platos, que siempre se hace eterno. Como el lavaplatos consume demasiada electricidad, hay que fregarlos a mano.

Fuera, el sol está veteado de oro y rosa. Parece el algodón dulce que hilan en el puesto Sugar Shack del centro: todo brillo, hilos y color. Se avecina una puesta de sol preciosa. En ese momento, la urgencia por irme es tan fuerte que tengo que aferrarme a la silla para no salir corriendo.

Finalmente, decido dejar de agobiarme y que sea la suerte quien decida, o la casualidad, o como queramos llamarlo. Si terminamos de comer y consigo fregar los cacharros a tiempo para ir a la ensenada, iré. Si no, me quedaré. En cuanto tomo la decisión, me siento mil veces mejor e incluso consigo tragar otros pocos bocados de pasta antes de que a Jenny (milagro de milagros) le dé un súbito ataque de velocidad y vacíe su plato. Entonces, mi tía dice que puedo recoger la mesa cuando quiera.

Me pongo de pie y empiezo a apilar los platos. Son casi las ocho. Incluso si pudiera lavarlos todos en un cuarto de hora, y eso es mucho decir, resultaría difícil llegar a la playa a las ocho y media. Y, en todo caso, imposible volver antes de las nueve, hora del toque de queda obligatorio para incurados.

Y si me pillan por la calle después del toque de queda...

La verdad es que no sé lo que pasaría. Nunca he violado el toque de queda.

Justo cuando por fin he aceptado que no hay forma de llegar a la cala y volver a tiempo, mi tía hace algo inesperado: según estoy haciendo ademán de coger su plato, me detiene.

—Hoy friego yo, Lena —dice poniéndome una mano en el brazo. Igual que antes, el contacto es fugaz y fresco como el viento.

Y sin pensar en las implicaciones de lo que voy a decir a continuación, lo digo:

—La verdad es que tengo que pasarme un momento por casa de Hana.

—¿Ahora? —una expresión de alarma, ¿o de sospecha?, atraviesa su rostro—. Son casi las ocho.

—Lo sé. Nosotras... Ella... ella tiene una guía de estudio que me iba a dejar. Acabo de acordarme.

En ese momento, la expresión de sospecha —es claramente de sospecha— se instala con franqueza en su rostro, haciendo que frunza las cejas y apriete los labios.

—Pero si no compartís ninguna clase. Y, además, ya habéis acabado los exámenes de reválida. ¿Cómo es que es tan importante?

—No es para clase —pongo los ojos en blanco intentando evocar la despreocupación de Hana, aunque me sudan las manos y el corazón me salta agitadamente en el pecho—. Es una guía con sugerencias para las evaluaciones. Sabe que necesito prepararme más; ayer estuve a punto de fastidiarla.

De nuevo, la tía dirige una mirada breve al tío.

—El toque de queda comienza dentro de una hora —me dice—. Si te encuentran por la calle después de las nueve...

Los nervios hacen que me salga el temperamento.

—Ya sé lo que es el toque de queda —estallo—. Me he pasado toda la vida oyendo hablar del toque de queda.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, me siento culpable y bajo la vista para evitar la mirada de Carol. Nunca le he respondido mal, siempre he intentado ser paciente, obediente y dispuesta. Trato de ser lo más invisible que puedo, una niña buena que ayuda con los platos y con los niños pequeños y hace sus deberes y escucha y mantiene la cabeza baja. Sé que tengo una deuda con ella por habernos acogido a Rachel y a mí cuando murió mi madre. Si no hubiera sido por ella, me estaría consumiendo en algún orfanato, olvidada, sin instrucción, destinada probablemente a trabajar en algún matadero limpiando entrañas de oveja, mierda de vaca o algo parecido. Como máximo, y con mucha suerte, conseguiría trabajo en un servicio de limpieza.

Ninguna familia de acogida quiere adoptar a un niño cuyo pasado está manchado por la enfermedad.

Ojalá pudiera leerle la mente. No tengo ni idea de lo que está pensando, pero parece que me estudia, que analiza mi expresión. Pienso una y otra vez: «No voy a hacer nada malo, es inofensivo. Estoy bien», y me limpio las manos en la parte de atrás de los vaqueros, segura de que estoy dejando una marca de sudor.

—No te entretengas —dice finalmente.

En cuanto termina de hablar, me doy la vuelta, subo las escaleras volando y me cambio las sandalias por deportivas. Bajo a la misma velocidad y salgo escopetada por la puerta. La tía apenas ha tenido tiempo de llevar los platos a la cocina. Me grita algo cuando paso, pero yo ya estoy saliendo por la puerta de la calle y no entiendo lo que dice. El reloj antiguo del cuarto de estar empieza a dar la hora en cuanto la mosquitera se cierra a mis espaldas. Las ocho en punto.

Le quito el candado a la bici y pedaleo por el sendero delantero hasta la calle. Los pedales chirrean, gimen y se estremecen. Esta bici perteneció a Marcia antes de ser mía y tiene al menos quince años; dejarla fuera todo el año no ayuda a conservarla en muy buen estado.

Me dirijo rápidamente hacia la ensenada que, por suerte, queda colina abajo. Las calles suelen estar bastante desiertas a estas horas. En general, los curados

están sentándose a cenar, o limpiando, o preparándose para acostarse y dormir otra noche sin sueños; y todos los incurados están en casa o de camino a ella, mirando nerviosamente cómo pasan los minutos hasta el toque de queda de las nueve.

Las piernas me siguen doliendo por la carrera de hoy. Si consigo llegar a tiempo a Back Cove y Álex está allí, me va a ver hecha un desastre, toda sudorosa y sucia. Pero no dejo de avanzar. Ahora que estoy fuera de la casa, aparto de mi mente todas las dudas y preguntas y me concentro en ir tan rápido como me permiten los calambres de las piernas, pedaleando por las calles vacías hacia la cala, tomando todos los atajos que se me ocurren. Mientras tanto, contemplo cómo el sol desciende sin pausa hacia la línea dorada del horizonte. Es como si el cielo, que tiene un brillante color azul eléctrico en este momento, fuera agua, y la luz simplemente se estuviera hundiendo en su interior.

Casi nunca salgo sola a estas horas, y me siento rara: me asusta y me excita al mismo tiempo, como lo de hablar con Álex esta tarde. Es como si el ojo giratorio que sé que está siempre vigilando se hubiera quedado ciego por una fracción de segundo, como si la mano que te ha guiado toda tu vida desapareciera de repente y te dejara libre para moverte en cualquier dirección.

Las luces chisporrotean en las ventanas a mí alrededor, casi todas velas o farolillos. Este es un barrio pobre y todo está racionado, especialmente el gas y la electricidad. A ratos, el sol queda oculto por las casas de cuatro o cinco pisos, que se van haciendo más abundantes cuando giro hacia la calle Preble: son edificios altos, oscuros, esbeltos, apretados unos con otros como si ya se estuvieran preparando para el invierno, acurrucándose para conservar el calor. La verdad es que no he pensado en lo que le voy a decir a Álex, y la idea de estar a solas con él me abre de pronto un agujero en el estómago. Tengo que aparcas la bici, detenerme y recobrar el aliento. El corazón me late aceleradamente. Descanso un minuto y vuelvo a pedalear, pero ahora más despacio. Me falta como kilómetro y medio, pero ya se ve la cala, centelleando por la derecha. El sol vacila en el horizonte por encima de la masa oscura de árboles. Quedan diez, quince minutos como máximo, para que se haga completamente de noche.

Entonces, otra idea me golpea como un puño y me hace parar de nuevo: él no va a estar allí. Llegaré demasiado tarde y se habrá ido. O quizá todo sea solo una broma, o una trampa.

Me paso el brazo por el estómago, haciendo un esfuerzo para que los raviolis se queden donde están, y vuelvo a coger velocidad.

Estoy tan concentrada en pedalear con un pie después del otro —derecho, izquierdo, derecho, izquierdo— y en el tira y afloja mental con mi tracto digestivo, que no oigo acercarse a los reguladores.

El semáforo de Baxter lleva siglos sin funcionar, y estoy a punto de acelerar cuando de repente me deslumbra un muro de luz intensa: los haces de una

docena de linternas están centrados en mis ojos, así que me detengo bruscamente derrapando un poco, alzo una mano para taparme la cara y casi salto por delante del manillar, lo que, por cierto, habría sido un verdadero desastre porque, con las prisas por salir de casa, se me ha olvidado coger el casco.

—Alto —grita uno de los reguladores, supongo que el jefe de la patrulla—. Control de identidad.

Hay grupos de reguladores, tanto ciudadanos voluntarios como empleados del gobierno, que patrullan la ciudad cada noche buscando a incurados que violen el toque de queda, inspeccionando las calles y (si las cortinas están descorridas) también las casas, para erradicar cualquier tipo de actividad no aprobada: dos incurados que se estén tocando, o que paseen juntos por la noche, o incluso dos curados dedicados a «actividades que puedan provocar la reaparición de los *deliria* después de la intervención», como darse demasiados besos y abrazos. Esto sucede raramente, pero sucede.

Los reguladores informan al gobierno y trabajan directamente con los científicos de los laboratorios. Los reguladores fueron los que mandaron a mi madre a su tercera operación: una noche, una patrulla que pasaba la vio llorando delante de una foto, después de su segunda intervención fallida. Miraba un retrato de mi padre, y se le había olvidado cerrar las cortinas del todo. A los pocos días, estaba de vuelta en los laboratorios.

Suele ser fácil evitarlos. Habitualmente, se les puede oír a kilómetros de distancia. Llevan *walkie-talkies* para coordinarse con otras patrullas, y la interferencia de las radios al encenderse y apagarse hace que suenen como si se acercara un enjambre gigante de abejorros. Pero yo tenía la cabeza en otra cosa. Maldiciéndome mentalmente por ser tan estúpida, saco la cartera del bolsillo de atrás. Al menos me he acordado de cogerla. Es ilegal circular sin identificación en Portland. Lo último que me apetecería es pasar la noche en la cárcel mientras las autoridades competentes intentan comprobar mi identidad.

—Magdalena Ella Haloway —respondo, intentando mantener firme la voz, mientras le paso mi identificación al regulador responsable.

Apenas puedo distinguir su cara tras la linterna, que me enfoca directamente a los ojos obligándome a entrecerrarlos. Sé que es grande, pero es todo lo que puedo distinguir. Alto, delgado, anguloso.

—Magdalena Ella Haloway —repite.

Coge mi carné y le da la vuelta para mirar mi código, el número que se asigna a cada ciudadano de Estados Unidos. Los primeros tres dígitos corresponden al estado; los tres siguientes, a la ciudad; los tres posteriores, al grupo familiar; los cuatro últimos, a la persona.

—¿Y qué estás haciendo, Magdalena? El toque de queda comienza en menos de cuarenta minutos.

Menos de cuarenta minutos. Eso quiere decir que son casi las ocho y media.

Muevo los pies, intentando por todos los medios no dejar traslucir mi impaciencia. Muchos reguladores, en especial los voluntarios, son técnicos urbanos mal pagados: limpiaventanas, lectores de contadores de gas o guardias de seguridad.

Respiro hondo y procuro parecer lo más inocente posible.

—Quería hacer una carrera rápida hasta Back Cove —hago todo lo que puedo por sonreír y por parecer medio tonta—. Me sentía hinchada después de cenar.

No tiene sentido mentir más de lo necesario. Solo conseguiría meterme en líos.

El regulador jefe me examina, con la linterna alumbrándome directamente a la cara y con mi identificación en la mano. Por un momento parece titubear y estoy convencida de que me va a dejar ir, pero luego le pasa el carné a otro regulador.

—Pásalo por el SVS, ¿vale? Asegúrate de que es válido.

Se me cae el alma a los pies. El SVS es el sistema de validación segura, una red informática en la que se almacenan los datos de todos los ciudadanos válidos, de todas y cada una de las personas del país. El sistema puede tardar entre veinte y treinta minutos en encontrar la correspondencia del código de identificación, según el número de personas que estén usando la red en ese momento. No puede pensar en serio que he falsificado un carné de identidad, pero me va a hacer perder un montón de tiempo mientras alguien lo comprueba.

Y entonces, milagrosamente, se alza una voz desde la parte de atrás del grupo.

—Es válida, Gerry. La reconozco. Es cliente de la tienda. Vive en el 172 de Cumberland.

Gerry se da la vuelta, bajando la linterna al hacerlo. Yo parpadeo hasta que mis ojos se acostumbran de nuevo a ver con nitidez. Reconozco vagamente algunas caras: la mujer que se ocupa de la tintorería del barrio y pasa las tardes apoyada en la jamba de la puerta, comiendo chicle y escupiendo de vez en cuando hacia la calle; el policía de tráfico que trabaja en el centro, cerca de Franklin Arterial, uno de los pocos barrios de Portland que tiene coches suficientes como para justificar la presencia de un agente; uno de los tipos que recogen nuestra basura, y al fondo, Dev Howard, el dueño de la tienda Quikmart que está poco más abajo de mi casa.

Normalmente, el tío trae a casa la mayor parte de los alimentos que consumimos (las latas, la pasta y los embutidos) de su Stop-N-Save, una mezcla de ultramarinos y *delicatessen* situado en Munjoy Hill. Pero de vez en cuando, si necesitamos desesperadamente papel higiénico o leche, yo me acerco corriendo al Quikmart. El señor Howard siempre me ha producido escalofríos. Es muy flaco y tiene unos ojos negros de párpados caídos que me recuerdan los de una rata. Pero esta noche me entran ganas de darle un abrazo. Ni siquiera imaginaba

que supiera mi nombre. Nunca me ha dirigido la palabra, excepto para decir: «¿Eso es todo por hoy?», después de anotarme las compras en la caja, mirándome desde debajo de la sombra espesa de sus cejas. Tomo nota mentalmente para darle las gracias la próxima vez que lo vea.

Gerry vacila durante una fracción de segundo más, pero me doy cuenta de que los otros reguladores están empezando a impacientarse y mueven los pies, ansiosos por continuar patrullando para encontrar a alguien a quien trincar.

Gerry lo debe de notar también, porque mueve la cabeza abruptamente hacia mí.

—Pásale el carné.

El alivio hace que me den ganas de reír, y tengo que esforzarme por mostrar un aspecto serio cuando cojo el documento y lo devuelvo a su lugar. Me tiemblan las manos ligeramente. Estar cerca de los reguladores produce ese efecto en la gente. Es extraño. Incluso cuando se muestran relativamente simpáticos, es inevitable pensar en todas las historias que circulan por ahí sobre las redadas, las palizas y las emboscadas.

—Ten cuidado. Magdalena —dice Gerry mientras monto de nuevo en la bici—. Asegúrate de volver a casa antes del toque de queda —me vuelve a enfocar con la linterna. Yo me llevo el brazo a los ojos para protegerlos—. Más vale que no te metas en ningún jaleo.

Lo dice en tono ligero, aunque por un momento me parece oír algo duro por debajo de sus palabras, un trasfondo de enfado o agresividad. Pero luego me digo a mí misma que soy una paranoica. Hagan lo que hagan los reguladores, existen para nuestra protección, por nuestro propio bien.

La patrulla se mueve en bloque en torno a mí, y durante unos segundos me veo atrapada en una marea de hombros duros y chaquetas de algodón, colonia extraña y olor a sudor. El sonido de los *walkie-talkie* se desvanece a mí alrededor. Capto fragmentos de palabras y de avisos: «Calle Market, una chica y un chico, posiblemente infectados, música no aprobada en St Lawrence, parece que hay gente bailando...». Me empujan a un lado y a otro contra brazos, pechos y codos, hasta que por fin el grupo pasa y quedo libre de nuevo. Me quedo sola en la calle, escuchando cómo los pasos de los reguladores se hacen más distantes a mis espaldas. Espero hasta que ya no me llega el rumor de las radios ni el ruido de sus botas golpeando el pavimento.

Luego salgo disparada, notando de nuevo la excitación en mi pecho, esa mezcla de alegría y libertad. No puedo creer lo fácil que ha sido salir de casa. Nunca había intentado mentirle a mi tía, nunca supe que fuera capaz de mentir en general, y cuando pienso en lo cerca que he estado de ser interrogada por los reguladores durante horas, deseo dar saltos en el aire con los puños en alto. Esta noche, el mundo entero está de mi parte. Y me faltan solo unos minutos para llegar a Back Cove. Mi corazón recupera su ritmo mientras me imagino

deslizándome por la colina cubierta de hierba, frente a un Álex enmarcado por los últimos rayos de sol. Se me viene a la cabeza esa única palabra susurrada en mi oído: « Gris ».

Bajo a toda pastilla por Baxter, que desciende en curva durante el último kilómetro y pico antes de llegar a la ensenada. Luego me detengo de repente. Los edificios han ido quedando atrás para dar paso a casetas destartalladas, dispersas a ambos lados del camino abandonado y lleno de grietas. Más allá, una breve franja de malas hierbas desciende hacia la cala. El agua es un espejo enorme, bordeado del rosa y oro del cielo. En ese único momento resplandeciente en que doy la vuelta a la curva, el sol, sobre el borde del horizonte como un sólido arco dorado, lanza sus últimos rayos de luz titilantes, haciendo añicos la oscuridad del agua, y lo vuelve todo blanco durante una milésima de segundo. Luego cae, se hunde, arrastrando consigo el rosa y el rojo y el morado. El color se desangra en un instante y todo se queda oscuro.

Álex tiene razón. Ha sido bellissimo, una de las mejores puestas de sol que he visto nunca.

Por un instante, no puedo hacer otra cosa que no sea quedarme quieta respirando con dificultad, con la mirada perdida. Luego se apodera de mí una especie de insensibilidad. He llegado demasiado tarde. Los reguladores debían de llevar el reloj atrasado. Deben de ser las ocho y media en este momento. Incluso si Álex decide esperarme en algún punto del largo bucle de la ensenada, no tengo ninguna posibilidad de encontrarlo y volver a casa antes del toque de queda.

Me pican los ojos y el mundo se vuelve acuoso, los colores y las formas se mezclan y se confunden. Durante un segundo me parece que estoy llorando y me sorprende tanto que me olvido de todo, me olvido de mi decepción y de mi frustración, me olvido de Álex de pie en la playa, y del brillo cobrizo de su pelo cuando capta los últimos rayos del sol. No puedo recordar la última vez que lloré. Hace años. Me limpio los ojos con el dorso de la mano y la vista se me agudiza de nuevo. Es solo sudor, me doy cuenta aliviada, estoy sudando, y se me ha metido en los ojos. De todos modos, ese sentimiento plomizo de agobio no encuentra la forma de salir de mi estómago.

Me quedo en ese lugar durante algunos minutos, subida a la bici, apretando fuerte el manillar hasta que me noto más calmada. Por un lado me gustaría decir: « A la mierda », y largarme, tirar colina abajo con las piernas extendidas, volar hacia el agua con el viento revolviéndome el cabello. « A la mierda el toque de queda, a la mierda los reguladores, a la mierda todo ». Pero no puedo, no podría, no podría jamás. No tengo elección. Tengo que volver a casa.

Doy la vuelta con la bici torpemente y comienzo el regreso calle arriba. Ahora que se han disipado la adrenalina y el nerviosismo, siento como si mis piernas fueran de acero, y me encuentro jadeando antes de recorrer el primer medio kilómetro. Esta vez tengo cuidado de mantenerme alerta para eludir a los

reguladores, a la policía y a las patrullas.

De camino a casa, me doy cuenta de que quizá sea lo mejor. Debo de estar loca, dando vueltas a toda pastilla en la semioscuridad solo para reunirme con no sé qué chico en la playa. Además, todo ha quedado explicado: trabaja en los laboratorios, probablemente se coló el día de la evaluación por alguna razón completamente inocente, para usar el baño o rellenar su botella de agua.

De hecho, lo más probable es que yo me lo haya imaginado todo: el mensaje, la cita... Seguro que él está en su apartamento estudiando para sus clases. Seguro que ya se ha olvidado de las dos chicas a las que ha conocido hoy en el complejo de los laboratorios. Seguro que solo estaba siendo amable, manteniendo una conversación sin importancia.

«Es mejor así». Pero por muchas veces que me lo repita, el extraño sentimiento de vacío en el estómago no se va. Y por ridículo que sea, no puedo quitarme de la cabeza la sensación persistente e incómoda de que algo se me escapa, o se me ha olvidado, o quizá lo he perdido para siempre...

De todos los sistemas del cuerpo (el neurológico, el cognitivo, el sensorial...), el aparato cardiológico es el más sensible y el que se altera más fácilmente. El papel de la sociedad debe ser el de proteger estos aparatos de la infección y del deterioro, pues de otro modo el futuro de la raza humana estaría en peligro. Como una fruta de verano a la que se protege de la invasión de los insectos o de los golpes y se evita que se pudra con las técnicas de la agricultura moderna; así se debe proteger al corazón.

« Papel y propósito de la sociedad », *Manual de FSS*

A mí me pusieron el nombre por María Magdalena, que se podría decir que murió de amor: « Tan infectada de *deliria* que, violando de forma flagrante los pactos de la sociedad, se enamoró de hombres que no la aceptaban o que no podían mantenerla » (*Libro de las lamentaciones*, María, 13:1).

Todo esto nos lo enseñan en la clase de Ciencia Bíblica.

Su corazón fue primero para Juan, luego para Mateo, después para Jeremías y Pedro y Judas, y entre medios muchos otros sin nombre. Su último amor, según dicen, fue el más intenso: un hombre llamado José, que llevaba soltero toda su vida y que la encontró en la calle, deshecha, llena de cardenales y medio enloquecida por los *deliria*. Hay cierto desacuerdo sobre qué tipo de hombre era, si era virtuoso o si alguna vez había sucumbido a la enfermedad, pero en cualquier caso la trató bien. La cuidó hasta que parecía restablecida y trató de llevarle la paz.

Pero era demasiado tarde. Ella estaba atormentada por su pasado, atormentada por los amores perdidos, desperdiciados y heridos, por el mal que había infligido a otros y el que los demás le habían infligido a ella. Apenas podía comer, lloraba todo el día, y se aferró a José rogándole que nunca la dejara; sin embargo, no pudo encontrar consuelo en la bondad de aquel hombre.

Una mañana se despertó y él se había ido, sin decir una palabra ni darle una explicación. Este último abandono quebró su espíritu definitivamente y Magdalena se desplomó, mientras le rogaba a Dios que la librara de aquel tormento.

Él escuchó sus plegarias y, en su infinita misericordia, la liberó de la maldición de los *deliria*, con la que todos los humanos han tenido que cargar

como castigo por el pecado original de Adán y Eva. De alguna forma, María Magdalena fue la primera curada.

«Y así, tras años de dolor y tribulaciones, ella caminó por la senda de la virtud y de la paz hasta el fin de sus días» (Libro de las lamentaciones. María, 13:1).

Siempre he pensado que era extraño que mi madre me pusiera el nombre de Magdalena. Ella ni siquiera creía en la cura. De hecho, ese era su problema. Y el *Libro de las lamentaciones* trata en su totalidad de los peligros de los *deliria*. Le he dado muchas vueltas y, finalmente, tengo la impresión de que, a pesar de todo, mi madre era consciente de su equivocación, de que la intervención, la cura, era la mejor solución. Pienso que incluso sabía lo que iba a suceder. Creo que mi nombre fue su último regalo para mí, una especie de mensaje.

De alguna manera me pedía perdón, estaba tratando de decirme: «Algún día te librarán de este dolor».

¿Lo ves? A pesar de lo que todo el mundo dice, a pesar de todo, yo sé que ella no era mala.

Las siguientes dos semanas son las más ajetreadas de mi vida. El verano estalla en Portland. A comienzos de junio, el calor ya estaba aquí, pero no el colorido propio de la estación: los verdes seguían siendo pálidos y provisionales y por las mañanas hacía un fresco cortante. Pero en la última semana de clase todo es una explosión de color: magníficos cielos azules, tormentas moradas, noches color tinta y flores rojas tan intensas como gotas de sangre. Cada día después de clase hay una asamblea, una ceremonia o una fiesta de graduación a la que ir. A Hana la invitan a todas. A mí me invitan a la mayoría, lo que no deja de sorprenderme.

Harlowe Davis, que vive con Hana en el West End y cuyo padre trabaja en algo del gobierno, me invita a una «pequeña fiesta de despedida». Creía que ni siquiera sabía mi nombre; cuando habla con Hana, sus ojos siempre me pasan por encima, como si no valiera la pena detener la mirada sobre mí. De todas formas voy. Siempre he sentido curiosidad por conocer su casa, y resulta ser tan espectacular como la imaginaba. Su familia tiene coche, y electrodomésticos por todas partes que, obviamente, se usan a diario: lavadoras y secadoras, y enormes arañas con docenas y docenas de bombillas. Harlowe ha invitado a casi toda la promoción; somos sesenta y siete en total, y en la fiesta habrá unas cincuenta personas. Me siento menos especial, pero sigue siendo divertido. Nos sentamos en el patio trasero. El ama de llaves entra y sale de la casa con bandejas y más bandejas de comida, ensalada de col y de patata, mientras el padre de Harlowe asa costillas y hamburguesas en la enorme parrilla humeante. Como tanto que estoy a punto de estallar y tengo que tumbarme en la manta que comparto con Hana. Nos quedamos casi hasta el toque de queda, cuando las estrellas comienzan a asomarse por una cortina azul oscuro y todos los mosquitos salen a la vez, y volvemos a casa gritando y riendo, apartándolos a manotazos. Pienso

después que es uno de los días más felices que he pasado en mucho tiempo.

Incluso algunas de las chicas que no me caen nada bien, como Shelly Pierson, que me odia desde que en sexto yo gané en la feria de ciencia y ella quedó segunda, ahora se vuelven simpáticas. Supongo que es porque todas sabemos que el final está cerca. La mayoría no volveremos a vernos después de la graduación, y aunque nos veamos será distinto. Nosotras seremos distintas. Seremos adultas, estaremos curadas, numeradas, etiquetadas y emparejadas; identificadas y colocadas pulcramente en nuestro camino vital, canicas bien pulidas a las que se empuja rodando por cuevas uniformes bien trazadas.

A Theresa Grass y a Morgan Dell, que cumplen los dieciocho antes de que termine el curso, les han hecho la operación. Faltan algunos días a clase y vuelven justo antes de la ceremonia final. El cambio es asombroso. Ahora parecen en paz, maduras y de alguna manera distantes, como si estuvieran recubiertas por una fina capa de hielo. Hasta hace dos semanas, el mote de Theresa era *Theresa la Basta*, y todos se reían de ella por encorvarse, por chuparse el pelo y por ser un desastre total; pero ahora camina derecha con los ojos fijos al frente, los labios apenas curvados en una sonrisa, y la gente se retira un poco por los pasillos para abrirle paso. Lo mismo sucede con Morgan. Es como si toda su ansiedad y su timidez hubieran sido eliminadas junto con la enfermedad. A Morgan ya ni siquiera le tiemblan las piernas cuando tiene que hablar en clase; antes, le temblaba hasta el pupitre. Pero después de la intervención, de golpe se le han quitado todos los nervios. Por supuesto, no son las primeras chicas curadas de nuestra clase: Eleanor Rana y Annie Hahn fueron intervenidas hace bastante, en el otoño, y otra media docena de chicas se han operado este semestre pasado; pero en Theresa y en Morgan, de algún modo, la diferencia es más pronunciada.

Yo sigo con la cuenta atrás. Ochenta y un días, luego ochenta, luego setenta y nueve.

Willow Marks ya no vuelve a clase. Nos llegan rumores: que le hicieron la intervención y resultó bien; que la operaron, que se le ha ido la olla y que hablan de enviarla a las Criptas, el lugar de Portland que combina prisión y manicomio; que ha huido a la Tierra Salvaje... Solo una cosa es segura: en este momento, toda la familia Marks está bajo vigilancia constante. Los reguladores culpan al señor y a la señora Marks, y a toda su familia, por no inculcarle una educación apropiada, y solo unos días después de que supuestamente la encontraran en el parque de Deering Oaks, oigo por casualidad a mis tíos comentar en susurros que tanto el padre como la madre han sido despedidos de sus respectivos empleos. Una semana más tarde, nos enteramos de que han tenido que irse a vivir con un pariente lejano. Al parecer, la gente no hacía más que tirarles piedras a las ventanas, y toda una pared lateral de su casa apareció cubierta con una sola palabra: SIMPATIZANTES. No tiene sentido, porque el señor y la señora Marks

insistieron públicamente en que se adelantara la operación de su hija, a pesar de los riesgos; pero, como dice mi tía, la gente actúa así cuando tiene miedo. Todo el mundo está horrorizado ante la idea de que los *deliria* consigan de alguna manera entrar en Portland e infectarnos en masa. Todos quieren prevenir una epidemia.

Lo siento por la familia Marks, claro, pero así son las cosas. Es como lo de los reguladores. Tal vez no te gusten las patrullas y los controles de identidad, pero como sabes que todo se hace para protegerte, es imposible no cooperar. Y puede que suene horrible, pero tampoco pienso en la familia de Willow mucho rato. Hay demasiados trámites relacionados con el final de la Secundaria: nervios, taquillas que limpiar, exámenes finales que hacer y gente a la que decir adiós.

Hana y yo apenas encontramos tiempo para correr juntas. Cuando lo hacemos, por acuerdo tácito seguimos nuestros recorridos de siempre. Ella nunca vuelve a mencionar la tarde de los laboratorios, para mi sorpresa. Pero su mente tiene tendencia a saltar de un tema a otro, y su nueva obsesión es un derrumbamiento en el extremo norte de la frontera que, según la gente, puede haber sido causado por los inválidos. Yo ni siquiera me planteo volver a bajar a los laboratorios, ni por una milésima de segundo. Me centro en cualquier otra cosa que no sean mis persistentes preguntas sobre Álex, pero no me cuesta tanto, teniendo en cuenta que ahora no puedo creer que me pasara una noche pedaleando arriba y abajo por las calles de Portland, y que mintiera a Carol y a los reguladores, solo para reunirme con él. Al día siguiente me pareció un sueño, o un delirio. Me justifico a mí misma diciéndome que sufrí un ataque de locura transitoria, o que se me chamuscó el cerebro por correr bajo el sol.

El día de la graduación. Hana se sienta tres filas por delante de mí en la ceremonia de entrega de diplomas. Cuando pasa a mi lado para llegar a su asiento, me toma la mano: dos toques largos, dos cortos. Al sentarse, echa hacia atrás la cabeza para que vea que se ha escrito con rotulador encima del birrete: « ¡Por fin! ». Contengo la risa; ella se vuelve y me mira con una expresión de fingida seriedad. Todas estamos un poco aturcidas, pero nunca me he sentido tan cercana a las chicas de Saint Anne como hoy: todas sudando al sol, que cae sobre nosotras como una sonrisa exagerada, mientras nos abanicamos con los folletos de la ceremonia procurando no bostezar o poner los ojos en blanco. Mientras la directora McIntosh habla monótonamente sobre la «edad adulta» y nuestra «entrada en el orden comunitario», nos damos codazos unas a otras o tiramos del cierre de nuestras ásperas togas para que entre algo de aire que nos refresque el cuello.

Los familiares están sentados en sillas plegables de plástico, bajo una lona de color crema adornada con banderas: la de la escuela, la del estado, la de Estados Unidos. Aplauden educadamente a medida que cada alumna sube a recibir su diploma. Cuando me toca el turno, recorro el público con la vista buscando a mi tía y a mi hermana. Estoy tan nerviosa ante la posibilidad de tropezar y caerme

mientras ocupo mi lugar en el escenario y recibo el diploma de manos de la directora, que no veo más que colores —verde, azul, blanco, una mezcla desordenada de caras rosadas y morenas— y no distingo ningún sonido concreto más allá del ruido de los aplausos. Solo me llega la voz de Hana, alta y clara como una campana:

—¡Aúpa Halena!

Es nuestra consigna para darnos ánimo. Una combinación de los nombres de ambas que solíamos gritar antes de las sesiones en la pista de atletismo y de los exámenes.

Después, esperamos la cola para hacernos los retratos individuales que acompañan a los diplomas. Han contratado un fotógrafo oficial y han puesto un fondo de color azul en mitad del campo de fútbol, donde nos vamos colocando de una en una para posar. Pero estamos demasiado excitadas para tomarnos las fotos en serio. Cada vez que una se pone delante del fotógrafo, se empieza a doblar de la risa y en la foto no sale mucho más que la parte superior de la cabeza.

Cuando me toca a mí, en el último momento. Hana se cuela de un salto y me pasa el brazo por los hombros: el fotógrafo se queda tan sorprendido que aprieta el botón. ¡Clic! Ahí estamos: yo vuelta hacia ella, con la boca abierta, sorprendida a punto de reírme. Hana me está cogiendo la cabeza, con los ojos cerrados y la boca entreabierta. De verdad pienso que aquel día había algo especial, algo dorado y quizá incluso mágico, porque aunque yo estaba colorada y mi pelo tenía un aspecto pegajoso sobre la frente, es como si se me hubiera contagiado algo de Hana; a pesar de todo, y justo en esa única foto, estoy guapa. Más que guapa. De hecho, estoy preciosa.

La banda de la escuela sigue tocando, casi sin desafinar. La música flota por el campo y los pájaros responden revoloteando por el cielo. Es como si en ese momento algo se elevara, una gran presión o línea divisoria, y antes de que sepa lo que está sucediendo, todas las compañeras de clase nos apretamos en un enorme abrazo, saltando como locas y gritando.

—¡Lo conseguimos! ¡Lo conseguimos! ¡Lo conseguimos!

Ni los padres ni los profesores intentan impedirnoslo. Cuando empezamos a separarnos, los veo haciéndonos corro, observando con expresión paciente, las manos juntas. Capto la mirada de mi tía y mi estómago describe un extraño vuelco: y sé que ella, como todos los demás, nos está concediendo este momento, nuestro último momento juntas, antes de que las cosas cambien definitivamente y para siempre.

Todo va a cambiar, está cambiando en ese mismo instante. Cuando el grupo se separa en corrillos de alumnas y los corrillos se separan en chicas solas, noto que Theresa Grass y Morgan Dell se dirigen hacia la calle atravesando el césped. Cada una camina junto a su familia, la cabeza baja, sin mirar atrás ni una sola

vez. Me doy cuenta de que no han participado de nuestra celebración, y se me ocurre que tampoco he visto a Eleanor Rana, a Annie Hahn ni a ninguna de las otras curadas. Deben de haberse ido ya a casa. En el fondo de la garganta me late un curioso dolor, aunque, claro, así son las cosas. Todo termina, la gente cambia y no mira atrás. Así debe ser.

Veo a Rachel entre la multitud y me dirijo corriendo hasta ella, repentinamente ansiosa de estar a su lado, deseando que alargue la mano y me revuelva el pelo como solía hacer cuando yo era muy pequeña. Deseo que me diga: « ¡Buen trabajo, Luni! », su viejo mote para mí.

—¡Rachel! —me falta el aliento sin motivo, y me cuesta que salgan las palabras. Estoy tan contenta de verla que podría romper a llorar. Pero no lo hago, claro—. ¡Has venido!

—Por supuesto que sí —me sonríe—. Eres mi única hermana, ¿recuerdas? —me pasa un ramo de margaritas que ha traído, envuelto de cualquier manera en papel marrón—. Enhorabuena, Lena.

Acerco la cara a las flores y aspiro, intentando detener la urgencia de abrazarla. Durante un segundo nos quedamos ahí, mirándonos la una a la otra, y luego ella alarga el brazo. Estoy segura de que me va a estrechar en recuerdo de los viejos tiempos, o que al menos me va a pasar un brazo por el hombro.

En lugar de eso, simplemente me aparta un rizo de la frente.

—Qué asco —dice, aún sonriendo—. Estás toda sudada.

Es tonto e inmaduro que me sienta decepcionada, pero así es.

—Esta toga —digo, y me doy cuenta de que sí, de que ese debe de ser el problema. Estas ropas me están ahogando, me están sofocando y hacen que me resulte difícil respirar.

—Venga —dice—. La tía Carol querrá felicitarte.

La tía está de pie en el borde del campo con mi tío, Gracie y Jenny, hablando con la señora Springer, mi profesora de Historia. Echo a andar junto a Rachel. Ella me saca solo algunos centímetros y caminamos al mismo paso, pero separadas por un metro de distancia. Está en silencio. Sé que se está preguntando cuándo podrá irse a casa y seguir con su vida.

Me permito mirar atrás una vez. No puedo remediarlo. Miro a las chicas que circulan con sus togas naranjas como llamas. Todo parece retroceder de repente, como un *zoom*. Las voces se mezclan y se convierten en un solo sonido, como el ruido continuo del océano que discurre por debajo del ritmo de las calles de Portland, tan constante que casi no se nota. Todo parece descarnado y vivido y congelado en el tiempo, como si estuviera dibujado de forma precisa y delineado en tinta: las sonrisas estáticas de los padres, los cegadores *flashes* de las cámaras, las bocas abiertas y los dientes brillantes, los relucientes cabellos oscuros, el cielo azul profundo y la luz implacable en la que se hunde todo, tan claro y tan perfecto que estoy segura de que es ya un recuerdo o un sueño.

H de hidrógeno que pesa uno: fusión ardiente cual sol caliente.

He de helio, que pesa dos: el noble gas que eleva más.

Li de litio, que pesa tres: pira funeral, sueño mortal.

Be de berilio, que pesa cuatro...

Oraciones sencillas («Plegaría y estudio» *Manual de FSS*)

Durante los veranos tengo que ayudar a mi tío en el Stop-N-Save los lunes, miércoles y sábados. Me ocupo sobre todo de reponer y atender el mostrador de *delicatessen*: a veces, ayudo con los papeles y con la contabilidad en una pequeña oficina que hay detrás del pasillo de los cereales y los artículos no perecederos. Por suerte, a finales de junio, Andrew Marcus será curado y le asignarán un puesto permanente en otra tienda de comestibles.

El cuatro de julio por la mañana voy a casa de Hana. Todos los años quedamos para ir a ver los fuegos artificiales en el paseo marítimo. Siempre hay una banda que toca y gente que monta carritos para vender pinchos morunos, mazorcas de maíz y pastel de manzana en un charco de helado, todo servido en pequeños barcos de papel. El cuatro de julio, el día de nuestra independencia, el día en que conmemoramos el cierre definitivo de la frontera de nuestra nación, es una de mis fiestas preferidas. Me encanta la música que resuena por las calles, me encanta la forma en que el vapor que sube de los asadores hace que las calles parezcan nubladas, y la gente difusa y poco clara. Y sobre todo, me encanta el retraso excepcional del toque de queda. En lugar de tener que estar en casa a las nueve en punto, a todos los incurados se nos permite estar fuera hasta las once. En los últimos años, Hana y yo hemos convertido en una especie de juego lo de quedarnos fuera de casa hasta el último segundo, arriesgándonos más cada vez. El año pasado entré en casa a las 10:58, con el corazón latiendo a mil por hora y temblando por el esfuerzo; había tenido que ir a casa corriendo a toda velocidad. Pero cuando me tumbé en la cama, no podía dejar de sonreír. Me sentía como si hubiera conseguido salirme con la mía.

Introduzco el código de cuatro dígitos de Hana para poder entrar; me lo dio en octavo, como «prueba de confianza», diciendo que me rajaba «de pies a cabeza» si se lo decía a alguien más. Paso de llamar al timbre. Sus padres casi nunca están en casa, y ella nunca sale a abrir. Y yo soy prácticamente la única

persona que viene a verla. Es extraño. Hana siempre ha sido muy popular en la escuela, la gente siempre la ha admirado y ha querido ser como ella, pero aunque era muy simpática con todos, nunca ha intimado con nadie más que conmigo.

A veces me pregunto si ella hubiera preferido tener otra compañera de pupitre cuando estábamos en segundo con la señora Jablonski; ahí empezamos a hacernos amigas. Hana se apellida Tate y nos juntaron por orden alfabético (para entonces yo ya usaba el apellido de mi tía. Tiddle). Quizá hubiera preferido estar con Rebecca Tralawny o Katie Scarp o incluso Melissa Portofino. A veces siento que se merece una amiga que sea un poquito más especial. Una vez me dijo que yo le gustaba porque soy real, porque siento las cosas de verdad. Pero ese es el problema: lo mucho que siento las cosas.

—¿Hola? —grito en cuanto entro en la casa.

El recibidor está fresco y oscuro como siempre. Se me pone la carne de gallina. Por muchas veces que venga, siempre me asombra la potencia del aire acondicionado, que emite un ruidoso zumbido desde el interior de las paredes. Por un momento me quedo ahí, inhalando el abrillantador de muebles, el limpiador de suelos y el olor a flores frescas. Se oye la música que tiene puesta Hana en su cuarto del piso de arriba. Intento identificar la canción, pero no reconozco la letra; solo distingo el bajo, cuya vibración atraviesa las tablas del suelo.

Me detengo en lo alto de las escaleras. La puerta de su dormitorio está cerrada. Definitivamente, no reconozco lo que está escuchando, a un volumen tan atronador que tengo que recordarme que la casa está totalmente rodeada de árboles y césped, y que nadie la va a denunciar a los reguladores. La canción no se parece a ninguna otra que yo haya oído antes. Es una música chillona, estridente, intensa. Ni siquiera se distingue si quien canta es hombre o mujer. Unas suaves descargas eléctricas me suben por la columna; es como la sensación que tenía de pequeña cuando me metía a hurtadillas en la cocina para coger una galleta extra de la despensa, ese ardor que notaba justo antes de que los pasos de mi madre crujieran a mi espalda en el momento en que yo me daba la vuelta, con migas en las manos y en la cara, ineludiblemente culpable.

Dejo a un lado el recuerdo y abro de par en par la puerta de su cuarto. Está sentada delante del ordenador, con los pies apoyados en la mesa, moviendo la cabeza arriba y abajo mientras sigue el ritmo golpeándose los muslos. Cuando me ve, se echa hacia delante y aprieta una tecla. La música se corta al instante. Curiosamente, el silencio que se produce a continuación parece igual de estridente.

Se echa el pelo sobre un hombro y se levanta. Algo destella en su cara, una expresión que pasa demasiado rápido para que pueda identificarla.

—Hola —gorjea, con una alegría un poco excesiva—. No te he oído entrar.

—Dudo que me hubieras oído ni aunque hubiera tirado todos los muebles.

Llego hasta su cama y me dejo caer en ella. Tiene una cama grande, con tres almohadas de plumas. Es como el paraíso.

—¿Qué era eso? —pregunto.

—¿Qué era qué?

Alza las rodillas hasta el pecho y describe un círculo completo con la silla. Me incorporo apoyándome en los codos y la miro. Hana solo se hace la tonta de esta manera cuando está ocultando algo.

—La música —sigue mirándome sin dar señales de entender lo que estoy diciendo—. La canción que estabas oyendo a todo volumen cuando he entrado. La que casi me revienta los tímpanos.

—Ah, eso —se aparta los rizos de la cara con un soplido. Esta es otra de las señales que la delatan: siempre que se tira un farol jugando al póquer, no para de hacer cosas con el pelo—. Es un grupo nuevo que he encontrado en la red.

—¿En BMPA? —pregunto.

Hana está obsesionada por la música; cuando estábamos en Preparatoria pasaba horas buscando en la BMPA, la Biblioteca de Música y Películas Autorizadas.

Aparta la vista.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir con «no exactamente»?

El acceso a internet, como todo en Estados Unidos, está controlado y monitorizado para nuestra protección. Todas las páginas web, todo el contenido, está redactado por agencias gubernamentales, incluyendo la Lista de Entretenimientos Autorizados, que se actualiza cada dos años. Los libros electrónicos están en la BLA, la Biblioteca de Libros Autorizados; las películas y la música, en la BMPA, y por una pequeña cuota se pueden descargar en el ordenador. Si tienes uno, claro. Yo no tengo.

Hana suspira sin fijar la vista en mí. Por fin me mira.

—¿Eres capaz de guardar un secreto?

En ese momento, me incorporo totalmente y me siento en el borde de la cama. No me gusta la forma en que me mira. No me inspira confianza.

—¿De qué se trata, Hana?

—¿Eres capaz de guardar un secreto? —insiste.

Me viene a la memoria la forma en que Hana, el día de la evaluación, cuando estábamos juntas delante de los laboratorios bajo aquel sol abrasador, acercó su boca a mi oído y me susurró algo sobre la felicidad y la infelicidad. De repente, tengo miedo por ella, de ella. Pero asiento y respondo:

—Claro, por supuesto.

—Vale —baja la mirada, juguetea un momento con el dobladillo de sus pantalones cortos, respira hondo—. Bueno, la semana pasada conocí a un chico...

—¿Cómo?

Casi me caigo de la cama.

—Tranquila —alza una mano—. Está curado, ¿vale? Trabaja para el ayuntamiento. La verdad es que es censor.

Se me calma el corazón y me acomodo de nuevo contra las almohadas.

—Vale. ¿Y qué?

—Resulta queee... —dice Hana estirando la palabra—, bueno, que coincidí con él en la sala de espera del médico. Cuando fui a que me hicieran la fisioterapia, ¿sabes? —Hana se hizo un esguince de tobillo en el otoño y desde entonces le han tenido que dar sesiones de fisioterapia una vez a la semana, para fortalecerlo—. Y nos pusimos a hablar.

Se interrumpe. Yo no veo adonde quiere llegar con la historia o qué relación tiene con la música que estaba escuchando, así que espero a que continúe.

—Entonces, le hablé sobre los exámenes de reválida y le conté que realmente quiero ir a la USM, y él me habló de su trabajo, de lo que hace cada día, y a sabes. Se dedica a codificar las restricciones de acceso a la red, para que la gente no pueda escribir cualquier cosa, colgar un *post*, escribir información falsa o expresar «opiniones incendiarias» —hace un gesto para entrecomillarlo, poniendo los ojos en blanco—, y cosas por el estilo. Es una especie de guardia de seguridad de la red.

—Vale —vuelvo a decir.

Quiero que Hana vaya al grano. Ya sé que hay restricciones de acceso por motivos de seguridad, todo el mundo lo sabe, pero si se lo digo, se cerrará en banda.

Aspira hondo.

—Pero no se dedica solo a codificar la seguridad. También comprueba fallos y busca gente que se cuele en el sistema. Básicamente, son *hackers* que se saltan todas las medidas de seguridad y consiguen colgar su propia información. El gobierno habla de «flotadores»: páginas que están colgadas tan solo una hora, o un día, o dos, antes de ser descubiertas. Webs llenas de contenido no autorizado, foros de opinión, videoclips y música.

—Y tú encontraste una.

Me entran náuseas. Una ristra de palabras se pone a parpadear en mi cerebro con letras de neón: *ilegal, interrogatorio, vigilancia. Hana.*

No parece darse cuenta de que me he quedado totalmente paralizada. De pronto, su cara se anima, se vuelve viva y tan llena de energía como no la he visto nunca; se inclina hacia delante apoyándose en las rodillas y habla apresuradamente.

—No solo una. Docenas. Hay un montón por ahí, si sabes cómo buscar. Y si sabes dónde buscar. Es increíble, Lena. Debe de haber gente de esa por todo el país, colándose por los agujeros y fallas de los sistemas de seguridad. Tendrías

que ver algunas de las cosas que escriben sobre... sobre la cura. No son solo los inválidos quienes no creen en ella. Hay gente aquí, y por todas partes, que no cree... —me quedo mirándola con tal expresión de dureza que baja los ojos y cambia de tema—. Y tendrías que oír la música. Una música increíble, asombrosa, que no se parece a nada que hayas oído antes, una música que te hace alucinar, ¿sabes? Que te da ganas de gritar y saltar y romper cosas y llorar...

El cuarto de Hana es grande, casi el doble que el mío, pero siento como si las paredes me presionaran. Si el aire acondicionado sigue funcionando, yo no lo noto. El ambiente parece bochornoso, como una bocanada de aliento húmedo; me pongo de pie y me acerco a la ventana. Hana se interrumpe por fin. Intento abrir la ventana de un empuellón, pero no se mueve. Sigo empujando y haciendo presión contra el marco.

—Lena —dice Hana tímidamente, después de un minuto.

—No se abre.

Lo único que puedo pensar es: «Necesito aire». El resto de mi mente es un revoltijo de ruido de estática y luces fluorescentes y batas de laboratorio y mesas de operaciones y bisturíes; veo a Willow Marks arrastrada hasta los laboratorios contra su voluntad, gritando, con la cara pintarrajeada con rotuladores y otras pinturas.

—Lena —repite, más alto esta vez—. Anda, venga.

—Está atascada. La madera se ha debido de combar por el calor. ¿Por qué no se abre?

Tiro fuerte y por fin la ventana se levanta. Se oye un sonido agudo y el pestillo que la mantenía en su sitio se desprende y sale volando para aterrizar en mitad de la habitación. Por un momento, las dos nos quedamos mirándolo. El aire que entra por la ventana abierta no me hace sentir mejor. Afuera hace aún más calor.

—Lo siento —musito. No soy capaz de mirarla—. No tenía intención de... No sabía que estaba cerrada con pestillo. Las ventanas de mi casa no cierran así.

—No te preocupes por la ventana. No me importa para nada la puñetera ventana.

—Una vez, Gracie se salió de la cuna cuando era pequeña y casi llega hasta el tejado. Simplemente abrió la ventana, que era corredera, y empezó a subir.

—Lena —Hana extiende los brazos y me agarra por los hombros.

No sé si tengo fiebre o qué, siento que me sube y me baja la temperatura cada cinco segundos, pero el contacto con ella hace que me recorra un escalofrío y me aparto rápidamente.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunta.

—No estoy enfadada. Estoy preocupada por ti.

No es verdad del todo. Estoy enfadada; es más, estoy furiosa. Todo este

tiempo me he dejado llevar a ciegas, la cómplice tonta, pensando en nuestro último verano juntas, preocupándome por los candidatos que me asignarán para el emparejamiento, por las evaluaciones y los exámenes de reválida y otras cosas normales. Y ella me ha seguido la corriente, diciendo: « Si, sí, y o también» y « Estoy segura de que todo va a salir bien », y mientras tanto, a mis espaldas, se ha ido convirtiendo en alguien a quien no conozco, alguien con secretos y costumbres increíbles y opiniones sobre cosas que no deberíamos ni plantearnos. Ahora sé por qué me sorprendí tanto el día de la evaluación cuando se volvió y me susurró con los ojos brillantes y muy abiertos. Era como si se hubiera ido por un segundo mi mejor amiga, mi única amiga verdadera, y en su lugar hubiera una extraña.

Eso es lo que ha estado sucediendo todo este tiempo. Hana se ha ido metamorfoseando hasta convertirse en una desconocida.

Me vuelvo hacia la ventana.

Me atraviesa un filo agudo de tristeza, veloz y profundo. Supongo que tenía que suceder en un momento u otro. Siempre supe que ocurriría. Todas las personas en quienes confías, todas aquellas con las que crees que puedes contar, te acaban decepcionando. Cuando la gente actúa a su libre albedrío, mente y guarda secretos, cambia y desaparece; algunos, tras una cara o una personalidad distintas; otros, tras una densa niebla o tirándose por un acantilado. Por eso la cura es tan importante. Por eso la necesitamos.

—Mira, no me van a arrestar solo por entrar en algunas páginas web. O por escuchar música, o lo que sea.

—Podrían. A otros los han detenido por menos.

Ella también lo sabe. Lo sabe y no le importa.

—Ya, bueno, pues yo estoy harta.

Le tiembla un poco la voz, y eso me desconcierta. Nunca he oído más que certeza en su tono.

—No deberíamos ni hablar de esto. Alguien podría estar...

—¿Alguien podría estar escuchando? —me interrumpe para terminar la frase por mí—. Ay, Lena, estoy harta también de eso. ¿Tú no? Estoy harta de vigilar siempre lo que pasa detrás, mirando a mi espalda, midiendo lo que digo, lo que pienso, lo que hago. No puedo... no puedo respirar, no puedo dormir, no puedo moverme. Me siento como si hubiera muros por todas partes. Por donde quiera que voy... ¡plaf!, me topo con un muro. Cada cosa que deseo... ¡plaf!, otro muro.

Se pasa la mano por el pelo. Por una vez no parece tan guapa ni mantiene la calma. Está pálida y se la nota infeliz. Su expresión me recuerda a algo, pero no lo puedo identificar en ese momento.

—Es por nuestro propio bien —digo deseando que mi voz suene más segura. Nunca se me han dado bien las peleas—. Todo será mejor una vez nos hayan...

De nuevo me corta la frase:

—¿Una vez que estemos curadas? —se ríe; un breve sonido como un ladrido, sin alegría, pero al menos no me contradice directamente—. Claro. Eso es lo que todo el mundo dice.

De repente caigo en la cuenta. Me recuerda a los animales que vimos una vez en una excursión al matadero. Todas las vacas estaban en fila, agrupadas en sus compartimentos, mirándonos silenciosas mientras pasábamos, con esa misma mirada en los ojos: miedo, resignación y algo más. Desesperación. En ese momento me entra miedo de verdad, estoy realmente aterrada por ella.

Pero cuando habla de nuevo, parece más calmada.

—Tal vez funcione. Tal vez mejor, quiero decir, cuando estemos curadas. Pero hasta entonces... Esta es nuestra última oportunidad, Lena. Nuestra última oportunidad de hacer algo. Nuestra última oportunidad para elegir.

Esa es la palabra del día de la evaluación: *elegir*. Pero asiento porque no quiero que estalle de nuevo.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

Aparta la vista mordiéndose el labio, y noto que está pensando si confiar o no en mí.

—Hay una fiesta esta noche...

—¿Cómo? —el miedo vuelve a inundarme.

Ella se apresura a contestar.

—Lo encontré en una de las páginas flotantes, es un concierto: unos cuantos grupos que van a tocar cerca de la frontera en Stroudwater, en una de las granjas.

—No puedes hablar en serio. No... no vas a ir, ¿verdad? No puedo creer que te lo plantees siquiera.

—No hay peligro, ¿vale? Te lo prometo. Esas páginas... Es alucinante. Lena, estoy segura de que te gustarían si entraras. Están escondidas. Hay enlaces, normalmente ocultos en páginas normales, de esas que tienen contenido aprobado por el gobierno, pero no sé. De alguna forma se nota que hay algo que no encaja, ¿sabes? Se ve que no pertenecen a ese sitio.

Me agarro a una sola palabra.

—¿Que no hay peligro? ¿Cómo puede no haber peligro? Ese tipo al que has conocido, el censor. Su trabajo consiste en rastrear a gente lo bastante estúpida como para colgar esas cosas.

—No son estúpidos, la verdad es que son muy inteligentes.

—Por no hablar de los reguladores, y las patrullas, y la guardia de la juventud, y el toque de queda, y la segregación, y todo lo demás que hace que esta sea una de las peores ideas...

—Vale —Hana alza los brazos y los baja hasta golpearse los muslos. El ruido es tan fuerte que me sobresalta—. Vale. Así que es una mala idea. Así que es

peligrosa. ¿Pues sabes qué? Que no me importa.

Durante un instante reina el silencio. Nos quedamos mirándonos y el aire se vuelve cargado y peligroso, un fino resorte eléctrico, listo para saltar.

—¿Y qué pasa conmigo? —digo por fin, haciendo un esfuerzo para que no me tiemble la voz.

—Tú estás invitada a venir. A las diez y media, en la granja Roaring Brook, en Stroudwater. Habrá música y baile. Ya sabes, diversión. El tipo de cosas que tenemos que disfrutar antes de que nos corten la mitad del cerebro.

Ignoro la última parte del comentario.

—No creo que vaya. Hana. Por si te has olvidado, tenemos otros planes para esta noche. Hemos tenido planes para esta noche desde hace quince años.

—Ya lo sé, pero las cosas cambian.

Me vuelve la espalda, pero yo me siento como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Vale —respondo con la garganta encogida.

Esta vez sé que es de verdad, que estoy a punto de llorar. Me acerco a su cama y me pongo a recoger mis cosas. Por supuesto, se ha salido todo de la bolsa y en ese momento la colcha está cubierta de trocitos de papel, envolturas de chicle, monedas y bolis. Lo empiezo a meter todo de nuevo, luchando contra las lágrimas.

—Adelante. Haz lo que quieras, Hana. No me importa.

Tal vez se siente mal, porque su voz se suaviza un poco.

—En serio. Lena. Deberías pensarte lo de venir. No nos vamos a meter en ningún lío, te lo prometo.

—Eso no me lo puedes prometer —aspiro hondo deseando que deje de temblarme la voz—. Eso no lo sabes. No puedes tener ninguna seguridad de que no nos van a pillar.

—Y tú no puedes seguir con tanto miedo todo el tiempo.

Eso es. Se acabó. Me doy la vuelta rápidamente, furiosa. En mi interior se eleva algo profundo, negro y antiguo.

—Por supuesto que estoy asustada. Y tengo razones de sobra para estarlo. Y si tú no lo estás es solo porque tienes una vida perfecta y una familia perfecta y para ti todo es perfecto, perfecto, perfecto. Tú no ves nada. Tú no sabes nada.

—¿Perfecto? ¿Eso es lo que crees? ¿Que mi vida es perfecta?

No levanta la voz, pero está muy enfadada.

Me dan tentaciones de alejarme de ella, pero me obligo a quedarme donde estoy.

—Sí, eso creo.

De nuevo suelta una carcajada que parece un lamento, una rápida explosión.

—Así que tú crees que esto es lo máximo que podemos esperar de la vida, ¿no? —se gira completamente, con los brazos abiertos, como abarcando la

habitación, la casa, el barrio.

Su pregunta me sorprende.

—¿Qué más hay?

—Todo, Lena —sacude la cabeza—. Mira, no voy a pedir disculpas. Ya sé que tú tienes tus razones para estar asustada. Lo que le pasó a tu madre fue terrible...

—No metas a mi madre en esto.

El cuerpo se me pone tenso.

—Es que no puedes seguir haciéndola responsable de todo lo que sientes. Murió hace más de diez años.

La ira se apodera de mí como una niebla espesa que me traga. Mi mente se precipita sin control como si se deslizara sobre hielo, tropezando con palabras al azar. *Miedo. Culpa. No olvidar. Mamá. Te amo.* Y ahora me doy cuenta de que Hana es una serpiente: ha esperado mucho tiempo para decirme esto, ha esperado para introducirse reptando en lo más profundo y doloroso de mí ser y mordirme.

—Que te den —al final, esas son las únicas palabras que me salen.

Alza los brazos.

—Lena, escucha, solo te digo que tienes que olvidarte de eso. Tú no te pareces en nada a ella. Y no vas a terminar como ella. No lo llevas dentro.

—Que te den.

Está intentando ser amable, pero se me ha cerrado la mente y las palabras salen solas, atropellándose como una cascada. Me gustaría que cada una fuera un puño para poder golpearla en la cara. Bam, bam, bam, bam.

—Tú no sabes nada sobre ella. Ni sabes nada sobre mí. Tú no sabes nada de nada.

—¡Lena! —intenta agarrarme.

—No me toques.

Retrocedo tambaleándome, agarro la bolsa, me golpeo contra la mesa mientras me dirijo hacia la puerta. Tengo la vista nublada. Apenas puedo distinguir la barandilla. Bajo las escaleras tropezándome, casi me caigo, encuentro la puerta principal al tacto. Puede que Hana me esté llamando, pero todo se pierde en un estruendo que se acelera en mis oídos, en el interior de mi cabeza. La luz del sol, brillante, brillante luz blanca; el fresco acero áspero bajo mis dedos, la cancela; los olores del océano, la gasolina. Un gemido que se hace más intenso. Un chillido periódico: bip, bip, bip.

Se me aclara la mente de golpe y salgo de la calzada justo antes de que me atropelle un coche de policía que pasa a toda velocidad, con la bocina todavía sonando y las luces encendidas, mientras yo me quedo tosiendo por el polvo y el humo. Me duele tanto la garganta que parece que me voy a ahogar, y cuando finalmente dejo que caigan las lágrimas, el alivio es enorme, como cuando

sueñas algo pesado después de haberlo cargado durante mucho tiempo. Una vez que empiezo a llorar, no puedo parar, y durante todo el camino tengo que apretarme los ojos con la palma de la mano cada pocos segundos para poder ver por dónde voy. Me consuelo pensando que en menos de dos meses todo esto no será nada para mí. Todo esto se desvanecerá y yo me alzaré renovada y libre, como un pájaro que se eleva en el aire.

Eso es lo que Hana no comprende, lo que nunca ha comprendido: para algunas personas no se trata solo de los *delirios*. Algunos de nosotros, los afortunados, tendremos la oportunidad de nacer otra vez renovados, más frescos, mejores. Estaremos sanados y completos y perfectos de nuevo, como una placa de acero deforme que sale de la fragua incandescente y afilada como una navaja.

Eso es todo lo que quiero, es lo que siempre he querido. Esa es la promesa de la cura.

Señor, fija nuestros corazones como fijaste los planetas en sus órbitas y ordenaste el caos emergente. Igual que la gravedad de tu voluntad impide que las estrellas se derrumben, que los océanos se vuelvan tierra y que la tierra se convierta en agua, que los planetas colisionen y que los soles exploten, así, Señor, fija nuestros corazones en una órbita estable y ayúdalos a mantener su trayectoria.

Salmo 21 (« Plegaria y estudios» , *Manual de FSS*)

Esa noche, incluso después de meterme en la cama, las palabras de Hana me vuelven sin cesar a la mente: « Tú no vas a terminar como tu madre. No lo llevas dentro» . Solo lo ha dicho para consolarme, y debería tranquilizarme, pero por alguna razón no surte ese efecto. Por algún motivo me disgusta, me produce un profundo dolor en el pecho, como si tuviera dentro una gran piedra, afilada y fría.

Hana no lo comprende: pensar en la enfermedad, preocuparme por ella y agobiarme sobre si he heredado cierta disposición hacia los *delirios* es todo lo que tengo de mi madre. La enfermedad es lo único que sé de ella. Es nuestro vínculo.

No me queda nada más.

No es que no tenga recuerdos de mi madre. Los tengo, y muchos, sobre todo si consideramos lo pequeña que yo era cuando murió. Me acuerdo de que cuando había nevado me mandaba fuera a llenar de nieve las cazuelas. Una vez dentro, echábamos chorros de sirope de arce en los recipientes y veíamos cómo se endurecía casi al momento hasta formar un dulce de color ámbar. Era una filigrana azucarada de frágiles curvas, como encaje comestible. Recuerdo cuánto le gustaba cantar para nosotras mientras se bañaba conmigo en la playa de Eastern Prom. En aquel momento, yo no sabía lo raro que era aquello. Otras madres enseñan a sus hijos a nadar. Otras madres se bañan con sus bebés, les dan cremas protectoras para que no se quemen y hacen todas las cosas que se supone que una madre debe hacer, como se expone en la sección de « Paternidad» del *Manual de FSS*.

Pero no cantan.

Recuerdo que cuando estaba enferma me traía bandejas de tostadas con mantequilla, y cuando me hacía daño me besaba los arañazos. Recuerdo que una

vez, cuando me caí de la bici, me levantó y empezó a mecarme entre sus brazos, y una mujer le dijo sofocada: «Tendría que darle vergüenza». Yo no comprendí por qué lo decía, pero me hizo llorar aún más. Desde ese día, me consoló solo en privado. En público se limitaba a fruncir el ceño y a decir: «No pasa nada, Lena. Levántate».

Además, ensayábamos bailes. Mi madre los llamaba «calcetinadas» porque enrollábamos las alfombras del salón para apartarlas a un lado, nos poníamos los calcetines más gordos que teníamos y nos deslizábamos arriba y abajo por los pasillos de madera. Hasta Rachel participaba, aunque siempre decía que era demasiado mayor para juegos de niños. Mi madre corría las cortinas, apretaba cojines contra las puertas delantera y trasera y subía el volumen de la música. Nos reíamos tanto que siempre me iba a la cama con dolor de estómago.

Luego me di cuenta de que, en nuestras calcetinadas, ella corría las cortinas para impedir que nos vieran las patrullas, y que taponaba los resquicios de las puertas con cojines para que los vecinos no nos denunciaran por escuchar música y reír en exceso, síntomas en potencia de los *deliria*. Comprendí por qué ocultaba una insignia militar de mi padre, una daga de plata que él a su vez había heredado de su padre y que ella se metía por dentro de la blusa cada vez que salíamos, para que nadie la viera y sospechara. Comprendí que los momentos más felices de mi infancia eran una mentira. Estaban mal y eran peligrosos e ilegales. Eran propios de gente extravagante. Mi madre era una persona extravagante, y probablemente yo había heredado esa rareza.

Por primera vez, me pregunto realmente qué debió de pensar y sentir la noche en que fue caminando hasta los acantilados y siguió dando pasos, con los pies pedaleando en el aire. Me pregunto si tendría miedo. Me pregunto si pensaría en mí o en Rachel. Me pregunto si lamentaría dejarnos atrás.

También pienso en mi padre. No le recuerdo en absoluto, aunque tengo una impresión antigua, borrosa, de unas manos cálidas y ásperas, y de un rostro ancho que aparecía flotando por encima del mío, pero creo que eso es solo porque mi madre tenía en su habitación un retrato enmarcado de mi padre y de mí. Yo solo tenía unos meses y él me sostenía, sonriendo mientras miraba a la cámara. Pero no hay forma de que yo recuerde nada de verdad. Ni siquiera tenía un año cuando él murió. Cáncer.

El calor es pesado, horrible, parece cuajar en las paredes. Jenny está tumbada de espaldas, con los brazos y las piernas extendidos sobre la colcha, respirando en silencio con la boca totalmente abierta. Hasta Gracie está profundamente dormida, murmurando sin sonido contra la almohada. Todo el cuarto huele a aliento húmedo, a piel y a leche caliente.

Salgo de la cama sin hacer ruido, y a vestida con vaqueros negros y camiseta. Ni siquiera me he molestado en ponerme el pijama. Sabía que esta noche no iba a ser capaz de dormir. Y durante la velada he tomado una decisión. Estaba

sentada a la mesa de la cena con Carol, el tío William, Jenny y Gracie. Todos masticaban y tragaban en silencio, mirándose unos a otros sin expresión, y yo sentía que el aire me presionaba hacia abajo dificultándome la respiración, como dos puños que apretaran más y más un globo lleno de agua. Entonces me di cuenta de algo.

Hana había dicho que yo no lo llevaba dentro, pero se equivocaba.

Me late el corazón tan fuerte que puedo oírlo y tengo la certeza de que los demás lo van a oír también, que mi tía se va a incorporar de repente en la cama, lista para atraparme y acusarme de intentar huir a escondidas. Que por otra parte es, exactamente, lo que me propongo hacer. Ni siquiera sabía que un corazón pudiera latir tan fuerte, y eso me recuerda un relato de Edgar Allan Poe que tuvimos que leer para una de nuestras clases de Estudios Sociales: un tipo mata a otro, y luego se entrega a la policía porque está convencido de que puede oír los latidos del corazón del muerto, enterrado bajo las tablas del suelo. Se supone que es un cuento sobre la culpa y los peligros de la desobediencia civil, pero cuando lo leí por primera vez me pareció que era melodramático y cutre. Ahora, sin embargo, lo entiendo. Poe debió de escabullirse de su casa un montón de veces cuando era joven.

Abro suavemente la puerta del dormitorio, conteniendo el aliento mientras rezo para que no chirrie. En cierto momento, Jenny suelta un grito y se me para el corazón. Pero luego se da la vuelta pasando un brazo por encima de la almohada, y me relajo lentamente al darme cuenta de que simplemente se ha alborotado en sueños.

El pasillo está totalmente oscuro. La habitación que comparten los tíos también está en tinieblas, y lo único que se oye es el susurro de los árboles en el exterior y los gemidos y crujidos de las paredes: los ruidos artríticos normales en una casa vieja. Por fin, reúno el coraje para salir al pasillo y cerrar la puerta del cuarto a mi espalda. Me muevo tan despacio que casi parece que no me desplazo en absoluto. Orientándome por los bultos y las arrugas del papel de la pared, llego hasta las escaleras; luego deslizo la mano centímetro a centímetro por la barandilla y camino de puntillas. Incluso así parece que la casa se rebelara contra mí, como si estuviera gritando para que me pillaran. Cada paso parece crujir, o chillar, o gemir. Cada tabla del suelo tiembla y se estremece bajo mis pies, y empiezo a negociar mentalmente con la casa: « Si consigo llegar hasta la puerta principal sin que se despierte tía Carol, juro por Dios que nunca volveré a cerrar de golpe ninguna puerta. Nunca te volveré a llamar *vieja casucha de mierda*, ni siquiera en mi cabeza; nunca volveré a maldecir al sótano cuando se inunde, y nunca, nunca jamás cerraré de un puntapié la puerta del cuarto cuando me enfade con Jenny » .

Tal vez la casa me oiga, porque, milagrosamente, consigo llegar a la puerta principal. Me detengo un minuto más, tratando de distinguir sonidos de pasos en el

piso de arriba, voces susurradas, cualquier cosa, pero aparte de mi corazón, que sigue latiendo fuerte y sólido, todo está en silencio. Hasta la casa parece vacilar y tomarse un descanso, porque la puerta principal se abre sin apenas ruido y en el último momento, antes de salir a la noche, las habitaciones que dejo atrás están oscuras e inmóviles como tumbas.

Una vez fuera, me detengo en los peldaños delanteros. Los fuegos artificiales han terminado hace una hora —he oído el tartamudeo de las últimas explosiones, como disparos lejanos, cuando me estaba preparando para acostarme— y ahora las calles están extrañamente silenciosas, vacías por completo. Son más de las once. Quizá queden algunos curados en el paseo marítimo. El resto ya estará en casa. No hay ni una sola luz en la calle. Todas las farolas dejaron de funcionar hace años, excepto en las zonas más acomodadas de la ciudad, y me miran como ojos ciegos. Por suerte, la luna ilumina bastante.

Me esfuerzo por detectar los sonidos de las patrullas o los grupos de reguladores; casi tengo la esperanza de oírlos, porque entonces tendría que volver adentro, a mi cama, a la seguridad. El pánico comienza a acosarme de nuevo. Pero reinan la quietud y el silencio, como si la ciudad se hubiera congelado. Mi parte racional, correcta y sensata me grita que vuelva atrás y suba las escaleras, pero un núcleo de tozudez me hace avanzar.

Bajo por el sendero y en la cancela le quito el candado a la bicicleta.

Si comienzo a pedalear haré demasiado ruido, así que camino un trecho calle abajo. Las ruedas producen un sonido tranquilizador sobre el pavimento. Nunca en toda mi vida he estado sola tan tarde. Nunca he violado el toque de queda. Pero junto al miedo —que está siempre ahí, por supuesto, ese peso constante que me aplasta— parpadea una pequeña excitación que se eleva y desciende por debajo del miedo, haciéndolo retroceder un poco. Una especie de «vale, estoy bien, soy capaz de hacerlo». Solo soy una chica, una chica del montón, metro sesenta, nada especial, pero puedo hacer esto y no me va a parar ningún toque de queda ni ninguna patrulla del mundo. Es asombroso cómo me reconforta esta idea. Es increíble cómo consigue disolver el miedo, como una velita en mitad de la noche, que ilumina el entorno y quema la oscuridad.

Cuando alcanzo el final de la calle, me subo a la bici y noto que la marcha se coloca en su sitio. La brisa resulta agradable cuando empiezo a pedalear. Avanzo con cuidado para no ir demasiado deprisa, alerta por si hay reguladores cerca. Por suerte, Stroudwater y la granja Roaring Brook están en dirección opuesta a las celebraciones del cuatro de julio de Eastern Prom. Una vez que alcance la amplia franja de terreno agrícola que rodea la ciudad como un cinturón, todo debería ir bien. Por las granjas y los mataderos casi no hay patrullas. Pero primero tengo que pasar por el West End, donde vive gente rica como Hana, atravesar Libbytown y cruzar el río Fore por el puente de la calle Congress. Afortunadamente, las calles están desiertas.

Stroudwater queda a media hora larga, incluso yendo deprisa. A medida que dejo la península, alejándome de los edificios y negocios del centro en dirección a los barrios residenciales, las casas se van haciendo más pequeñas y hay más distancia entre ellas. Las rodean patios con poco césped y muchos hierbajos. Esto no es todavía la parte rural de Portland, pero ya hay señales de que el campo se va acercando: plantas que crecen entre las tablas medio podridas de los porches, un búho que ulula lastimero en la oscuridad, una guadaña negra de murciélagos que corta el cielo de repente. Casi todas estas casas tienen coches delante, como las mansiones acomodadas del West End, pero estos han sido, a todas luces, rescatados de la chatarra. Muchos están apoyados sobre bloques de hormigón en vez de ruedas. Veo uno cuyo techo corredizo está atravesado por un árbol, como si el vehículo acabara de caer del cielo y se hubiera empalado allí; hay otro, con el capó abierto, al que le falta el motor. Cuando paso, de esa cavidad negra sale de repente un gato que maúlla y me mira.

Una vez que cruzo el río Fore, desaparecen las casas y hay solo campo, granjas con nombres como Meadow Lane, Sheepsbay o Willow Creek, lo que les da un toque agradable y acogedor. Lugares donde alguien podría estar horneando magdalenas y separando la nata fresca para hacer mantequilla. Pero casi todas las granjas pertenecen a grandes empresas, están repletas de ganado y a menudo explotan a huérfanos.

Siempre me ha gustado esta zona, pero en la oscuridad me produce una sensación extraña; es un lugar abierto y totalmente vacío, y no puedo evitar pensar que si me encontrara con una patrulla no tendría recodo donde esconderme, ni callejuela por la que escabullirme. Más allá de los campos, veo las siluetas bajas y oscuras de graneros y silos, algunos nuevos y otros que apenas se tienen en pie y se aferran a la tierra como si le clavaran los dientes. El aire huele ligeramente dulce, como a plantas que crecen y a estiércol de vaca.

La granja Roaring Brook está justo al lado de la frontera sudoeste. Lleva años abandonada, desde que la mitad del edificio principal y los dos silos de grano fueron destruidos en un incendio. Unos cinco minutos antes de llegar, me parece escuchar un ritmo de tambor que resulta casi imperceptible tras el canto de los grillos, pero durante un rato no sé si me lo estoy imaginando o solo escucho mi corazón, que se ha puesto a latir con fuerza de nuevo. Un poco más adelante, sin embargo, ya estoy segura. Incluso antes de llegar al camino de tierra que lleva al granero, o al menos a la parte de este que todavía se mantiene en pie, me llegan sonidos de música, que cristalizan en el aire nocturno como lluvia que de repente se convirtiera en nieve y cayera lentamente hasta la tierra.

Me entra otra vez el miedo. Lo único que puedo pensar es: «Esto está mal. Está mal, está mal, está mal». La tía Carol me mataría si supiera lo que estoy haciendo. Me mataría o haría que me encerraran en las Criptas o que me llevaran a los laboratorios para una intervención anticipada, como a Willow

Marks.

Me bajo de la bici cuando veo el cruce hacia Roaring Brook y el gran letrero de metal clavado en el suelo donde se lee PROPIEDAD DE PORTLAND, PROHIBIDO EL PASO. Me interno un poco en el bosque que hay junto al camino para dejar la bici. La casa de la granja y el viejo granero quedan todavía a unos doscientos metros hacia abajo, pero no me apetece llevar la bici más allá. No le pongo el candado, eso sí. No quiero ni pensar en lo que pasaría si hubiera una redada, pero si la hay, no quiero tener que estar peleándome con el candado en la penumbra. Necesitaré velocidad.

Paso junto al letrero de PROHIBIDO EL PASO. Me viene a la cabeza cómo saltamos Hana y yo la valla de los laboratorios, y me doy cuenta de que me estoy haciendo toda una experta en ignorar esos carteles. Es la primera vez en mucho tiempo que me acuerdo de aquella tarde y justo en ese momento me viene la imagen de Álex. Lo recuerdo en la plataforma de observación, riéndose con la cabeza echada hacia atrás.

Tengo que centrarme en el camino que estoy siguiendo, el brillo de la luna, las flores silvestres. Eso me ayuda a vencer la sensación de que voy a vomitar en cualquier momento. La verdad es que no sé qué es lo que me ha hecho salir de casa, por qué he sentido que tenía que demostrarle a Hana que estaba equivocada. Trato de ignorar la idea, mucho más perturbadora que todo lo demás, de que la discusión con ella no ha sido más que una excusa. Quizá, en lo más profundo de mí, simplemente sentía curiosidad.

Ya no siento curiosidad. Tengo miedo. Y me siento muy, muy tonta.

La granja y el viejo granero están situados en una hondonada entre dos colinas, un pequeño valle, como si los edificios estuvieran colocados justo en medio de unos labios fruncidos. Por la forma en que está orientado el terreno, aún no puedo ver la granja, pero a medida que me acerco a lo alto de la colina la música se oye más fuerte, más nítida. No se parece a nada que haya escuchado antes. Desde luego, no es como la música autorizada que se puede descargar en la BMPA: correcta, armoniosa, estructurada, el tipo de música que toca la banda en el kiosco del parque de Deering Oaks durante los conciertos oficiales de verano.

Alguien canta. Es una voz bella. Tan espesa y con tanto cuerpo como la miel caliente. Sube y baja por las escalas a tal velocidad que me marea escucharla. La música que suena por debajo de la voz es extraña y chocante y salvaje, pero no se parece en absoluto a los aullidos y chirridos que Hana escuchaba hoy en su ordenador. Veo ciertas similitudes, ciertos patrones de melodía y ritmo. Pero aquella música era metálica y horrible, y por los altavoces sonaba medio confusa. Esta fluye irregular, triste. Es como contemplar el mar durante una tempestad, las olas que golpean y rompen, la espuma del mar chocando contra los muelles. Esta música, como el océano inmenso y poderoso, te deja sin

aliento.

Así me voy sintiendo a medida que llego a la última cresta de la colina y se extienden ante mí el granero medio derruido y la granja maltrecha, justo cuando la música se alza como una ola a punto de romper. Mi cuerpo se queda sin aire de golpe, me quedo muda y llena de asombro por su belleza. Por un momento, me parece que estoy realmente mirando al océano: un mar de gente se revuelve y baila a la luz que se derrama desde el silo, como sombras que giran en torno a una llama.

El granero está vacío, partido por el centro y ennegrecido por el fuego, expuesto a los elementos. Solo queda en pie la mitad, fragmentos de tres paredes, una parte del tejado y unos metros de plataforma elevada que alguna vez debió de usarse para almacenar el heno. Ahí es donde toca el grupo. En los campos han empezado a brotar arbolillos delgados que no tienen más que tronco. Los árboles más viejos, calcinados por el fuego hasta quedar blancos y totalmente desprovistos de hojas y ramas, apuntan al cielo como dedos espectrales.

Veinte metros más allá del granero, veo el borde de negrura donde comienza la tierra no regulada. La Tierra Salvaje. A esta distancia no distingo la alambrada fronteriza, pero de algún modo puedo sentirla, puedo sentir la electricidad que zumba en el aire. Solo he estado cerca de esa valla unas pocas veces. Una con mi madre hace años, cuando me hizo escuchar el siseo de la electricidad, una corriente tan fuerte que el aire parece zumbear con ella. Puede dar calambre aun estando a más de un metro. Mi madre me hizo prometer que nunca, nunca jamás la tocaría. Me dijo que cuando la cura se hizo obligatoria, algunas personas intentaron escapar cruzando la frontera. No llegaron a poner más que una mano en la alambrada antes de freírse como beicon; recuerdo que eso es exactamente lo que dijo: « como beicon » . Desde entonces he corrido a lo largo de la frontera algunas veces con Hana, siempre con cuidado de mantenernos al menos a tres metros de distancia.

En el granero, alguien ha montado altavoces y amplificadores, e incluso dos enormes focos de tamaño industrial que iluminan a los que están cerca del escenario con un blanco descarnado e hiperreal, y al resto los hacen parecer oscuros e indistintos, borrosos. Termina una canción y la multitud ruge al unísono, un sonido oceánico. Se me ocurre que deben de haber puentado la electricidad de una red en alguna de las otras granjas. Pienso que todo esto es una tontería, que nunca encontraré a Hana: hay demasiada gente. Entonces comienza un nuevo tema, igual de bello y salvaje. Es como si la música atravesara todo ese espacio oscuro y tocara algo en lo más profundo de mí, punteándome como un instrumento de cuerda. Bajo la colina hacia el granero. Lo raro es que no lo hago por voluntad propia. Mis pies se mueven por sí mismos, como si hubieran encontrado un sendero invisible y se dejaran llevar hacia abajo, hacia abajo.

Por un momento me olvido de que se supone que estoy buscando a Hana. Me

siento como en un sueño donde suceden cosas extrañas, pero que no parecen extrañas. Todo es confuso, todo está envuelto en la niebla, y yo noto, desde la cabeza a los pies, el deseo único y ardiente de acercarme a la música, de oír mejor la música, de que la música siga, siga y siga.

—¡Lena, has venido! ¡Lena!

Escuchar mi nombre hace que salga del aturdimiento, y de repente me doy cuenta de que estoy en medio de una aglomeración enorme de gente.

No. No es solo gente. Son chicos. Y chicas. Incurados todos, sin rastro de marcas en el cuello, al menos por lo que puedo ver desde aquí. Chicos y chicas que hablan. Chicos y chicas que ríen. Chicos y chicas que beben de los mismos vasos. De repente siento que voy a desmayarme.

Hana viene hacia mí a toda velocidad, abriéndose paso a codazos, y antes de que yo pueda abrir la boca, se me echa encima como hizo en la graduación y me da un abrazo apretado.

Me quedo tan sorprendida que retrocedo tambaleándome y casi me caigo.

—¡Estás aquí! —se aparta y me mira, manteniendo sus manos en mis hombros—. ¡Estás aquí de verdad!

Termina otra canción y la vocalista, una chica menuda con el pelo negro y largo, grita algo sobre un descanso. A medida que mi cerebro se reinicia lentamente, se me ocurre una idea completamente absurda: « Esa chica es más baja que yo y está cantando ante quinientas personas » .

Y luego pienso: « Quinientas personas, quinientas personas, ¿qué estoy haciendo yo aquí con quinientas personas? » .

—No puedo quedarme —digo rápidamente.

En cuanto las palabras salen de mi boca me siento aliviada. Lo que había venido a demostrar está demostrado; ya me puedo ir. Tengo que salir de esta multitud, del estruendo de voces, es como un muro en movimiento: codos y hombros que me sacuden. Antes estaba demasiado absorta en la música para mirar a mí alrededor, pero ahora percibo colores, perfumes y manos que giran y dan vueltas cerca de nosotras.

Hana abre la boca, quizá para oponerse, pero en ese momento nos interrumpen. Un chico con un flequillo rubio apagado que le cae sobre los ojos se abre paso hasta nosotras, con dos vasos grandes de plástico en la mano.

El chico del pelo rubio le da un vaso a Hana. Ella lo acepta, le da las gracias y luego se vuelve hacia mí.

—Lena —dice—, este es mi amigo Drew.

Percibo en ella, por un momento, una sombra de culpabilidad, pero luego la sonrisa vuelve a su rostro, tan ancha como siempre, como si estuviéramos en mitad del colegio hablando de un control de Biología.

Abro la boca, pero no me salen las palabras; probablemente es mejor, teniendo en cuenta que acaba de sonar en mi cabeza una alarma gigante de

incendios. Puede parecer tonto e ingenuo, pero ni una sola vez cuando venía hacia las granjas se me ha ocurrido siquiera la posibilidad de que la fiesta fuera mixta, que Hana estuviera con un chico. No me lo había planteado.

Violar el toque de queda es una cosa; escuchar música no autorizada es incluso peor. Pero violar las leyes de la segregación es uno de los peores delitos que existen. De ahí el adelanto de la intervención de Willow Marks y las pintadas en la pared de su casa, de ahí que Chelsea Bronson fuera expulsada de la escuela tras haber sido, supuestamente, encontrada más allá del toque de queda con un chico de Spencer, de ahí que sus padres fueran despedidos misteriosamente del trabajo, y que toda su familia se viera obligada a abandonar su casa. Y, al menos en el caso de Chelsea Bronson, no había ni una sola prueba. Tan solo rumores.

Drew me hace un pequeño saludo con la mano.

—¿Qué hay, Lena? —mi boca se abre y se cierra. Aún no hay sonido. Por un momento nos quedamos allí en un silencio incómodo—. ¿Whisky? —me ofrece un vaso con un gesto repentino, espasmódico.

—¿Whisky? —respondo con voz aguda.

He bebido alcohol muy pocas veces. En Navidad, cuando la tía Carol me sirve un poco de vino, y una vez en casa de Hana, cuando robamos un licor de zarzamora del minibar de sus padres y estuvimos bebiendo hasta que el techo empezó a dar vueltas sobre nuestras cabezas. Ella se reía a carcajadas, pero a mí no me gustó, no me gustó aquel sabor dulzón y asqueroso en la boca, ni la forma en que mis pensamientos se desvanecían como la neblina al sol. Fuera de control, así me sentía, y lo odiaba.

Drew se encoge de hombros.

—No quedaba nada más. El vodka es lo primero que se acaba en estas cosas.

Supongo que la expresión « estas cosas » quiere decir que ocurren a menudo.

—No —intento devolverle el vaso—. Toma.

Me hace un gesto, se ve que no me ha entendido.

—No pasa nada. Ya pilló otro.

Drew sonríe rápidamente a Hana antes de desaparecer entre la multitud. Me gusta su sonrisa, la forma en que se alza medio torcida hacia su oreja izquierda, pero al darme cuenta de que estoy pensando en que me gusta su sonrisa, siento el pánico que me recorre, que late en mi sangre, toda una vida de susurros y acusaciones.

Control. Todo tiene que ver con el control.

—Tengo que irme —consigo decirle a Hana. Algo es algo.

—¿Irte? —arruga la frente—. ¿Has venido hasta aquí a pie?

—He venido en bici.

—Da igual. ¿Has venido hasta aquí en bici y te vas a ir ya?

Busca mi mano, pero me cruzo de brazos rápidamente para evitarla. Por un momento parece dolida. Yo finjo que tiemblo para que no se sienta mal,

preguntándome por qué me cuesta tanto hablar con ella. Es mi mejor amiga, la chica que conozco desde segundo, la que compartía sus galletas conmigo a la hora de la comida y la que una vez le dio un puñetazo en la cara a Julian Dawson cuando dijo que mi familia estaba contaminada.

—Estoy cansada —digo—. Y no debería estar aquí.

Lo que quiero decir es: «Tú tampoco deberías estar aquí», pero me detengo.

—¿Has escuchado al grupo? Son espectaculares, ¿verdad?

Está siendo demasiado formal, no le pega nada, y eso me produce un dolor agudo y profundo bajo las costillas. Está intentando ser amable. Se comporta como si fuéramos extrañas. Ella también nota la incomodidad entre nosotras.

—Yo... yo no estaba escuchando.

Por alguna razón no quiero que Hana sepa que sí, que lo he escuchado y que me han parecido increíbles, más que espectaculares. Es algo demasiado personal, incluso embarazoso, algo de lo que me avergüenzo. Y a pesar de que he recorrido todo el camino hasta la granja Roaring Brook y he violado el toque de queda solo para verla y pedirle disculpas, vuelvo a sentir lo que sentí antes. Ya no la conozco y ella realmente no me conoce a mí.

Estoy acostumbrada a la sensación de doblez, a pensar una cosa y hacer otra, a un continuo tira y afloja. Pero, de algún modo, ella ha caído limpiamente en la otra mitad, el otro mundo, el mundo de pensamientos, cosas y personas inencontrables.

¿Es posible que durante todo este tiempo yo haya estado viviendo mi vida, estudiando para los exámenes, corriendo con Hana, mientras este otro mundo también existía, en paralelo y por debajo del mío, vivo, listo para salir a escondidas de las sombras y de los callejones en cuanto se pone el sol? Fiestas ilegales, música no aprobada, gente que se roza sin miedo a la enfermedad, sin miedo a sí mismos.

Un mundo sin miedo. Imposible.

Y aunque me encuentro en medio de la mayor multitud que he visto en mi vida, me siento completamente sola.

—Quédate —dice Hana suavemente. Aunque es una orden, hay cierta vacilación en su voz, como si estuviera haciendo una pregunta—. Aún puedes ver la segunda parte.

Nuevo la cabeza. Ojalá no hubiera venido. Ojalá no hubiera visto nada de esto. Ojalá no supiera lo que sé en este momento, ojalá pudiera levantarme mañana y coger la bici hasta su casa, tumbarnos juntas en Eastern Prom y quejarnos de lo aburridos que son los veranos, como hacemos siempre. Ojalá pudiera creer que nada ha cambiado.

—Me voy —digo deseando que no me tiemble la voz—. Pero no importa. Tú puedes quedarte.

En cuanto lo digo me doy cuenta de que ella no se había ofrecido a volver

conmigo. Me mira con la más extraña mezcla de compasión y arrepentimiento.

—Puedo volver contigo si quieres —dice, pero sé que solo lo dice para hacerme sentir mejor.

—No, no. Estoy bien.

Me arden las mejillas y doy un paso atrás, desesperada por irme de allí. Me choco con alguien, un chico, que se vuelve y me sonríe. Me aparto de él rápidamente.

—¡Lena, espera!

Hana hace ademán de cogerme otra vez. Aunque ya tiene una bebida, le pongo mi vaso en la mano libre para detenerla. Frunce el ceño por un momento mientras trata de equilibrar los dos vasos en el hueco del codo, pero en ese momento me sitúo fuera de su alcance.

—Estaré bien, te lo prometo. Mañana te llamo.

Luego me deslizo por un estrecho hueco entre dos personas; es la única ventaja de medir un metro sesenta, que se tiene un punto de vista privilegiado de todos los espacios intermedios, y antes de que me dé cuenta, ella ha quedado atrás, engullida por la multitud. Esquivo la gente alejándome del granero, con los ojos bajos y esperando impaciente a que se me enfrien las mejillas.

Las imágenes giran en espiral, confusas, haciéndome creer que estoy soñando otra vez. Chico. Chica. Chico. Chica. Se ríen, se empujan, se tocan el pelo unos a otros. Nunca, ni una sola vez en toda mi vida, me he sentido tan distinta y tan fuera de lugar. Se oye un aullido agudo y metálico y el grupo comienza a tocar de nuevo, pero esta vez la música no me llega en absoluto. Ni siquiera me detengo. Simplemente, continúo caminando en dirección a la colina, imaginando el silencio fresco de los campos iluminados por las estrellas, las oscuras calles conocidas de Portland, el ritmo regular de las patrullas que marchan silenciosamente en sincronía, los comentarios de los *walkie-talkies* de los reguladores. Cosas uniformes, familiares, normales, mías.

Por fin, la muchedumbre empieza a aclarar. Me moría de calor encajonada entre tanta gente, y la brisa me azota la piel y me refresca las mejillas. He empezado a calmarme y, en el borde de la aglomeración, me permito una mirada hacia el escenario. El granero, abierto al cielo y a la noche, me hace pensar en una mano que sostuviera una pequeña llama.

—¡Lena!

Es extraño cómo reconozco la voz al instante aunque, antes de hoy, solo la he oído una vez y durante apenas diez minutos, quince a lo sumo. Es como una alegría contenida, como si alguien se inclinara a contarte un secreto interesantísimo en mitad de la clase más aburrida del mundo. Todo se queda inmóvil. La sangre deja de fluir por mis venas. Me quedo sin aliento.

Por un segundo, hasta la música desaparece y todo lo que oigo es algo firme, sereno y bello, como el toque lejano de un tambor, y pienso: « Estoy escuchando

mi corazón», pero sé que eso es imposible, porque mi corazón también se ha detenido. Mi visión hace un *zoom* de cámara otra vez y lo único que veo es a Álex. Que viene hacia mí usando los hombros para abrirse paso entre la gente.

—¡Lena! ¡Espera!

Me recorre un breve ramalazo de terror. Durante un segundo desesperado, pienso que debe de formar parte de una patrulla, de un grupo de redadas o algo así, pero luego veo que está vestido con ropa informal: los vaqueros, sus zapatillas gastadas con los cordones azul tinta y una camiseta desteñida.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —le pregunto tartamudeando mientras se acerca a mí.

Sonríe.

—Yo también me alegro de verte.

Ha dejado un metro de distancia entre nosotros, y se lo agradezco. En la semipenumbra, no puedo distinguir el color de sus ojos y no puedo permitirme distracciones en este momento, no quiero sentirme como me sentí en los laboratorios cuando se inclinó para susurrarme, aquella conciencia total de la distancia infinitesimal que separaba su boca de mi oído: terror, culpa y excitación, todo a la vez.

—Lo digo en serio.

Hago todo lo que puedo por mirarle con el ceño fruncido.

Su sonrisa pierde intensidad, aunque no desaparece del todo. Suelta aire por la boca.

—He venido a escuchar la música —dice—. Como todo el mundo.

—Pero no puedes... —luchó por encontrar las palabras, no estoy segura de cómo decir lo que quiero expresar—. Pero esto es...

—¿Illegal? —se encoge de hombros. Un mechón de cabello cae sobre su ojo izquierdo y, cuando se vuelve a observar la fiesta, su pelo capta la luz del escenario y refleja su extraño color castaño dorado—. No pasa nada —añade en voz tan baja que tengo que inclinarme hacia delante para oírle por encima de la música—. Nadie hace daño a nadie.

«Eso no lo sabes», estoy a punto de decir, pero la forma en que sus palabras rezuman tristeza me detiene. Se pasa una mano por el pelo y distingo detrás de su oído izquierdo la pequeña cicatriz oscura de tres patas perfectamente simétricas. Quizá solo lamenta lo que ha perdido tras la cura. La música no emociona a la gente del mismo modo, por ejemplo, y aunque también debería estar curado de cualquier sentimiento de arrepentimiento, la operación funciona de modo distinto para cada persona y no siempre es perfecta. Por eso es por lo que mi tía y mi tío aún sueñan algunas veces. Por eso es por lo que la prima Marcia estallaba de pronto en un llanto histérico, sin previo aviso ni causa aparente.

—¿Y tú qué? —se gira hacia mí y vuelven su sonrisa y el tono travieso y juguetón de su voz—. ¿Qué excusa tienes tú?

—Yo no quería venir —respondo rápidamente—. He tenido que hacerlo... — me interrumpo, dándome cuenta de que no sé a ciencia cierta por qué debía venir—. Tenía que darle algo a alguien —digo por fin.

Arquea las cajas. Evidentemente, no le convence mucho mi respuesta. Yo me apresuro a continuar.

—A Hana. Mi amiga. La que conociste el otro día.

—Ya me acuerdo —dice. Nunca he visto a nadie que mantenga la sonrisa durante tanto tiempo. Parece como si su cara estuviera moldeada así de forma natural—. Por cierto, todavía no has dicho que lo sentías.

—¿El qué?

La muchedumbre ha seguido presionando para acercarse al escenario, así que ya no estamos rodeados de gente. A veces pasa alguien por nuestro lado, jugando con una botella o cantando al ritmo de la música, aunque un poco desafinado, pero por lo demás estamos solos.

—Por dejarme plantado —un lado de su boca se alza más, y de nuevo tengo la sensación de que está compartiendo conmigo un secreto delicioso, que está intentando decirme algo—. No te dignaste aparecer aquel día en Back Cove.

Siento un estallido de triunfo: «¡Me estuvo esperando en la ensenada! ¡Realmente quería que yo me reuniera con él!». Al mismo tiempo, la ansiedad florece en mi interior. Quiere algo de mí. No estoy segura de lo que es, pero puedo sentirlo, y eso me hace tener miedo.

—Bueno, entonces, ¿qué? —se cruza de brazos y se balancea sobre los talones, siempre sonriendo—. ¿Me vas a pedir disculpas o qué?

Su naturalidad y confianza en sí mismo me exasperan, como me pasó en los laboratorios. Es tan injusto..., tan distinto de como me siento yo, que parece que me va a dar un infarto, o que me voy a derretir hasta convertirme en un charco.

—Yo no me disculpo con los mentirosos —digo, sorprendida de la firmeza de mi voz.

Él da un respingo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¡Venga ya! —pongo los ojos en blanco, sintiéndome a cada instante más segura de mí misma—. Mentiste al decir que no me habías visto en la evaluación. Mentiste cuando afirmaste que no me conocías —voy haciendo un recuento de sus mentiras con los dedos—. Incluso mentiste al negar que estabas dentro de los laboratorios el día de la evaluación.

—Vale, vale —alza los brazos—. Lo siento, ¿de acuerdo? Mira, soy yo quien debería pedir disculpas —se me queda mirando por un instante y luego suspira—. Te lo dije: al personal no se le permite entrar en los laboratorios durante las evaluaciones. Para mantener la pureza del proceso o algo así, no sé. Pero yo necesitaba una taza de café y hay una máquina en el primer piso del complejo C que tiene café del bueno, con leche de verdad incluso, así que usé mi código para

entrar. Eso es todo. Fin de la historia. Y luego tuve que mentir al respecto. Podría perder mi empleo. Además, yo solo trabajo en los puñeteros laboratorios para pagarme la universidad...

Deja de hablar. Por una vez no parece tan seguro de sí mismo. Se le nota preocupado, como si de verdad tuviera miedo de que lo denunciara.

—Entonces, ¿por qué estabas en la plataforma de observación? —insisto—. ¿Por qué me mirabas?

—Ni siquiera llegué al primer piso —aclara. Me mira atentamente, como calibrando mi reacción—. Entré y... y justo en aquel momento oí un ruido extraño. Un ruido como un bramido o un rugido. Y algo más, también. Como gritos o algo así.

Cierro los ojos brevemente, recordando la sensación de calor que me daban las luces blancas, la impresión de oír el océano golpeando en el exterior de los laboratorios, de oír los gritos de mi madre desde la distancia de una década. Cuando los abro, Álex sigue mirándome.

—Bueno, yo no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Pensé, no sé, te parecerá una tontería, pero pensé que quizá los laboratorios estuvieran siendo atacados. Y ahí estaba yo, y de repente había como cien vacas que venían contra mí... —se encoge de hombros—. Había una escalera a mi izquierda. Me entró pánico y subí a toda pastilla. Pensé que las vacas no podían subir escaleras —aparece de nuevo una sonrisa, esta vez fugaz, tentativa—. Y acabé en la plataforma de observación.

Una explicación perfectamente natural y razonable. Me siento aliviada y ya me da menos miedo. Al mismo tiempo, hay algo que se mueve bajo mi pecho, un sentimiento apagado, una decepción. Y una cierta cabezonería, una parte de mí que sigue dudando de él. Recuerdo el aspecto que tenía en la plataforma de observación, con la cabeza echada hacia atrás, riendo, la forma en que me guiñó un ojo. La expresión que tenía, divertida, segura, feliz. Sin miedo en absoluto.

Un mundo sin miedo.

—Entonces, ¿no sabes nada de cómo... cómo sucedió?

No puedo creer que yo esté siendo tan audaz. Hago una bola con las manos y aprieto los puños; espero que no note el tono repentinamente estrangulado de mi voz.

—¿Te refieres a la confusión con las entregas? —lo dice con toda naturalidad, sin hacer pausas y sin que se le quiebre la voz, y mis últimas dudas se desvanecen. Como cualquier curado, no cuestiona la versión oficial—. Yo no estaba encargado de firmar las entregas aquel día. El responsable, Sal, fue despedido. Se supone que hay que comprobar la carga. Supongo que se saltó ese paso —ladea la cabeza, extiende las manos—. ¿Satisfecha?

—Sí —digo.

Pero la presión de mi pecho sigue ahí. Antes estaba desesperada por salir de

casa, pero ahora todo lo que deseo es poder volver allí con un parpadeo, estar sentada en la cama, apartar las mantas de mis piernas, darme cuenta de que todo, la fiesta, Álex, todo, ha sido un sueño.

—¿Entonces...? —hace una señal con la cabeza hacia el granero. El grupo toca algo fuerte y con ritmo vivo. No sé por qué la música me ha afectado tanto al llegar. En este momento me parece simplemente ruido, un ruido acelerado—. ¿Crees que podemos acercarnos sin que nos aplasten?

Ignoro el hecho de que acaba de referirse a «nosotros», una palabra que por alguna razón suena asombrosamente atractiva cuando la pronuncia con su acento cadencioso, risueño.

—Bueno, yo me iba a casa.

Me doy cuenta de que estoy enfadada con él sin saber por qué. Por no ser lo que yo creía que era, supongo, aunque debería estar agradecida porque sea una persona normal, curada e inofensiva

—¿Que te vas a casa? —repite con incredulidad—. No te puedes ir a casa.

Siempre he tenido mucho cuidado de no ceder a sentimientos de enfado o de irritación. En casa de Carol no me lo puedo permitir. Le debo demasiado y además, después de algunas rabietas que agarré cuando era niña, odiaba la forma en que me miraba de reojo durante días, como si me estuviera analizando, como si me estuviera midiendo. Sabía que estaba pensando: «Es igual que su madre». Pero en este momento me dejo llevar, dejo que salga el enfado. Estoy harta de que la gente actúe como si este mundo, este otro mundo, fuera el normal, mientras que yo soy la rara. No es justo: todas las reglas han cambiado de repente y alguien se ha olvidado de contármelo.

—Puedo y lo voy a hacer.

Me doy la vuelta y camino hacia la colina, suponiendo que se irá de nuevo hacia la muchedumbre. Pero, para mi sorpresa, no lo hace.

—¡Espera!

Viene corriendo colina arriba detrás de mí.

—¿Qué haces?

Me doy la vuelta para enfrentarme a él, sorprendida una vez más por lo seguro de mi tono de voz, sobre todo teniendo en cuenta que mi corazón da volteretas, apresurado. Quizá este sea el secreto para poder hablar con un chico, quizá solo haya a que estar todo el tiempo enfadada.

—¿Qué quieres decir? —estamos casi sin aliento por la carrera, pero aun así él consigue sonreír—. Solo quiero hablar contigo.

—Me estás siguiendo —me cruzo de brazos, y eso me ayuda a sentir que estoy bloqueando el espacio entre nosotros—. Me estás siguiendo otra vez.

Ahí está. Se sorprende, da un paso atrás y yo recibo una punzada fugaz y enfermiza de placer por haber sido capaz de desconcertarlo.

—¿Otra vez? —repite.

Me alegro de no ser yo por una vez quien tartamudea o no encuentra las palabras. Las mías salen volando.

—Me resulta un poco extraño que haya vivido toda mi vida sin verte y de repente aparezcas por todas partes.

No tenía planeado decir esto, la verdad es que no me había parecido raro, pero en cuanto me escucho hablar me doy cuenta de que es cierto.

Me parece que se va a enfadar, pero, para mi sorpresa, echa la cabeza hacia atrás y se ríe: una risa fuerte y sostenida. La luz de la luna vuelve plateada la curva de sus mejillas, la barbilla y la nariz. Me asombra tanto su reacción que, simplemente, me quedo quieta observándolo. Por fin me mira. Aunque todavía no distingo sus ojos —la luna lo dibuja todo de forma descarnada, resaltando unas cosas con una luz de plata brillante y cristalina y dejando otras en la oscuridad—, percibo calor, luz..., la misma sensación que tuve aquel día en los laboratorios.

—Quizá es que simplemente no has prestado atención —dice en voz baja, balanceándose ligeramente hacia delante sobre sus talones.

Inconscientemente, doy medio paso hacia atrás arrastrando los pies. Me asusta su cercanía, el hecho de que aunque nuestros cuerpos estén separados por varios centímetros, es como si nos estuviéramos tocando.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Quiero decir que te equivocas —se detiene mirándome y yo lucho por mantener una expresión serena, aunque noto que mi ojo izquierdo palpita por la tensión. Espero que en la oscuridad no lo perciba—. Nos hemos visto muchas veces.

—Si nos hubiéramos conocido antes, me acordaría.

—Yo no he dicho que nos hayamos conocido —no intenta salvar la nueva distancia que nos separa y yo se lo agradezco. Se muerde un extremo de la boca, un gesto que le hace parecer más joven—. Deja que te haga una pregunta —continúa—. ¿Por qué ya no corres nunca por el Gobernador?

Sin querer, sofoco un pequeño grito.

—¿Cómo sabes tú lo del Gobernador?

—Estudio en la UP —dice.

Universidad de Portland. Ahora me acuerdo: esa tarde que subimos para ver el océano desde la parte trasera del complejo de los laboratorios, cuando escuché fragmentos de conversación que me llegaban con el viento, él dijo que era estudiante.

—El semestre pasado trabajé en el café Grind, en Monument Square. Solía verte cada dos por tres.

Mi boca se abre y se cierra. No me salen las palabras, el cerebro se me bloquea como siempre que lo necesito desesperadamente. Claro que conozco ese café. Hana y yo pasábamos corriendo por allí dos, quizá tres veces por semana, veíamos a los universitarios que entraban y salían como copos de nieve errantes,

soplando el vapor de su café. El Grind da a una placita adoquinada, llamada Monument Square, que marca el punto medio de una de las rutas de cuatro kilómetros que hacíamos con frecuencia.

En el centro está la estatua de un hombre, medio erosionada por la nieve y el tiempo y garabateada con unos grafitis. La figura está dando un paso hacia delante, y con una mano se sujeta el sombrero en la cabeza como si estuviera atravesando una terrible tormenta o el viento la azotara de cara. La otra mano está extendida. Está claro que en el pasado sostenía algo, probablemente una antorcha, pero en algún momento esa parte de la estatua se rompió o fue robada. Así que ahora el Gobernador da un paso adelante con el puño vacío y tiene un agujero circular en la mano, un escondite perfecto para notas u objetos secretos. Hana y yo mirábamos allí a veces para ver si había algo dentro. Pero no había nada, si acaso algún chicle masticado y unas pocas monedas.

La verdad es que no sé cuándo ni por qué empezamos a llamarlo «el Gobernador». El viento y la lluvia han hecho que la placa que hay en la base de la estatua resulte indescifrable. Nadie más le llama así. Todo el mundo se refiere a él como «la estatua de Monument Square». Álex debió de oírnos hablar de él en algún momento.

Sigue mirándome y me doy cuenta de que no le he contestado.

—Tengo que cambiar de ruta de vez en cuando —digo; llevo sin correr por allí desde marzo o abril—. Aburre correr siempre por el mismo sitio —y luego, como no lo puedo remediar, se lo pregunto—. ¿Tú te acuerdas de mí?

Se ríe.

—Es difícil no fijarse en ti. Solías girar alrededor de la estatua, dabas un salto y soltabas un grito de alegría.

Me sube el calor por el cuello y las mejillas. Me debo de estar poniendo colorada otra vez, y doy gracias a Dios de que nos hayamos alejado de las luces del escenario. Se me había olvidado por completo: siempre daba un salto para chocar los cinco con el Gobernador cuando Hana y yo pasábamos corriendo; era una forma de darnos ánimos para el recorrido de vuelta hasta el colegio. A veces incluso gritábamos: «¡Halena!». Supongo que parecíamos un par de locas.

—Yo no... —me humedezco los labios, buscando a tientas una explicación que no suene ridícula—. Cuando se corre, a veces se hacen cosas raras. Por las endorfinas y todo eso. Es como una droga, ¿sabes? Te afecta al cerebro.

—A mí me gustaba —dice—. Parecías... —se interrumpe por un momento. Su rostro se contrae ligeramente, un cambio minúsculo que apenas puedo detectar en la oscuridad, pero en ese momento está tan quieto y parece tan triste que casi me deja sin aliento, como si fuera una estatua, o una persona distinta. Temo que no va a terminar la frase, pero luego la remata—. Parecías feliz.

Por un momento nos quedamos ahí en silencio. Luego, de golpe. Álex vuelve, relajado y sonriente.

—Una vez te dejé una nota. En el puño del Gobernador, ¿sabes?

«Una vez te dejé una nota». Es imposible, resulta absurdo siquiera pensarlo, y me oigo repetir a mí misma:

—¿Que me dejaste una nota? ¿A mí?

—Alguna tontería. Quizá un «hola», un emoticono y mi nombre. Pero entonces tú dejaste de venir —se encoge de hombros—. Probablemente siga allí. La nota, quiero decir. Aunque seguramente a estas alturas será solo una bola de papel.

Me dejé una nota. Me dejé una nota a mí. A mí. La idea, la certeza, el hecho de que me vio y pensó en mí durante más de un segundo, es abrumador hace que sienta un hormigueo en las piernas y que parezca que se me han dormido las manos.

Y luego me entra el miedo. Así es como empieza. Aunque él esté curado, incluso aunque él esté a salvo, el hecho es que yo no lo estoy, y así es como empieza. *Fase 1: Preocupación, dificultad de concentración, sequedad de boca, transpiración, palmas sudorosas, mareos y desorientación.* Siento una mezcla atropellada de alivio y náusea; es como enterarte de que todos conocen tu peor secreto, que lo han sabido desde siempre.

Todo este tiempo, la tía Carol tenía razón, los profesores tenían razón, mis primas tenían razón. Soy como mi madre, después de todo. Y esa cosa, la enfermedad, está dentro de mí, lista para salir a flote en cualquier momento, para activarse en mis entrañas, para empezar a envenenarme.

—Tengo que irme.

Echo a andar colina arriba, casi corriendo, pero de nuevo camina detrás de mí.

—No te vayas tan rápido —en la cima de la colina, me agarra por la muñeca para detenerme. Su contacto me quema y salto hacia atrás rápidamente—. Lena. Espera un minuto.

Aunque sé que no debería, me detengo. Es por la forma en que pronuncia mi nombre, como si fuera música.

—No tienes por qué preocuparte, ¿vale? No tienes por qué tener miedo —su voz brilla otra vez—. No estoy intentando coquetear contigo.

La vergüenza me invade. *Coquetear*. Una palabra sucia. Él cree que yo creo que estaba coqueteando.

—Yo no... yo no creo que tú estuvieras... yo nunca pensaría que tú...

Las palabras colisionan en mi boca y en ese momento sé que no hay oscuridad que pueda cubrir mi turbación.

Ladea la cabeza.

—Entonces, ¿tú sí que estabas coqueteando conmigo?

—¿Cómo? ¡No! —farfallo.

Mi mente gira ciegamente por el pánico y me doy cuenta de que ni siquiera

sé lo que es coquetear. Solo sé lo que he leído en los libros. Solo sé que es malo. ¿Se puede coquetear sin saber que lo estás haciendo? ¿Está coqueteando él? Mi ojo izquierdo palpita enloquecido.

—Tranquila —dice alzando las manos, como diciendo: «No te enfades conmigo»—. Estaba bromeando —se vuelve ligeramente hacia la izquierda, sin dejar de mirarme. La luna ilumina claramente su cicatriz de tres patas: un triángulo blanco perfecto, una cicatriz que te hace pensar en el orden y la seguridad—. No supongo ningún riesgo, ¿te acuerdas? No puedo hacerte daño.

Lo dice en voz baja, sin alterar el tono, y yo le creo. Y, sin embargo, mi corazón no puede detener este frenético aleteo en mi pecho que se acelera cada vez más, hasta que estoy segura de que me va a arrastrar lejos. Me siento como cuando llego a la cima de la colina y veo abajo Congress Street y todo Portland a mis espaldas —sus calles, a la vez bellas y desconocidas, son un resplandor de verdes y grises—, me siento como cuando llego allí, justo antes de abrir los brazos y dejarme ir, bajar la colina saltando y tropezando, con el sol en la cara, sin siquiera tratar de moverme, solo dejando que la gravedad tire de mí.

Emocionada, sin aliento, esperando la caída.

De repente me doy cuenta del silencio que nos rodea. La banda ha dejado de tocar y la gente se ha quedado callada. Solo se oye el viento que sisea entre la hierba. Desde donde estamos, unos quince metros más allá de la cima de la colina, ya no se ve el granero ni la fiesta. Por un momento, imagino que somos las únicas personas que hay en la oscuridad, que somos las dos únicas personas despiertas y vivas en la ciudad, en el mundo.

Poco después, ligeras hebras de música comienzan a entretejerse y a ascender en el aire, suavemente, como un suspiro.

Al principio tan bajo que parece una brisa. Este tema es totalmente distinto del que han tocado antes; este es delicado y frágil, como si cada nota fuera cristal hilado, o una hebra de seda que serpentea en el aire nocturno.

De nuevo me sorprende lo absolutamente bello que es. Cómo surge de la nada. Me sobrecoge el deseo de reír y de llorar a un tiempo.

—Esta canción es mi favorita —una nube se desliza a través de la luna y las sombras bailan en su rostro. Sigue mirándome fijamente; me gustaría saber en qué está pensando—. ¿Has bailado alguna vez?

—No —contesto, quizá demasiado enérgicamente.

Se ríe con suavidad.

—No importa. No se lo diré a nadie.

Me vienen a la cabeza imágenes de mi madre: el tacto leve de sus manos mientras me hacía girar sobre los suelos de madera pulida de nuestra casa, como si fuéramos patinadoras: la calidad aflautada de su voz mientras acompañaba las canciones que salían de los altavoces, riendo.

—A mi madre le gustaba bailar —digo. Se me escapan las palabras y me

arrepiento casi al instante.

Pero Álex no se ríe ni me pregunta. Sigue mirándome tranquilamente. Por un momento parece que va a decir algo. Pero luego, simplemente, alarga una mano hacia mí a través del espacio, a través de la oscuridad.

—¿Te gustaría? —pregunta. Su voz es apenas audible por encima del viento; es tan baja que parece casi un suspiro.

—¿Que si me gustaría qué?

Mi corazón ruge, apresurándose en mis oídos, y aunque todavía hay varios centímetros entre su mano y la mía, siento una energía que palpita conectándonos, y por el calor que inunda mi cuerpo se podría pensar que estamos completamente abrazados, palma con palma, rostro con rostro.

—Bailar —dice, y al mismo tiempo salva esos pocos centímetros que nos separan, encuentra mi mano y me acerca, y en ese momento la canción llega a una nota aguda y confundo las dos sensaciones, la de su mano y la de la elevación, el ascenso de la música.

Bailamos.

Casi todas las cosas, incluso los mayores movimientos de la Tierra, tienen su comienzo en algo pequeño. Un terremoto que destruye una ciudad puede comenzar con un temblor, con un estremecimiento, con una respiración. La música comienza con una vibración. Las inundaciones que asolaron Portland hace veinte años tras casi dos meses de lluvia ininterrumpida, que se precipitaron hasta más allá de los laboratorios y dañaron más de mil viviendas; las inundaciones que sacaron de los rincones neumáticos, bolsas de basura y viejos zapatos malolientes y los llevaron flotando por las calles como trofeos: las inundaciones que dejaron detrás una fina capa de moho verde y un olor a podrido que tardó meses en quitarse; esas inundaciones comenzaron con un hilillo de agua, no más ancho que un dedo, que lamía los muelles.

Y Dios creó todo el universo de un átomo no mayor que un pensamiento.

La vida de Gracie se hizo añicos por una sola palabra: *simpatizante*. Y mi mundo estalló por otra palabra: *suicidio*.

Mejor dicho: aquella fue la primera vez que estalló mi mundo.

La segunda vez que estalló mi mundo fue también por una palabra. Una palabra que fue saliendo de mi garganta y llegó bailando hasta mis labios y brotó antes de que yo pudiera pensar en ello, o detenerla.

La pregunta era: « ¿Quieres quedar conmigo mañana? » .

La palabra: « Sí » .

SÍNTOMAS DE LOS « DELIRIA NERVOSA DE AMOR»

FASE 1

Preocupación, dificultad de concentración. Sequedad de boca. Transpiración, palmas sudorosas. Mareos y desorientación. Conciencia mental reducida, pensamientos acelerados, habilidades de razonamiento amenazadas.

FASE 2

Periodos de euforia; risa histérica y energía intensificada. Periodos de desesperación, letargo. Alteraciones en el apetito; rápidas pérdidas o ganancias de peso.

Obsesión; pérdida de otros intereses. Habilidades de razonamiento deficientes; distorsión de la realidad. Alteración de los patrones de sueño; insomnio o fatiga constantes. Pensamientos y acciones obsesivas. Paranoia; inseguridad.

FASE 3 (CRÍTICA)

Dificultades respiratorias. Dolores en pecho, garganta o estómago. Dificultades para tragar; rechazo a ingerir alimentos. Completo colapso de las facultades racionales; comportamiento errático; fantasías y pensamientos violentos; alucinaciones y delirios.

FASE 4 (MORTAL)

Parálisis física o emocional (parcial o total). Muerte.

Si teme que usted mismo o alguien que conoce puede haber contraído delirio, por favor, llame al teléfono de emergencia libre de cargo 1-800-PREVENCIÓN para concertar admisión y tratamiento inmediatos.

Nunca había comprendido cómo Hana podía mentir tan a menudo y con tanta facilidad. Pero, como sucede con todo, mentir se hace más fácil cuanto más se practica.

Y así, cuando llego a casa del trabajo al día siguiente y Carol me pregunta si me importa comer perritos calientes por cuarta noche consecutiva (consecuencia de un excedente en una remesa del súper; una vez estuvimos dos semanas completas comiendo a diario alubias cocidas), contesto que, en realidad, Sophia Hennerson, una compañera de la escuela, nos ha invitado a mí y a otras chicas a cenar. Ni siquiera tengo que pensarlo. La mentira sale sola. Y aunque todavía noto el sudor que me pica en las manos, mi voz permanece tranquila, y estoy casi segura de que mi cara mantiene el color habitual, porque Carol se limita a lanzarme una de sus sonrisas fugaces y me desea que lo pase bien.

A las seis y media me subo en la bici y me dirijo a la playa del East End, donde he quedado con Álex.

Hay muchas playas en Portland. La del East End es, seguramente, una de las menos populares, lo que la convirtió en una de las favoritas de mi madre. La corriente allí es más fuerte que en Willard Beach o en Sunset Park. No sé exactamente por qué. No me importa. Siempre he sido buena nadadora. Tras la primera vez que mi madre me soltó la cintura en el agua y yo sentí una mezcla de pánico, estremecimiento y emoción, aprendí bastante deprisa. Así que a los cuatro años ya llegaba chapoteando yo sola hasta más allá de donde rompen las olas.

Hay otras razones por las que casi todo el mundo evita esa playa, aunque se llega muy fácilmente dando un corto paseo colina abajo desde Eastern Prom, uno de los parques más populares de la ciudad. La playa no es más que una estrecha franja de arena salpicada de rocas y gravilla. Está situada al otro lado del complejo de los laboratorios, donde se localizan las naves de almacenamiento y residuos, lo que no contribuye a crear un paisaje particularmente bello. Y cuando se nada en esa playa, se tiene una vista clara del puente de Tukey y de la cuña de tierra no regulada entre Portland y Yarmouth. A mucha gente no le gusta estar tan cerca de la Tierra Salvaje. Los pone nerviosos.

A mí también me pone nerviosa; pero hay una parte de mí, una pequeñísima parte, apenas un pequeño fragmento de parte, a la que le gusta. Durante una época después de la muerte de mi madre, me dio por imaginar que no estaba

muerta de verdad y que mi padre tampoco estaba muerto, que se habían escapado a la Tierra Salvaje para estar juntos. Él se había ido cinco años antes que ella para prepararlo todo, para construir una casita con cocina de madera y muebles hechos con ramas de árbol. En algún momento, me imaginaba, volverían para recogerme.

Incluso llegué a imaginar mi habitación hasta el más mínimo detalle: una alfombra granate, una silla del mismo color y un pequeño edredón de retazos rojos y verdes.

Tuve aquella fantasía solo unas pocas veces antes de darme cuenta de que no estaba bien. Si mis padres se hubieran escapado a la Tierra Salvaje, se habrían convertido en simpatizantes, en resistentes. Mejor que estuvieran muertos. Además, aprendí muy rápido que mis ensueños sobre la Tierra Salvaje eran solo eso, fantasías infantiles. Los inválidos no tienen nada, no pueden comerciar, y mucho menos conseguir edredones, sillas ni ninguna otra cosa. Rachel me contó una vez que viven como animales, astrosos, hambrientos, desesperados. Dijo que por eso el gobierno no se molesta en hacer nada al respecto, ni siquiera en reconocer su existencia. Morirán dentro de poco. Todos ellos. De frío o de hambre. O simplemente por la enfermedad, que seguirá su curso, los enfrentará a unos con otros y hará que se vuelvan rabiosos, luchen y se saquen los ojos.

Dijo que, por lo que sabemos, quizá ya hubiera sucedido; dijo que la Tierra Salvaje podría estar vacía, oscura y muerta, llena solo de los susurros y las voces de los animales.

Probablemente tuviera razón sobre lo otro, lo de que los inválidos viven como animales, pero claramente se equivocaba en lo de que están muertos. Están vivos, están ahí fuera y no quieren que nos olvidemos. Por eso organizan las manifestaciones. Por eso soltaron las vacas en los laboratorios.

No me pongo nerviosa hasta que llego a la playa. Aunque el sol se está hundiendo a mi espalda, aún ilumina el agua y le da un color blanco que hace que todo brille. Me protejo los ojos del reflejo y veo a Álex, una larga pincelada negra en medio de todo el azul. Vuelvo a la noche pasada, a los dedos de su mano apretados contra la parte baja de mi espalda, tan ligeros como si solo estuviera soñando con ellos, la otra mano agarrada a la mía, seca y tranquilizadora como un trozo de madera calentado por el sol. Bailamos de verdad, como en las bodas, las que hay después de haber formalizado el emparejamiento, pero de un modo mejor, más natural y menos forzado.

Está de espaldas a mí, mirando el océano, y me alegro. Me siento cohibida mientras bajo trabajosamente los peldaños desvencijados y combados por la sal desde el aparcamiento hasta la playa. Me paro a desatarme los cordones y a quitarme las zapatillas, y luego cojo una en cada mano. Noto la arena caliente bajo mis pies descalzos cuando echo a andar hacia él.

Un hombre viejo se acerca desde el agua con una caña en la mano. Me lanza

una mirada de sospecha; luego se vuelve y observa a Álex, me mira a mí otra vez y frunce el ceño. Abro la boca para decir: «Está curado», pero el hombre gruñe al pasar junto a mí y tengo la impresión de que no va a molestarse en llamar a los reguladores, así que no digo nada. No es que nos fuéramos a meter en un lío gordo si nos pillaran (eso es lo que Álex quiso decir cuando afirmó: «No supongo riesgo»), pero no quiero tener que responder a un montón de preguntas, ni que pasen mi carné de identidad por el SVS y todo lo demás. Además, si los reguladores recorrieran a toda velocidad el camino hasta la playa del East End para fiscalizar nuestra «conducta sospechosa» y descubrieran que solo se trataba de un curado que se había compadecido de una mindundi de diecisiete años, se iban a mosquear bastante, y seguro que lo pagaban con alguien.

Compadecerse. Desecho con rapidez esta palabra, sorprendida de lo difícil que me resulta siquiera pensar en ella. Durante todo el día he intentado no preguntarme por qué demonios Álex es tan amable conmigo. Incluso he fantaseado, durante un breve segundo de estupidez, con la idea de que quizá me emparejen con él después de la evaluación. He tenido que dejar a un lado esa idea también. Álex ya habrá recibido su hoja impresa, sus candidatas recomendadas: se la habrán enviado incluso antes de la cura, justo después de la evaluación. No se habrá casado todavía porque ella asiste aún a la universidad; eso es todo. Pero pronto se casará, en cuanto termine.

Entonces he empezado a preguntarme por el tipo de chica con la que le habrán emparejado. Alguien como Hana, he decidido, con brillante cabello rubio y la exasperante habilidad de hacer que hasta recogerse el cabello en una coleta resulte elegante, como en un baile coreografiado.

Hay otras cuatro personas en la playa. A unos treinta metros, una madre con su hijo. La madre está sentada en una silla plegable con la tela desteñida, mirando inexpresivamente al horizonte, mientras que el niño, que no debe de tener más de tres años, camina inseguro por las olas, se cae, suelta un grito, no sé si de dolor o de alegría, y se levanta afanosamente.

Más allá hay una pareja que pasea, un hombre y una mujer, sin tocarse. Deben de estar casados. Ambos llevan las manos entrelazadas por delante y miran al frente, sin hablar y sin sonreír, pero tranquilos, como si cada uno de ellos estuviera rodeado por una burbuja protectora invisible.

En ese momento llego hasta Álex, que se vuelve y me ve. Sonríe. El sol atrapa su cabello, lo vuelve momentáneamente blanco. Luego regresa poco a poco a su habitual castaño dorado.

—Hola —dice—. Me alegro de que hayas venido.

De nuevo me siento tímida y tonta sosteniendo mis gastadas zapatillas en la mano. Noto que me estoy poniendo colorada, así que bajo la mirada, dejo caer el calzado y le doy la vuelta con el pie.

—Te dije que vendría, ¿no?

No quería que las palabras sonaran tan severas y hago una mueca de dolor, maldiciéndome mentalmente. Es como si tuviera un filtro instalado en el cerebro, solo que en vez de mejorar la calidad de lo que pasa por él, lo retuerce todo de forma que lo que sale de mi boca es totalmente inadecuado, completamente distinto de lo que yo quería decir.

Por suerte, Álex se ríe.

—Solo quería decir que la última vez me diste plantón —explica. Señala hacia la arena con la cabeza—. ¿Nos sentamos?

—Claro —respondiendo aliviada.

En cuanto estamos sentados en la arena, me siento mucho más cómoda. Hay menos posibilidades de caerse o de hacer algo estúpido. Levanto las piernas hasta el pecho y apoyo el mentón en las rodillas. Álex deja un metro de distancia entre nosotros.

Nos quedamos sentados en silencio durante algunos minutos. Al principio busco desesperadamente algo que decir. Cada latido de silencio se extiende hasta parecer una eternidad, y estoy segura de que Álex debe de pensar que soy muda. Pero luego saca una concha que estaba medio enterrada en la arena y la lanza al océano, y me doy cuenta de que él no está incómodo en absoluto. Así que me tranquilizo. Incluso agradezco el silencio.

A veces siento que si uno observa las cosas, si se sienta quieto y deja que todo exista frente a él, el tiempo se detiene por un instante y el mundo se congela a medio giro. Solo por un instante. Y si de algún modo uno es capaz de vivir en ese segundo, puede vivir para siempre.

—Está bajando la marea —comenta Álex.

Lanza otra concha trazando un arco muy grande y consigue que llegue hasta la orilla.

—Lo sé.

El océano va dejando a su paso un rastro de desperdicios formado por algas verdes carnosas, ramitas y cangrejos ermitaños que escarban en la arena. El aire huele fuerte a sal y a pescado. Una gaviota recorre la playa picoteando aquí y allá, pestañeando y dejando pequeñas huellas como de alambre.

—Mi madre me traía mucho aquí cuando era pequeña. Durante la marea baja paseábamos junto a la orilla un poco, lo que se podía, vaya. En la arena se quedan varados todo tipo de animales marinos: cangrejos cacerola, almejas gigantes y anémonas de mar. Todo lo que queda atrás cuando el agua retrocede. También me enseñó a nadar aquí —no sé por qué las palabras me salen a borbotones, por qué de repente siento la necesidad de hablar—. Mi hermana se quedaba en la orilla y construía castillos de arena, y fingíamos que eran ciudades de verdad, como si hubiéramos llegado nadando hasta el otro lado del mundo, hasta los lugares en los que no existía la cura. Solo que en nuestros juegos no estaban contaminados para nada, ni destrozados, ni feos. Eran lugares hermosos

y pacíficos, hechos de cristal y luz.

Álex sigue callado, trazando formas en la arena con el dedo. Pero sé que está escuchando.

Las palabras salen atropellándose.

—Recuerdo que mi madre me subía y me bajaba en el agua, sosteniéndome por la cintura. Y una vez me soltó. Bueno, en realidad yo llevaba aquellas cosas hinchables en los brazos. Pero me asusté tanto que empecé a berrear como una descosida. Era pequeñísima, pero aún me acuerdo, te lo juro. Sentí un alivio inmenso cuando me volvió a coger. Y sin embargo, también sentí decepción. Como si me hubiera perdido la oportunidad de algo grande, ¿entiendes?

—¿Y qué pasó? —Álex alza la cabeza para mirarme—. ¿Ya no vienes nunca aquí? ¿Tu madre le perdió el gusto al mar?

Aparto los ojos, miro al horizonte. Hoy la bahía está relativamente en calma. No hay olas, todo es una sucesión de azules y malvas a medida que el mar se aleja de la playa con un sonido bajo de succión. Inofensivo.

—Ella murió —digo, sorprendida de lo que me cuesta decirlo. Álex está callado junto a mí y yo me apresuro a explicar—: Se suicidó. Cuando yo tenía seis años.

—Lo siento —dice en voz tan baja que casi no lo oigo.

—Mi padre murió antes, cuando yo tenía ocho meses. No recuerdo nada de él. Creo... creo que de algún modo eso acabó con ella, ¿entiendes? Con mi madre, quiero decir. No estaba curada. No funcionó. No sé por qué. Lo intentaron en tres ocasiones, trataron de salvarla. Le hicieron la operación tres veces, pero eso no... no consiguió arreglarlo.

Hago una pausa y aspiro un poco de aire. Me da miedo mirar a Álex, que sigue tan callado y tan quieto a mi lado como si fuera una estatua, una pieza tallada en sombras. Con todo, no puedo dejar de hablar. Curiosamente, me doy cuenta de que nunca había contado a nadie la historia de mi madre. Nunca he tenido que hacerlo. Todos a mi alrededor —mis compañeros de escuela, mis vecinos y los amigos de mi tía— sabían la historia de mi familia y sus vergonzosos secretos. Esa es la razón de que siempre me miraran con compasión, por el rabillo del ojo. Por eso es por lo que durante años cabalgué sobre una ola de susurros cada vez que entraba en una habitación; al llegar a un sitio me abofeteaba el silencio repentino, silencio y caras sorprendidas, culpables. Hasta Hana lo sabía antes de que fuéramos compañeras de pupitre en segundo. Lo recuerdo porque me encontró en un cubículo del baño, llorando con un trozo de toalla de papel metido en la boca para que nadie pudiera oírme. Abrió la puerta de un puntapié y se quedó mirándome. « ¿Es por tu mamá? », esas fueron las primeras palabras que me dirigió.

—Yo no sabía que le pasaba algo. No sabía que estaba enferma. Era demasiado pequeña para comprender.

Mantengo los ojos centrados en el horizonte, una fina línea tangible, tensa como un alambre de equilibrista. El mar se sigue alejando de nosotros y como siempre, me viene la misma fantasía que tenía cuando era niña: tal vez el agua no vuelva, tal vez el océano desaparezca para siempre, retirándose de la superficie de la Tierra como los labios se retiran sobre los dientes, revelando la dureza blanca y fresca de debajo, el hueso blanqueado.

—Si lo hubiera sabido, tal vez podría haber...

En el último momento me falla la voz y ya no puedo decir nada más, no puedo completar la frase: «... tal vez podría haberla detenido». Es una frase que no he pronunciado nunca, ni siquiera me he permitido pensarla. Pero la idea está ahí, inminente, sólida e inevitable, una pared de pura roca: podría haberlo evitado. Debería haberlo evitado.

Nos quedamos en silencio. En algún momento durante mi historia, la madre y el hijo han debido de recoger y se han ido a casa. Álex y yo estamos solos en la playa. Ahora que las palabras ya no borbotean y salen apresuradas de mí, no puedo creer cuánto he compartido con una persona casi totalmente desconocida, y chico además. De repente, un picor como de vergüenza casi me obliga a rascarme. Busco desesperadamente algo más que decir, algo inofensivo, sobre las mareas o el tiempo, pero, como de costumbre, se me queda la mente en blanco en este momento en que realmente necesito que funcione. Me da miedo mirar a Álex. Cuando por fin reúno la valentía para lanzarle una breve mirada de soslayo, está sentado mirando a la bahía. Su rostro resulta completamente impenetrable, a excepción de un pequeño músculo que sube y baja en la base de la mandíbula. Se me hunde el corazón. Es lo que me temía. Ahora se avergüenza de mí, está asqueado de mi historia familiar, de la enfermedad que llevo en la sangre. En cualquier momento se levantará y me dirá que es mejor que no nos veamos más. Es extraño. En realidad no lo conozco y entre nosotros hay una línea divisoria infranqueable, pero de todas formas la idea me disgusta.

Estoy a dos segundos de ponerme en pie y echar a correr; no quiero tener que asentir y fingir que comprendo cuando se vuelva hacia mí y me diga: «Oye, Lena. Lo siento, pero...», y me lance esa mirada tan conocida. (El año pasado había un perro rabioso suelto en la colina. Mordía y ladraba a todo el mundo, con la boca llena de espuma. Estaba medio muerto de hambre, sarnoso, lleno de pulgas y cojo, pero aun así hicieron falta dos policías para abatirlo. Se juntó una muchedumbre a mirar, y yo estaba allí. Me detuve en el camino cuando volvía de correr. Por primera vez comprendí la mirada que la gente me había dirigido toda la vida, esa curva en los labios cada vez que oyen el nombre Haloway. Compasión, sí, pero también asco y miedo a contaminarse. Era la misma forma en que miraban al perro mientras daba vueltas y gruñía y soltaba espumarajos, y luego hubo una exhalación masiva de alivio cuando la tercera bala lo derribó por fin y el animal dejó de moverse).

Justo cuando pienso que ya no lo soporto más, Álex me roza suavemente el codo con un dedo.

—Te echo una carrera —dice poniéndose de pie y sacudiéndose la arena de los pantalones.

Me ofrece la mano para ayudarme, una sonrisa de nuevo aleteando en su rostro. Le estoy interminablemente agradecida en ese segundo. No me va a echar en cara el pasado de mi familia. No cree que yo esté sucia o dañada. Tira de mí y creo que después me aprieta la mano, apenas un momento, y yo me quedo sorprendida y contenta, pensando en mi señal secreta con Hana.

—Solo acepto si te mola la humillación total —digo.

Arquea las cejas.

—¿O sea que crees que puedes ganarme?

—No es que lo crea. Es que lo sé.

—Eso ya lo veremos —ladea la cabeza—. A ver quién llega primero hasta las boyas, ¿vale?

Eso me descoloca. La marea no baja tanto en la bahía; las boyas están aún flotando sobre algo más de un metro de agua.

—¿Quieres que hagamos la carrera hacia dentro del agua?

—¿Tienes miedo? —pregunta sonriendo.

—No es que tenga miedo, es solo que...

—Mejor —extiende el brazo y me toca el hombro con dos dedos—. Entonces, ¿qué tal un poco menos conversación y un poco más de...? ¡Ya!

Dice la última palabra gritando y sale corriendo a toda velocidad. Tardo dos segundos completos en lanzarme tras él, mientras grito:

—¡No es justo! ¡No estaba preparada! —y ambos nos reímos mientras corremos levantando salpicaduras, totalmente vestidos, por donde el agua apenas cubre; las pequeñas ondas y concavidades del suelo del océano están a la vista ahora por la bajada de la marea.

Las conchas crujen bajo mis pies. Se me engancha un dedo en una maraña de algas rojas y púrpuras y estoy a punto de caer de bruces. Me impulso con una mano en la arena húmeda para recuperar el equilibrio; casi consigo alcanzar a Álex, pero él se agacha, coge un puñado de arena mojada y se gira para tirármelo. Grito y me echo a un lado para evitarlo, pero aun así una parte me alcanza en la mejilla y me resbala cuello abajo.

—¡Tramposo! —consigo decir entre jadeos, sin aliento por la carrera y las risas.

—No se pueden hacer trampas si no hay reglas —me responde por encima del hombro.

—Así que no hay reglas, ¿eh?

Vamos salpicando con el agua por debajo de las rodillas y empiezo a echarle agua a él, dejándole un rastro de gotas en la espalda y los hombros. Se vuelve,

barriendo con el brazo la superficie del mar en un arco brillante. Yo me giro para evitarlo y acabo resbalándome y cayendo hasta los codos. Me mojo los pantalones cortos y la parte inferior de la camiseta, y el frío repentino me hace emitir un grito sofocado. Él sigue avanzando trabajosamente, con la cabeza estirada hacia atrás y la sonrisa resplandeciente; su risa alta se extiende tanto que imagino que sobrepasa la isla Great Diamond y va más allá del horizonte hasta alcanzar las otras partes del mundo. Yo me levanto y me apresuro a seguirle. Las boyas se balancean unos seis metros por delante de nosotros: el agua me llega por las rodillas y luego por el muslo y después a la cintura, hasta que los dos vamos chapoteando con los brazos, medio corriendo y medio nadando, avanzando frenéticamente hacia delante. No puedo respirar, ni pensar, ni hacer nada que no sea reír y salpicar y mirar las boyas bailarinas de color rojo vivo; me centro en vencer, vencer, tengo que ganar. Y cuando solo faltan algunos metros y él sigue teniendo ventaja y yo llevo las zapatillas llenas de agua y la ropa me lastra como si llevara los bolsillos llenos de piedras, sin pensar, salto hacia delante y le hago un placaje hasta derribarle. Noto que mi pie toca su muslo mientras me separo a toda velocidad, extendiendo la mano y toco la boya más cercana. Al hacerlo, el plástico sale disparado apartándose de mi mano. Debemos de estar a unos cuatrocientos metros de la orilla, pero la marea sigue bajando, así que aún hago pie: el agua me llega al pecho. Alzo los brazos triunfante cuando se acerca Álex, que echa agua por la boca y mueve la cabeza haciendo que las gotas salten de su pelo con pequeñas volteretas.

—He ganado —digo jadeando.

—Has hecho trampa —replica. Avanza algunos pasos más y se derrumba con los brazos hacia atrás, enganchándolos en la cuerda que une las boyas.

Arquea la espalda de modo que su cara queda inclinada hacia el cielo. Su camiseta está empapada y le caen gotas de las pestañas, que luego descienden por sus mejillas.

—No había reglas —digo—, así que no hay trampas.

Se vuelve hacia mí sonriendo.

—Bueno, entonces te he dejado ganar.

—Sí, claro —le salpico un poco y él alza las manos, rindiéndose—. Eres un mal perdedor.

—No tengo mucha práctica.

Ahí está de nuevo esa seguridad, esa naturalidad suya que me exaspera un poco, la inclinación de su cabeza y la sonrisa. Pero hoy no me irrita. Hoy me gusta, parece como si se me estuviera contagiando de algún modo, como si pasando suficiente tiempo con él no me fuera a sentir nunca incómoda, asustada o insegura.

—Lo que tú digas.

Pongo los ojos en blanco y engancho un brazo sobre las boyas junto a él,

disfrutando de la sensación de las corrientes que susurran en torno a mi pecho, disfrutando de lo extraño de estar en el agua con la ropa puesta, lo pegajoso de mi camiseta y la succión de las zapatillas en mis pies. Pronto cambiará la marea y volverá a subir el nivel del agua. Entonces tendremos que nadar lenta y trabajosamente para volver a la playa.

Pero no me importa. No me importa nada en el mundo, no me preocupa cómo le voy a explicar dentro de un millón de años a Carol por qué he llegado a casa empapada, con algas pegadas a la espalda y con olor a sal en el pelo, no me preocupa cuánto tiempo falta hasta el toque de queda o por qué Álex es tan simpático conmigo. Sencillamente estoy feliz, un sentimiento puro y burbujeante. Más allá de las boyas, la bahía tiene un color morado oscuro, y las olas llevan crestas blancas de espuma pintadas encima. Es ilegal pasar más allá de las boyas; más allá están las islas y los puntos de vigilancia, y más allá todavía, el mar abierto, un océano que lleva a lugares no regulados, a lugares de enfermedad y miedo, pero por un momento tengo la fantasía de escabullirme por debajo de la cuerda y nadar hacia fuera.

A nuestra izquierda podemos ver la brillante silueta blanca del complejo de los laboratorios, y más lejos, a bastante distancia, en el Puerto Viejo, los muelles de madera como gigantesos ciempiés leñosos. A nuestra derecha están el puente de Tukey y la larga cinta de garitas de vigilancia que discurre paralela a él y continúa a lo largo de la frontera. Álex me sorprende mirando.

—Bonito, ¿verdad? —dice.

El puente está manchado de verde y gris, todo cubierto de salpicaduras y algas, y parece como si se inclinara ligeramente hacia el viento. Arrugo la nariz.

—Tiene aspecto de estar pudriéndose, ¿no? Mi hermana siempre ha dicho que algún día se caerá en el océano, que simplemente se derrumbará.

Álex se ríe.

—No me refería al puente —inclina la barbilla un poquito, señalando—. Me refería a lo que está más allá del puente —se detiene durante una fracción de segundo—. Me refería a la Tierra Salvaje.

Más allá del puente está la frontera norte, situada al otro lado de Back Cove. Mientras estamos ahí se encienden las luces de las garitas, una tras otra, brillando contra el cielo azul que se va oscureciendo, señal de que se está haciendo tarde y de que debería irme a casa enseguida. Aun así, no soy capaz de irme, incluso cuando noto que el agua empieza a burbujear y a formar remolinos en torno a mi pecho. Está cambiando la marea. Más allá del puente, el verdor suntuoso de la Tierra Salvaje se mueve acompasado por la fuerza del viento, como una pared que se recompusiera constantemente, una ancha cuña de verde que se interna en la bahía y que separa Portland de Yarmouth. Desde aquí podemos distinguir la parte más desnuda, un lugar vacío sin luces, sin barcos, sin edificios, impenetrable, negro y extraño. Pero sé que la Tierra Salvaje se extiende más

allá, que continúa durante kilómetros y kilómetros por todo el continente, por todo el país, como un monstruo que extendiera sus tentáculos alrededor de las partes civilizadas del mundo.

Quizá haya sido el esfuerzo, o haberle ganado la carrera hasta las boyas, o el hecho de que no me haya criticado ni a mí ni a mi familia cuando le he hablado de mi madre, pero en ese momento la felicidad y el aturdimiento siguen fluyendo con intensidad en mi interior y siento que podría contarle cualquier cosa, que podría preguntarle cualquier cosa.

—¿Te puedo contar un secreto? —no espero a que conteste, no lo necesito, y saberlo me marea y me hace descuidada—. De pequeña pensaba en ello muchísimo. En la Tierra Salvaje, en cómo sería... y si existirían de verdad los inválidos —por el rabillo del ojo veo que se estremece ligeramente—. Alguna vez pensé..., fingía que mi madre no había muerto, ¿entiendes? Que quizá solo se hubiera escapado a la Tierra Salvaje. No es que eso fuera mejor, supongo. Es solo que no quería que se hubiera ido para siempre. Era mejor imaginármela por ahí en algún sitio, cantando... —me interrumpo y muevo la cabeza, asombrada de lo cómoda que me siento hablando con él. Asombrada y agradecida—. ¿Y tú? —pregunto.

—Y yo... ¿qué?

Me mira con una expresión que no puedo descifrar. Casi como si le hubiera herido, pero eso no tiene ningún sentido.

—¿Tú no pensabas en ir a la Tierra Salvaje cuando eras pequeño? Solo para divertirte, o sea, como un juego.

Entrecierra los ojos, aparta la mirada y hace una mueca.

—Sí, claro. Un montón de veces —extiende el brazo y golpea las boyas—. Sin nada de esto. Sin muros con los que chocarse. Sin ojos vigilantes. Libertad y espacio, lugares en los que estirarse. Sigo pensando en la Tierra Salvaje.

Me quedo mirándole. Ya nadie utiliza palabras como esas: *libertad, espacio*. Palabras antiguas.

—¿Todavía? ¿Incluso después de esto?

Sin querer y sin pensarlo siquiera, extendiendo la mano y rozo con los dedos la cicatriz de tres patas de su cuello.

Se aparta bruscamente, huyendo de mi contacto como si le hubiera escaldado, y yo dejo caer la mano, avergonzada.

—Lena —dice con un tono muy extraño, como si mi nombre fuera amargo, una palabra que le supiera mal en la boca.

Sé que no debería haberle tocado así. Me he pasado y me lo va a decir, me va a recordar lo que significa ser incurado. Creo que voy a morir de humillación si me echa un sermón, así que, para disimular lo incómoda que me siento, me pongo a parlotear.

—La mayoría de los curados no piensan en ese tipo de cosas. Carol, mi tía,

siempre ha dicho que era una pérdida de tiempo. Dice que ahí no hay nada más que animales y tierra y bichos; que todas las historias sobre los inválidos son meras fantasías, cuentos de niños. Dice que creer en los inválidos es como creer en el hombre lobo o en los vampiros. ¿Te acuerdas de cuando la gente decía que en la Tierra Salvaje había vampiros?

Álex sonríe, aunque parece más una mueca leve de dolor.

—Lena, tengo que contarte una cosa.

Su voz suena ahora un poco más fuerte, pero algo en su tono hace que me dé miedo dejar que siga.

En ese momento no puedo parar de hablar.

—¿Te dolió? La operación, quiero decir. Mi hermana decía que no era para tanto, con todos los analgésicos que te dan, pero mi prima Marcia decía que era lo peor, peor que tener un niño, y eso que el parto de su segunda hija duró... como quince horas... —me interrumpo, sonrojándome, mientras me maldigo mentalmente por este absurdo giro en la conversación. Ojalá pudiera volver atrás hasta la fiesta de anoche, cuando mi cerebro estaba vacío; parece como si hubiera estado reservándose para un caso de vómito verbal—. Pero yo no tengo miedo —casi grito, mientras Álex vuelve a abrir la boca para hablar. Estoy desesperada por salvar la situación como pueda—. Mi operación se va acercando. Me quedan sesenta días. Parece una niñería, ¿no? Lo de contar los días, me refiero. Pero es que estoy impaciente.

—Lena.

La voz de Álex suena más fuerte, más enérgica, y finalmente consigue pararme. Se gira hasta que quedamos frente a frente. En ese momento, mis zapatillas rozan la arena del fondo y me doy cuenta de que el agua me llega al cuello. La marea está subiendo deprisa.

—Escúchame. Yo no soy quien... y yo no soy quien tú crees.

Tengo que hacer un esfuerzo para mantenerme en pie. De repente, las corrientes tiran de mí y me empujan. Siempre ha sido así. La marea baja muy despacio y luego sube de golpe.

—¿Qué quieres decir?

Sus ojos cambiantes, oro y ámbar, ojos animales, buscan mi cara y, sin que sepa por qué, me vuelve a entrar miedo.

—A mí no me han curado nunca —dice. Por un momento cierro los ojos y me imagino que he oído mal; me imagino que solo he confundido su voz con el rumor de las olas. Pero al volver a abrirlos sigue ahí de pie, mirándome fijamente, con expresión culpable y con algo más, ¿tristeza?, y sé que he oído bien—. Nunca me han hecho la operación.

—¿Quieres decir que no funcionó? —pregunto. Me recorre un hormigueo, me estoy quedando entumecida, y empiezo a sentir el frío que hace—. ¿Que te hicieron la operación y no funcionó? ¿Como lo que le pasó a mi madre?

—No, Lena. Yo... —aparta la vista, cierra los ojos y dice entre dientes—. No sé cómo explicártelo.

Todo mi cuerpo, desde las puntas de los dedos hasta las raíces del cabello, parece estar cubierto de hielo. Me pasan por la mente imágenes inconexas, un rollo de película entrecortado. Álex de pie en la terraza de observación, con su cabello como una corona de hojas; girando la cabeza para mostrar la clara cicatriz de tres patas justo debajo de su oído izquierdo; alargando la mano hacia mí y diciendo: « No supongo ningún riesgo. No te haré daño » . Las palabras salen otra vez como un parloteo, pero no las siento, no siento nada.

—La operación no funcionó y tú has mentido al respecto. Has mentido para poder ir a la universidad, para conseguir un trabajo, para que te emparejaran y te buscaran candidatas y todo eso. Pero en realidad no estás... todavía estás... todavía podrías...

No consigo pronunciar la palabra. *Contaminado. Incurado. Enfermo.* Siento que voy a vomitar.

—¡No! —habla tan alto que me sobresalta.

Retrocedo un paso, las zapatillas se deslizan en el fondo desigual y resbaladizo del mar, y casi me hundo. Cuando Álex hace un gesto para cogerme, me echo hacia atrás bruscamente, fuera de su alcance. Algo se endurece en su cara, como si hubiera tomado una decisión.

—Lo que te estoy diciendo es que nunca me han curado. Nunca me han emparejado ni nada. Ni siquiera me han evaluado jamás.

—Imposible —la palabra consigue salir a duras penas, en un susurro. El cielo gira por encima de mí; todos los azules y rosas y rojos se mezclan en un torbellino que hace que el cielo parezca estar sangrando por algunas partes—. Eso es imposible. Tienes la cicatriz.

—Tengo una cicatriz —me corrige, un poco más dulcemente—. Solo una cicatriz. No la cicatriz —vuelve a apartar la mirada dejando el cuello a la vista—. Tres pequeñas cicatrices, un triángulo invertido. Es muy fácil de reproducir. Con un bisturí, con una navaja, con cualquier cosa.

Vuelvo a cerrar los ojos. Las olas se alzan a mí alrededor, y su movimiento de vaivén me convence de que realmente voy a vomitar ahí mismo, en el agua. Me trago esa sensación, intento mantener apartada la certeza que me golpea en el fondo de la mente y amenaza con aplastarme, luchando contra la impresión de que me hundo. Abro los ojos y me sale la voz ronca:

—¿Cómo?

—Lena, tienes que comprenderme. Yo confío en ti, ¿lo entiendes? —me mira tan fijamente que siento como si sus ojos me tocaran y aparto los míos—. No tenía intención de..., no quería mentirte.

—¿Cómo? —vuelvo a decir, ya más alto.

De alguna forma, mi cerebro se queda parado en la palabra *mentira* y

describe un bucle interminable: « No hay modo de evitar la evaluación a menos que se mienta. No hay modo de evitar la intervención a menos que se mienta. Hay que mentir» .

Por un momento sigue callado y creo que se va a acobardar, que se va a negar a contarme nada más. Casi deseo que no siga.

Estoy desesperada por dar marcha atrás en el tiempo, por volver al momento en que pronunció mi nombre con aquel extraño tono de voz, regresar al momento triunfante, plétórico de alegría y de libertad, en que le he ganado la carrera hasta las boyas. Haremos una carrera para volver a la playa. Quedaremos mañana para intentar sacarles algunos cangrejos frescos a los pescadores del muelle.

Pero en ese momento él retoma el hilo.

—Yo no soy de aquí —dice—. Vamos, que no nací en Portland. No exactamente —habla con ese tono de voz que usa todo el mundo cuando está a punto de hacerte pedazos. Dulce, amable incluso, como si pudieran hacer que la noticia sonara mejor por hablar con tono de canción de cuna. « Lo siento, Lena, tu madre era una mujer atribulada» . Como si no fueras a percibir la violencia que subyace.

—¿De dónde eres?

No hace falta que lo pregunte. Ya lo sé. Ese conocimiento se ha roto, se ha vertido y me ha inundado. Pero una pequeña parte de mí piensa que mientras no lo diga, no es verdad.

Sus ojos permanecen fijos en los míos, pero inclina la cabeza hacia atrás, hacia la frontera, más allá del puente, hacia ese orden eternamente cambiante de ramas, hojas, enredaderas y plantas que crecen enmarañadas.

—De allí —dice, o quizá solo creo que lo dice. Sus labios apenas se mueven. Pero el significado está claro.

Viene de la Tierra Salvaje.

—Un inválido —digo. Parece como si la palabra me chirriara en la garganta —. Eres un inválido.

Le estoy dando una última oportunidad de negarlo.

Pero no lo niega. Solo hace un gesto de dolor y contesta:

—Siempre he odiado esa palabra.

En ese momento me doy cuenta de otra cosa: no era casual que siempre que Carol se burlaba de mí por seguir creyendo en los inválidos, siempre que movía la cabeza sin preocuparse por alzar la vista de su labor de punto (tic, tic, tic, sonaban las agujas de metal reluciente), dijera: « Supongo que también crees en vampiros y hombres lobo, ¿no?» .

Vampiros, hombres lobo e inválidos: seres que te desgarran y te hacen pedazos. Criaturas mortíferas.

De pronto me siento tan aterrorizada que una presión apremiante comienza a hacer fuerza desde la base de mi estómago hasta la ingle y por un instante

ridículo y salvaje, estoy segura de que voy a hacerme pis encima. El faro de la isla de Little Diamond se enciende y proyecta una amplia franja de luz que corta el agua, un enorme dedo acusador. Me da pánico que me atrape con su resplandor, me aterra que apunte en mi dirección y se oiga el remolino de los helicópteros estatales y los megáfonos de los reguladores que gritan: « ¡Actividad ilegal! ¡Actividad ilegal!» . La orilla parece desesperada, imposiblemente lejana. No sé cómo he podido llegar tan lejos. Noto los brazos pesados e inútiles, y pienso en mi madre y en su chaqueta que se impregna de agua lentamente.

Respiro hondo e intento que la cabeza deje de darme vueltas, tratando de centrarme. Es imposible que nadie sepa que Álex es un inválido. Yo no lo sabía. Parece normal, tiene la cicatriz en su sitio. No hay forma de que nadie nos haya oído hablar.

Una ola rompe contra mi espalda. Me tambaleo hacia delante. Álex extiende la mano y me coge del brazo para impedir que me caiga, pero me revuelvo para escapar justo cuando una segunda ola se abate sobre nosotros. Me entra agua salada en la boca, los ojos me escuecen por la sal y me quedo ciega por un momento.

—No —digo tartamudeando—. No te atrevas a tocarme.

—Lena, te lo juro, no era mi intención hacerte daño. No era mi intención mentirte.

—¿Por qué haces esto? —no puedo pensar, apenas puedo respirar—. ¿Qué quieres de mí?

—¿Querer...? —mueve la cabeza.

Parece sinceramente confuso. Y herido. Como si fuera yo la que ha hecho algo malo. Durante un instante siento un destello de compasión por él. Tal vez lo vea en mi cara, esa fracción de segundo en que bajo la guardia, porque en ese momento su expresión se suaviza y sus ojos brillan como el fuego. Aunque apenas le veo moverse, de repente salva la distancia que nos separa y me pone las manos en los hombros; noto sus dedos, tan fuertes y tan cálidos que casi me hacen llorar.

—Lena, me gustas, ¿vale? Eso es todo. Eso es todo. Me gustas.

Habla en voz tan baja y con un tono tan hipnótico que parece una canción. Pienso en depredadores que saltan silenciosamente desde los árboles. Pienso en enormes felinos con relucientes ojos de ámbar, igual que los suyos.

Y entonces, haciendo un gran esfuerzo, retrocedo, chapoteo tratando de alejarme de él. La camisa y las zapatillas empapadas me pesan como piedras, el corazón me late dolorosamente en el pecho y el aire me raspa la garganta. Me impulso en el suelo y me lanzo hacia delante con los brazos estirados, medio corriendo, medio nadando, mientras la marea me alza y tira de mí hacia abajo. Apenas avanzo un centímetro cada vez, me muevo como en un tarro de melaza. Álex grita mi nombre, pero me da demasiado miedo volver la cabeza para

comprobar si viene tras de mí. Es como una de esas pesadillas en las que algo te persigue pero te da demasiado miedo mirar a ver qué es. Todo lo que oyes es su respiración que se acerca más y más. Percibes su sombra amenazante a tus espaldas, pero estás paralizada. Sabes que en cualquier momento sentirás sus dedos helados sobre tu cuello.

«Nunca lo conseguiré», pienso. «No puedo llegar hasta la orilla». Algo me hiere la espinilla y empiezo a imaginar que toda la bahía a mi alrededor está llena de horrendas criaturas submarinas: tiburones, medusas y anguilas venenosas; y aunque sé que me estoy asustando demasiado, tengo la tentación de abandonar y rendirme. La playa sigue estando demasiado lejos y me pesan muchísimo los brazos y las piernas.

El viento se lleva la voz de Álex; suena cada vez más débil, y cuando por fin reúno el valor para mirar por encima del hombro, lo veo por las boyas, subiendo y bajando con el agua. Me doy cuenta de que he avanzado más de lo que creía y él no me sigue. Se atenúa mi miedo y se me afloja el nudo del pecho. La siguiente ola es tan fuerte que me ayuda a pasar sobre una roca empinada y luego me lanza de rodillas sobre la arena suave. Cuando intento ponerme de pie, el agua me llega hasta la cintura, y recorro el resto del camino hasta la orilla chapoteando, aliviada, aterida y agotada.

Me tiemblan los muslos. Me derrumbo en la playa entre toses y jadeos, con las zapatillas chorreando. Por las llamaradas de color que lamen el cielo sobre Back Cove —naranjas, rojos, rosas— deduzco que es casi la hora de la puesta de sol; deben de ser las ocho. Una parte de mí solo quiere tumbarse, abrir los brazos, estirarse y dormir toda la noche. Tengo la sensación de haber tragado la mitad de mi peso en agua salada. Me escuece la piel y tengo arena por todas partes, en la ropa interior, entre los dedos de los pies y en las uñas de las manos. Lo que me hizo daño antes, en el agua, ha dejado su marca: un largo hilillo de sangre que serpentea por la pantorrilla.

Alzo la vista y, durante un momento de pánico, no soy capaz de localizarle junto a las boyas. Se me para el corazón. Luego le veo, un punto negro que atraviesa el agua rápidamente. Al nadar, sus brazos describen elegantes molinillos. Es rápido. Me pongo de pie, cojo las zapatillas y subo cojeando hasta la bici. Tengo las piernas tan débiles que me cuesta un poco encontrar el equilibrio. Al principio zigzagueo como loca por la calle, como un niño que monta por primera vez.

No miro atrás ni una vez hasta que llego a la cancela de mi casa. Para entonces, las calles están desiertas y silenciosas. Está a punto de caer la noche, y el toque de queda llega como un enorme abrazo cálido que nos mantiene a todos en nuestro sitio, que nos mantiene a todos a salvo.

Miradlo de esta forma: cuando fuera hace frío y os castañetean los dientes, os envolvéis en un abrigo de invierno y os ponéis bufandas y guantes para no contagiarnos de la gripe. Pues las fronteras son como gorros, bufandas y abrigos de invierno para el país entero. Mantienen alejada a la peor de las enfermedades para que todos podamos seguir sanos. Cuando se establecieron las fronteras, al presidente y al Consorcio les quedaba una última cuestión de la que ocuparse, antes de que todos nosotros pudiéramos sentirnos felices y a salvo. La Gran Desinfección (a veces llamada Gran Campaña de Bombardeo) duró menos de un mes, y después todos los espacios salvajes quedaron libres de la enfermedad. Intervinimos en esa zona a la antigua usanza y rascamos y rascamos hasta limpiar los puntos problemáticos, justo como cuando tu mamá limpia las encimeras de la cocina con un estropajo, tan fácil como contar hasta tres.*

** Desinfección:*

- 1. Aplicación de medidas sanitarias con el fin de limpiar o de proteger la salud.*
- 2. Eliminación de aguas residuales y desperdicios.*

Manual de historia para niños del doctor Richard.

Capítulo 1

Aquí va un secreto sobre mi familia: varios meses antes de la fecha prevista para su operación, mi hermana contrajo *los deliria*. Se enamoró de un chico llamado Thomas, que también era incurado. Se pasaban el día tumbados en un campo de flores silvestres, protegiéndose los ojos del sol, susurrándose promesas que nunca pudieron mantener. Ella lloraba todo el tiempo, y una vez me confesó que a Thomas le gustaba besarla para que dejara de llorar. Todavía en este momento, cuando pienso en aquellos días en que yo tenía solo ocho años, me viene a la boca el sabor salado de las lágrimas.

Poco a poco, la enfermedad se fue introduciendo más y más en ella, como

un animal que la mordisqueara desde dentro.

Mi hermana no podía comer. Lo poco que conseguíamos que tragara lo vomitaba casi instantáneamente, y yo temía por su vida.

Thomas le rompió el corazón, por supuesto, lo que no sorprendió a nadie. El *Manual de FSS* dice: «Los *deliria nervosa de amor* producen cambios en la corteza prefrontal del cerebro, lo que provoca fantasías y falsas ilusiones que, una vez rotas, conducen a su vez a la devastación psíquica» («Efectos», p. 36). Después de la decepción, mi hermana no hacía otra cosa que quedarse en la cama y mirar las sombras que se movían lentamente por las paredes; las costillas se le marcaban bajo la piel pálida como trozos de madera asomando del agua.

Incluso entonces se negó a ser intervenida y rechazó el consuelo que le podía proporcionar la cura. El día de la operación hicieron falta cuatro científicos y varias jeringuillas de tranquilizante para que se sometiera, para que dejara de arañar con aquellas uñas largas y afiladas que no se había cortado desde hacía semanas, para que dejara de gritar y maldecir y llamar a Thomas. Los vi venir a por ella para llevarla a los laboratorios; yo estaba sentada en un rincón, aterrada, mientras ella escupía, bufaba y daba patadas, y me acordé de mi madre y de mi padre.

Esa tarde, aunque a mí todavía me faltaba más de una década para alcanzar la seguridad, empecé a contar los meses para mi operación.

Al final, mi hermana fue curada. Volvió a mí dulce y contenta, con las uñas redondas e impecables, el cabello recogido atrás en una trenza larga y gruesa. Varios meses más tarde, se prometió con un informático, más o menos de su edad, y algunas semanas después de que ella terminara la carrera, se casaron con las manos ligeramente unidas bajo el toldo, ambos mirando hacia delante como si pudieran ver un futuro de días libres de preocupación, descontento o desacuerdo, un futuro de días idénticos como una hilera de burbujas bien formadas.

Thomas también fue curado. Se casó con la antigua mejor amiga de mi hermana, y ahora todos son felices. Rachel me dijo hace unos meses que las dos parejas se ven a menudo en *picnics* y fiestas del barrio, ya que viven bastante cerca, en el East End. Los cuatro se sientan y mantienen conversaciones serenas y educadas, sin que un solo destello del pasado perturbe lo tranquilo y lo perfecto del presente.

Eso es lo bueno de la cura. Nadie menciona aquellos días calurosos y perdidos en aquel campo, cuando Thomas besaba a Rachel para que dejara de llorar y se inventaba mundos para prometérselos, o cuando ella se desgarraba la piel de los brazos ante la sola idea de vivir sin él. Estoy segura de que se avergüenza de su pasado, si es que lo recuerda. Es cierto, ya no la veo tan a menudo, solo una vez cada dos meses, cuando se acuerda de que debe pasarse de vez en cuando por casa, y en ese sentido se podría incluso decir que con la

operación he perdido un poco de ella. Pero eso no importa. Lo que importa es que está protegida. Lo que importa es que está a salvo.

Te voy a contar otro secreto, este por tu propio bien. Puedes pensar que el pasado tiene algo que decirte. Puedes pensar que deberías escuchar, esforzarte por distinguir susurros, que deberías hacer lo imposible, inclinarte para escuchar la voz que murmura desde el suelo, desde los lugares muertos. Puede que pienses que ahí vas a encontrar algo, algo que comprender o a lo que encontrar un sentido.

Pero yo sé la verdad. La conozco de las noches de frialdad. Sé que el pasado va a tirar de ti hacia abajo y hacia atrás, que te va a engañar con el susurro del viento y los gemidos de los árboles, que te va a impulsar a descifrar lo que no entiendes, a recomponer lo que estaba roto. No hay esperanza. El pasado no es más que un lastre. Se instala en tu interior como una piedra.

Hazme caso. Si oy es que el pasado te habla, si sientes que tira de tu espalda y que te pasa los dedos por la columna, lo mejor que puedes hacer, lo único, es correr.

En los días siguientes a la confesión de Álex, vigilo la posible aparición de síntomas de la enfermedad. Mientras estoy en el súper de mi tío a cargo de la caja, me inclino hacia delante apoyándome en el codo y descanso la mano en la mejilla para poder doblar los dedos hacia el cuello y tomarme el pulso. Necesito asegurarme de que es normal. Por las mañanas hago respiraciones largas y lentas, para ver si oigo ruidos extraños o percibo síntomas de dificultad en mis pulmones. Me lavo las manos constantemente. Sé que los *deliria* no son como un catarro, que no te puedes infectar si la gente estornuda cerca de ti, pero igualmente es algo contagioso, y cuando me levanto el día después de nuestro encuentro en el East End con los brazos y las piernas aún pesados, la cabeza inflada como una burbuja y un dolor en la garganta que se niega a irse, mi primera idea es que me he contaminado.

Unos días después, me siento mejor. Lo único extraño es la forma en que mis sentidos parecen haberse apagado. Todo parece descolorido, como una fotocopia en color pero de mala calidad. Tengo que echarme un montón de sal en la comida para que sepa a algo, y cada vez que la tía se dirige a mí, me parece que su voz ha bajado de volumen varios decibelios. Pero leo en el *Manual de FSS* todos los síntomas identificados de *deliria* y no veo nada que se corresponda con lo que me está pasando, de modo que al final asumo que estoy a salvo.

Aun así, tomo precauciones, resuelta a no dar ni un paso en falso, resuelta a demostrarme a mí misma que no soy como mi madre, que lo que sucedió con Álex fue una casualidad, un error, un accidente terrible, terrible. No puedo ignorar lo cerca que estuve del peligro. Ni siquiera quiero pensar en lo que habría sucedido si alguien se hubiera enterado de lo que es, si alguien hubiera sabido que estuvimos juntos temblando en el agua, que hablamos, que reímos, que nos

tocamos. Me dan ganas de vomitar. Tengo que repetirme a mí misma que me faltan menos de dos meses para la operación. Todo lo que tengo que hacer es no llamar la atención, sobrevivir durante las siguientes siete semanas, y todo irá bien.

Cada tarde vuelvo a casa dos horas antes del toque de queda. Me ofrezco voluntaria para trabajar días extra en la tienda y ni siquiera reclamo mi tarifa normal de ocho dólares a la hora. Hana no me llama. Tampoco yo la llamo. Ayudo a mi tía a preparar la cena y recojo y lavo los platos sin que me lo pidan. Gracie está en la escuela de verano (solo está en primero y ya hablan de que repita curso), y cada noche me la siento en el regazo y la ayudo a hacer su tarea, susurrándole al oído, rogándole que hable, que se concentre, que escuche, engatusándola hasta que por fin escribe al menos la mitad de las respuestas en su cuaderno.

Una semana después, la tía deja de mirarme con aire de sospecha cada vez que entro en casa, deja de exigir que le cuente dónde he estado, y se me quita otro peso de encima. Vuelve a confiar en mí. No fue fácil explicar por qué diablos Sophia Hennerson y yo decidimos de repente ir a nadar al mar, con la ropa puesta además, justo después de una gran cena familiar, y resulta incluso más difícil justificar por qué llegué a casa pálida y temblorosa. Me di cuenta perfectamente de que mi tía no se lo creía. Pero después de un tiempo vuelve a tranquilizarse, deja de mirarme con desconfianza, como si yo fuera un animal enjaulado capaz de volverse salvaje en cualquier momento.

Transcurren los días, el tiempo pasa despacio, los segundos caen hacia delante con un chasquido, como piezas de dominó que se vienen abajo una detrás de otra. Cada día, el calor se hace más intenso. Avanza arrastrándose por las calles de Portland, se ceba en los contenedores, hace que la ciudad huela como un sobaco gigantesco. Las paredes sudan, los carritos tosen y se estremecen, y cada día la gente se junta frente a los edificios municipales, implorando esa breve bocanada de aire frío que sale cada vez que las puertas automáticas se abren con un zumbido para que entre o salga algún regulador, político o guardia.

Tengo que dejar de salir a correr. La última vez que hago una ruta completa, me doy cuenta de que mis pies me llevan hasta la plaza de Monument Square, pasando por el Gobernador. El sol es una neblina blanca en lo alto, todos los edificios se recortan nitidamente contra el cielo como una fila de dientes metálicos. Al llegar a la estatua estoy jadeante, agotada, y me da vueltas la cabeza. Cuando me agarro al brazo de la figura y me aúpo hasta el pedestal, el metal arde bajo mi mano y el mundo da vueltas enloquecido, con zigzags de luz en todas direcciones. Hasta cierto punto soy consciente de que debería meterme en algún sitio, alejarme del calor, pero tengo la mente confusa, así que voy y meto los dedos en el agujero del puño. No sé lo que estoy buscando. Álex ya me dijo que la nota que me dejó meses atrás debía de estar hecha una bola a estas

alturas. Saco los dedos pegajosos, con chicle medio derretido entre el pulgar y el índice, pero sigo rebuscando. Y entonces noto algo que se me desliza entre los dedos, fresco y liso, doblado en cuatro: una nota.

Estoy medio loca de emoción al abrirla, pero sigo sin esperar que sea de él. Mis manos tiemblan mientras leo.

Lena:

Lo siento muchísimo. Por favor, perdóname.

Alex

No recuerdo el trayecto hasta casa, y la tía me encuentra más tarde medio desmayada en el pasillo, murmurando entre dientes. Me tiene que preparar un baño con hielo para conseguir que me baje la fiebre. Cuando por fin vuelvo en mí, no encuentro la nota por ningún sitio. Debo de haberla perdido, y me siento aliviada y decepcionada a partes iguales. Esa noche leemos que el Edificio del Tiempo y la Temperatura alcanzó los 39 grados, el día más caluroso desde que se vienen haciendo registros.

La tía me prohíbe que corra al aire libre durante el resto del verano. No discuto. No confío en mí misma, no estoy segura de que mis pies no me vayan a llevar de vuelta al Gobernador, a la playa del East End, a los laboratorios.

Me asignan una nueva fecha para las evaluaciones y paso los días frente al espejo ensayando las respuestas. La tía insiste en acompañarme de nuevo, pero esta vez no veo a Hana. No veo a nadie conocido. Hasta los evaluadores son diferentes: rostros ovalados que flotan, diversos matices de moreno y rosado en dos dimensiones, como dibujos sombreados. Esta vez no tengo miedo. No siento nada.

Respondo todas las preguntas exactamente como debo hacerlo. Cuando me preguntan por mi color favorito, durante el más pequeño, el más breve de los segundos, mi mente parpadea en un cielo del color de la plata bruñida, y me parece oír una palabra, «gris», susurrada en voz baja en mi oído.

Contesto:

—Azul —y todo el mundo sonríe.

Contesto:

—Quisiera estudiar Psicología y Regulación Social.

Contesto:

—Me gusta escuchar música, pero no demasiado alta.

Contesto:

—La definición de felicidad es «seguridad».

Sonrisas, sonrisas, sonrisas por todas partes, una sala llena de dientes.

Cuando voy a salir, me parece ver una sombra que se mueve, apenas un parpadeo en el borde de mi campo visual. Alzo la vista hacia la plataforma de

observación. Evidentemente, está vacía.

Dos días después, recibo los resultados de los exámenes de reválida: apta en todos. Y mi nota final: ocho. La tía me abraza por primera vez en años. El tío me da una palmadita incómoda en el hombro, y en la cena me sirve la ración más grande de pollo. Hasta Jenny está impresionada. Gracie me embiste en la pierna con la cabeza, una, dos, tres veces, y me aparto de ella y le digo que deje de molestar. Sé que está disgustada porque la voy a abandonar.

Pero así es la vida, y cuanto antes se haga a la idea, mejor.

Recibo también mis «candidatos aprobados», una lista de cuatro nombres con datos: edad, calificaciones, intereses, trayectoria profesional recomendada, proyecciones salariales, todo impreso ordenadamente en una hoja de papel blanco con el emblema de la ciudad de Portland en el encabezamiento.

Por lo menos, Andrew Marcus no aparece. Solo reconozco un nombre: Chris McDonnell. Tiene el pelo rojizo y brillante y dientes de conejo. Solo lo conozco porque una vez, el año pasado, cuando yo estaba jugando fuera con Gracie, él se puso a canturrear: «Ahí van la retrasada y la huérfana», y sin pensar lo que hacía, cogí una piedra del suelo, me volví y se la tiré. Le di en la sien. Por un momento se le cruzaron y descruzaron los ojos. Se llevó los dedos a la cabeza, y cuando los apartó estaban manchados de sangre. Durante los días siguientes me daba pánico salir, temiendo que me detuvieran y me echaran a las Criptas. El señor McDonnell es dueño de una empresa de servicios tecnológicos, y además trabaja como regulador voluntario. Estaba convencida de que iba a venir a por mí por lo que le había hecho a su hijo.

Chris McDonnell. Phinneas Jonston. Edward Wung. Brian Scharff. Me quedo mirando los nombres durante tanto tiempo que las letras se recolocan formando palabras sin sentido, como balbuceos de bebé. *No cae. Coge Chris. Da todo.*

A mediados de julio, cuando faltan solo siete semanas para mi intervención, llega el momento de decidir. Voy ordenando mis preferencias de forma arbitraria, asignando un número a cada nombre: Phinneas Jonston (1); Chris McDonnell (2); Brian Scharff (3); Edward Wung (4). Ellos también presentarán sus opciones y los evaluadores harán todo lo posible por encontrar una correspondencia.

Dos días después, recibo la notificación oficial. Voy a pasar el resto de mi vida con Brian Scharff, cuyas aficiones son «ver las noticias» y el «béisbol de fantasía», que tiene intenciones de trabajar «en el gremio de electricistas» y que espera «llegar a ganar 45.000 dólares», un salario que «permitiría mantener a dos o tres hijos». Me comprometeré con él antes de empezar en la Universidad Regional de Portland en el otoño. Cuando yo me gradúe, nos casaremos.

Por las noches duermo sin sueños. Por las mañanas me despierto aturdida.

En las décadas anteriores al desarrollo de la cura, la enfermedad se había vuelto tan virulenta y estaba tan extendida que era muy raro que una persona llegara a la edad adulta sin haber contraído un caso grave de delirio nervioso de amor (ver «Estadísticas, Era Prefronteriza») [...].

Muchos historiadores han defendido que la sociedad anterior a la cura era en sí misma un reflejo de la enfermedad, y que se caracterizaba por la división, el caos y la inestabilidad [...]. Casi la mitad de todos los matrimonios terminaban en disolución [...]. La incidencia del consumo de drogas se disparó, al igual que el número de muertes relacionadas con el alcohol.

La gente estaba tan desesperada por encontrar alivio y protección contra la enfermedad que se iniciaron numerosos experimentos con improvisados remedios tradicionales que eran en sí mismos mortales: se consumían brebajes a base de medicamentos para el resfriado mezclados de tal forma que constituían un compuesto extremadamente adictivo y que a menudo resultaba letal (ver «Remedios tradicionales a lo largo de la historia»).

Habitualmente, el descubrimiento de la intervención para curar los delirios se atribuye a Cormac T. Holmes, un neurocientífico que fue miembro fundador del Consorcio de Nuevos Científicos y uno de los primeros discípulos de la Nueva Religión que predica la Santísima Trinidad formada por Dios, Ciencia y Orden. Holmes fue canonizado varios años después de su muerte. Su cuerpo fue embalsamado y se encuentra en el Monumento de Todos los Santos en Washington DC (ver fotografías en las páginas 210–212).

« Antes de la Frontera », Breve historia de los Estados
Unidos de América, E. D. Thompson

Una noche cálida de finales de julio, me dirijo a casa de vuelta del súper cuando oigo que alguien grita mi nombre. Me vuelvo y veo a Hana que corre colina arriba hacia mí.

—¿Pero qué te pasa? —dice mientras se acerca, jadeando un poco—. ¿Vas a pasar a mi lado sin decir nada?

Me sorprende su evidente angustia.

—No te había visto —contesto. Es la verdad.

Estoy cansada. Hoy hemos hecho inventario, hemos vaciado estanterías y repuesto paquetes de pañales, latas, rollos de papel de cocina, contando y volviéndolo a contar todo. Me duelen los brazos, y cuando cierro los ojos no veo más que códigos de barras. Estoy tan cansada que ni siquiera me da vergüenza ir por la calle con mi camiseta del Stop-N-Save manchada de pintura y como diez tallas más que la mía.

Hana aparta la vista mordiéndose el labio. No he vuelto a hablar con ella desde aquella noche en la fiesta y busco desesperadamente algo que decir, algo cotidiano y superficial. De repente me parece increíble que fuera mi mejor amiga, que pudiéramos pasar días y días juntas sin que se nos acabaran los temas de conversación, que volviera de su casa con la garganta irritada de tanto reír. En este momento es como si entre nosotras hubiera un muro de cristal, invisible pero infranqueable.

Por fin se me ocurre algo:

—Recibí mi lista de candidatos.

En el mismo momento, ella pregunta:

—¿Por qué no me has devuelto las llamadas?

Las dos nos interrumpimos, sorprendidas, y rompemos a hablar de nuevo a la vez.

—¿Que me has llamado? —digo yo.

—¿Has aceptado ya? —pregunta ella.

—Tú primero —resuelvo.

La verdad es que parece incómoda. Mira al cielo, a un niño pequeño que está al otro lado de la calle con un bañador holgado, a los dos hombres que cargan cubos de algo en un camión calle abajo, a cualquier lado menos a mí.

—Te he dejado... como... tres mensajes.

—Pues no he recibido ninguno —replico rápidamente, mientras el corazón se me acelera.

Durante semanas he estado mosqueada porque Hana no intentara ponerse en contacto conmigo después de la fiesta. Mosqueada y dolida. Pero me dije que quizá era mejor así. Me dije que había cambiado, que probablemente ya no tenía mucho que decirme.

Me mira como tratando de decidir si estoy diciendo la verdad.

—¿Carol no te dijo que había llamado?

—No, te lo juro —me siento tan aliviada que me río.

En ese momento me doy cuenta de cuánto la he echado de menos. Incluso cuando está furiosa conmigo, es la única persona que realmente se ha preocupado de mí porque quería, no porque tuviera la obligación *familiar* de hacerlo, por deber o responsabilidad o todos esos rollos que según el *Manual de FSS* son tan importantes. Todas las otras personas en mi vida —Carol, mis primas, las otras chicas de St. Anne, incluso Rachel— solo han pasado tiempo conmigo porque estaban obligadas.

—No tenía ni idea —aclaró.

Sin embargo, Hana no se ríe. Frunce el ceño.

—No te preocupes. No pasa nada.

—Oye, Hana...

—Ya te lo he dicho, no tiene importancia —me interrumpe. Se cruza de brazos y se encoge de hombros. No sé si me cree o no, pero está claro que las cosas son diferentes después de todo. Esto no va a ser un gran reencuentro feliz —. Así que... ¿ya te han emparejado?

Ahora su tono es educado y un poco formal, así que yo lo adopto también.

—Brian Scharff. He aceptado. ¿Y tú?

Asiente. Se le mueve un músculo en la comisura de los labios, casi imperceptible.

—Fred Hargrove.

—¿Hargrove? ¿Como el alcalde?

—Su hijo —corroboró; luego vuelve a apartar la mirada.

—Vaya, enhorabuena.

No puedo evitar sentirme impresionada. Hana debe de haber sacado una buenísima nota en las evaluaciones. No es que me sorprenda, la verdad.

—Sí. Qué suerte tengo.

Su voz carece por completo de entonación. No sé si está siendo sarcástica. Pero el hecho es que tiene suerte, tanto si es consciente de ello como si no.

Y esa es la cuestión. Aunque estamos en el mismo trozo de pavimento inundado de sol, lo mismo podríamos estar a miles de kilómetros de distancia.

«Venís de diferentes comienzos y llegaréis a diferentes finales». Es un viejo dicho, algo que Carol solía repetir. Nunca comprendí lo cierto que era hasta este momento.

Debe de ser por eso por lo que la tía no me dijo que Hana había llamado. Tres llamadas son muchas para olvidarse, y Carol es bastante cuidadosa con esas cosas. Tal vez estaba intentando acelerar lo inevitable, llevarnos más rápido a la meta, a la parte en la que Hana y yo ya no somos amigas. La tía sabe que después de la operación, cuando el pasado y nuestra historia compartida hayan aflojado su presión sobre nosotras, cuando dejemos de sentir nuestros recuerdos con tanta intensidad, no tendremos nada en común. Carol, probablemente, intente

protegerme a su manera.

No sirve de nada pedirle explicaciones. No lo negará. Se limitará a lanzarme una de sus miradas inexpresivas y me soltará un proverbio del *Manual de FSS*: « Los sentimientos no son para siempre. El tiempo no espera a nadie, pero el progreso espera a que el hombre lo haga realidad ».

—¿Vas hacia casa?

Hana sigue mirándome como a una extraña.

—Claro —me señalo la camiseta—. Supongo que debería esconderme antes de deslumbrar a alguien con mi atuendo.

Una leve sonrisa recorre su cara.

—Te acompaño —dice, y eso me sorprende.

Durante un trecho caminamos en silencio. No falta mucho para mi casa y me preocupa que recorramos todo el trayecto de regreso sin decir nada. Nunca he visto a Hana tan callada, y eso me pone nerviosa.

—¿De dónde vienes? —pregunto, solo por decir algo.

A mi lado. Hana se sobresalta como si la hubiera despertado de un sueño.

—Del East End —dice—. Tengo un programa estricto de bronceado.

Acerca su brazo al mío. Está al menos siete tonos más moreno. El mío sigue pálido, quizá con más pecas que en invierno.

—Tú no, ¿eh? —esta vez sonríe de verdad.

—Pues... no, no he bajado mucho a la playa.

A fuerza de desearlo, consigo no ponerme apenas colorada.

Por suerte, Hana no se da cuenta o, si lo hace, no dice nada.

—Lo sé. Te he estado buscando.

—¿De veras?

La miro con el rabillo del ojo.

Pone los ojos en blanco. Me alegra ver que está volviendo a su actitud natural.

—Bueno, sin pasarse. Pero he bajado unas cuantas veces, sí. No te he visto nunca.

—He estado trabajando mucho... —digo. No añado: « ... para evitar el East End, la verdad ».

—¿Sigues corriendo?

—No. Demasiado calor.

—Yo tampoco. Decidí esperar hasta el otoño —caminamos un poco más en silencio y luego ella me mira alzando la cabeza, con los ojos entrecerrados—. Bueno, ¿y qué más?

Su pregunta me pillá con la guardia baja.

—¿Qué quieres decir con « qué más » ?

—Eso es lo que quiero decir. O sea, ¿qué más? Venga. Lena, este es nuestro último verano, ¿recuerdas? El último verano de libertad sin responsabilidades y bla, bla, bla, todas esas cosas buenas. Así que ¿qué has estado haciendo? ¿Dónde

te has metido?

—Pues yo... nada. No he hecho nada.

Este era el objetivo: mantenerme lejos de los problemas, hacer lo mínimo posible, pero expresarlo con palabras me hace sentir un poco triste. El verano parece estarse estrechando rápidamente, encogiéndose hasta convertirse en un puntito, sin que yo haya tenido la oportunidad de disfrutarlo. Ya casi estamos en agosto. Nos quedan otras cinco semanas de calor antes de que el viento empiece a soplar cortante por la noche y a las hojas les salga un ribete dorado.

—Y tú, ¿qué? ¿Está siendo un buen verano? —le pregunto.

—Lo normal —Hana se encoge de hombros—. He ido mucho a la playa. Y a ratos he estado cuidando a los niños de los Farrell.

—¿De veras?

Arrugo la nariz. Hana siempre ha detestado a los niños. Dice que son demasiado pegajosos y dependientes, como caramelos olvidados en un bolsillo.

Hace una mueca.

—Pues sí, por desgracia. Mis padres decidieron que necesitaba practicar «manejo del hogar» o alguna chorrada por el estilo. ¿Sabes que me están haciendo calcular un presupuesto? Como si pensar en la forma de gastar sesenta dólares a la semana fuera a enseñarme cómo pagar las facturas, cómo ser responsable o algo así.

—¿Y por qué? Total, tú no vas a tener que ajustarte a un presupuesto nunca.

No quiero parecer amargada, pero ahí está la diferencia en el futuro que nos espera a ambas, abriendo una nueva brecha.

Después de eso nos quedamos en silencio. Ella aparta la vista, entrecerrando los ojos ligeramente por la luz. Quizá es solo que me siento deprimida por lo rápido que está pasando el verano, pero me empiezan a llegar los recuerdos, muchos y rápido, como naipes que se barajan en mi mente: Hana que se cruza de brazos al abrir la puerta del baño en aquel primer día de segundo mientras suelta: «¿Es por tu mamá?»; las dos despiertas más allá de medianoche una de las pocas veces que nos permiten dormir juntas; las dos a carcajadas imaginándonos candidatos asombrosos o imposibles para nuestros emparejamientos, como el presidente de los Estados Unidos o los protagonistas de nuestras películas favoritas; las dos corriendo mientras los pies golpean el pavimento en tándem, como el ritmo de un solo corazón; las dos nadando con las tablas en la playa; las dos comprando conos triples de helado en el camino a casa y discutiendo si la vainilla es mejor que el chocolate. Las dos.

Las mejores amigas durante diez años y al final todo se reduce al filo de un bisturí, al movimiento de un rayo láser que atraviesa el cerebro, a un destello del instrumental quirúrgico. Toda esa historia y su importancia son seccionadas y se alejan flotando como un globo extirpado. Dentro de dos años, dentro de dos meses, ella y yo nos cruzaremos por la calle sin intercambiar más que un saludo

educado, personas distintas, mundos diferentes, dos estrellas que giran en silencio, separadas por miles de kilómetros de espacio oscuro.

La segregación se equivoca. De quien deberían protegernos es de la gente que al final nos abandonará, de toda la gente que desaparecerá o nos olvidará.

—¿Te acuerdas de todos nuestros planes para este verano? ¿De todas las cosas que dijimos que íbamos a hacer por fin? —por la pregunta deduzco que ella también se siente nostálgica.

—Colarnos en la piscina de la Escuela Spencer... —no vacilo ni un segundo.

—... y nadar en ropa interior —completa Hana.

—Saltar la valla de Granjas Cherryhill... —sonríe.

—... y beber sirope de arce directamente de los barriles.

—Correr todo el camino desde la colina hasta el aeropuerto viejo.

—Bajar con las bicis por Suicide Point.

—Intentar encontrar aquella tirolina de la que nos habló Sarah Miller. La que está sobre el río Fore.

—Meternos a escondidas en el cine y vernos cuatro películas una tras otra.

—Terminarnos la supercopa de helado Trasgo en Mae's.

Sonríe de oreja a oreja. Y Hana también.

—« ¡Una copa pantagruélica solo para enormes apetitos, que incluye trece bolas, nata montada, caramelo caliente...! » —cito de memoria.

—« ¡Y todos los extras que vosotros, pequeños monstruos, podáis digerir! » — remata Hana.

Nos reímos. Hemos leído ese letrero unas mil veces. Llevamos comentando la posibilidad de lanzar un segundo ataque a la copa Trasgo desde cuarto. Fue entonces cuando lo intentamos por primera vez. Hana se empeñó en ir allí conmigo para celebrar su cumpleaños. Nos pasamos el resto de la noche abrazándonos la tripa en el suelo de su baño, y solamente habíamos conseguido comer siete de las trece bolas de helado.

Hemos llegado a mi calle. Algunos niños juegan en mitad de la calzada. Es un partido de fútbol improvisado. Le dan patadas a una lata y gritan, cuerpos morenos y brillantes por el sudor. Veo a Jenny entre ellos. Mientras miro, una niña trata de moverla de su sitio a codazos y Jenny se vuelve y la tira al suelo de un empujón. La niña se pone a llorar. Nadie sale de las casas, ni siquiera cuando la voz de la pequeña se eleva *in crescendo* hasta alcanzar un grito agudo, como una sirena. En alguna ventana aletea una cortina o un trapo de cocina. Aparte de eso, siguen silenciosas, inmóviles.

Estoy desesperada por mantener el buen rollo, por arreglar las cosas con Hana, aunque sea solo durante un mes.

—Oye, Hana —me da la sensación de que pronuncio las palabras a través de un enorme bulto en la garganta, me noto casi tan nerviosa como antes de las evaluaciones—. Esta noche ponen en el parque *El detective defectuoso*.

Programa doble. Michael Wynn. Podemos ir juntas si te apetece.

El detective defectuoso nos encantaba cuando éramos pequeñas. Es una película sobre un detective que en realidad es un inepto, y su fiel ayudante, que es su perro. Es el animal quien siempre acaba resolviendo los crímenes. Muchos actores han interpretado el papel protagonista, pero nuestro favorito es Michael Wynn. De niñas rezábamos para que nos emparejaran con él.

—¿Esta noche?

La sonrisa de Hana decae y se me agarrota el estómago. «Tonta, tonta», pienso. «Total, ¿qué más da?».

—Si no puedes, no importa. No pasa nada. Solo era una idea —digo rápidamente apartando la vista para que no note lo decepcionada que estoy.

—No..., la verdad es que sí quiero, pero... —Hana toma aire. Odio esto, odio lo incómodas que estamos las dos—. Es que tengo una fiesta —se corrige rápidamente—, una movida para la que se supone que ya he quedado con Angélica Marston.

Noto como un puñetazo en la boca del estómago. Es asombroso cómo una frase puede destrozarte las entrañas, así, sin más. Dicen que una palabra hiere más profundamente que una espada; nunca me había dado cuenta de lo cierto que es.

—¿Desde cuándo sales con Angélica Marston?

Una vez más intento que mi voz no suene resentida, pero me doy cuenta de que parezco la hermana quejica de alguien, que gimotea porque la han dejado fuera de un juego. Me muerdo el labio y me aparto, furiosa conmigo misma.

—La verdad es que no es tan tonta —dice Hana suavemente.

Lo noto en su voz: siente pena por mí. Eso es peor que cualquier otra cosa. Casi preferiría que estuviéramos gritándonos otra vez, como aquel día en su casa; incluso eso sería mejor que este cuidadoso tono de voz, que la forma en que evitamos herirnos la una a la otra.

—En realidad no es engreída. Es solo que es tímida, supongo —aclara.

Angélica Marston hizo tercero el año pasado. Hana se burlaba de ella por cómo llevaba el uniforme, siempre impecablemente planchado e impoluto, con el cuello de la camisa doblado de forma precisa y la falda exactamente por la rodilla. Hana decía que Angélica Marston se había tragado un palo de escoba porque su padre era un científico importante en los laboratorios. Y lo cierto es que caminaba un poco así, toda cuidadosa y como estreñida.

—Pero si antes la odiabas —suelto. Parece que las palabras no piden permiso al cerebro antes de salir disparadas de mi boca.

—No la odiaba —dice como si estuviera intentando explicarle álgebra a un niño de dos años—. Es que no la conocía. Siempre pensé que era una bruja, ¿entiendes? Por su ropa y todo eso. Pero es cosa de sus padres. Son muy estrictos, superprotectores y demás —mueve la cabeza—. Ella no es así. Es... distinta.

Esa palabra parece vibrar en el aire durante un segundo: distinta. Por un momento veo una imagen de Hana y Angélica, tomadas del brazo, intentando no reírse, escabullándose por las calles después del toque de queda. Angélica sin miedo, bella y divertida, como Hana. Expulso la imagen de mi mente. Calle abajo, uno de los chicos le pega un buen puntapié a la lata, que se desliza entre otros dos botes abollados colocados en la calzada como portería improvisada. La mitad de los chavales se ponen a dar saltos levantando el puño: los otros, incluyendo a Jenny, gesticulan y gritan algo sobre un fuera de juego. Por primera vez se me ocurre pensar en lo fea que le debe de parecer mi calle a Hana, con todas las casas apretujadas, sin cristales en la mitad de las ventanas, con los porches hundidos por el centro como colchones viejos y castigados. Es tan distinta de las avenidas limpias y silenciosas del West End, con sus coches relucientes y mudos, y los setos verdes...

—Podrías venir —dice Hana en voz baja.

Una oleada de odio se apodera de mí. Odio por mi vida, por su estrechez y sus espacios sobrecargados: odio por Angélica Marston, con su sonrisa secreta y sus padres ricos: odio por Hana, por ser tan tonta, tan cabezota y tan poco atenta, lo primero y principal, y por dejarme atrás antes de que yo estuviera lista para ser dejada. Aunque por debajo de todas esas capas hay algo más, un filo de infelicidad al rojo vivo, que destella en lo más profundo de mí ser. No puedo nombrarlo, ni siquiera enfocararlo claramente, pero de algún modo comprendo que es esa insatisfacción mía lo que más me enfada de todo.

—Gracias por la invitación —contesto, sin preocuparme de que no se note el sarcasmo—. Parece que va a ser un buen jolgorio. ¿Irán chicos también?

O Hana no nota el tono de mi voz —que lo dudo—, o prefiere ignorarlo.

—Esa es la idea —contesta inexpresiva—. Bueno, y música.

—¿Música? —pregunto. No puedo evitar parecer interesada—. ¿Como la última vez?

Su cara se ilumina.

—Sí, bueno, no. Otro grupo. Pero me han dicho que esos tíos son alucinantes, incluso mejores que los de la última vez —hace una pausa, y luego insiste en voz baja—. Podrías venir con nosotras.

A pesar de todo, lo de la música me hace vacilar. En los días siguientes a la fiesta de la granja Roaring Brook, parecía que los fragmentos de las canciones que había escuchado me seguían a todas partes. Los oía aleteando en el viento, los sentía cantando en el océano y gimiendo entre las paredes de la casa. A veces me despertaba en mitad de la noche, empapada en sudor, con el corazón acelerado, escuchando las notas que resonaban en mi oído. Pero cada vez que estaba despierta e intentaba conscientemente recordar las melodías, tararear algunas notas o rememorar los acordes, no podía.

Hana me mira expectante, aguardando mi respuesta. Por un momento, hasta

me siento mal por ella. Quiero hacerla feliz, como siempre he tratado de hacer, quiero verla dar un salto de alegría con el puño en alto y una de sus famosas sonrisas. Pero luego me acuerdo de que ahora tiene a Angélica Marston y algo se me endurece en la garganta; saber que voy a decepcionarla me produce una especie de sorda satisfacción.

—Creo que paso —digo—. Pero gracias de todos modos.

Hana se encoge de hombros y noto que tiene que hacer un esfuerzo para fingir que no pasa nada.

—Por si cambias de opinión... —esboza una sonrisa, pero no puede mantenerla más de un segundo—. Tanglewild Lane. En Deering Highlands. Sabes dónde encontrarme.

Deering Highlands. Claro. Es un distrito abandonado fuera de la península. Hace diez años, el gobierno descubrió a varios simpatizantes y, si los rumores son ciertos, incluso algunos inválidos que vivían juntos en una de las grandes mansiones de esa zona. Fue un gran escándalo, precedido de una operación secreta que duró un año y terminó con una gran redada. Al final, se ejecutó a cuarenta y dos personas y otras doscientas fueron enviadas a las Criptas. Desde entonces Deering Highlands ha sido una ciudad fantasma, olvidada, condenada, evitada.

—Sí, bueno. Tú también sabes dónde encontrarme —hago un gesto señalando calle abajo.

—Sí.

Hana se mira los pies, salta de uno al otro. No queda nada que decir, pero no puedo soportar la idea de darme la vuelta y alejarme. Tengo el horrible presentimiento de que esta va a ser la última vez que la veo hasta que estemos curadas. De repente, el miedo se apodera de mí; desearía que fuera posible dar marcha atrás en nuestra conversación, retirar todas las cosas mezquinas o sarcásticas que he dicho, decirle que la echo de menos y que quiero que volvamos a ser amigas otra vez.

Pero justo cuando estoy a punto de abrir mi corazón, me hace un gesto rápido de despedida y dice:

—Venga, vale. Nos vemos —y así, el punto de inflexión desaparece, y con él mi oportunidad de hablar.

—Vale. Hasta luego.

Hana comienza a andar y yo me quedo mirando cómo se marcha. Noto la urgencia de memorizar su paso, de imprimírmelo en la memoria de algún modo, justo así como es ella. Pero mientras la veo titubear entre la poderosa luz del sol y la sombra, su silueta se confunde en mi mente con otra, una silueta que entra y sale de la oscuridad, a punto de saltar del acantilado, y ya no sé a quién estoy mirando. De repente, los bordes del mundo se vuelven borrosos y siento un dolor agudo en la garganta, así que me doy la vuelta y camino deprisa hacia casa.

—Lena —me llama, justo antes de que llegue a la cancela.

Me giro con el corazón dando saltos. Quizá sea ella la que lo diga: « Te echo de menos. Volvamos a ser amigas» .

A pesar de los quince metros que nos separan, noto que vacila. Luego hace un gesto leve con la mano y grita:

—No importa.

Esta vez no titubea cuando se da la vuelta. Camina rápidamente hacia delante, dobla una esquina y desaparece.

¿Pero qué esperaba yo?

Ese es el quid de la cuestión, después de todo. No se puede volver atrás.

En los años anteriores a que se hubiera perfeccionado la cura, esta se ofrecía de forma experimental. Los riesgos inherentes eran grandes. En esa época, uno de cada cien pacientes sufría una pérdida fatal de funciones cerebrales después de la operación. Sin embargo, la gente acudía en masa a los hospitales rogando que se los curara; acampaban en el exterior de los laboratorios durante días y semanas, intentando asegurarse turno para la intervención. Ese periodo es también conocido como «los Años Milagrosos» por la cantidad de vidas que fueron sanadas y fortalecidas, y el gran número de almas que fueron rescatadas de la enfermedad. Si hubo gente que murió en la mesa de operaciones, fue por una buena causa, y nadie debe llorarlas...

« Los Años Milagrosos: ciencia temprana de la cura » .
Breve historia de los Estados Unidos de América, E. D.
 Thompson

Entro en casa y noto que hace incluso más calor del habitual, un muro húmedo y sofocante. Carol debe de estar cocinando. El olor a carne dorada y a especias, mezclado con los olores normales del verano —sudor y moho—, me produce ganas de vomitar. Durante las últimas semanas hemos cenado en el porche: ensalada de macarrones con mucha mayonesa, embutidos y bocadillos de la sección *delicatessen* del súper.

Carol asoma la cabeza por la puerta de la cocina cuando paso. Tiene la cara colorada y suda a mares. Tiene cercos de sudor en las axilas de su blusa azul pastel, medias lunas pardas.

—Más vale que te cambies —dice—. Rachel y David llegarán en cualquier momento.

Se me había olvidado por completo que venían a cenar mi hermana y su marido. Normalmente la veo cuatro o cinco veces al año, como máximo. Cuando yo era más pequeña, justo después de que ella se fuera de la casa de Carol, estuve una temporada contando los días que faltaban para su primera visita. Creo que entonces no comprendía bien lo que significaba la operación y lo que implicaba para ella, para mí, para nosotras. Sabía que la habían salvado de

Thomas y de la enfermedad, pero eso era todo. Creo que suponía que, por lo demás, las cosas seguirían como siempre. Pensaba que en cuanto viniera a verme sería como en los viejos tiempos, que sacaríamos los calcetines para hacer un baile, o que me subiría en su regazo y empezaría a trenzarme el pelo y a contarme una de sus historias de lugares lejanos y brujas que se convertían en animales.

Pero cuando entró por la puerta, se limitó a pasarme una mano por la cabeza y a aplaudir cortésmente cuando Carol me hizo recitar las tablas de multiplicar y dividir.

—Ahora es adulta —dijo Carol cuando le pregunté por qué a Rachel y a no le gustaba jugar—. Algún día lo comprenderás.

Después de eso dejé de prestar atención a la nota que aparecía cada pocos meses en el calendario de la pared de la cocina: « Visita de R » .

Durante la cena, los grandes temas de conversación son: Brian Scharff (el marido de Rachel, David, trabaja con un amigo del primo de Brian, así que David cree ser un experto en esa familia) y la Universidad Regional de Portland, donde empezaré a estudiar en otoño. Es la primera vez en mi vida que voy a estar en clase con personas del sexo opuesto, pero Rachel me dice que no me preocupe.

—Ni siquiera lo notarás —dice—. Estarás demasiado ocupada con el trabajo y los estudios.

—Hay garantías —dice tía Carol—. Todos los estudiantes han sido examinados.

Lo que significa realmente: « Todos los estudiantes han sido curados » . Me acuerdo de Álex y por poco suelto: « ¡No todos! » .

La cena se alarga hasta bastante después del toque de queda. Para cuando la tía me ayuda a quitar la mesa, son casi las once y, aun así, Rachel y su marido no hacen amago de irse. Eso también me hace ilusión: dentro de treinta y seis días, y a no tendré que preocuparme por el toque de queda.

Después de cenar, David y el tío salen al porche. David ha traído dos puros; son baratos, pero no importa. El humo, dulce y picante y un poquito untuoso, se cuele por las ventanas, se mezcla con el sonido de las voces y llena la casa de una neblina azul.

Rachel y la tía Carol se han quedado en el comedor, bebiendo una taza de café aguado que tiene el color pálido y sucio del agua de fregar. Del piso de arriba me llega un ruido de pasos que corretean. Jenny hará rabiar a Gracie hasta aburrirse, y entonces se meterá en la cama, amargada e insatisfecha, y dejará que la opacidad y la monotonía de otro día la arrullen hasta que se duerma.

Lavo los platos. Hay bastantes más de lo habitual, y a que Carol ha insistido en que tomáramos una sopa (caliente, de zanahoria, que nos hemos tragado todos

sudando), un asado cargado de ajo y unos espárragos flácidos, probablemente rescatados del fondo de la bandeja de las verduras, aparte de algunas galletas rancias. Estoy llena, y el calor del agua de fregar en las muñecas y en los codos, sumado a los ritmos familiares de las conversaciones, el golpeteo de pies en el piso de arriba y el pesado humo azul, me da mucho sueño. Finalmente, Carol se ha acordado de preguntar por los niños de Rachel y esta recita sus logros como si leyera una lista que acabara de memorizar hace poco y con dificultad: Sara ya sabe leer y Andrew dijo su primera palabra con solo trece meses.

—¡REDADA! ¡REDADA! ¡ESTO ES UNA REDADA! ¡HAGAN LO QUE SE LES ORDENA Y NO OFREZCAN RESISTENCIA...!

La voz que resuena en el exterior hace que me sobresalte. Rachel y Carol han hecho una breve pausa en su charla y escuchan el alboroto de la calle. Tampoco se oye hablar a David y al tío William. Incluso Jenny y Gracie detienen sus pasos.

Desde la calle llegan sonidos intermitentes, cientos de botas marchando al unísono, y esa voz horrible amplificadas por el megáfono: « Esto es una redada. Atención, esto es una redada. Por favor, tengan sus documentos de identidad preparados» .

Noche de redada. Al momento pienso en Hana y en la fiesta. La habitación empieza a dar vueltas. Necesito agarrarme a la encimera para no caer redonda.

—Parece bastante pronto para una redada —comenta suavemente Carol en el comedor—. Tuvimos otra hace unos pocos meses, creo.

—El dieciocho de febrero —dice Rachel—. Me acuerdo. David y yo tuvimos que salir a la calle con los niños. Hubo algún problema con el SVS esa noche. Pasamos media hora bajo la nieve antes de que pudieran verificar nuestros datos. Luego, Andrew estuvo dos semanas con pulmonía.

Cuenta la historia como si estuviera hablando de un pequeño inconveniente en la lavandería, como si se le hubiera extraviado un calcetín.

—¿Ya ha pasado tanto tiempo? —Carol se encoge de hombros y bebe un sorbito de café.

Las voces, los pies, el chisporroteo de las radios, todo se va acercando. El grupo de redadas se desplaza como una unidad de casa en casa; a veces entran en todas las de una calle, a veces se saltan manzanas enteras. Funcionan al azar. O, al menos, se supone que es al azar. Algunas casas son elegidas como objetivo más a menudo que otras.

Pero aunque uno no esté en una lista de vigilancia, puede terminar de pie en la nieve, como Rachel y su marido, mientras los reguladores y la policía intentan probar la validez de la documentación de esa persona. O, lo que es peor, mientras el equipo entra en la casa y echa abajo las paredes, buscando indicios de actividades sospechosas. En las noches de redada, quedan suspendidas las leyes de la propiedad privada. En general, todas las leyes quedan suspendidas en las

noches de redada.

Todos hemos oído historias de terror sobre mujeres embarazadas a las que se desnuda y registra delante de todo el mundo, de personas que se han pasado dos o tres años en la cárcel solo por mirar mal a un policía o por intentar impedir a un regulador la entrada en determinada habitación.

«Esto es una redada. Si se le pide que salga de su casa, asegúrese de que tiene todos sus documentos de identidad en la mano, incluyendo los de cualquier niño mayor de seis años... Cualquiera que se resista será arrestado e interrogado... Cualquiera que se retrase será acusado de obstrucción a la justicia...».

Al final de la calle. Luego, a unas pocas casas de distancia. Luego, a dos casas. No. En la casa de al lado. Oigo que el perro de los Richardson se pone a ladrar furiosamente. Después, a la señora Richardson, que se disculpa. Más ladridos. Luego, alguien (¿un regulador?) masculla algo y suenan algunos golpes pesados y un gemido. Al poco, una voz que dice: «No tienes por qué matar al puñetero bicho», y otro que replica: «¿Y por qué no? Total, seguro que está lleno de pulgas».

Luego, durante un rato todo queda en silencio: solo el chasquido ocasional de los *walkie-talkies*, alguien que lee números de identificación mientras habla por teléfono, un susurro de papeles...

Y más tarde: «Muy bien, vale. Están libres de sospecha».

Las botas se ponen en marcha otra vez.

A pesar de toda su despreocupación, incluso Rachel y Carol se ponen tensas cuando las botas resuenan delante de nuestra casa. Veo que la tía agarra su taza de café con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Mi corazón brinca y salta; hay un saltamontes en mi pecho.

Pero las botas pasan de largo. Se oye el suspiro de alivio de Rachel cuando oímos que los reguladores golpean una puerta de más allá.

—¡Abra...! ¡Esto es una redada!

La taza de Carol choca contra el platito, haciendo que me sobresalte.

—Qué tontería, ¿verdad? —dice riendo forzosamente—. Aunque no hayas hecho nada malo, no puedes evitar ponerte nerviosa.

Siento un dolor sordo en la mano y me doy cuenta de que sigo aferrándome a la encimera como si me fuera la vida en ello. No puedo relajarme, no puedo tranquilizarme; ni siquiera cuando los pasos se atenúan y la voz del megáfono se distorsiona hasta volverse ininteligible. Solo puedo pensar en los grupos de redada (a veces hay hasta cincuenta en una sola noche) girando por toda la ciudad como un enjambre, rodeándola como el agua que da vueltas en un remolino, hostigando a todas las personas a las que pueden acusar de mala conducta o desobediencia. Y a las que no.

En algún sitio ahí fuera, Hana sigue bailando, girando, riendo, con el pelo

rubio suelto, mientras a su alrededor se aprietan los chicos y de los altavoces sale música no aprobada. Lucho contra una horrible sensación de náusea. No quiero siquiera pensar en lo que le pasará, lo que les pasará a todos ellos si los pillan.

Todo lo que puedo hacer es esperar que no haya llegado aún a la fiesta. Tal vez le haya llevado mucho tiempo prepararse (podría ser, ella siempre llega tarde), y quizá estuviera todavía en casa cuando han empezado las redadas. Ni siquiera ella se aventuraría a salir en una noche así. Es un suicidio.

Pero Angélica Marston y todos los demás... Cada uno de ellos. Cualquiera de los que solo querían oír un poco de música...

Pienso en lo que Álex comentó la noche en que me lo encontré en la granja Roaring Brook: «He venido a oír la música, como todo el mundo».

Hago un esfuerzo por quitarme esa imagen de la cabeza y me digo que no es problema mío. Debería alegrarme si hay una redada en la fiesta y trincan a todo el mundo. Lo que están haciendo es peligroso, y no solo para ellos, sino para todos nosotros. Así es como se propaga la enfermedad.

Pero mi yo más profundo, la parte testaruda que dijo «gris» en mi primera evaluación, sigue haciendo presión y dándome la lata. «¿Y qué?», pregunta. «Así que querían oír un poco de música. Música de verdad, no esas cancioncitas tontorronas que tocan en la temporada de conciertos de Portland, con ritmos aburridos y notas brillantes y alegres. No están haciendo nada malo».

Y entonces me acuerdo de lo que dijo Álex: «Nadie le hace daño a nadie».

Además, siempre existe la posibilidad de que Hana no fuera con retraso esta noche, y de que ya esté allí, sin enterarse, mientras los de las redadas dan vueltas acercándose cada vez más. Tengo que apretar los ojos para alejar esa imagen, y también la de docenas de agujas relucientes clavándose en su cuerpo. Si no la llevan a la cárcel, la transportarán directamente a los laboratorios y será intervenida antes del amanecer, al margen de los riesgos o los peligros.

De alguna manera, a pesar de mis pensamientos acelerados y a pesar de que el cuarto sigue dando vueltas frenéticamente, he conseguido lavar todos los platos. También he tomado una decisión.

Tengo que ir. Tengo que avisarla.

Tengo que avisarlos a todos.

Para cuando Rachel y David se van y todo el mundo se acuesta, ya es medianoche. Cada segundo que pasa es como una agonía. Solo puedo esperar que el recorrido puerta por puerta en la península dure más de lo habitual y que los grupos tarden en llegar a Deering Highlands. Quizá hayan decidido pasar de esa zona por completo. Dado que la mayoría de las casas están deshabitadas, cabe esa posibilidad. Aun así, como ese barrio fue el semillero de la resistencia en la ciudad, me extrañaría.

Salgo de la cama sin plantearme que voy en pijama. Tanto los pantalones como la camiseta son negros. Luego me pongo las zapatillas negras y, aunque

hace un calor tremendo, saco un gorro negro del armario. Esta noche, toda precaución es poca.

Justo cuando estoy a punto de abrir la puerta del cuarto, oigo un leve ruido a mi espalda, como el maullido de un gato. Me vuelvo. Gracie está sentada en la cama, observándome.

Durante un segundo nos miramos. Si baja de la cama o hace un ruido o cualquier movimiento, seguro que despierta a Jenny, y en ese caso, se acabó, nada que hacer, a la mierda. Intento pensar qué puedo decir para tranquilizarla, trato de pensar una mentira, pero entonces, oh milagro de milagros, se vuelve a tumbar y cierra los ojos. Y aunque está muy oscuro, juraría que sonríe levemente.

Siento una rápida oleada de alivio. ¿Algo bueno en el hecho de que Gracie se niegue a hablar? Sé que no se va a chivar.

Me escabullo hasta la calle sin dificultad, incluso me acuerdo de saltarme el antepenúltimo peldaño, porque la última vez soltó un crujido tan horrible que pensé que Carol se despertaría.

Después del ruido y el jaleo de la redada, la calle está extrañamente silenciosa y tranquila. Las ventanas oscuras, las persianas bajadas, como si las casas intentaran volverse de espaldas a la calle o alzar los hombros contra miradas curiosas. Una hoja de papel rojo vuela cerca de mí, dando vueltas en el aire como las plantas del desierto que se ven en las viejas películas de vaqueros. Lo identifico como un aviso de redada, una proclamación llena de palabras impronunciables que explican la legalidad de suspender los derechos de todo el mundo por una noche. Aparte de eso, podría ser cualquier otra noche, cualquier otra noche normal, silenciosa, muerta.

Pero hay algo diferente: en el viento se puede oír el murmullo lejano de pasos, un alarido agudo como si alguien llorara. Los sonidos son tan tenues que casi se podrían confundir con los ruidos del océano. Casi.

Los equipos de redada han seguido su recorrido.

Me dirijo rápidamente hacia Deering Highlands. Me da miedo llevar la bici. El pequeño reflectante de las ruedas podría llamar la atención. No puedo pensar en lo que estoy haciendo, no puedo pensar en lo que sucederá si me pillan. No sé de dónde he sacado esta repentina determinación. Nunca hubiera pensado que tendría el valor de salir de casa en una noche de redada, ni en un millón de años.

Supongo que Hana se equivocaba respecto a mí. Supongo que no vivo tan asustada como ella cree.

Paso junto a una bolsa negra de basura depositada en la acera cuando un gemido sordo me hace detenerme. Me doy la vuelta al instante, con el cuerpo en alerta máxima. Nada. El ruido se repite: una especie de lamento inquietante que hace que se me pongan los pelos de punta. Luego, la bolsa de basura que tengo a los pies se mueve sola.

No. No es una bolsa de basura. Es Riley, el perro negro de los Richardson.

Me acerco vacilante. Solo necesito un vistazo para saber que se está muriendo. Está completamente cubierto de una sustancia oscura, pegajosa, brillante. Al acercarme más me doy cuenta de que es sangre. Por eso, en la oscuridad, he confundido su pelo con la superficie negra pulida de una bolsa de plástico. Uno de sus ojos está apretado contra el suelo, el otro está abierto. Le han golpeado en la cabeza. Le sale mucha sangre por la nariz, negra y viscosa.

Recuerdo la voz que he oído. « Total, seguro que tiene pulgas », ha dicho el regulador, y a continuación el golpe sordo.

Riley me dirige una mirada tan lastimera y acusadora que por un momento juraría que es humano y trata de decirme algo, algo como: « Vosotros me habéis hecho esto ». Noto unas horribles náuseas y me siento tentada de ponerme de rodillas y tomarlo entre mis brazos, o de quitarme la ropa para emparar la sangre. Pero al mismo tiempo me quedo paralizada. No puedo moverme.

Mientras estoy ahí de pie, inmóvil, hace un movimiento brusco, como un estremecimiento desde el extremo de la cola hasta el morro. Luego se queda quieto.

Al momento se me pasa la parálisis. Me tambaleo hacia delante, con la bilis en la boca. Doy una vuelta completa, sintiéndome como el día en que me emborraché con Hana, sin ningún control sobre mi propio cuerpo. Me inundan la ira y el asco y me dan ganas de gritar.

Encuentro una caja de cartón aplastada junto a un contenedor y la arrastro hasta el cuerpo de Riley. Lo cubro por completo. Intento no pensar en los insectos que se abalanzarán sobre él por la mañana. Me sorprende al sentir el picor de las lágrimas en los ojos. Me las seco con el reverso del brazo. Pero cuando echo a andar camino de Deering, no pienso más que « lo siento, lo siento, lo siento », como un mantra o una plegaria.

Las redadas solo tienen una cosa buena: hacen mucho ruido. Lo único que debo hacer es detenerme en las sombras y comprobar si se oyen sonidos de pasos, ruido de estática, voces de megáfono. Cambio de dirección y elijo las calles laterales, en las que no ha habido redada o por donde ya han pasado los equipos. Hay indicios por todas partes: cubos y contenedores volcados, basura tirada por el suelo, montones de recibos viejos y cartas hechas pedazos, verdura podrida, una mugre de olor asqueroso que no quiero saber lo que es, las octavillas rojas que lo cubren todo como una capa de polvo. Los zapatos se me ponen pegajosos al pasar por encima, y en los sitios peores tengo que extender los brazos como una equilibrista para no caerme. Dejo atrás unas cuantas casas marcadas con una gran X. La pintura negra salpica los muros y las ventanas como una herida abierta, y verla me desfonda el estómago. Las personas que viven ahí han sido identificadas como alborotadores o resistentes. El viento caliente que sopla por las calles trae sonidos de gritos y lloros y ladridos de

perros. Intento no pensar en Riley.

Me mantengo en la sombra, deslizándome por las callejuelas y corriendo desde un contenedor hasta el siguiente. Se me acumula el sudor en la nuca y bajo los brazos. No es solo por el calor. Todo tiene un aspecto extraño, grotesco, distorsionado. Ciertas calles brillan por los vidrios rotos de las ventanas. Huele a quemado.

En un momento dado, llego a una esquina que da a la avenida Forest justo cuando un grupo de reguladores entra en esa calle desde el otro extremo. Retrocedo a toda pastilla y me aprieto contra la pared de una ferretería mientras reculo centímetro a centímetro por la dirección en que venía. Las posibilidades de que alguno de los reguladores me haya visto son escasas (yo estaba a una manzana de distancia y está oscuro como la boca del lobo), pero mi corazón no parece capaz de recuperar su ritmo normal. Me parece que estoy jugando a un videojuego gigante o intentando resolver una ecuación matemática realmente complicada: «Una chica intenta eludir a cuarenta equipos de redada de entre quince y veinte personas cada uno, extendidos en un radio de unos once kilómetros. Si tiene que caminar durante tres kilómetros por el centro, ¿cuáles son las probabilidades de que mañana amanezca en un calabozo? (Está permitido redondear a 3,14)».

Antes de la gran operación policial, Deering Highlands era uno de los mejores barrios de Portland. Las casas eran grandes y nuevas, al menos para Maine. Habían sido construidas en los últimos cien años, y tenían cancelas, setos y plantas, como sucedía en la calle de las Lilas o el camino de los Árboles. Todavía quedan algunas familias que aguantan viviendo allí, pobres de solemnidad que no pueden permitirse ir a ningún otro sitio o que no tienen permiso para una nueva residencia; pero la mayor parte del área está totalmente desierta. Nadie quiso quedarse, nadie quiso que se le asociara con la resistencia.

Lo más llamativo es lo rápido que fue desocupado el lugar. Todavía se ven juguetes oxidados tirados por la hierba y coches aparcados en algunos de los senderos de acceso, aunque la mayoría han sido saqueados: los ladrones se han llevado el metal y el plástico como si fueran cadáveres expuestos a las aves carroñeras. Toda la zona tiene el aire triste de un animal abandonado; las casas se inclinan poco a poco hacia los jardines llenos de maleza.

Normalmente, me pongo de los nervios solo con acercarme. Mucha gente dice que trae mala suerte, como pasar por un cementerio sin contener el aliento. Pero esta noche, cuando por fin llego, siento que podría ponerme a bailar en la calle. Todo está oscuro, silencioso e intacto, no se ve ni un solo anuncio de redada, no se oye ni un susurro, ni el roce de un tacón en el suelo. Aquí no han llegado los reguladores todavía. Puede que ni siquiera vengan.

Paso por las calles a toda velocidad, acelerando el paso ahora que no tengo que preocuparme tanto por mantenerme en la sombra y desplazarme sin ruido.

El barrio es bastante grande, un laberinto de calles intrincadas que parecen extrañamente similares, casas que emergen de la oscuridad como barcos varados. Los jardines se han asilvestrado a lo largo de los años, los árboles extienden sus ramas retorcidas hacia el cielo y proyectan locas sombras en zigzag sobre el pavimento iluminado por la luna. Me pierdo en la calle de las Lilas; no sé cómo, consigo hacer un círculo completo y termino dos veces en el mismo cruce, pero cuando doblo por Tanglewild Lane veo una luz mortecina que alumbra a lo lejos, más allá de un enmarañado grupo de árboles, y sé que he encontrado mi objetivo.

Junto al camino de acceso hay un viejo buzón sobre un poste medio torcido. Una X negra se ve aún a duras penas en uno de los lados. Tanglewild Lane, 42.

Comprendo por qué han elegido esta casa para la fiesta. Está situada bastante lejos de la calle y rodeada por árboles tan frondosos que no puedo evitar pensar en los bosques oscuros y susurrantes del otro lado de la frontera. Subir por el sendero da un poco de miedo. Mantengo los ojos fijos en la pálida luz borrosa de la casa, que se va haciendo más grande y brillante a medida que me acerco, hasta que al final toma la forma de dos ventanas iluminadas. Las otras han sido cubiertas con algún tipo de tela, quizá para ocultar que hay alguien dentro. No funciona. Se distinguen siluetas de gente que se mueve de un lado a otro en el interior. La música está muy baja. No la oigo hasta que llego al porche, débiles sonidos amortiguados que parecen vibrar desde las tablas del suelo. Debe de haber un sótano.

Me he dado prisa para llegar, pero, ya con la mano en la puerta principal, vacilo. Tengo la palma cubierta de sudor. No he pensado mucho en cómo sacaré a todo el mundo. Si me pongo a gritar que hay una redada, provocaré una estampida. Todos saldrán a la calle a la vez, y entonces las posibilidades de volver a casa sin que nos detecten se reducirán a cero. Alguien oirá algo, los de la redada se enterarán y todos estaremos jodidos.

Me corrijo mentalmente. Ellos estarán jodidos. Yo no soy como esta gente que está al otro lado de la puerta. Yo no soy ellos.

Pero luego me acuerdo de Riley cuando se ha estremecido y se ha quedado quieto. Yo no soy de esos otros tampoco, los que hicieron eso, los que miraron. Ni siquiera los Richardson se preocuparon por salvar a su propio perro. Ni siquiera lo cubrieron cuando se estaba muriendo.

«Yo nunca haría eso. Nunca, nunca jamás. Ni aunque me hubieran operado un millón de veces. Estaba vivo. Tenía pulso, sangre y aliento, y lo dejaron ahí como si fuera basura».

Ellos. Yo. Nosotros. Ellos. Las palabras rebotan en mi cabeza. Coloco las manos en la parte trasera de mis pantalones y abro la puerta.

Hana dijo que la fiesta sería discreta, pero a mí me parece que está más abarrotada que la última, quizá porque los cuartos son diminutos y están repletos

de gente. Hay una cortina asfixiante de humo de tabaco que deja un resplandor trémulo sobre todas las cosas y produce la sensación de que nos movemos bajo el agua. Hace un calor de muerte, al menos diez grados más que fuera. La gente se desplaza lentamente. Se han remangado las camisas hasta los hombros y los vaqueros hasta la rodilla, y la piel de sus brazos y piernas tiene un brillo reluciente. Por un momento, lo único que puedo hacer es quedarme mirando. «Ojalá tuviera una cámara», pienso. Si paso por alto el hecho de que hay manos que tocan manos y cuerpos que se chocan y mil cosas que son terribles y malas, puedo percibir algo bello.

Luego, me doy cuenta de que estoy perdiendo el tiempo.

Hay una chica justo delante de mí, que me impide el paso. Está de espaldas. Alargo la mano y la coloco sobre su brazo.

Su piel está tan caliente que quema. Se vuelve hacia mí, la cara roja y brillante, y estira la cabeza para oír.

—Es noche de redada —le digo, sorprendida de que la voz me salga tan firme.

La música, baja pero insistente, viene indudablemente de algún tipo de sótano. No es tan enloquecida como la última vez, pero resulta igual de extraña e igual de maravillosa. Me hace pensar en algo cálido que se desliza, en miel, en luz de sol, en hojas rojas que giran con el viento. Pero las capas de conversación, el crujido de los pasos y las tablas del suelo amortiguan su sonido.

—¿Cómo? —se aparta el cabello del oído.

Abro la boca para decir «redada», pero en lugar de mi voz, la que sale es la de otra persona: un vozarrón metálico que brama desde el exterior, una voz que vibra y parece llegar desde todos los lados al mismo tiempo, una voz que atraviesa la calidez de la música como el filo helado de una navaja sobre la piel. Al mismo tiempo, el cuarto empieza a girar en una masa de luces rojas y blancas que dan vueltas sobre rostros confusos y aterrados.

—ATENCIÓN. ESTO ES UNA REDADA. NO INTENTEN HUIR. NO INTENTEN RESISTIRSE. ESTO ES UNA REDADA.

Unos segundos después, la puerta estalla hacia dentro y un punto de luz tan brillante como el sol lo vuelve todo blanco e inmóvil, lo convierte todo en polvo y estatuas.

Luego, sueltan los perros.

Los seres humanos, en su estado natural, son impredecibles, erráticos e insatisfechos. Solo cuando se han controlado sus instintos animales pueden ser responsables, dignos de confianza y felices.

Manual de FSS

Una vez vi una noticia sobre un oso pardo al que el domador había pinchado accidentalmente en el circo de Portland durante un ensayo rutinario. Yo era bastante pequeña, pero nunca se me olvidará el aspecto del animal, una enorme mancha oscura que daba vueltas en círculo con un ridículo sombrero de papel rojo colgándole de la cabeza, rompiendo todo lo que podía alcanzar con sus mandíbulas: serpentinas de papel, sillas plegables, globos. También al domador. El oso lo atacó y convirtió su cara en carne picada.

Lo peor, la parte que nunca he olvidado, fue su aullido de pánico, un bramido horrible, continuo, enfurecido, que sonaba casi humano.

Eso es lo que me viene a la cabeza cuando los de la redada empiezan a llenar la casa, entrando por la puerta destrozada, golpeando las ventanas. Eso es lo que pienso cuando la música se corta de repente y el aire se llena de ladridos, gritos y estrépito de cristal roto: mientras manos calurosas me empujan por todos lados y recibo un codazo en la mandíbula y otro en las costillas. Me acuerdo del oso.

Sin saber cómo, me he mezclado con la multitud aterrorizada que huye hacia la parte trasera de la casa. A mi espalda oigo a los perros que chasquean las mandíbulas y a los reguladores que golpean con sus porras. Hay tanta gente gritando que parece una sola voz. Una chica cae detrás de mí, tropieza e intenta alcanzarme mientras una de las porras la golpea en la parte trasera de la cabeza con un chasquido lúgubre. Siento que sus dedos se agarran por un momento al algodón de mi camiseta, pero me desprendo y sigo corriendo, empujando hacia delante. No tengo tiempo de lamentarlo ni de asustarme. No tengo tiempo para nada que no sea moverme, empujar, salir, no puedo pensar más que en huir, huir, huir.

Lo raro es que, por un instante, en mitad de todo ese ruido y confusión, percibo las cosas a cámara lenta con gran claridad, como si estuviera viendo una película desde lejos. Veo un perro guardián que salta a mi izquierda sobre un chico, que cae con un ruido muy leve, casi un suspiro, mientras de su cuello, donde se han clavado los dientes del animal, empieza a brotar sangre. Una chica

de cabello rubio se hunde bajo las porras de los reguladores y, al ver el arco de su pelo, por un segundo se me para el corazón y pienso que he muerto, que todo ha terminado. Luego gira la cabeza hacia mí, gritando, y cuando los reguladores la atacan con spray de pimienta y veo que no es Hana, respiro aliviada.

Más instantáneas. Una película, solo una película. No está sucediendo, no puede suceder de verdad. Un chico y una chica luchan por llegar a uno de los cuartos laterales, pensando que tal vez por ese lado haya una salida. La puerta es demasiado pequeña para que entren los dos a la vez. Él lleva una camisa azul donde se lee Escuela Naval de Portland, y ella tiene el cabello rojizo y brillante como el fuego. Cinco minutos antes estaban hablando y riendo juntos, tan juntos que si uno de ellos se hubiera inclinado levemente sin querer, se habrían besado. Ahora luchan, pero ella es demasiado pequeña. Aun así, le clava los dientes en el brazo, como una criatura salvaje; él ruge, la agarra por los hombros y la estampa contra la pared para quitársela de en medio. Ella se tambalea, cae resbalándose, intenta ponerse de pie. Uno de los reguladores, un hombre enorme con la cara más roja que he visto nunca, se enrolla la coleta de la chica en la mano y tira hasta ponerla de pie, escuela naval no sale mejor parado. Dos reguladores le siguen; mientras corro, oigo el sonido sordo de sus porras y un grito truncado.

« Animales », pienso. « Somos animales ».

La gente empuja, tira, se usan los unos a los otros como escudos mientras los reguladores ganan terreno avanzando, golpeando. Tenemos a los perros en los talones, las porras pasan tan cerca de mi cabeza que noto el estremecimiento del aire en mi nuca cuando la madera gira junto a la parte posterior de mi cráneo. Pienso en un dolor lacerante. Pienso en rojo. A medida que los reguladores avanzan, va quedando menos gente a mí alrededor. Uno a uno van haciendo ¡crac! y caen derribados por tres, cuatro, cinco perros. Gritan, gritan. Todo el mundo grita.

No sé cómo he conseguido evitar que me cojan, y corro disparada por los estrechos pasillos, atravesando habitaciones borrosas, una maraña de gente y reguladores, más luces, más ventanas destrozadas, ruido de motores. Tienen la zona rodeada. Y entonces se alza ante mí la puerta trasera abierta, y más allá los árboles oscuros, los bosques frescos y susurrantes de detrás de la casa. Si consigo llegar a la salida... Si consigo ocultarme de las luces el tiempo suficiente...

Oigo un perro que ladra detrás de mí, y tras él las pisadas violentas de un regulador que avanza, avanza, y una voz cortante que grita: « ¡Alto! ».

Y de pronto me doy cuenta de que estoy sola en el pasillo. Quince pasos más... luego diez. Si consigo llegar a la oscuridad...

A un metro de la puerta, siento un dolor punzante que me atraviesa la pierna. El perro hince sus mandíbulas en torno a mi pantorrilla y me vuelvo, y es entonces cuando le veo, el regulador con la enorme cara roja, los ojos brillantes, que sonríe (« Dios mío, está sonriendo, realmente disfruta con esto »), la porra en

alto, listo para golpear. Cierro los ojos, pienso en un dolor tan grande como el océano, pienso en un mar rojo sangre. Pienso en mi madre.

Entonces, alguien tira de mí y oigo un crujido y un grito y al regulador que dice:

—Mierda.

Se apaga el fuego de mi pierna y ya no noto el peso del perro. En torno a mi cintura hay un brazo y una voz suena en mi oído, una voz tan familiar que es como si la hubiera estado esperando desde el principio, como si la hubiera oído desde siempre en mis sueños. Una voz que dice: « Por aquí » .

Álex me sigue rodeando, me lleva en volandas. Ya estamos en otro pasillo distinto, más pequeño y totalmente vacío. Cada vez que apoyo el peso en la pierna derecha, el dolor vuelve, abrasándome en una línea que sube hasta la cabeza. El regulador nos viene siguiendo y está cabreado. Álex debe de haberme salvado en el momento justo, así que la porra golpeó al perro en vez de a mi cráneo. Sé que por mi culpa Álex avanza más despacio, pero no me suelta ni un segundo.

—Por aquí —repite, y nos metemos en otra habitación. Debemos de estar en una parte de la casa que no se usó para la fiesta. El cuarto está totalmente oscuro, aunque Álex no se detiene, sigue caminando en la negrura. Yo dejo que me guíe la presión de sus dedos, izquierda, derecha, izquierda, derecha.

Aquí huele a moho y a algo más, a pintura fresca y a humo, como si alguien hubiera estado cocinando. Pero eso es imposible. Estas casas llevan años vacías.

El regulador nos pisa los talones, peleándose con la oscuridad. Se choca con algún objeto y maldice. Un segundo después algo cae al suelo con estrépito, un vidrio se hace pedazos. Más maldiciones. Por el sonido de su voz, sé que se está quedando atrás.

—Arriba —susurra Álex, tan cerca de mí y en voz tan baja que me parece haberlo imaginado. Sin decir más me sube y me doy cuenta de que estoy atravesando una ventana, porque la madera áspera del marco me raspa la espalda. Al fin aterrizo con el pie bueno sobre la hierba fresca y húmeda.

Un segundo después, Álex me sigue sin hacer ruido y aparece junto a mí en la oscuridad. Aunque el aire es cálido, se ha levantado algo de brisa, y cuando me roza la piel me dan ganas de gritar de alivio y agradecimiento.

Pero aún no estamos a salvo. En absoluto. La oscuridad se mueve, se retuerce, está plagada de haces luminosos. Luces de linterna cortan los bosques a izquierda y derecha; en el resplandor veo figuras que huyen, iluminadas como fantasmas, congeladas por un momento en el rayo de luz. Continúan los gritos, algunos muy cercanos, otros tan lejanos y lastimeros que podrían ser cualquier cosa, quizá búhos que ululan pacíficamente en sus árboles. Luego, Álex me toma de la mano y volvemos a correr. Cada paso con el pie derecho es como fuego, como una hoja afilada. Me muerdo el interior de las mejillas para no gritar y

noto sabor a sangre.

Caos. Escenas del infierno, focos desde la carretera, sombras que caen, huesos que se rompen, voces que se hacen añicos y se disuelven en el silencio.

—Por aquí.

Hago lo que dice sin vacilar. En la oscuridad ha aparecido milagrosamente una pequeña cabaña. Está medio en ruinas, tan cubierta por el musgo y las enredaderas que a unos metros parece solo una maraña de arbustos y vegetación. Me agacho para entrar y, al hacerlo, el olor a orines de animal y a perro mojado es tan intenso que me dan arcadas.

Álex entra detrás de mí y cierra la puerta. Oigo un ruido y veo que se arrodilla y tapa con una manta el hueco entre la puerta y el suelo. Es la manta lo que huele; suelta un tufo insoportable.

—¡Qué horror! —susurro. Es lo primero que le digo, poniéndome la mano sobre la boca y la nariz.

—Así los perros no podrán hallar nuestro rastro —contesta en voz baja, con tono práctico.

Nunca he conocido a nadie tan sereno. Pienso fugazmente que quizá las historias que oía de pequeña eran ciertas: tal vez los inválidos realmente sean unos monstruos, unas criaturas extrañas.

Luego me avergüenzo. Me acaba de salvar la vida.

Me ha salvado la vida, me ha salvado de los reguladores. De la gente que se supone que nos protege y nos mantiene a salvo. De la gente que se supone que nos protege de las personas como Álex.

Ya nada tiene sentido. Me da vueltas la cabeza y me siento mareada. Me tambaleo y choco contra la pared trasera. Álex se acerca a sostenerme.

—Siéntate —me dice con ese tono seguro que ha usado todo el rato. Me reconforta escuchar sus órdenes urgentes enunciadas en tono bajo, dejarme llevar. Me siento en el suelo áspero y húmedo. La luna debe de haberse abierto paso entre las nubes; por los agujeros de las paredes y en el techo se ven puntos de luz plateada. Alcanzo apenas a distinguir algunas baldas detrás de la cabeza de Álex, varias latas (¿tal vez de pintura?) apiladas en un rincón. Ahora que estamos los dos sentados, casi no hay sitio para moverse: la cabaña no llega a los dos metros de ancho.

—Voy a echar un vistazo a tu pierna, ¿vale? —sigue susurrando. Asiento con la cabeza. Incluso sentada, el mareo persiste.

Se apoya sobre las rodillas y coloca mi pierna en su regazo. Hasta que no enrolla hacia arriba la pernera, no me doy cuenta de lo mojada que está la tela. Debe de ser sangre. Me muerdo los labios y aprieto con fuerza la espalda contra la pared, esperando que duela, pero la sensación de sus manos frescas y fuertes sobre mi piel consigue amortiguarlo todo, deslizándose sobre el dolor como un eclipse que oscurece la luna.

Una vez ha remangado el pantalón hasta la rodilla, me da la vuelta suavemente para ver la parte trasera de la pantorrilla. Me apoyo con un codo en el suelo, mientras siento que el suelo se mueve. Debo de estar sangrando un montón.

Con un sonido breve, expulsa una bocanada de aire entre los dientes.

—¿Es grave? —pregunto, demasiado asustada para mirar.

—No te muevas —dice.

Y entonces sé que es serio, pero no me lo dice y entonces me inunda tal agradecimiento hacia él y tal odio por esa gente de fuera —cazadores primitivos con dientes afilados y palos pesados— que me quedo sin aire y tengo que hacer esfuerzos para respirar.

Álex alarga el brazo hacia un rincón del cobertizo sin soltar mi pierna. Localiza a tientas una caja de metal y la abre. Un momento después, se inclina sobre mi pierna con un frasco.

—Esto te va a escocer un poco —advierte.

El líquido me salpica la piel y el olor astringente del alcohol hace que me pique la nariz. Me salen llamas de la pierna y estoy a punto de gritar. Álex extiende una mano y, sin pensar, la tomo y aprieto fuerte.

—¿Qué es eso? —consigo decir entre dientes.

—Alcohol de friegas —dice—. Previene las infecciones.

—¿Cómo sabías que estaba ahí? —pregunto, pero no me contesta.

Libera su mano de la mía y me doy cuenta de que se la he estado apretando demasiado fuerte. Pero no tengo energía para sentirme avergonzada o temerosa. La habitación parece vibrar, la semipenumbra se vuelve más borrosa.

—Mierda —musita Álex—. Estás sangrando mucho.

—No me duele tanto —susurro, aunque es mentira. Pero él está tan sereno, tan equilibrado, que me hace desear comportarme valerosamente.

Todo ha adoptado un carácter extraño, distante: los gritos del exterior se comban y se distorsionan como si me llegaran a través del agua, y Álex parece lejísimo. Comienzo a pensar que puede que esté soñando, o quizá a punto de desmayarme.

Y luego decido que claramente estoy soñando porque, mientras miro, él se saca la camisa por la cabeza.

Estoy a punto de gritar: «¿Qué haces?» . Termina de quitarse la prenda y empieza a cortar la tela en largas tiras, lanzando una mirada nerviosa a la puerta y deteniéndose para escuchar cada vez que rasga el tejido.

Nunca en mi vida, salvo en la playa, a mucha distancia y con demasiado temor, había visto a un chico de más de diez años sin camisa.

En este momento no puedo evitar quedarme mirando. La luz de la luna le cae sobre los omóplatos y les da un leve brillo, como si fueran alas, como esas fotos de ángeles que he visto en los libros de texto. Es delgado, pero musculoso. Cuando

se mueve, distingo el contorno de sus brazos y de su pecho —tan extraña, increíble y bellamente distinto del de una chica—, un cuerpo que me hace pensar en correr y en estar al aire libre, que me evoca calidez y sudor. El calor comienza a vibrar en mi interior, siento un aleteo de mariposas en el estómago. No sé si es por la hemorragia, pero la habitación parece dar vueltas tan rápidamente que corremos el riesgo de salir despedidos hacia fuera, hacia la oscura noche, los dos. Antes, Álex parecía estar lejos. Ahora el cuarto está lleno de él. Está tan cerca que no puedo respirar, moverme, hablar ni pensar. Cada vez que me roza con sus dedos, el tiempo se tambalea, como si estuviera a punto de disolverse. El mundo a mí alrededor se desvanece, todo excepto nosotros. Nosotros.

—Oye —me toca el hombro solo un segundo, pero en ese instante mi cuerpo se encoge hasta ser un único punto de presión bajo su mano, un punto que irradia calor. Nunca me he sentido así, tan calmada y tan en paz. Quizá me esté muriendo. En realidad, la idea no me disgusta, no sé por qué. De hecho, tiene cierta gracia—. ¿Estás bien?

—Muy bien —me empiezo a reír bajito—. Estás desnudo.

—¿Qué? —hasta en la oscuridad noto que me mira con extrañeza.

—Nunca he visto a un chico des... así, sin camisa. No de cerca.

Con cuidado, comienza a envolver los jirones alrededor de mi pierna, apretando bastante.

—El perro te ha agarrado bien —dice—. Esto debería detener la hemorragia.

La expresión «detener la hemorragia» suena tan clínica y da tanto miedo que me despierta y me ayuda a centrarme. Álex termina de atar el improvisado vendaje. Ahora el dolor abrasador de la pierna da paso a una presión sorda y palpitante.

Delicadamente. Álex alza mi pierna de su regazo y la posa en el suelo.

—¿Va bien? —pregunta.

Yo asiento.

Luego se mueve rápidamente para sentarse a mi lado, apoyándose en la pared como yo hasta que quedamos juntos, codo con codo. Siento el calor que desprende su piel desnuda. Cierro los ojos y procuro no pensar en lo cerca que estamos o en cómo sería pasar las manos por sus hombros o su pecho.

Fuera, los sonidos de la redada se han ido haciendo más lejanos, los gritos más escasos, las voces más débiles. Los reguladores han debido de marcharse. Rezo una oración en silencio para que Hana haya conseguido escapar; la posibilidad de que no haya sido así es demasiado horrible para detenerme en ella.

Álex y yo no nos movemos. Me siento tan cansada que podría dormir para siempre. Mi casa parece inalcanzable, incomprensiblemente lejana, y no sé ni siquiera cómo voy a conseguir regresar.

Álex se pone a hablar de repente, con su voz baja y urgente.

—Oye, Lena, siento muchísimo lo que sucedió en la playa. Tendría que habértelo dicho antes, pero no quería asustarte y que te fueras.

—No tienes que darme explicaciones —digo.

—Pero quiero hacerlo. Quiero que sepas que no era mi intención...

—Escucha —le interrumpo—. No se lo voy a decir a nadie, ¿vale? No te voy a meter en líos ni nada parecido.

Se detiene. Noto que se vuelve a mirarme, pero mantengo los ojos fijos en la oscuridad.

—Eso no me importa —dice, más bajo—. Lo que quiero es que no me odies.

De nuevo, el cuarto parece encogerse en torno a nosotros. Siento sus ojos en mí como un tacto cálido, pero me da demasiado miedo mirarle. Me da miedo perderme en sus ojos, olvidarme de todas las cosas que se supone que tengo que decir. Fuera, los bosques se han quedado en silencio. Los de la redada parecen haberse retirado. Un segundo después, los grillos se ponen a cantar.

—¿Por qué te importa? —digo, apenas un susurro.

—Ya te lo dije —susurra a su vez. Siento su aliento que acaricia el espacio detrás de mi oreja; haciendo que se me erice el pelo de la nuca—. Me gustas.

—¡Si no me conoces! —digo rápidamente.

—Pero quiero conocerte.

El cuarto da vueltas cada vez más rápido. Me aprieto aún más firmemente contra la pared, intentando mantener cierta estabilidad para contrarrestar la sensación de mareo. Es imposible. Tiene una respuesta para todo. Es demasiado rápido. Debe de ser un truco. Apoyo las palmas en el suelo húmedo, encuentro consuelo en la solidez de la madera áspera.

—¿Por qué yo? —no quería preguntar eso, pero ha salido solo—. Yo no soy nadie... —Lo que quiero decir es «yo no soy nadie especial», pero las palabras se me secan en la boca. Así es como supongo que uno se siente al escalar una montaña hasta la cumbre, donde el aire es tan ligero que se puede inhalar e inhalar e inhalar y aun así sentir que falta el aliento.

Él no responde y me doy cuenta de que no tiene respuesta; como yo sospechaba, no hay una razón para ello en absoluto. Me ha elegido al azar, como un juego, o porque sabía que yo estaría demasiado asustada para chivarme.

Pero luego comienza a hablar. Su narración es tan rápida y fluida que está claro que ha pensado mucho en ello, es el tipo de historia que uno se cuenta a sí mismo una y otra vez hasta pulir todas las aristas.

—Nací en la Tierra Salvaje. Mi madre murió poco después, y mi padre está muerto. Nunca supo que tenía un hijo. Yo viví allí durante la primera parte de mi vida, simplemente dejándome llevar. Todos los demás... —duda ligeramente, y noto el gesto de dolor en su voz— inválidos me cuidaron juntos. En comunidad.

Fuera, los grillos detienen su canto por un instante. Durante ese breve lapso es como si no hubiera sucedido nada malo, como si esta noche no hubiera ocurrido

nada fuera de lo normal y solo fuera otra noche de verano, calurosa y lenta, esperando a que la desnude la mañana. El dolor me atraviesa entonces, pero no tiene nada que ver con la pierna. Me sorprende lo insignificante que es todo, nuestro mundo entero, lo que parece tener sentido: nuestras tiendas, nuestras redadas, nuestros trabajos y hasta nuestras vidas. Mientras tanto, el mundo sigue sencillamente igual que siempre, la noche da paso al día y este a la noche en un círculo infinito, las estaciones cambian y se vuelven a formar como un monstruo que se sacude trozos de piel que luego le vuelven a salir.

Álex sigue hablando.

—Vine a Portland cuando tenía diez años para unirme a la resistencia. No te voy a contar cómo. Fue complicado. Conseguí un número de identidad, un nuevo apellido, un nuevo domicilio. Somos más de los que nadie cree. Tenemos gente en la policía, y en todos los departamentos municipales. Tenemos gente hasta en los laboratorios.

Cuando dice esto, se me pone la carne de gallina.

—Lo que quiero decir es que se puede entrar y salir. Es difícil, pero se puede hacer. Me trasladé a vivir con dos extraños, ambos simpatizantes, y me dijeron que los llamara tío y tía —se encoge de hombros ligeramente—. No me importó. Nunca había conocido a mis verdaderos padres, y me habían criado docenas de tíos y tías diferentes. Para mí no cambiaba nada.

Su voz se ha ido haciendo cada vez más baja, y parece que casi se ha olvidado de que estoy aquí. No tengo claro a dónde quiere llegar, pero contengo el aliento para no romper el hechizo de sus palabras.

—Odiaba estar aquí. Lo odiaba hasta un punto que no te puedes ni imaginar. La gente tiene un aire aturrido. Odiaba los edificios, los olores, lo cerca que estaba todo. Y las reglas. Reglas por todas partes. Reglas y muros, reglas y muros. No estaba acostumbrado. Me sentía como en una jaula. Estamos en una jaula, una jaula hecha de fronteras.

Me recorre un escalofrío. En los diecisiete años y once meses de mi vida, nunca, ni una sola vez, he pensado en ello de esta forma. Me he acostumbrado tanto a pensar en lo que las fronteras mantienen alejado, que no he considerado que también nos mantienen a nosotros recluidos. Ahora lo veo a través de los ojos de Álex, e imagino cómo se ha debido de sentir.

—Al principio estaba enfadado. Solía quemar cosas: papel, libros, cartillas escolares... De alguna manera me hacía sentir mejor —se ríe en voz baja—. Incluso quemé mi ejemplar del *Manual de FSS*.

Me recorre un nuevo escalofrío. Pintarraजार o destruir el *Manual de FSS* es un sacrilegio.

—Todos los días caminaba a lo largo de la frontera durante horas. A veces lloraba.

Se revuelve a mi lado y me doy cuenta de que le da vergüenza. Es la primera

señal desde hace rato de que recuerda que estoy aquí, que me está hablando, y casi me vence la urgencia de coger su mano, de darle un apretón o de ofrecerle algún tipo de consuelo. Pero mantengo las manos pegadas al suelo.

—Pasado un tiempo, solo caminaba. Me gustaba observar a los pájaros. Remontaban el vuelo desde aquí y se dirigían sin problema hacia la Tierra Salvaje. Adelante y atrás, adelante y atrás, elevándose y girando por el aire. Podía pasarme horas mirándolos. Libres, eran totalmente libres. Había pensado que nada ni nadie era libre en Portland, pero me equivocaba. Siempre quedaban los pájaros.

Se queda callado durante un rato y pienso que quizá haya terminado su historia. Me pregunto si se le habrá olvidado mi duda inicial: «¿Por qué yo?», pero me da demasiada vergüenza recordárselo, así que me quedo ahí sentada y me lo imagino de pie en la frontera, inmóvil, observando los pájaros que vuelan por encima de su cabeza. Me calma.

Tras lo que parece una eternidad, comienza a hablar de nuevo, esta vez con una voz tan baja que tengo que acercarme un poco más para poder oírlo.

—La primera vez que te vi, en el Gobernador, llevaba años sin ir a la frontera a ver los pájaros. Pero aun así me recordaste a ellos. Estabas dando un salto mientras gritabas algo, y el pelo se te había salido de la coleta, y eras tan rápida... —mueve la cabeza—. Apenas un destello y desapareciste. Como los pájaros.

Yo no tenía intención de moverme y no había notado que él se moviera, pero, sin saber cómo, terminamos cara a cara en la oscuridad, a pocos centímetros de distancia.

—Todo el mundo está dormido. Llevan años dormidos. Tú parecías... despierta —susurra. Cierra los ojos, los vuelve a abrir—. Estoy harto de dormir.

Mi corazón se alza y aletea como si realmente en este instante se hubiera transformado en un pájaro que vuela. El resto de mi cuerpo parecer flotar como si un viento cálido soplara a través de mí, partiéndome en mil pedazos, convirtiéndome en aire.

«Esto está mal», dice una voz en mi interior. Pero no es mi voz: es la de otra persona, una mezcla de Carol y Rachel, y todos mis profesores, y aquel evaluador mohino que me hizo casi todas las preguntas en la segunda evaluación.

—No —consigo decir en voz alta. Aunque hay otra palabra que se alza y se eleva en mi interior, burbujear como el agua fresca surgida de la tierra: «Sí, sí, sí».

—¿Por qué? —su voz es apenas un suspiro.

Sus manos encuentran mi rostro, sus yemas me rozan la frente, la parte superior de los oídos, el hueco de las mejillas. Por donde toca, esparce fuego. Todo mi cuerpo arde, los dos nos estamos convirtiendo en chispas gemelas de la misma llama brillante y blanca.

—¿De qué tienes miedo? —pregunta.

—Tienes que entender que yo solo quiero ser feliz —apenas puedo pronunciar las palabras. Mi mente es una neblina, está llena de humo, no existe nada más que sus dedos bailando y deslizándose sobre mi piel, por mi pelo. Ojalá pudiera parar. Deseo que continúe para siempre—. Solo quiero ser normal, como todo el mundo.

—¿Estás segura de que ser como todo el mundo te va a hacer feliz?

El más tenue susurro, su aliento en mi oído y en mi cuello, su boca rozando mi piel. Y entonces pienso que tal vez me haya muerto de verdad. Quizá el perro me mordiera y me golpearan en la cabeza y todo esto sea solo un sueño. El resto del mundo se ha disuelto. Solo queda él. Solo quedo yo. Solo nosotros.

—No conozco otro modo.

No noto que mi boca se abre, no siento las palabras que salen, pero ahí están, flotando en la oscuridad.

—Déjame que te muestre —dice.

Y entonces nos besamos; al menos, creo que es eso lo que hacemos. Solo lo he visto hacer algunas veces, como un picotazo breve con la boca cerrada en bodas o en ocasiones formales, pero esto no se parece a nada que haya visto antes, o que haya imaginado, ni siquiera soñado. Esto es como la música o como el baile, pero mejor que ambos. Su boca está ligeramente abierta, así que yo abro también la mía. Sus labios son suaves y ejercen la misma presión delicada que la voz calladamente insistente que repite «sí» en mi mente.

Siento cada vez más calor en el pecho, olas de luz que se hinchan y rompen y me hacen creer que estoy flotando. Sus dedos se entrelazan con mi pelo, me acarician el cuello y la nuca, me rozan los hombros y sin pensar en ello y sin que intervenga mi voluntad, mis manos encuentran su cuerpo, se desplazan por el calor de su piel, por sus omóplatos como puntas de ala, por la curva de su mandíbula, cubierta apenas con una sombra de pelo, todo ello extraño, desconocido y glorioso, deliciosamente nuevo. Mi corazón late tan fuerte que me duele, pero es un dolor agradable, como la sensación que se tiene en el primer día de verdadero otoño, cuando el aire está frío y los bordes de las hojas se tiñen de un rojo encendido y el viento huele vagamente a humo; me siento como si fuera el final y el comienzo de algo, todo a la vez. Bajo mi mano, juro que siento su corazón palpitando en respuesta al mío, un eco inmediato, como si nuestros cuerpos se hablaran el uno al otro.

Y de repente me parece todo tan ridículo y estúpidamente claro que me dan ganas de reír. Esto es lo que quiero. Esto es lo que siempre he querido. Todo lo demás, cada segundo de cada día que ha pasado antes de este momento, antes de este beso, no ha significado nada.

Cuando finalmente se aparta, es como si una manta me cubriera el cerebro, sosegando todos los pensamientos y preguntas que me rondaban, llenándome de

una calma y una felicidad tan profundas y tan frescas como la nieve. La única palabra que queda es *sí*. Sí a todo.

—Me gustas mucho, Lena. ¿Me crees ahora?

—Sí.

—¿Puedo acompañarte a casa?

—Sí.

—¿Puedo verte mañana?

—Sí, sí, sí.

Las calles ya están vacías. La ciudad entera está silenciosa y en calma. Se podría haber quemado o haber desaparecido por completo mientras estábamos en el cobertizo, y yo no lo habría notado ni me habría importado. El camino a casa es borroso, un sueño. Me lleva de la mano durante todo el trayecto y nos paramos dos veces a besarnos en las sombras más profundas y más largas que encontramos. En ambos casos desearía que esas sombras fueran sólidas, que tuvieran peso, y que nos envolvieran y nos enterraran para que pudiéramos seguir así para siempre, pecho con pecho, labio con labio. Las dos veces siento que mi cuerpo se agarrota cuando él se aparta y me toma de la mano y tenemos que echar a andar de nuevo, sin besarnos, como si de pronto solo pudiera respirar correctamente cuando nos besamos.

De alguna manera, demasiado pronto, llegamos a mi casa; le susurro un adiós y siento sus labios que rozan los míos una vez más, ligeros como el viento.

Entro a escondidas, subo las escaleras, me meto en el cuarto y, hasta que no llevo un buen rato tumbada en la cama temblando, dolorida, echándole de menos, no me doy cuenta de que la tía, los profesores y los científicos llevan razón sobre los *deliria*. Siento un dolor que me atraviesa el pecho, una sensación de náusea y ansia que da vueltas en mi interior, y el deseo de Álex es tan fuerte que parece una navaja que se abre paso por mis órganos, desgarrándome. Y solo pienso: « Esto me va a matar, esto me va a matar, esto me va a matar. Y no me importa» .

Por último. Dios creó a Adán y Eva, para que vivieran felices y juntos como marido y mujer, compañeros para siempre. Habitaron en paz durante años en un hermoso jardín lleno de plantas altas y erguidas que crecían en ordenados surcos y de mansos animales que les hacían compañía. Sus mentes estaban tan limpias y libres de toda preocupación como el pálido cielo azul sin nubes, que colgaba como un dosel sobre sus cabezas. No les rozaban la enfermedad, el dolor ni el deseo. No soñaban. No hacían preguntas. Cada mañana se levantaban tan revigorizados como recién nacidos. Todo era siempre igual, pero parecía cada día bueno y nuevo.

« Génesis » , Historia completa del mundo y el universo conocido, Dr. Steven Horace (Universidad de Harvard)

Al día siguiente, sábado, me despierto pensando en Álex. Cuando intento incorporarme, una oleada de dolor me recorre la pierna. Al subirme el pijama, veo que un pequeño punto de sangre ha atravesado la camiseta con la que Álex me envolvió la pantorrilla. Sé que debería lavarlo o cambiar el vendaje o hacer algo, pero me da demasiado miedo descubrir la gravedad de la herida. Lo que ocurrió en la fiesta, los gritos, los empujones, las porras girando letalmente en el aire, los perros..., todo regresa como una inundación y, por un momento, siento que voy a vomitar. Luego se me pasa y me acuerdo de Hana.

Nuestro teléfono está en la cocina. La tía está en el fregadero lavando los platos, y me lanza una pequeña mirada de sorpresa cuando aparezco en el piso de abajo. Me veo en el espejo del pasillo. Tengo un aspecto horrible, el pelo de punta y unas bolsas horribles bajo los ojos; me sorprende muchísimo que alguien pueda pensar que soy bonita.

Pero hay alguien que lo piensa. Acordarme de Álex hace que un resplandor dorado inunde mi interior.

—Más vale que te des prisa —dice Carol—. Llegarás tarde al trabajo. Estaba a punto de despertarte.

—Tengo que llamar a Hana un momento —digo. Desenrollo el cable todo lo que puedo y me llevo el teléfono a la despensa para tener cierta intimidad.

Pruebo primero su casa. Uno, dos, tres, cuatro, cinco toques. Luego salta el

contestador. « Ha llamado a la residencia Tate. Por favor, deje un mensaje no superior a dos minutos...» .

Cuelgo rápidamente. Mis dedos han empezado a temblar y me cuesta trabajo marcar su número de móvil. Directo al buzón de voz.

Su saludo es exactamente el mismo de siempre (« Hola, siento no poder responder. O quizá no siento no poder responder. Depende de quién llame»). La voz no suena nítida, burbujea con risa reprimida. Escucharla tan normal después de lo de anoche me produce una sacudida, como si de repente soñara que vuelvo a un lugar en el que no he pensado durante mucho tiempo. Me acuerdo del día que grabó el mensaje. Fue a la salida de la escuela; estábamos en su cuarto, y probó un millón de saludos antes de decidirse por este. Yo estaba aburrida y no hacía más que golpearla con una almohada cada vez que anunciaba su intención de probar « solo uno más » .

—Hana, tienes que llamarme —digo al teléfono en voz tan baja como puedo. Soy demasiado consciente de que mi tía está escuchando—. Hoy trabajo. Me puedes localizar en el súper.

Sintiéndome insatisfecha y culpable, cuelgo el teléfono. Mientras yo estaba en el cobertizo con Álex, tal vez ella estuviera herida, detenida o quién sabe qué; tendría que haberme esforzado más para encontrarla.

—Lena —mi tía me llama desde la cocina con voz cortante, justo cuando me dirijo arriba para prepararme.

—¿Sí?

Se acerca unos pasos. Algo en su expresión me produce ansiedad.

—¿Estás cojeando? —pregunta. Yo he hecho todo lo posible por caminar con normalidad.

Aparto la mirada. Es más fácil mentir si no la miro a los ojos.

—Creo que no.

—No me mientas —su voz se vuelve fría—. Tú crees que no sé de qué va esto, pero sí que lo sé —durante un minuto horrorizado, me parece que me va a pedir que me suba los pantalones del pijama o me va a decir que sabe lo de la fiesta—. Has vuelto a correr, ¿verdad? Y mira que te dije que no lo hicieras.

—Solo una vez —digo aliviada—. Creo que me he torcido el tobillo.

Carol mueve la cabeza con expresión decepcionada.

—De veras, Lena. No sé cuándo has empezado a desobedecerme. Pensaba que tú, por lo menos... —se interrumpe—. En fin. Solo quedan cinco semanas, ¿no? Y después, todo esto se arreglará.

—Sí —me obligo a sonreír.

Durante toda la mañana, oscilo entre preocuparme por Hana y pensar en Álex. Dos veces marco el precio equivocado a los clientes y tengo que llamar a Jed, el encargado general de mi tío, para que corrija el error. Luego, tiro una balda entera de platos precocinados de pasta y me equivoco al etiquetar doce

paquetes de queso blanco. Menos mal que el tío está fuera haciendo el reparto, y estamos solos Jed y yo. Además, Jed apenas me mira y solo me habla con gruñidos, así que estoy casi segura de que no va a notar que me he convertido en un desastre torpe e incompetente.

Soy consciente de lo que ocurre, por supuesto. La desorientación, la distracción, los problemas de concentración, son todos síntomas clásicos de la fase 1 de los *deliria*. Pero no me importa. Si la pulmonía fuera así de agradable, me quedaría de pie en la nieve con los pies descalzos y sin abrigo, o iría al hospital y besaría a los enfermos para que me contagiaran.

Le he contado a Álex mi horario de trabajo y hemos quedado en Back Cove justo después de que yo termine mi turno, a las seis. Los minutos pasan arrastrándose hasta mediodía. Juro que nunca he sentido que el tiempo transcurriera tan despacio. Es como si cada segundo necesitara ánimos para avanzar y dejar paso al siguiente. No hago más que desear que el reloj se mueva más rápido, pero parece resuelto a resistirse. Veo a una cliente que se mete el dedo en la nariz en la sección de productos (más o menos) frescos. Miro el reloj, vuelvo a mirar a la cliente, vuelvo a mirar el reloj, y la manilla larga no se ha movido ni un milímetro. Me da terror que el tiempo se detenga por completo mientras esa mujer tiene el meñique enterrado en la ventana derecha de su nariz, justo delante de una bandeja de lechuga lacia.

A las doce tengo un descanso de quince minutos. Salgo, me siento en la acera y me trago unos pocos bocados de sándwich, aunque no tengo hambre. La emoción de saber que voy a ver a Álex de nuevo me estropea el apetito una barbaridad. Otro síntoma de *deliria*.

«Pues no me importa lo más mínimo».

A la una Jed comienza a reponer y yo sigo atrapada en la caja. Hace un calor tremendo y hay una mosca en la tienda que no hace más que zumbar y chocarse con la estantería que sobresale por encima de mi cabeza, donde tenemos algunos paquetes de cigarrillos, la sal de frutas y otros productos así. El zumbido de la mosca, el pequeño ventilador que gira detrás de mí y el calor me dan sueño. Si pudiera, apoyaría la cabeza en el mostrador y soñaría, soñaría, soñaría. Soñaría que estoy de vuelta en la cabaña con Álex. Soñaría con la firmeza de su pecho apretado contra el mío, y con la fortaleza de sus manos, y con su voz que dice: «Déjame que te muestre».

Suena la campanilla que hay encima de la puerta y salgo bruscamente de mi ensoñación.

Ahí está, entrando por la puerta con las manos metidas en los bolsillos de unos pantalones de surf y el pelo de punta, totalmente desbaratado en torno a su cabeza como si realmente estuviera hecho de hojas y ramitas. Álex.

Casi me caigo del taburete.

Me lanza una rápida sonrisa de medio lado y comienza a caminar por los

pasillos con aire perezoso, cogiendo productos al azar, como una bolsa de cortezas de cerdo y una lata de sopa de coliflor verdaderamente asquerosa. Mientras pasea, emite exageradas exclamaciones de interés, como « esto parece riquísimo », y me cuesta un esfuerzo enorme no soltar una carcajada. En cierto momento tiene que pasar apretándose junto a Jed; los pasillos de la tienda son bastante estrechos, y Jed no es exactamente un peso pluma, pero apenas le mira, y a mí me recorre un escalofrío: no lo sabe. No sabe que aún puedo sentir el sabor de los labios de Álex en los míos, que aún puedo sentir cómo su mano se desliza por mis hombros.

Por primera vez en mi vida he hecho algo por mí misma, por elección propia, y no porque alguien me haya dicho que era bueno o malo. Mientras Álex pasea por el supermercado, pienso que hay un hilo invisible que nos mantiene unidos, y eso me hace sentir más fuerte que nunca.

Por fin llega al mostrador con un paquete de chicles, una bolsa de patatas y una zarzaparrilla.

—¿Algo más? —pregunto, con cuidado de mantener la voz firme. Pero siento el color que me ruboriza las mejillas. Sus ojos hoy son asombrosos, casi oro puro.

Hace un gesto con la cabeza.

—No, eso es todo.

Marco las compras. Las manos me tiemblan; estoy desesperada por decir algo más, pero me preocupa que me oiga Jed. En ese momento entra otro cliente, un hombre mayor que tiene aspecto de regulador. Así que le entrego el cambio a Álex contándolo tan despacio y tan cuidadosamente como puedo, tratando de retenerle frente a mí el mayor tiempo posible.

Pero no hay tantas maneras de contar el cambio de un billete de cinco dólares. Al final le paso la vuelta. Nuestras manos se tocan cuando se la doy, y me recorre una descarga eléctrica. Quiero agarrarle, atraerle hacia mí, besarle allí mismo.

—Que pase un buen día —mi voz suena muy aguda, estrangulada. Me sorprende incluso ser capaz pronunciar alguna palabra.

—Desde luego que lo voy a pasar —me lanza su arrebatadora sonrisa torcida mientras camina hacia la puerta—. Voy a ir a la cala.

Y entonces se va caminando por la calle. Intento verle marchar, pero el sol me ciega en cuanto sale por la puerta y se vuelve una sombra borrosa y titilante, que destella y desaparece.

No puedo soportarlo. Odio la idea de que recorra las calles, alejándose más y más. Y me quedan más de cinco horas hasta el momento en que se supone que hemos quedado. Nunca lo conseguiré. Antes de poder pensar en lo que estoy haciendo, paso por debajo del mostrador y me quito el delantal que llevo puesto desde que he tenido que ocuparme de un expositor de congelados que goteaba.

—Jed, ocúpate de la caja un momento, ¿vale? —le digo a gritos.

Me mira confuso.

—¿Adónde vas tú?

—El cliente —le contesto—. Le he dado mal el cambio.

—Pero... —va a decir algo, pero no me quedo a oír sus objeciones.

De todas formas, me puedo imaginar cuáles serán. «Pero si te has pasado cinco minutos contando la vuelta». Ah, vaya, así que Jed va a pensar que soy tonta. Vale, creo que puedo vivir con eso.

Calle abajo. Álex se ha parado en una esquina, esperando a que pase un desvencijado camión del ayuntamiento.

—¡Oiga! —le grito, y se vuelve.

Una mujer que empuja un cochecito por el otro lado de la calle se detiene, alza la mano para protegerse los ojos y me sigue con la mirada. Camino lo más rápido posible, pero el dolor de la pierna me obliga a cojear. Siento la mirada de la mujer como si fueran pinchazos.

—Le he dado mal el cambio —grito de nuevo, aunque estoy lo suficientemente cerca para hablar en tono normal. Es de esperar que así la mujer se olvide de nosotros. Pero sigue mirándonos.

—No deberías haber venido —susurro cuando llego a su altura. Finjo que le doy algo—. Te dije que te vería más tarde.

Hace un movimiento con la mano hacia el bolsillo, siguiéndome el rollo, y me susurra a su vez:

—Estaba impaciente.

Mueve la mano delante de mi cara con aspecto serio, como si me estuviera regañando por ser una descuidada. Pero su voz es baja y dulce. De nuevo tengo la sensación de que nada es real, ni el sol, ni los edificios, ni la mujer que sigue con la vista clavada en nosotros.

—A la vuelta de la esquina, en el callejón, hay una puerta azul —le digo en voz baja mientras retrocedo alzando las manos con un gesto de disculpa—. Nos vemos ahí dentro de cinco minutos. Llama cuatro veces —susurro para después alzar la voz—. Mire, lo siento de verdad. Como le he dicho, ha sido un error sin mala intención.

A continuación, me vuelvo al súper cojeando. No puedo creer lo que acabo de hacer. No puedo creer que me haya atrevido a correr los riesgos que estoy corriendo. Pero tengo que verle. Necesito besarle. Lo necesito más de lo que haya podido necesitar cualquier otra cosa jamás. Tengo la misma sensación en el pecho que cuando llego al final de un *sprint* y me estoy muriendo, deseosa de parar para recuperar el aliento.

—Gracias —le digo a Jed mientras vuelvo a mi puesto detrás del mostrador.

Masculla algo ininteligible y se vuelve arrastrando los pies hacia su tablilla y su boli, que se ha dejado antes en el suelo del pasillo 3: dulces, refrescos, patatas fritas.

El tipo que me había parecido un regulador tiene la nariz enterrada en los congeladores. No estoy segura de si busca un plato precocinado o solo está aprovechándose del aire frío gratis. Sea como sea, al mirarle, me vuelven los recuerdos de la noche pasada, el silbido del aire cuando las porras descendían como guadañas, y siento una oleada de odio hacia él, hacia todos ellos. Imagino de pronto que le meto de un empujón en la cámara y echo el cerrojo.

Pensar en lo de ayer resucita mi ansiedad por Hana. Ha salido en los periódicos la noticia de la redada. Al parecer, cientos de personas de toda la ciudad fueron interrogadas o enviadas sin más a las Criptas, aunque no he oído a nadie referirse específicamente a la fiesta de Deering Highlands.

Si Hana no me devuelve la llamada esta noche, iré a su casa. Me repito que hasta entonces no tiene sentido preocuparse, pero al mismo tiempo me reconcome un doloroso sentimiento de culpabilidad.

El viejo sigue rondando por los compartimentos frigoríficos sin hacerme ningún caso. Perfecto. Me vuelvo a poner el delantal, y luego, tras comprobar que Jed no está mirando, alzo el brazo, cojo todos los botes de ibuprofeno — aproximadamente una docena— y me los guardo en el bolsillo del delantal.

A continuación suspiro en voz alta:

—Jed, necesito que me cubras otra vez.

Alza sus acuosos ojos azules y parpadea.

—Estoy reponiendo.

—Pero es que aquí se han acabado los analgésicos. ¿No te habías dado cuenta?

Se me queda mirando durante varios larguísima segundos. Mantengo las manos apretadas a la espalda. Si no, estoy convencida de que el temblor me delataría. Por fin mueve la cabeza.

—Voy a ver si encuentro alguno en el almacén. Hazte cargo de la caja, ¿vale?

Salgo del mostrador despacio para que los botes no hagan ruido, manteniendo el cuerpo ligeramente apartado de él. Con suerte no notará el bulto. Este es un síntoma de los *deliria* del que nadie te habla. Al parecer, la enfermedad te convierte en un mentiroso de marca mayor.

Al fondo del súper, me introduzco entre una pila de cajas de cartón que parecen a punto de derrumbarse. Haciendo fuerza con el hombro, consigo entrar en el almacén y cierro la puerta a mi espalda. Por desgracia, no tiene cerrojo, así que arrastro una caja de compota de manzana hasta colocarla delante de la puerta, por si acaso Jed decidiera venir a investigar cuando mi búsqueda de ibuprofeno dure más de lo normal.

Un momento después, oigo un toque suave en la puerta que da al callejón. Toc, toc, toc, toc, toc.

La puerta me parece más pesada que de costumbre. Necesito toda mi fuerza

solo para abrirla un poco.

—Te he dicho que llamaras cuatro veces —empiezo a decir mientras el sol se cuele en el cuarto, deslumbrándome por un momento. Y luego las palabras se me secan en la garganta y casi me ahogo.

—¡Hola! —dice Hana. Está en el callejón, cambiando el peso de un pie a otro, pálida y preocupada—. Esperaba que estuvieras aquí.

Por un momento, no puedo ni contestar. Me inunda el alivio. Hana está aquí, intacta, entera, bien, y al mismo tiempo la ansiedad comienza a tamborilear en mi interior. Rápidamente, recorro el callejón con la mirada. Álex no está. Quizá ha visto a Hana y se ha ido asustado.

—¡Eh! —arruga la frente—. ¿Me dejas entrar o qué?

—¡Ay, perdona! Claro, pasa.

Atraviesa rápidamente la puerta y echo una última ojeada al callejón antes de cerrar. Estoy encantada de verla, pero también nerviosa. Si aparece Álex estando ella aquí...

« Pero no lo hará », me digo. « Tiene que haberla visto. Se dará cuenta de que no es seguro venir en este momento ». No es que piense que ella va a chivarse, pero aun así... Después de todos los sermones que le he echado sobre seguridad e imprudencias, no la culparía si quisiera que me trincaran.

—Hace calor aquí —dice Hana, ahuecándose la ropa por la espalda. Lleva una camisa blanca de mucho vuelo, con vaqueros anchos y un fino cinturón dorado a juego con el color de su pelo. Pero parece preocupada, cansada y hasta un poco flaca. Cuando da una vuelta en círculo para examinar el almacén, noto los pequeños arañazos que le cruzan la parte posterior de los brazos—. ¿Te acuerdas de cuando venía a pasar el tiempo aquí contigo? Yo traía revistas y aquella vieja radio que tenía. Y tú robabas...

—... patatas y refrescos del frigo —concluyo—. Sí, me acuerdo.

Así era como sobrellevábamos los veranos antes de pasar a secundaria, cuando empecé a ayudar en el súper. Yo me inventaba excusas para venir aquí todo el tiempo, y ella aparecía en algún momento a primera hora de la tarde y llamaba a la puerta cinco veces, muy suavemente. Cinco veces. Debería haberme dado cuenta.

—He recibido tu mensaje esta mañana —dice volviéndose hacia mí. Sus ojos parecen más abiertos de lo normal. Quizá es que el resto de su cara parece más pequeño, como si tuviera los rasgos hundidos—. He pasado y, como no estabas en la caja, se me ha ocurrido venir por aquí. No me apetecía hablar con tu tío.

—Hoy no está —empiezo a relajarme. Si Álex planea venir, ya estaría aquí—. Solo estamos Jed y yo.

No estoy segura de si me está escuchando o no. Se muerde la uña del pulgar, un hábito nervioso que pensaba que había superado años atrás, y mira al suelo como si fuera el trozo de linóleo más fascinante que hubiera visto en su vida.

—¿Hana? —digo—. ¿Estás bien?

De repente se estremece, sus hombros se hunden y comienza a llorar. Solo la he visto llorar dos veces en mi vida: una en segundo. Cuando alguien la golpeó directamente en el estómago jugando al balón prisionero, y otra el año pasado, después de ver delante de los laboratorios cómo la policía sacaba a rastras a la calle a una chica enferma que, al salir, se dio un golpe tan fuerte con el suelo que se oyó a sesenta metros de distancia, donde estábamos nosotras. Por un momento, me quedo paralizada y no sé qué hacer. Hana no se lleva las manos a la cara ni trata de secarse las lágrimas. Simplemente se queda ahí abrazándose los costados, temblando tanto que me da miedo que pierda el equilibrio.

Alargo el brazo y le rozo el hombro con una mano.

—Ssssssh, Hana. No pasa nada.

Se aparta bruscamente de mí.

—Sí que pasa —inspira hondo entrecortadamente y comienza a hablar de forma apresurada—. Tenías razón, Lena. Tenías razón en todo. Anoche... fue horrible. Hubo una redada... Disolvieron la fiesta. ¡Fue espantoso! Había gente que gritaba, y perros... Lena, había sangre. Golpeaban a la gente, les daban en la cabeza con las porras como si tal cosa. La gente caía a derecha e izquierda y fue... Lena... fue tan horrible, tan horrible...

Sigue apretándose el estómago con los brazos y se inclina hacia delante como si fuera a vomitar.

Empieza a decir algo más, pero el resto de sus palabras se pierden. Los sollozos le estremecen el cuerpo. Me acerco y la envuelvo en un abrazo. Por un momento se tensa —es muy raro que nos abracemos, pues siempre se nos ha disuadido de hacerlo—, pero luego se relaja, aprieta su cara en mi hombro y se permite llorar. Es un poco incómodo, porque ella es mucho más alta que yo, así que tiene que inclinarse. Tendría gracia si no fuera tan horrible.

—Ssssssh —digo—. Sssssh. Todo va a ir bien.

Pero las palabras parecen estúpidas incluso en el momento de pronunciarlas. Me acuerdo de cuando tomo a Gracie entre mis brazos y la acuno para que se duerma, diciéndole lo mismo mientras ella grita silenciosamente en mi almohada. « Todo va a ir bien ». Palabras que no significan nada en realidad, no son más que sonidos emitidos en la inmensidad y la penumbra, pequeños intentos desesperados de agarrarnos a algo cuando caemos.

Hana dice algo más que no comprendo. Su rostro está apretado contra mi clavícula y sus palabras resultan confusas.

Y entonces llaman a la puerta. Cuatro toques suaves pero deliberados, uno detrás de otro.

Hana y yo nos separamos inmediatamente. Ella se pasa un brazo por la cara y se deja un rastro brillante de lágrimas desde la muñeca hasta el codo.

—¿Qué ha sido eso? —dice. Le tiembla la voz.

—¿El qué?

Mi primera idea es fingir que no he oído nada y rezar para que Álex se vaya.
Toc. toc, toc. Pausa. Toc. Una vez más.

—Eso —la voz de Hana suena irritada. Supongo que debería alegrarme de que ya no esté llorando—. Alguien llama —entrecierra los ojos y me mira con aire de sospecha—. Creía que nadie venía por este lado.

—No vienen. Bueno... a veces..., o sea, los de reparto...

Me tropiezo con las palabras y sigo rezando para que Álex se marche, intentando pensar alguna mentira, pero soy incapaz. Vaya con mis recién estrenadas habilidades para mentir.

Luego. Álex asoma la cabeza por la puerta y dice mi nombre.

—¿Lena?

Ve a Hana primero y se queda paralizado, a medias entre el almacén y la calle.

Durante un momento, nadie habla. Hana se ha quedado literalmente con la boca abierta. Mira a Álex y luego a mí y luego otra vez a Álex, tan rápido que parece que la cabeza se le va a separar del cuello y va a echar a volar. El tampoco sabe qué hacer. Se queda totalmente quieto, como si pudiera hacerse invisible solo con no moverse.

Y a mi solo se me ocurre decir algo estúpido. Lo más estúpido del mundo.

—Llegas tarde.

Se ponen a hablar los dos a la vez:

—¿Tú le dijiste que viniera a verte? —dice ella.

Y al mismo tiempo él:

—Me ha parado una patrulla. He tenido que enseñarles mis documentos.

De repente, Hana se vuelve práctica. Por eso es por lo que la admiro: un momento está sollozando histéricamente, y al siguiente está totalmente controlada.

—Entra y cierra la puerta —dice.

Él lo hace y se queda allí con aire incómodo, arrastrando los pies. Tiene el pelo más revuelto que nunca, y en ese momento parece tan joven y tan guapo y tan nervioso que me dan unas ganas locas de acercarme a él y besarle aunque Hana esté delante.

Pero al instante se me quitan las ganas. Hana se vuelve a mí, se cruza de brazos y me lanza una mirada que podría jurar que ha robado a la señora McIntosh, la directora del colegio.

—Lena Ella Haloway Tiddle —dice—, tienes mucho que explicar.

—¿Te llamas Ella de segundo nombre? —suelta Álex.

Hana y yo le dirigimos una mirada asesina, y él retrocede un paso y agacha la cabeza.

—Esto... —las palabras aún no me vienen con facilidad—. Hana, ¿te

acuerdas de Álex?

Mantiene los brazos cruzados y entrecierra los ojos.

—Claro que me acuerdo de Álex. Lo que no consigo recordar es por qué está aquí.

—Pues él... Bueno, iba a pasarse...

Sigo buscando una explicación convincente, pero, como de costumbre, mi oportuno cerebro elige ese momento para morirse. Miro a Álex, impotente.

Me ofrece un diminuto encogimiento de hombros y, por un momento, nos miramos fijamente. Aún no estoy acostumbrada a verle, a estar cerca de él, y vuelvo a tener la sensación de hundirme en sus ojos. Pero esta vez no me produce mareo. Al contrario, me sirve de anclaje, como si me susurrara sin palabras que él está aquí y que está conmigo y que estamos bien.

—Cuéntaselo —dice.

Hana se apoya contra las baldas cargadas de papel higiénico y alubias enlatadas, y relaja los brazos lo justo para que vea que no está furiosa. Entonces me lanza una mirada que significa: « Más te vale hacerle caso ».

Se lo cuento. No estoy segura de cuánto tiempo tenemos hasta que Jed se canse de llevar la caja él solo, así que intento acortar el relato. Le cuento que me encontré a Álex en la granja Roaring Brook; le cuento que nadé con él hasta las boyas en la playa del East End, y lo que me confesó cuando estábamos allí. Casi me ahogo al decir la palabra *inválido* y Hana abre mucho los ojos; por un momento noto un gesto de alarma que cruza su cara, pero en conjunto se lo toma bastante bien. Acabo contándole lo de anoche: que fui a buscarla para advertirla de la redada, que un perro me hirió y que Álex me salvó. Cuando le describo cómo nos escondimos en el cobertizo me vuelvo a poner nerviosa, no le cuento lo de los besos, aunque no puedo evitar pensarlo, pero para entonces ella se ha vuelto a quedar con la boca abierta —está claramente horrorizada— y no creo que se dé cuenta.

Lo único que dice al final de mi historia es:

—¿Así que estuviste allí? ¿Estuviste allí anoche?

Su voz suena extraña y temblorosa, y me preocupa que vaya a ponerse a llorar de nuevo. Al mismo tiempo, me invade una tremenda sensación de alivio. No va a perder los nervios por lo de Álex, ni a enfadarse conmigo por no contárselo.

Hago un gesto de asentimiento.

Ella mueve la cabeza, mirándome como si no me hubiera visto nunca.

—No puedo creerlo. No puedo creer que salieras a escondidas de casa durante una redada, por mí.

—Sí, bueno...

Me muevo incómoda. Parece que llevo horas hablando, y Hana y Álex no han dejado de mirarme fijamente. Tengo las mejillas al rojo vivo.

Justo en ese momento, alguien llama a la puerta que da al súper, y Jed dice gritando:

—¿Lena? ¿Estás ahí?

Le hago un gesto frenético a Álex. Hana lo esconde detrás de la puerta justo en el momento en que Jed se pone a empujar desde el otro lado. La puerta se abre solo unos centímetros antes de chocar con la caja de tarros de compota.

Por ese espacio reducido, veo uno de los ojos de Jed que me mira con desaprobación.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Hana asoma la cabeza desde detrás de la puerta y saluda con la mano.

—Hola, Jed —dice alegremente, cambiando sin esfuerzo una vez más a su faceta pública de simpatía—. Acabo de venir para darle una cosa a Lena. Y nos hemos puesto a cotillear...

—Tenemos clientes —dice Jed. Hosco.

—Salgo en un minuto —digo, intentando igualar el tono de Hana.

El hecho de que Jed y Álex estén separados solo por unos centímetros de contrachapado resulta aterrador.

Jed gruñe y se retira, cerrando otra vez la puerta. Hana, Álex y yo nos miramos en silencio. Los tres soltamos aire al mismo tiempo, un suspiro colectivo de alivio.

Cuando Álex vuelve a hablar, lo sigue haciendo en un susurro.

—Te he traído algunas cosas para la pierna —dice.

Se quita la mochila y la pone en el suelo. Luego empieza a sacar agua oxigenada, pomada antibiótica, vendas, esparadrapo y bolas de algodón. Se arroja delante de mí.

—¿Puedo? —dice.

Me remango los vaqueros y él empieza a retirar los jirones de camiseta. No puedo creer que Hana esté aquí de pie mirando cómo un chico, un inválido, me toca la piel. Sé que no se lo habría esperado ni en un millón de años, y aparte la vista, orgullosa y avergonzada al mismo tiempo.

Cuando los improvisados vendajes dejan mi pierna al descubierto, Hana da un respingo. Sin querer, yo he cerrado los ojos.

—Uf, Lena —dice—. Ese perro te agarró bien.

—Se le pasará —dice Álex, y la serena confianza de su voz hace que una sensación de calidez se extienda por todo mi cuerpo.

Abro un ojo y echo un vistazo a mi pantorrilla. Se me revuelve el estómago. Parece que me falta un trozo enorme de carne en la pierna. Varios centímetros cuadrados de piel han desaparecido sin más.

—Quizá deberíamos ir a un hospital —dice Hana, dudosa.

—¿Y qué les contamos? —Álex abre el frasco de agua oxigenada y empieza a humedecer las bolas de algodón—. ¿Que resultó herida durante una redada en

una fiesta clandestina?

Hana no contesta. Sabe que realmente no podemos ir al médico. Antes de haber dicho mi nombre completo, me encontraría atada a una mesa en los laboratorios, o directamente en las Criptas.

—No duele tanto —digo, aunque es mentira. Hana me vuelve a lanzar esa mirada, como si nunca nos hubiéramos visto antes, y me doy cuenta de que está verdaderamente impresionada, quizá por primera vez en nuestra vida, y le inspiro incluso un cierto temor reverencial.

Álex aplica una capa gruesa de pomada antibacteriana y luego empieza a pelearse con la gasa y el esparadrapo. No tengo que preguntar de dónde ha sacado tantas medicinas. Otra ventaja de tener acceso a los laboratorios como personal de seguridad, supongo.

Hana se pone de rodillas.

—Lo estás haciendo mal —dice, y me alivia escuchar su tono normal, mandón. Casi me río—. Mi prima es enfermera. Déjame a mí.

Prácticamente le aparta a codazos. Álex se mueve y alza las manos en señal de derrota.

—Sí, señora —dice, y me guiña un ojo.

Entonces sí suelto una carcajada. Se apodera de mí un ataque de risa tonta y tengo que taparme la boca con las manos para no ponerme a chillar de alegría, lo que echaría a perder nuestra coartada. Durante un segundo, Álex y Hana se me quedan mirando, asombrados, pero luego se miran el uno al otro y sonríen tontamente.

Sé que todos estamos pensando lo mismo.

Es una locura. Es una estupidez. Es peligroso. Pero de alguna manera, en ese cuarto sofocante, rodeados de cajas de macarrones con queso y remolacha en lata y polvos de talco, los tres hemos formado un equipo.

Somos nosotros contra ellos, nosotros tres contra cientos de miles. Pero por alguna razón, y aunque sé que es absurdo, en ese momento me siento bastante optimista sobre nuestras posibilidades de ganar.

La infelicidad es cautiverio, la felicidad es libertad. El camino para encontrar la felicidad pasa por la cura. Solo a través de la cura encontramos la libertad.

Folleto oficial de las agencias gubernamentales de EE
UU: *¿Me va a doler? Preguntas y respuestas normales
sobre la intervención.* Asociación de Científicos
Estadounidenses (9ª edición)

Después de lo ocurrido, trato de ver a Álex casi a diario, incluso los días en que tengo que trabajar en el súper. A veces Hana viene con nosotros. Pasamos mucho tiempo en la ensenada de Back Cove, sobre todo por las noches, cuando todos se han ido. Álex figura como curado, así que técnicamente no es ilegal que pasemos tiempo con él, pero si alguien se enterara de cuánto tiempo estamos juntos, o si nos vieran reír, hacernos ahogadillas, luchar en batallas acuáticas y echar carreras por las marismas, indudablemente sospecharían. Por eso, cuando caminamos por la ciudad, tenemos cuidado de no ir juntos: Hana y yo vamos por una acera y Álex por la de enfrente. Además, buscamos las calles menos transitadas, los parques en ruinas, las casas abandonadas, lugares donde no nos vea nadie.

Volvemos a las casas de Deering Highlands. Por fin comprendo cómo supo Álex encontrar el cobertizo de las herramientas aquella noche durante la redada nocturna, y cómo supo orientarse con tanta precisión por los pasillos de la casa en aquella oscuridad total. Durante años ha pasado varias noches cada mes en alguna de las casas abandonadas. Le gusta tomarse un descanso del ruido y el bullicio de Portland. No lo dice, pero sé que ocupar una casa abandonada le recuerda su vida en la Tierra Salvaje.

Una casa en concreto se convierte en nuestra preferida: el número 37 de la calle Brooks, una vieja mansión colonial donde vivía una familia de simpatizantes. Como muchas otras del barrio, la propiedad ha sido vallada y tiene las ventanas y las puertas cubiertas con tablas desde la gran desbandada que despolbó esta zona, pero Álex nos enseña cómo entrar apartando una plancha suelta de una de las ventanas de la planta baja. Es raro: aunque el lugar ha sido saqueado, quedan algunos de los muebles más grandes y los libros. Y si no fuera por las manchas de humo que ascienden por paredes y techos, se podría esperar el regreso de los dueños en cualquier momento.

La primera vez que vamos allí Hana camina delante de nosotros gritando «¡hola!, ¡hola!» por los cuartos oscurecidos.

Tiemblo en el repentino frescor de la penumbra. Tras la luz cegadora del exterior, esto supone un cambio tremendo. Álex me acerca a él. Por fin me estoy acostumbrando a dejar que me toque, y ya no me estremezco ni me vuelvo bruscamente para mirar por encima del hombro cada vez que se inclina hacia mí para besarme.

—¿Quieres bailar? —pregunta en broma.

—Venga ya —le aparto con un golpe de la mano.

Se me hace raro hablar en voz alta en un lugar tan silencioso. La voz de Hana nos llega desde la distancia y me pregunto cómo será de grande la casa. Está cubierta de una gruesa capa de polvo, toda envuelta en sombras.

—Lo digo en serio —dice extendiendo los brazos—. Es un lugar perfecto para bailar.

Estamos en el centro de lo que debe de haber sido una bella sala de estar. Es enorme, más grande que toda la planta baja de la casa de Carol y William. El techo es altísimo y por encima de nosotros cuelga una gran araña, que parpadea débilmente reflejando los escasos rayos de luz que se cuelan por las ventanas entabladas. Si se escucha con atención, se puede oír a los ratones que se mueven sigilosamente por el interior de las paredes. Pero no da miedo ni asco. De algún modo es agradable: me hace pensar en la naturaleza y en ciclos interminables de crecimiento, muerte y renacimiento; parece como si lo que estuviéramos oyendo en realidad fuera cómo la casa se repliega a nuestro alrededor, centímetro a centímetro.

—No hay música —digo.

Se encoge de hombros, me guiña un ojo y me tiende la mano.

—Se le da demasiada importancia a la música —dice.

Me dejo arrastrar hasta quedar de pie frente a él. Es mucho más alto que yo, mi cabeza apenas le llega al hombro. Oigo el latido de su corazón y eso nos da todo el ritmo que necesitamos.

Lo mejor de la casa es el jardín trasero: un enorme prado descuidado salpicado de árboles muy viejos, tan gruesos, retorcidos y nudosos que las ramas se entrelazan por la parte superior formando un dosel. El sol se filtra entre las hojas y salpica la hierba de un color blanco pálido. Todo el jardín tiene un aire tan fresco y tranquilo como la biblioteca de la escuela. Álex trae una manta y la deja en la casa. Siempre que venimos la extendemos en la hierba y los tres nos tumbamos allí, a veces durante horas, hablando y riendo sobre nada en particular. A veces, Hana o Álex compran comida para hacer un *picnic*, en otra ocasión consigo birlar tres latas de refresco y un paquete entero de chuches del súper de mi tío y nos volvemos totalmente locos con el subidón de azúcar. Ese día jugamos a los juegos de cuando éramos pequeños: el escondite, el pilla pilla y el potro.

Algunos de los árboles tienen troncos tan anchos como cuatro cubos de basura juntos, y le hago una foto a Hana, que sonríe mientras trata de abrazar uno de ellos. Álex dice que los árboles deben de llevar aquí cientos de años, y Hana y yo nos quedamos en silencio. Eso significa que estaban aquí antes: antes de que cerraran las fronteras, antes de que se elevaran los muros, antes de que se expulsara la enfermedad a la Tierra Salvaje. Cuando lo dice, noto un dolor en la garganta. Ojalá pudiera saber cómo se vivía en aquella época.

Álex y yo también pasamos mucho tiempo a solas. Hana nos sirve de tapadera. Después de semanas y semanas de no verla en absoluto, de repente voy a su casa cada día, a veces hasta dos veces (cuando quedo con Álex y cuando realmente la veo a ella). Por suerte, mi tía no se entromete. Creo que supone que nos peleamos y que ahora estamos recuperando el tiempo perdido, lo que tiene algo de verdad y además me viene muy bien. Soy más feliz de lo que recuerdo haberlo sido nunca. Soy más feliz incluso de lo que he soñado jamás, y cuando le digo a Hana que no podría pagarle ni en un millón de años el favor que nos hace como tapadera de nuestros encuentros, ella se limita a torcer la boca en una sonrisa y decir: «Ya me has pagado». No estoy segura de lo que quiere decir, pero en cualquier caso me siento muy contenta de que vuelva a estar de mi lado.

Cuando Álex y yo estamos solos, no hacemos demasiadas cosas; tan solo nos quedamos sentados y hablamos, pero igualmente el tiempo parece arrugarse, rápido como un papel cuando arde. Un minuto son las tres de la tarde. Al siguiente, lo juro, la luz se vacía en el cielo y casi empieza el toque de queda.

Álex me cuenta historias de su vida, de su «tía» y de su «tío», y parte del trabajo que hacen, aunque sigue sin dar muchos detalles sobre los objetivos de los simpatizantes y los inválidos y la forma en que trabajan para lograrlos. No importa. No estoy segura de querer saberlo. Cuando habla de la necesidad de resistir, hay cierta tensión en su voz, y el enfado late bajo sus palabras. En esas ocasiones, y solo durante unos segundos, me sigue dando miedo, sigo oyendo la palabra *inválido* martilleando en mi oído.

Pero, sobre todo. Álex me cuenta cosas normales: que su tía prepara un chile con carne y nachos estupendo, o que, cada vez que se juntan, su tío se pone un poco achispado y cuenta las mismas batallitas una y otra vez. Ambos están curados, y cuando le pregunto si no son más felices ahora, se encoge de hombros.

—También echan de menos el dolor —dice mirando por el rabillo del ojo mi cara de extrañeza—. Es entonces cuando de verdad pierdes a la gente, ¿sabes? Cuando se pasa el dolor.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo habla de la Tierra Salvaje y de la gente que vive allí, y yo apoyo la cabeza en su pecho, cierro los ojos y sueño con ese lugar: me habla de una mujer a la que todo el mundo llama Lucy la Loca,

que hace enormes carillones de viento usando metal reciclado y latas de refresco aplastadas; del abuelo Jones, que debe de tener al menos noventa años, pero sigue dando caminatas por los bosques cada día, buscando bayas y animales salvajes para comer. Me habla de fuegos de campamento al aire libre, y de noches bajo las estrellas, y de larguísimas veladas cantando y comiendo y charlando, mientras el cielo nocturno se va difuminando por el humo.

Sé que él vuelve de vez en cuando, y sé que sigue considerándolo su verdadero hogar. Estuvo a punto de confesarlo una vez que le dije que sentía mucho no poder ir a casa con él para ver su estudio en la calle Forsyth, donde vive desde que empezó la universidad. Si alguno de sus vecinos me viera entrar en el edificio con él, estaríamos perdidos.

—Esa no es mi casa —me corrige rápidamente.

Admite que él y los otros inválidos han encontrado una forma de entrar y salir de la Tierra Salvaje, pero cuando le presiono para que me dé detalles, se cierra en banda.

—Tal vez lo veas algún día —se limita a decir, y yo me siento aterrorizada y feliz a partes iguales.

Le pregunto por mi tío, que se escapó antes de ser sometido a juicio, y Álex frunce el ceño y mueve la cabeza.

—Prácticamente nadie usa su nombre verdadero en la Tierra Salvaje —dice encogiéndose de hombros—. Aun así, no me suena.

Pero me explica que hay miles y miles de asentamientos por todo el país. Mi tío podría haber ido a cualquier parte, al norte, al sur o al oeste. Al menos sabemos que no fue al este, o habría terminado en el mar. Álex me cuenta que en Estados Unidos hay al menos la misma superficie de territorio salvaje que de ciudades reconocidas. Esto me parece tan increíble que tardo un tiempo en aceptarlo, y cuando se lo cuento a Hana, ella tampoco lo cree.

Además. Álex sabe escuchar, y puede estar callado durante horas mientras le cuento cómo ha sido crecer en casa de Carol, cómo todo el mundo piensa que Gracie no sabe hablar y cómo solo yo conozco la verdad. Se ríe a carcajadas cuando le describo a Jenny, su aspecto estreñido, su cara de vieja y su costumbre de mirarme por encima del hombro, como si fuera yo la que tiene nueve años.

También me siento cómoda hablando con él de mi madre y de cómo eran las cosas cuando estaba viva y solo estábamos las tres: Rachel, ella y yo. Le hablo de las calcetinas y de las canciones de cuna que nos cantaba, aunque solo puedo recordar algunos fragmentos. Quizá sea por la forma silenciosa que tiene de escuchar: me mira sin pestañear con sus ojos cálidos y brillantes, sin juzgarme nunca. Incluso en una ocasión me decido a contarle lo último que ella me dijo. De pronto, me dan ganas de llorar y él simplemente se sienta y me acaricia la espalda. Se me seca el llanto. La calidez de sus manos hace que se me quite.

Y, por supuesto, nos besamos. Nos besamos tanto que cuando no nos estamos besando parece raro, como si ya me hubiera acostumbrado a respirar a través de sus labios y en su boca.

Lentamente, a medida que nos sentimos más cómodos, también empiezo a explorar otras partes de su cuerpo. La delicada estructura de sus costillas bajo la piel, el pecho y los hombros, como piedra tallada, los suaves rizos de pelo claro en sus piernas, la forma en que su piel huele siempre un poco como el océano, bello y extraño. Y, lo más sorprendente, permito que él también me mire. Primero, solo dejo que me aparte un poco la ropa y que me bese en la clavícula y los hombros. Luego, admito que me quite la camiseta sacándola por la cabeza y que me tienda a la luz brillante del sol y me observe. La primera vez tiemblo. Deseo cruzar los brazos sobre el pecho, taparme, ocultarme. De repente soy consciente de lo pálida que estoy a la luz del sol y de cuántos lunares tengo, y sé que me está mirando y piensa que soy deforme o que me pasa algo malo.

Pero después susurra: «Eres preciosa», y cuando sus ojos se juntan con los míos sé que es de verdad, que lo dice en serio.

Esa noche, por primera vez en mi vida, me pongo delante del espejo del cuarto de baño y no veo a una chica del montón. Por primera vez, con el cabello recogido atrás y el camisón cayendo por un hombro y los ojos radiantes, creo lo que él ha dicho. Soy preciosa.

Pero no soy solo yo. Todo es bello. El *Manual de FSS* dice que los *deliria* alteran la percepción, inutilizan la habilidad para razonar claramente, perjudican la capacidad para formular juicios sólidos. Pero no explica que el amor provoca que todo parezca maravilloso. Hasta el vertedero maloliente que brilla con el calor, un montón enorme de chatarra y plásticos que se funden, se vuelve exótico y prodigioso, como un mundo extraterrestre transportado a la Tierra. A la luz de la mañana, las gaviotas posadas en el tejado del ayuntamiento parecen haber sido pintadas con una gruesa capa de blanco, resplandecientes contra el pálido cielo azul. Creo que no he visto nunca nada tan bonito, tan nítido y tan claro en mi vida. Las tormentas de verano son increíbles: fragmentos de vidrio que caen, aire lleno de diamantes. El viento susurra el nombre de Álex y el océano lo repite; los árboles se balancean como si bailaran. Todo lo que veo y toco me recuerda a él, y así, todo lo que toco y veo es perfecto.

El *Manual de FSS* no menciona tampoco la forma en que el tiempo comienza a huir.

El tiempo salta. Brinca. Se escapa como el agua entre los dedos. Cada vez que bajo a la cocina y veo que el calendario ha saltado otro día, me niego a creerlo. Me va creciendo en el estómago una sensación de náusea, un peso que se hunde cada vez más.

Treinta y tres días hasta la operación. Treinta y dos días. Treinta días.

Y entre medias, instantáneas, momentos, meros segundos. Álex que me echa

helado de chocolate en la nariz cuando me quejo de que tengo mucho calor, el zumbido pesado de las abejas que dan vueltas por encima de nosotros en el jardín, una hilera de hormigas que desfila silenciosamente sobre los restos de nuestro *picnic*, sus dedos en mi pelo, la curva de su codo bajo mi cabeza, su deseo susurrado: «Ojalá pudieras quedarte conmigo», mientras otro día se desangra por el horizonte, rojo, rosa y oro. Miramos al cielo e inventamos formas para las nubes: una tortuga con sombrero, un topo que lleva un calabacín, un pez tropical persiguiendo un conejo que corre para salvar la vida.

Instantáneas, momentos, meros segundos: tan frágiles y bellos y desesperados como una única mariposa que aletea en el viento creciente.

Ha habido bastante debate en la comunidad científica sobre si el deseo es síntoma de un organismo infectado con deliria nervosa de amor o un requisito previo a la enfermedad en si misma. Sin embargo, todos, están de acuerdo en que el amor y el deseo mantienen una relación simbiótica, lo que significa que uno no puede existir sin el otro. El deseo es la antítesis de la satisfacción; el deseo es enfermedad, una afección cerebral. ¿Qué persona que siente deseo puede ser considerada sana? La palabra misma sugiere una carencia, un empobrecimiento, y eso es lo que significa el deseo: un empobrecimiento del cerebro, un defecto, un error. Por suerte, ese error ahora se puede corregir.

Origen de los «deliria nervosa de amor» y repercusiones en el funcionamiento cognitivo, Dr. Phillip Berryman (4ª edición)

Agosto se va acomodando en Portland, lanzando su aliento cálido y hediondo sobre todas las cosas. Las calles resultan insoportables durante el día, el sol cae implacable, y la gente se apresura hacia parques y playas, desesperada por encontrar algo de sombra o brisa. Ahora es más difícil quedar con Álex. La playa del East End, que normalmente no es muy popular, está llena casi todo el tiempo, incluso por las tardes cuando salgo de trabajar. En dos ocasiones que quedamos, es demasiado peligroso que hablemos o que nos comuniquemos; solo nos permitimos una rápida señal de saludo como la que pueden intercambiar dos desconocidos. Colocamos las toallas a cinco metros de distancia. Él se pone los cascos y yo finjo que leo. Cuando nuestros ojos se encuentran, todo mi cuerpo se ilumina como si él estuviera tumbado a mi lado, acariciándome la espalda, y aunque mantiene una expresión seria, noto por sus ojos que está sonriendo. Nada me ha resultado nunca tan doloroso y a la vez tan placentero como estar tan cerca de él y no poder hacer nada para estar juntos; es como tragar de golpe una bola de helado en un día de calor y terminar con un dolor de cabeza horrible. Comienzo a entender lo que comentó sobre su «tía» y su «tío», sobre cómo, después de haber sido intervenidos, echaban de menos incluso el dolor. De alguna manera, nuestro dolor lo hace todo más intenso, mejor; hace que valga más la

pena.

Como no podemos estar juntos en las playas, vamos mucho a la calle Brooks. El jardín se está secando. Lleva más de una semana sin llover, y la luz del sol que se filtra por entre las hojas, que en julio caía suavemente, como la más ligera pisada, ahora atraviesa como un puñal el dosel de los árboles, volviendo parda la hierba. Hasta las abejas parecen borrachas con el calor: giran lentamente y se estrellan contra las flores marchitas antes de caer al suelo, para luego volver a alzar el vuelo mareadas.

Una tarde. Álex y yo estamos tumbados en la manta. Yo estoy de espaldas, observando cómo el cielo parece romperse en formas cambiantes de azul y verde y blanco. Él está tendido sobre el estómago y parece nervioso por algo. No hace más que encender cerillas, mirar cómo arden y apagarlas cuando la llama le llega casi a los dedos. Me acuerdo de lo que me contó aquella vez en la cabaña: su enfado por venir a Portland y su vieja costumbre de quemar objetos.

Hay tantas cosas que aún desconozco sobre él, tanto pasado y tanta historia enterrados en algún rincón de su interior... Ha tenido que aprender a ocultar todo eso, más incluso que la mayoría de nosotros. En algún sitio, creo, posee un núcleo. Ese núcleo brilla como un fragmento de carbón aplastado lentamente por el peso de toneladas de roca hasta convertirse en diamante.

Hay muchas cosas que no le he preguntado, y muchas otras sobre las que nunca hablamos. Sin embargo, en otros aspectos siento que le conozco de verdad y que siempre le he conocido, sin necesidad de que él me haya contado nada.

—Debe de ser agradable estar en la Tierra Salvaje justo ahora —suelto de repente, por decir algo. Álex se vuelve a mirarme—. Quiero decir... no sé, debe de hacer más fresco allí. Por los árboles y la sombra —digo tartamudeando.

—Así es.

Se apoya en un codo. Cierro los ojos y veo puntos de color y de luz que bailan detrás de mis párpados. Por un momento no dice nada, pero noto que me observa.

—Podríamos ir —dice por fin.

Debe de estar de broma, así que me echo a reír. Él sigue callado, sin embargo, y cuando abro los ojos veo que su expresión sigue completamente serena.

—No lo dices en serio —afirmo; pero ya se ha abierto en mi interior un pozo profundo de miedo y sé que sí lo dice en serio. De algún modo sé, también, que es por eso por lo que se ha comportado de un modo tan raro durante todo el día. Echa de menos la Tierra Salvaje.

—Podríamos ir si tú quieres —me mira durante un minuto más y luego se tumba de espaldas—. Podríamos ir mañana. Cuando salgas del trabajo.

—¿Pero cómo haríamos...? —empiezo a decir.

—Eso déjame a mí —me interrumpe. Durante un momento, sus ojos

parecen más oscuros y más profundos que nunca, como túneles—. ¿Tú quieres ir?

Me parece mal hablar de ello de este modo tan informal, tirados en la manta, así que me siento. Cruzar la frontera es un delito penado con la muerte. Y aunque sé que Álex sigue pasando a veces, no me había formado una idea del gran riesgo que entraña hasta ahora.

—Es imposible —digo, casi en un susurro—. Es imposible. La alambrada... y los guardias... y las armas...

—Ya te lo he dicho. Eso déjame a mí —repite mientras se sienta y me acaricia rápidamente la cara, sonriendo—. Todo es posible, Lena —dice usando una de sus expresiones favoritas. El miedo retrocede. Con él me siento segura, no concibo que nos pueda pasar algo malo estando juntos—. Unas pocas horas —continúa—. Solo para echar un vistazo.

—No sé —titubeo apartando la mirada.

Siento cómo las palabras me raspan en la garganta seca al salir.

Álex se inclina hacia delante, me da un rápido beso en el hombro y se vuelve a tumbar.

—No tiene importancia —dice colocándose un brazo sobre los ojos para protegerse del sol—. Solo pensaba que sentirías curiosidad, eso es todo.

—Y la siento. Pero...

—Lena, no hace falta que vayas si no quieres hacerlo. De veras. Era solo una idea.

Asiento con la cabeza. Aunque tengo las piernas pegajosas de sudor, me las acerco al pecho. Siento un alivio increíble, pero también decepción. Me vuelve de pronto el recuerdo de aquella vez en que Rachel me desafió a que me tirara de espaldas desde el embarcadero de la playa de Willard y yo me quedé temblando en el borde, demasiado asustada para saltar. Al final, ella me sacó del apuro. Se inclinó y murmuró: «No importa, Lena-Luni. Aún no estás preparada». Yo no veía el momento de huir del borde del embarcadero, pero cuando volvíamos a la playa me sentí enferma y avergonzada.

Es entonces cuando reacciono.

—Sí quiero ir —suelto.

Álex aparta el brazo.

—¿Seguro?

Asiento con la cabeza, demasiado asustada para pronunciar las palabras una vez más. Tengo miedo de echarme atrás si vuelvo a abrir la boca.

Álex se incorpora lentamente. Pensaba que estaría más emocionado, pero no sonrío. Solo se muerde el interior del labio y aparta la mirada.

—Eso significa violar el toque de queda —dice—. Y muchas otras reglas.

Entonces me mira, y su rostro está tan lleno de preocupación que me hace daño mirarlo.

—Oye, Lena —baja la mirada y reordena el montón de cerillas que ha hecho, colocándolas cuidadosamente una al lado de otra—. Quizá no sea tan buena idea. Si nos pillan, es decir, si te pillan a ti... —respira profundamente—. Quiero decir, si algo te sucediera, no me lo perdonaría nunca.

—Confío en ti —digo, y es tan cierto como que estoy aquí con él.

Sigue sin mirarme.

—Sí, pero... la pena por cruzar... —vuelve a respirar profundamente—. La pena por cruzar al otro lado es la...

En el último momento no es capaz de decir « la muerte ».

—Oye —digo dándole un golpecito suave con el codo. Es algo increíble, cómo te puedes sentir tan cuidada por alguien y al mismo tiempo saber que morirías o harías cualquier cosa por protegerle a él también—. Conozco las reglas. Llevo viviendo aquí más tiempo que tú.

Entonces sonrío. Me devuelve el codazo.

—Para nada.

—Nacida y criada aquí. Tú eres un recién llegado.

Le vuelvo a dar un codazo, algo más fuerte, y se ríe e intenta cogerme el brazo. Yo me escurro riendo, y él se estira para hacerme cosquillas en la tripa.

—¡Paleto! —chillo mientras me coge y, forcejeando entre risas, consigue tumbarme de nuevo en la manta.

—Urbanita —replica rodando encima de mí, y me besa.

Todo se disuelve. Calor, explosiones de color, sensación de flotar.

Quedamos en Back Cove la tarde siguiente, miércoles, pues no tengo que volver a trabajar hasta el sábado; no creo que me resulte difícil conseguir que Carol me permita dormir en casa de Hana. Álex me explica los puntos principales del plan. Cruzar al otro lado no es imposible, pero casi nadie se arriesga. Supongo que el hecho de que esté penado con la muerte no constituye un gran atractivo.

Al principio no entiendo cómo vamos a pasar la valla electrificada, pero Álex me explica que solo algunas secciones están electrificadas realmente. Llevar el tendido a lo largo de kilómetros y kilómetros de valla sería demasiado caro, así que hay relativamente pocos trozos de la alambrada que estén « conectados »; el resto no encierra más peligro que la verja que rodea el parque infantil de Deering Oaks. Pero mientras la gente crea que toda ella está cargada con el suficiente voltaje para freír a una persona como si fuera un huevo en una sartén, la alambrada sirve perfectamente a su propósito.

—Un truco de ilusionismo barato —dice Álex haciendo un gesto vago con la mano.

Asumo que se refiere a Portland, a las leyes, quizá a todo el país. Cuando se pone serio, se le forma un pequeño pliegue entre las cejas, como una coma, que me resulta increíblemente atractiva. Intento no distraerme.

—Sigo sin comprender cómo sabes todo esto —afirmo—. Es decir, ¿cómo lo habéis descubierto? ¿Os pusisteis a enviar gente que corriera hasta la valla, para ver en qué tramos no salían achicharrados?

Álex me dirige una sonrisa breve.

—Secreto profesional. Lo que te puedo decir es que se llevaron a cabo ciertos experimentos basados en la observación de los animales salvajes —responde alzando las cejas—. ¿Has comido alguna vez castor frito?

—¡Puj!

—¿Y mofeta frita?

—¿Pero tú qué quieres? ¿Que me muera de asco?

«Somos más de los que crees». Esa es otra de las expresiones que Álex repite constantemente. Simpatizantes por todas partes, incurados y curados, que ocupan cargos de reguladores, oficiales de policía, funcionarios, científicos... «Así es como pasaremos las garitas de vigilancia», me cuenta. Una de las simpatizantes más activas de Portland está emparejada con el guardia que hace el turno de noche en el extremo norte del puente de Tukey, justo por donde vamos a atravesar la frontera. Álex y ella han desarrollado un código. En las noches en que quiere cruzar, él le deja un folleto en su casillero, una de esas tonterías fotocopiadas que reparten las tintorerías y los *delicatessen*. Este anuncia una revisión oftalmológica gratis con el doctor Salvatierra (que a mí me parece un nombre demasiado obvio, pero Álex dice que los resistentes y simpatizantes viven con tanto estrés que necesitan tener sus pequeños chistes privados), y cuando ella lo ve se asegura de poner una dosis extra de valium en el café que prepara para que su marido lo tome durante su turno.

—Pobre hombre —dice Álex sonriendo—. Por mucho café que tome, no consigue mantenerse despierto.

Me doy cuenta de lo mucho que significa para él la resistencia y lo orgulloso que se siente de que el movimiento esté ahí, saludable, prosperando, extendiendo sus brazos por Portland. Intento sonreír, pero noto las mejillas rígidas. No termino de asimilar que todo lo que me han enseñado esté mal, y me resulta duro pensar en los simpatizantes y los resistentes como aliados y no como enemigos.

Pero pasar a escondidas la frontera me va a convertir en uno de ellos más allá de toda duda. Al mismo tiempo, ya no puedo considerar seriamente la posibilidad de echarme atrás. Quiero ir, y si soy sincera conmigo misma, me convertí en simpatizante hace mucho, cuando Álex me preguntó si quería quedar con él en Back Cove y acepté. Parece que solo tengo recuerdos borrosos de la chica que era antes de aquello, la chica que siempre hacía lo que le decían y nunca mentía y contaba los días que faltaban para su intervención con ilusión, no con terror e inquietud. La chica a la que le daban miedo todos y todo. La chica que tenía miedo incluso de sí misma.

Al día siguiente, al llegar a casa del súper, le pido a Carol que me preste el

móvil y le mando un mensaje de texto a Hana: « ¿Dormims sta noch c A? ». Este ha sido nuestro código cada vez que yo necesitaba que ella me sirviera de tapadera. Le hemos dicho a Carol que pasamos mucho tiempo con Allison Doveney, una compañera que se acaba de graduar con nosotras.

Los Doveney son incluso más ricos que la familia de Hana, y Allison es una gilipollas y una creída. Hana al principio se opuso a que la usáramos como la misteriosa A, diciendo que no le gustaba ni siquiera fingir que salíamos con semejante arpía, pero al final la convencí. Carol nunca llamaría a los Doveney para controlar si estoy o no. Se sentiría demasiado intimidada y probablemente le daría vergüenza: mi familia es impura, está manchada por la deserción del marido de Marcia y, por supuesto, por mi madre, mientras que el señor Doveney es el presidente y fundador de la sección local de la ALD (América Libre de Deliria). Allison apenas soportaba mirarme cuando íbamos juntas a la escuela, y en Primaria, después de la muerte de mi madre, pidió a la profesora que la cambiara de pupitre para estar más lejos de mí, argumentando que yo olía a podrido.

La respuesta de Hana llega casi al momento: « Sin problm. Nos vems sta noch ».

Me pregunto qué pensaría Allison si supiera que la he estado usando como tapadera para mi novio. Seguro que se subiría por las paredes. Esa idea me hace sonreír.

Un poco antes de las ocho, bajo con mi mochila bien visible, colgada del hombro. Incluso he dejado que sobresalga una esquina del pijama. He preparado todo exactamente como lo habría hecho si de verdad fuera a casa de Hana. Cuando Carol me lanza una breve sonrisa y me dice que lo pase bien siento una leve punzada de culpa. Ahora miento tanto y con tanta facilidad...

Pero eso no basta para detenerme. Una vez en la calle, me dirijo hacia el West End, por si acaso Jenny o Carol están mirando por la ventana. Solo cuando llego a la calle Spring doy la vuelta hacia la avenida Deering y me dirijo al 37 de la calle Brooks. El trayecto es largo y consigo llegar a Deering Highlands justo cuando la última luz desaparece del cielo con un remolino. Como siempre, las calles están desiertas en esta zona. Empujo la cancela de la oxidada verja que rodea la finca, nuevo a un lado las tablas sueltas que cubren una de las ventanas de la planta baja y entro en la casa.

Me sorprende la repentina penumbra y, por un momento, me detengo parpadeando hasta que mis ojos se acostumbran a la falta de luz. El ambiente está cargado y pegajoso, y la casa huele a moho. Comienzan a emerger diversas formas y me dirijo a la sala de estar, al sofá con manchas de humedad. Los muelles están destrozados y falta parte del relleno, probablemente por obra de los ratones, pero se nota que antaño debió de ser muy bonito, incluso elegante.

Saco el reloj de la bolsa y pongo el despertador a las once y media. Va a ser

una noche larga. Me tumbo en el incómodo sofá, después de hacer una bola con la mochila y ponérmela bajo la cabeza. No es la almohada más cómoda del mundo, pero servirá.

Cierro los ojos y dejo que los sonidos de los ratones, los suaves gemidos y los misteriosos toques de las paredes me acunen hasta que me duermo.

Me despierto en la oscuridad, angustiada por una pesadilla sobre mi madre. Me incorporo y, durante un momento de pánico, no sé dónde estoy. Los viejos muelles chirran bajo mi cuerpo y entonces me acuerdo: Brooks 37. Busco a tientas el despertador y veo que ya son las 11:20. Sé que debería levantarme, pero aún me siento aturdida por el calor y el mal sueño, y durante unos minutos me quedo sentada respirando profundamente. Estoy sudando, con el pelo pegado a la nuca.

Mi pesadilla era la de siempre, pero esta vez invertida: yo flotaba en el océano, en vertical, mirando a mi madre. Ella estaba de pie en un saliente que se derrumbaba a cientos de metros por encima de mí, tan lejos que no podía distinguir ninguno de sus rasgos, solo las líneas borrosas de su silueta recortada contra el sol. Yo intentaba gritar para avisarla, intentaba alzar los brazos y hacerle señales para que retrocediera, para que se alejara del saliente; pero cuanto más luchaba, más me arrastraba y me retenía el agua, como si fuera pegamento. Sentía los brazos inmovilizados por la fuerza del océano y mi garganta llena de líquido que taponaba las palabras. Y mientras tanto, la arena se acumulaba a mí alrededor como la nieve, y yo sabía que en cualquier segundo ella caería y se rompería la cabeza en las recortadas rocas que sobresalían del agua como uñas afiladas.

Y entonces ella caía y caía, un punto negro que se hacía cada vez más grande contra el cielo resplandeciente, y yo intentaba gritar pero no podía, y a medida que la figura se acercaba me daba cuenta de que no era mi madre quien se dirigía irremediablemente hacia las rocas.

Era Álex.

Y entonces me desperté.

Por fin me pongo de pie, un poco mareada, procurando ignorar el sentimiento de temor que me invade. Me acerco despacio, a tientas, hasta la ventana y me siento aliviada cuando estoy fuera, aunque salir es peligroso. Al menos sopla un poco de brisa. El ambiente de la casa era sofocante.

Cuando llego a Back Cove, Álex ya me está esperando. Está en cuclillas bajo un grupo de árboles, cerca del viejo aparcamiento. Se ha escondido tan bien que casi tropiezo con él. Alza un brazo y me hace agacharme a su lado. A la luz de la luna, sus ojos parecen brillar como los de un gato.

En silencio hace un gesto hacia el otro lado de la ensenada, la fila de luces que parpadean justo antes de la frontera: las garitas de los guardias. Desde lejos parece una línea de brillantes farolillos blancos colocados para un *picnic* a

medianoche, casi alegres. Seis metros más allá de los puntos de seguridad se encuentra la alambrada, y más allá, la Tierra Salvaje. Nunca me había parecido tan extraña como en este momento, con sus árboles agitándose y meciéndose en el viento. Me alegro de que Álex y yo hayamos decidido no hablar hasta llegar al otro lado. Tengo un nudo en la garganta que me hace difícil respirar, así que resulta imposible decir nada.

Cruzaremos por el final del puente de Tukey, en el extremo noreste de la cala: si fuéramos nadando, sería una diagonal directa desde el punto de encuentro. Álex me aprieta la mano tres veces. Es la señal para ponernos en movimiento.

Le sigo mientras bordeamos el perímetro de la ensenada, con cuidado de evitar la marisma; en apariencia parece hierba, sobre todo en la oscuridad, pero si la pisas te puedes hundir hasta la rodilla antes de darte cuenta. Álex corre desde una sombra a otra, moviéndose sin ruido entre la maleza. En ciertos lugares parece desvanecerse por completo ante mis ojos, fundirse con la oscuridad.

Mientras seguimos la curva en dirección al norte de la cala, comenzamos a ver con más claridad las garitas de vigilancia; ya parecen edificios reales, casetas bajas hechas de hormigón y cristal a prueba de balas.

Me pican las manos por el sudor, y el nudo de la garganta se ha hecho tan fuerte que siento que me estrangula. En ese momento me doy cuenta de lo estúpido que es nuestro plan. Hay cien mil cosas que podrían ir mal. El guardia de la veintiuno podría no haberse tomado el café todavía, o quizá sí, pero no en cantidad suficiente para quedarse noqueado, o puede que el valium todavía no le haya hecho efecto. E incluso si está dormido, Álex podría haberse equivocado sobre los trozos de la valla que no están electrificados, o quizá los encargados municipales aumenten el suministro eléctrico de las vallas durante la noche.

Tengo tanto miedo que me parece que me voy a desmayar. Quiero atraer la atención de Álex y gritarle que tenemos que dar la vuelta, cancelar todo el plan, pero él sigue moviéndose velozmente por delante de mí, y gritar algo o hacer cualquier otro ruido atraería la atención de los guardias. Y estos vigilantes hacen que los reguladores parezcan niños inofensivos jugando a policías y ladrones. Los reguladores y los equipos de redada tienen perros y palos; los guardias tienen fusiles y gases lacrimógenos.

Por fin llegamos al brazo norte de la ensenada. Álex se agazapa tras uno de los árboles más anchos y espera a que yo le alcance. Me agacho junto a él. Esta es mi última oportunidad de decirle que quiero volver atrás. Pero no puedo hablar, y cuando intento mover la cabeza en un gesto de negación, no sucede nada. Siento que estoy otra vez en el sueño, la oscuridad me absorbe, me debato como un insecto atrapado en un cuenco de miel.

Tal vez Álex note lo asustada que estoy, porque se inclina hacia delante y trata de encontrar mi oído a tientas. Su boca choca con mi cuello y me acaricia ligeramente la mejilla, lo que, a pesar del pánico, me hace temblar de placer;

luego me roza el lóbulo.

—Todo va a ir bien —susurra, y me siento algo mejor. Nada malo me va a suceder estando con él.

Luego nos ponemos de pie otra vez. Corremos hacia delante a intervalos, en silenciosos trayectos de un árbol al siguiente, y luego nos paramos mientras él escucha y se asegura de que no ha habido ningún cambio, ni gritos, ni sonidos de pisadas que se acercan. Los momentos de estar expuestos, mientras corremos entre dos puntos seguros, se hacen más largos a medida que los árboles comienzan a escasear: nos vamos acercando a la línea donde desaparece por completo la maleza. Ahí nos tendremos que mover en terreno descubierto, seremos completamente vulnerables. Solo hay una distancia de unos quince metros desde el último arbusto hasta la valla, pero, por lo que a mí respecta, lo mismo podría ser un lago en llamas.

Más allá de los restos destrozados de una carretera que existía antes de que Portland fuera cercada, la alambrada se alza, plateada a la luz de la luna como una telaraña gigante. Un lugar donde seres minúsculos se pegan, quedan atrapados, son devorados. Álex me ha dicho que me lo tome con calma, que me concentre cuando suba por encima del alambre de espino que la corona, pero no puedo evitar verme atravesada por todas esas puntas afiladas y punzantes.

Y de repente estamos fuera, más allá de la limitada protección que ofrecen los árboles, moviéndonos rápidamente por la gravilla suelta de la carretera vieja. Álex va delante de mí, doblado casi en dos, y yo me agacho tanto como puedo, aunque eso no me hace sentir menos expuesta. El miedo grita y me golpea desde todos los lados a la vez; nunca he sentido nada igual. No estoy segura de si el viento se levanta en ese momento o si es solo el terror que me atraviesa, pero todo mi cuerpo parece de hielo.

La oscuridad cobra vida por todas partes: está llena de sombras fugitivas y formas maliciosas y amenazantes, listas para convertirse en un guardia en cualquier momento, y me imagino el silencio interrumpido de repente por gritos, suspiros, megáfonos, balas; me imagino un dolor que florece y luces radiantes. El mundo se transforma en una serie de imágenes inconexas. La garita 21 está rodeada de un brillante círculo de luz blanca que se extiende hacia fuera, como si estuviera hambrienta y deseosa de tragarnos; dentro, un guardia duerme desplomado hacia atrás en su silla, con la boca abierta.

Álex se vuelve hacia mí sonriendo (¿es posible que esté sonriendo?), las piedrecillas bailan bajo mis pies. Todo parece lejano y remoto, tan irreal e insustancial como la sombra producida por una llama. Ni siquiera yo me siento real, no me noto respirar ni moverme, aunque debo de estar haciendo ambas cosas.

Y así, de pronto, hemos llegado a la alambrada. Álex salta y, por un momento, se detiene en el aire. Quiero gritar: « ¡Párate! ¡Párate! ». Me imagino

el crujido y el chisporroteo cuando su cuerpo reciba cincuenta mil voltios de electricidad, pero entonces aterriza en la valla, que se mece silenciosa, muerta y fría, como él dijo.

Yo tendría que subir después de él, pero no puedo. Todavía no. Me invade un sentimiento de asombro que hace retroceder al miedo poco a poco. La alambrada fronteriza me ha inspirado pánico desde que era una cría. Nunca me he acercado a menos de un metro. Se nos ha advertido que no lo hagamos, nos han machacado con ello. Nos dijeron que nos freiríamos, nos dijeron que la valla haría que nuestro corazón se volviera loco, que nos mataría al momento.

Entonces extendiendo el brazo y engancho la mano en ella, paso los dedos por encima. Muerta, fría e inofensiva: es del mismo tipo que la usada en Portland para los parques infantiles y los patios escolares. En ese segundo realmente me doy cuenta de lo profundas y complejas que son las mentiras que, como alcantarillas, vertebran la ciudad recorriéndolo todo, llenándola de hedor: un lugar construido y enjaulado dentro de un perímetro de falsedades.

Álex es un escalador rápido, ya ha llegado a la mitad de la valla. Mira por encima del hombro y ve que sigo allí de pie, como una idiota, sin moverme. Me hace un gesto con la cabeza, como preguntando: « ¿Qué haces?» .

Vuelvo a poner la mano en la alambrada y al momento la retiro otra vez. De repente me recorre una descarga, pero no tiene que ver con el voltaje que debería estar circulando por ahí. Se me acaba de ocurrir una cosa.

Han mentido sobre todo: sobre la valla, sobre la existencia de los inválidos, sobre un millón de cosas más. Nos han dicho que las redadas se llevaban a cabo por nuestra propia protección. Nos dijeron que a los reguladores solo les interesaba mantener la paz.

Nos dijeron que el amor era una enfermedad. Nos dijeron que acabaría matándonos.

Por primera vez me doy cuenta de que esto, también, podría ser una mentira.

Álex se mece con cuidado de un lado a otro, con lo que la alambrada se mueve un poco. Miro hacia arriba y me vuelve a hacer un gesto. Aquí corremos peligro. Alzo el brazo, agarro la valla y comienzo a escalar. Estar ahí subidos es incluso peor que estar corriendo por la gravilla. Al menos allí teníamos más control, podríamos haber visto si algún guardia estaba patrullando, podríamos haber regresado a la cala con la esperanza de refugiarnos en la oscuridad y los árboles. Una pequeña esperanza, pero esperanza al fin y al cabo. Aquí estamos de espaldas a las garitas, y siento que soy un gigantesco objetivo móvil con un letrero en la espalda que dice: DISPÁrame.

Álex llega arriba antes que yo y le veo abrirse paso lenta y laboriosamente, entre las curvas de alambre de espino. Consigue pasar y baja con cuidado por el otro lado, descendiendo unos pocos metros y haciendo una pausa para esperarme. Sigo sus movimientos al milímetro. Estoy temblando por el miedo y

el cansancio, pero consigo pasar por encima de la valla y enseguida bajo por el otro lado. Mis pies tocan el suelo. Álex me toma de la mano y me lleva rápidamente hacia los bosques, lejos de la frontera.

Hacia la Tierra Salvaje.

María, saca el paraguas, el sol brilla esta mañana, pero si cae la ceniza, tal vez te llene de canas. María, rema con fuerza, vienen olas encarnadas, y no se puede saber si son sangre o rojas aguas.

«Miss Mary» (juego de palmas que se remonta a la época del Gran Bombardeo), *Juegos de palmas y más – Historia del juego.*

Las luces de la garita desaparecen de repente como si las hubieran guardado en una cámara sellada. Los árboles se cierran a nuestro alrededor, las hojas y los arbustos me aprietan por todas partes, me acarician la cara, las espinillas y los hombros como miles de manos oscuras. Comienza una extraña cacofonía de seres que aletean, criaturas que ululan y animales que huyen entre la maleza. El aire huele tan intensamente a flores y a vida que parece tener textura, como si fuera una cortina que se pudiera apartar. Oscuridad total. No puedo ni siquiera ver a Álex delante de mí, solo siento su mano que tira de la mía.

Creo que ahora estoy aún más asustada que cuando estábamos cruzando, y le aprieto la mano a Álex con la esperanza de que me entienda y se pare.

—Un poco más —su voz llega desde la penumbra que se extiende delante de mí.

Sigue tirando de mi mano para que continúe. Caminamos despacio. Oigo el crujido de palos que se rompen bajo nuestros pies y el rumor de las ramas que se apartan a nuestro paso, y sé que está tratando de abrir un sendero. Parece que avanzamos centímetro a centímetro, pero es asombroso lo rápido que hemos perdido de vista la frontera y todo lo que está al otro lado, como si nunca hubiera existido. A mi espalda solo queda oscuridad. Es como estar bajo tierra.

—Álex... —empiezo a decir. Me sale la voz extraña y medio estrangulada.

—Alto —dice—. Espera.

Suelta mi mano y yo pego un respingo. Luego, sus manos tantean buscando las mías y su boca se choca contra mi nariz cuando me besa.

—No pasa nada —dice.

Lucho por respirar con normalidad, sintiéndome estúpida. Me pregunto si lamenta haberme traído. No es que haya sido precisamente miss Valentía.

Como si pudiera leerme la mente, me besa de nuevo, esta vez cerca de la comisura de los labios. Supongo que sus ojos tampoco se han acostumbrado aún a

la oscuridad.

—Lo estás haciendo muy bien —dice. Ahora habla casi a un volumen normal, así que supongo que estamos a salvo—. No me voy a ninguna parte. Es solo que tengo que encontrar la puñetera linterna, ¿vale?

—Sí, vale.

Luego le oigo tantear entre las ramas que nos rodean, musitando pequeñas maldiciones entre dientes en un monólogo que no acabo de entender. Un minuto después, suelta un grito de alegría; en ese momento, se alza un amplio rayo de luz que ilumina un lugar densamente poblado de árboles y vegetación.

—La encontré —dice sonriendo y enseñándome orgulloso la linterna. Dirige la luz hacia una caja de herramientas herrumbrosa, medio enterrada en el suelo —. La dejamos aquí para los que cruzan —explica—. ¿Estás preparada?

Asiento con la cabeza: me siento mucho mejor ahora que podemos ver por dónde vamos. Las ramas forman un dosel por encima de nuestras cabezas; me recuerda el techo abovedado de la catedral de San Pablo, donde me sentaba en la escuela dominical para escuchar sermones sobre los átomos, las probabilidades y el orden divino. Las hojas se agitan y hacen ruido a nuestro alrededor, un movimiento constante de verdes y negros que bailan y saltan de rama en rama. De vez en cuando, la luz de la linterna se refleja en unos ojos brillantes que nos miran solemnemente desde el interior de la masa de follaje antes de desaparecer de nuevo en la oscuridad. Es increíble. Nunca he visto nada igual, toda esta vida que surge por todos lados y crece como si a cada segundo estuviera expandiéndose y empujando hacia arriba. Realmente no puedo explicarlo, pero me hace sentir pequeña y un poco tonta, como si hubiera entrado sin permiso en un territorio que pertenece a alguien mucho más viejo y más importante que yo.

Álex camina ahora con mayor confianza, y de vez en cuando aparta una rama para que yo pueda pasar por debajo o golpea las que nos bloquean el paso. No estamos siguiendo ningún sendero que yo pueda distinguir, y un cuarto de hora después empiezo a temer que estemos caminando en círculos, o que nos estemos adentrando más y más en los bosques sin ningún destino definido. Estoy a punto de preguntarle cómo sabe adónde vamos cuando noto que de vez en cuando duda y dirige la luz de la linterna hacia los troncos de los árboles que nos rodean como altas siluetas espectrales. Algunos de ellos están marcados con una franja de pintura azul.

—Esas marcas...

Álex me lanza una mirada por encima del hombro.

—Son nuestra hoja de ruta —dice mientras sigue caminando—. Por aquí no conviene perderse, créeme.

De golpe, los árboles se acaban. Un momento estamos en mitad del bosque, rodeados por todos lados, y al siguiente salimos a un camino pavimentado, una cinta de hormigón plateada por la luz de la luna que me recuerda a una lengua

acanalada.

El camino está lleno de agujeros, agrietado y combado en algunos sitios, así que tenemos que sortear montones enormes de escombros. Serpentea por la ladera de una colina baja y luego desaparece tras la cima, donde comienza otra hilera negra de árboles.

—Dame la mano —dice Álex.

Vuelve a susurrar y, sin saber por qué, me alegro. Por alguna razón, me siento como si acabara de entrar en un cementerio. A ambos lados de la carretera hay claros descomunales cubiertos de hierba que me llega hasta la cintura, hierba que canta y susurra, y algunos arbolitos finos, que parecen frágiles en medio de tanto terreno abierto. Parece haber también algunas vigas, vigas de madera enormes apiladas unas encima de otras, y amasijos metálicos que brillan entre la hierba.

—¿Qué es eso? —musito, pero en cuanto hago la pregunta se me forma un pequeño grito en la garganta: ya lo veo, lo sé.

En mitad de uno de esos campos de hierba susurrante hay un gran camión azul perfectamente intacto, como si alguien acabara de usarlo para venir a celebrar un *picnic*.

—Esto era una calle —dice Álex; su voz se ha puesto tensa—. Fue destrozada durante el Gran Bombardeo. Hay miles y miles de ellas por todo el país. Fueron voladas, totalmente destruidas.

Me estremezco. Con razón me sentía como si estuviera caminando por un cementerio. De alguna manera, eso es lo que es. El Gran Bombardeo fue una campaña que tuvo lugar mucho antes de que yo naciera, cuando mi madre era aún un bebé. Se suponía que había acabado con todos los inválidos y con todos los resistentes que no quisieron dejar sus casas y trasladarse a comunidades aprobadas. Mi madre me dijo una vez que sus primeros recuerdos estaban nublados por el sonido de las bombas y el olor a humo. Decía que ese olor a quemado siguió llegando hasta la ciudad durante años, y que cada vez que soplabla el viento traía consigo una capa de ceniza.

Seguimos caminando. Me dan ganas de llorar. Estar aquí, ver esto, no se parece en nada a lo que me enseñaron en las clases de Historia: pilotos sonrientes con el pulgar levantado, gente que vitoreaba en las fronteras porque al fin estábamos a salvo, casas incineradas limpiamente, sin desorden, como si simplemente fueran borradas de una pantalla de ordenador. En los libros de Historia no había gente que viviera en aquellas casas: eran solo sombras, espectros, seres irreales. Pero a medida que Álex y yo caminamos de la mano por la carretera bombardeada, comprendo que no fue así en absoluto. Hubo caos y gritos y sangre y olor a carne quemada. Había gente: gente de pie y gente que comía, que hablaba por teléfono, que freía huevos o cantaba en la ducha. Me abruma la tristeza por todo lo que se perdió, y me lleno de odio hacia los que provocaron todo eso. Mi gente, o al menos quienes eran mi gente. Ya no sé quién

soy, adónde pertenezco.

Aunque eso no es del todo cierto. Álex. Sé que yo soy de Álex.

Un poco más arriba, en la colina, nos encontramos una elegante casa blanca en mitad de un campo. Por alguna razón, escapó sin daños al bombardeo y, aparte de una contraventana que se ha soltado y cuelga en un ángulo extraño bamboleándose ligeramente por el viento, es como cualquier casa de Portland. Aquí parece pequeña y fuera de lugar, en medio de todo ese vacío, rodeada por la metralla de los vecinos desintegrados. Es como un cordero solitario que se ha perdido en un prado ajeno.

—¿Vive alguien ahí ahora? —le pregunto.

—A veces la gente la ocupa, cuando llueve o hiela. Pero solo los errantes, los inválidos que van todo el tiempo de un lado a otro —dice haciendo una brevísima pausa antes de decir « inválidos » , torciendo el gesto como si la palabra le supiera mal—. En general, nos mantenemos alejados de aquí. La gente dice que los bombarderos podrían volver para rematar el trabajo. Pero en realidad es un asunto de superstición. Piensan que la casa trae mala suerte. Aunque la han vaciado completamente: camas, mantas, ropa, todo. De aquí saqué mis platos — añade con una sonrisa forzada.

Hace algún tiempo me contó que tenía un sitio propio en la Tierra Salvaje, pero cuando le pedí más detalles, se cerró en banda y me dijo que esperara. Todavía me resulta raro pensar que la gente que vive aquí, en medio de esta inmensidad, necesita platos y mantas y otras cosas normales.

—Por aquí.

Me saca de la carretera y me lleva de nuevo hacia los bosques. La verdad es que me alegro de volver a los árboles. Se percibía una extraña pesadumbre en aquel espacio abierto, con la casa solitaria, el camión oxidado y los edificios destruidos, una herida abierta en la superficie del mundo.

Esta vez seguimos un sendero bastante transitado. Los troncos siguen teniendo marcas azules a intervalos, pero no parece que Álex tenga que orientarse por ellas. Caminamos ligeros, el delante y yo detrás. Los árboles no son tan ásperos en esta zona y alguien ha debido de arrancar la maleza, así que es más fácil avanzar. Bajo mis pies, la tierra ha sido apisonada a lo largo del tiempo por el peso de muchos otros pies. El corazón empieza a latirme con fuerza contra las costillas. Noto que nos estamos acercando.

Álex se vuelve a mirarme, tan bruscamente que casi choco con él. Apaga la linterna; en la repentina oscuridad se alzan extrañas siluetas que parecen tomar forma y luego se desvanecen.

—Cierra los ojos —dice, y noto que está sonriendo.

—¿Para qué? No veo nada.

Prácticamente puedo oír que pone los ojos en blanco.

—Venga, Lena.

—Vale.

Cierro los ojos y Álex toma mis manos entre las suyas. Luego me lleva hacia delante otros seis metros, murmurando cosas como «levanta el pie. Hay una roca» o «un poco a la izquierda». Un ligero nerviosismo va creciendo en mi interior. Por fin nos detenemos y me suelta.

—Ya hemos llegado —dice con tono expectante—. Abre los ojos.

Los abro y por un momento no puedo hablar. Abro la boca varias veces y tengo que cerrarla de nuevo: por más que lo intento, no me sale la voz.

—¿Y bien? —Álex se mueve nerviosamente junto a mí—. ¿Qué te parece?

—Es... es de verdad —tartamudeo por fin.

Suelta una carcajada.

—Claro que es de verdad.

—Quiero decir que es asombroso.

Avanzo algunos pasos. Ahora que estoy aquí, no recuerdo cómo me imaginaba que era la Tierra Salvaje exactamente, pero, fuera lo que fuera, no me figuraba esto. Un claro largo y amplio corta el bosque, aunque en algunos sitios los árboles han empezado a crecer unos junto a otros, elevando sus esbeltos troncos hacia el cielo que se extiende por encima de nosotros; un dosel vasto y reluciente, con la luna sentada en el centro, brillante, enorme, hinchada. Rosas silvestres rodean un abollado letrero, tan descolorido que casi no se puede leer. Apenas puedo distinguir las palabras PARQUE DE CARAVANAS DE CREST VILLAGE. El claro está lleno de caravanas y otras residencias más creativas: lonas extendidas entre varios árboles, con mantas y cortinas de ducha que hacen de puertas, camiones herrumbrosos con tiendas montadas en la parte trasera de la cabina, viejas furgonetas con telas colocadas en las ventanas para preservar la intimidad. El claro está lleno de agujeros donde se han encendido fuegos de campamento a lo largo del día; en este momento, bastante después de la medianoche, siguen humeando. Huele a madera carbonizada.

—¿Ves? —Álex sonríe y extiende los brazos—. El bombardeo no acabó con todo.

—No me lo habías contado —digo mientras echo a andar hacia el centro del claro, evitando unos troncos que están colocados en círculo como si fuera una sala de estar al aire libre—. No me dijiste que era así.

Se encoge de hombros, trotando junto a mí como un cachorro feliz.

—Es el tipo de lugar que tienes que ver por ti misma —afirma echando con el pie un poco de tierra sobre un fuego moribundo—. Parece que hemos llegado demasiado tarde para la fiesta de esta noche.

Mientras avanzamos por el claro, me señala cada «casa» y me cuenta algo sobre la gente que vive allí, hablando todo el tiempo en susurros para no despertar a nadie. Algunas historias ya las he oído antes, otras me resultan totalmente nuevas. No estoy del todo concentrada en lo que dice, pero agradezco el sonido

de su voz, grave y seguro, familiar y reconfortante. Aunque el asentamiento no es muy grande, quizá unos doscientos metros de longitud, siento como si el mundo se hubiera abierto por la mitad, revelando una profundidad y una sucesión de capas que nunca hubiera podido imaginar.

No hay muros. No hay muros por ninguna parte. En comparación, Portland parece diminuta, apenas un puntito.

Álex se detiene delante de una deslucida caravana gris. Le faltan las ventanas y los huecos han sido tapados con cuadrados de tela multicolor.

—Y... bueno... esta es mi casa.

Hace un gesto incómodo. Es la primera vez que se muestra nervioso en toda la noche, lo que me pone nerviosa a mí. Me trago el impulso urgente y totalmente inapropiado de soltar una carcajada histérica.

—¡Anda! Es... es...

—No parece gran cosa desde fuera —interrumpe él apartando la mirada mientras se muerde la comisura del labio—. ¿Quieres... eh, entrar?

Asiento con la cabeza, segura de que si intentara hablar en este momento, volvería a quedarme sin voz. He estado a solas con él muchas veces, pero esta es diferente. Aquí no hay ojos que esperen atraparnos, ni voces que deseen gritarnos, ni manos listas para separarnos; solo kilómetros y kilómetros de espacio.

Me ilusiona y me asusta a la vez. Aquí podría suceder cualquier cosa, y cuando se inclina para besarme es como si el peso de la oscuridad aterciopelada que nos rodea, el rumor suave de los árboles, el ruido de los animales ocultos, comenzara a golpearme en el pecho, haciéndome sentir que me disuelvo y me fundo con la noche. Cuando se aparta, me lleva algunos momentos recuperar el aliento.

—Ven —dice.

Apoya un hombro contra la puerta de la caravana hasta que se abre con un chirrido.

Dentro está oscuro. Distingo algunas siluetas vagas que desaparecen al cerrar la puerta, tragadas por la penumbra.

—Aquí no hay electricidad —dice Álex.

Se mueve por la caravana chocándose contra los objetos, maldiciendo de vez en cuando entre dientes.

—¿Tienes velas? —pregunto.

La caravana huele raro, como a hojas de otoño caídas. Es agradable. Hay también otros olores: el limón penetrante y agudo del líquido de limpieza y, más débilmente, el aroma de la gasolina.

—Tengo algo mejor —dice mientras suena un crujido. Me cae un poco de agua desde arriba, y ahogo un grito—. Perdón, perdón. Hace tiempo que no vengo. Cuidado —se disculpa Álex.

Más ruidos. Y luego, lentamente, el techo de la caravana tiembla, se enrolla sobre sí mismo y, de repente, el cielo se revela en su inmensidad. La luna está casi directamente encima de nosotros, bañando con su luz el interior de la caravana y coronándolo todo de plata. Ahora veo que el techo es en realidad un enorme plástico, una versión grande de lo que se usaría para tapar una barbacoa. Álex está de pie en una silla, enrollándolo, y con cada centímetro que recoge aparece un poco más de cielo y todo el interior resplandece con más intensidad.

Me quedo sin aliento.

—¡Es precioso!

Álex me lanza una mirada por encima del hombro y sonríe. Continúa recogiendo el plástico, parando cada pocos minutos para mover la silla hacia delante y comenzar de nuevo.

—Un día, una tormenta se llevó la mitad del techo. Yo no estaba aquí, por suerte —él también resplandece, sus brazos y hombros tienen un ligero toque plateado. Como en la noche de la redada, me acuerdo de los cuadros de ángeles que extienden las alas—. Decidí que más valía quitarlo del todo —continúa mientras acaba de recoger el plástico. Luego salta de la silla y se vuelve hacia mí con una sonrisa—. Es mi propia casa descapotable.

—Es increíble —digo, y lo pienso de verdad.

El cielo parece tan cercano... Podría alzar el brazo y llegar con los dedos hasta la luna.

—Ahora voy a buscar las velas.

Álex pasa por mi lado hacia la zona de la cocina y se pone a revolver. Ya puedo distinguir los objetos más grandes, aunque los detalles se pierden en la penumbra. Hay una pequeña estufa de leña en un rincón. En el extremo opuesto hay una cama individual. Al verla, mi estómago da un vuelco y me asaltan un montón de recuerdos: Carol, sentada en mi cama, hablándome con su tono comedido sobre las expectativas de marido y mujer; Jenny que se pone la mano en la cadera y me suelta que no voy a saber qué hacer cuando llegue el momento; historias murmuradas sobre Willow Marks; Hana preguntándose en voz alta en los vestuarios cómo será el sexo, mientras yo le digo en voz baja que se calle, al tiempo que miro por encima del hombro para asegurarme de que nadie nos oye.

Álex encuentra un puñado de velas y se pone a encenderlas una por una, y las esquinas del cuarto van tomando forma a medida que coloca las luces cuidadosamente por la caravana. Lo que más me sorprende son los libros. Siluetas abultadas que en la semipenumbra parecían parte del mobiliario se revelan ahora como altísimos montones de libros; hay más de los que he visto en ningún otro sitio, si no contamos la biblioteca. Hay tres estanterías apoyadas contra una pared. Hasta la nevera, que tiene la puerta rota, está llena de ellos.

Cojo una vela y miro los títulos. No reconozco ninguno.

—¿Qué libros son estos?

Algunos de los volúmenes están tan viejos y estropeados que temo que si los toco se harán pedazos. Voy leyendo en un susurro inaudible los nombres de los lomos, al menos los que distingo: Emily Dickinson, Walt Whitman, William Wordsworth.

Álex me mira.

—Es poesía —dice.

—¿Qué es la poesía?

Nunca había oído esa palabra, pero me gusta su sonido. Es elegante y al mismo tiempo natural, como una mujer bella que aparece con un vestido largo.

Álex enciende la última vela. Ahora la caravana está llena de una luz cálida que parpadea. Se acerca conmigo a las estanterías y se agacha buscando algo. Saca un libro, se pone de pie y me lo pasa para que lo mire.

Poemas de amor famosos.

El estómago me da un vuelco al ver esa palabra, *amor*, escrita tan descaradamente en la tapa de un libro. Álex me observa intensamente, así que para ocultar mi desazón lo abro y recorro la lista de autores que aparece en las primeras páginas.

—¿Shakespeare? —ese nombre lo reconozco de las clases de salud—. ¿El tipo que escribió *Romeo y Julieta*, esa historia aleccionadora?

Álex suelta una carcajada.

—No es un cuento aleccionador —dice—. Es una gran historia de amor.

Me acuerdo de aquel día en los laboratorios: la primera vez que vi a Álex. Me parece que ha pasado una eternidad. Recuerdo que mi mente daba vueltas a la palabra *bello*. Recuerdo que pensé algo sobre el sacrificio.

—Prohibieron la poesía hace años, justo cuando descubrieron la cura —explica mientras me quita el libro y lo abre—. ¿Te gustaría escuchar un poema?

Asiento. Él tose, se aclara la garganta, luego cuadra los hombros y flexiona el cuello como si estuviera a punto de entrar en un partido de fútbol.

—Venga —digo entre risas—. Te estás distraendo.

Se aclara otra vez la garganta y comienza a leer:

—¿A un día de verano habré de compararte?

Cierro los ojos y escucho. La sensación que tenía antes de estar rodeada de calor se hincha y crece dentro de mí como una ola. La poesía no se parece a nada que yo haya escuchado antes. No lo comprendo todo, solo fragmentos de imágenes, frases que parecen a medio terminar, todas aleteando juntas como cintas de colores vivos en el viento. Me doy cuenta de que me recuerda a la música que me dejó muda de asombro hace casi dos meses en la granja. Me produce ese mismo efecto: me hace sentir triste y llena de júbilo al mismo tiempo.

Termina de leer. Cuando abro los ojos, me está mirando.

—¿Qué? —pregunto. La intensidad de su mirada casi me deja sin aliento, como si me estuviera viendo por dentro.

No me contesta directamente. Avanza algunas páginas en el libro, pero no lo mira. Mantiene sus ojos clavados en mí.

—¿Quieres oír otro? —pregunta, aunque no espera a que le conteste para empezar a recitar—. *¿Cómo te amo? Deja que cuente los modos.*

Ahí está esa palabra otra vez *amor*. El corazón se me detiene cuando Álex la pronuncia, y luego se pone a latir a mil por hora.

—*Te amo con toda la profundidad, amplitud y altura que mi alma alcanza...*

Sé que solo está diciendo las palabras de otra persona, pero, de cualquier forma, parecen venir de él. Sus ojos bailan con la luz, en cada uno veo reflejado el punto brillante de la llama de las velas.

Avanza un paso y me besa suavemente en la frente.

—*Te amo hasta el nivel de la más silenciosa necesidad cotidiana...*

Parece como si el suelo se balanceara, como si me estuviera cayendo.

—Álex... —empiezo a decir, pero las palabras se me quedan enredadas en la garganta.

Me besa los pómulos, un beso suave, delicioso, que apenas me roza la piel.

—*Te amo libremente...*

—Álex —digo un poco más alto. Me late el corazón a tal velocidad que temo que se me salga entre las costillas.

Se aparta un poco y me lanza una sonrisa torcida.

—Elizabeth Barrett Browning —dice, y luego me pasa un dedo por el puente de la nariz—. ¿No te gusta?

La forma en que lo dice, tan grave y tan seria, mientras me sigue mirando a los ojos, me hace sentir que en realidad está preguntando otra cosa.

—No. Es decir, sí. Quiero decir que me gusta, pero...

La verdad es que no estoy segura de lo que quiero decir. No soy capaz de hablar ni de pensar con claridad. En mi interior se arremolina una sola palabra, una tormenta, un huracán, y tengo que apretar bien los labios para impedir que crezca tanto que me llegue a la lengua y consiga salir. *Amor, amor, amor, amor.* Una palabra que no he pronunciado jamás con todo su significado ante nadie, una palabra que en realidad ni siquiera me he permitido pensar nunca.

—No tienes que darme explicaciones.

Álex retrocede otro paso. De nuevo tengo la sensación confusa de que estamos hablando de cosas distintas. De alguna manera, le he decepcionado. Lo que acaba de pasar entre nosotros —y algo ha pasado, aunque no estoy segura de qué o cómo o por qué— le ha entristecido. Lo puedo ver en sus ojos, aunque sigue sonriendo, y me hace desear disculparme, o echarle los brazos al cuello y pedirle que me bese. Pero aún me da miedo abrir la boca, me da miedo que la palabra salga disparada, y me da más miedo todavía lo que viene después.

—Ven aquí —Álex deja el libro y me ofrece su mano—. Quiero enseñarte algo.

Me lleva hasta la cama y de nuevo una oleada de timidez se apodera de mí. No estoy segura de lo que espera y, cuando se sienta, me hago la remolona, sintiéndome cohibida.

—No pasa nada. Lena —dice.

Como siempre, oírle decir mi nombre me relaja. Se echa hacia atrás en la cama y se tiende de espaldas; yo hago lo mismo hasta quedar tumbada junto a él. La cama es estrecha. Hay espacio justo para los dos.

—¿Ves? —dice alzando la barbilla.

Sobre nuestras cabezas, las estrellas resplandecen: miles y miles de ellas, tantas que parecen copos de nieve que giran en la oscuridad color tinta. No puedo contener mi asombro, y ahogo una exclamación admirada. Creo que nunca he visto tantas estrellas en mi vida. El cielo parece tan cercano —tensado sobre nuestras cabezas, más allá de la caravana descapotable— que me siento caer hacia él, como si pudiéramos saltar de la cama, aterrizar en su superficie y botar hacia él como si estuviéramos sobre una cama elástica.

—¿Qué te parece? —pregunta.

—Hace que me sienta llena de... de *amor* —la palabra sale de repente y al momento se me quita el peso que tenía en el pecho—. De *amor* —vuelvo a decir, saboreando la palabra.

Una vez que lo has probado, sale sin dificultad. Corta. Concreta. No se pega a la lengua. Es asombroso que nunca la haya pronunciado de este modo.

Noto que Álex está contento. La sonrisa en su voz se hace más grande.

—Lo de no tener tuberías es una lata —dice—. Pero tienes que admitir que la vista mola un montón.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí... —me sale la frase sola y empiezo a tartamudear—. Es decir, no en serio. No para siempre, pero... Ya sabes lo que quiero decir.

Álex me pasa un brazo bajo el cuello. Me acerco poco a poco y apoyo la cabeza en el punto donde el hombro se junta con el pecho; ahí encajo a la perfección.

—Me alegro de que hayas podido verlo —dice.

Durante un rato, simplemente nos quedamos ahí en silencio. Su pecho sube y baja con la respiración y, poco después, ese mismo movimiento hace que me entre sueño. Me pesan muchísimo los brazos y las piernas, y las estrellas parecen estar reordenándose en palabras. Quiero seguir mirando, leer su significado, pero también me pesan los párpados: imposible, imposible mantener los ojos abiertos.

—¿Álex?

—¿Sí?

—Recita ese poema otra vez.

Mi voz no parece mía, mis palabras parecen venir desde lejos.

—¿Cuál de todos? —susurra.

—El que te sabes de memoria —a la deriva, voy a la deriva.

—Me sé muchos de memoria.

—Cualquiera de ellos, entonces.

Respira hondo y comienza:

—*Llevo tu corazón conmigo. Lo llevo en mi corazón. Nunca estoy sin él...*

Sigue hablando y sus palabras me pasan por encima como si me lavaran, como la luz del sol pasa sobre la superficie del agua y se filtra hasta las profundidades, iluminando la oscuridad. Mantengo los ojos cerrados. Es asombroso: aún puedo ver las estrellas, galaxias enteras que florecen desde la nada, soles rosas y violetas, vastos océanos plateados, mil lunas blancas.

Parece que solo llevo dormida cinco minutos cuando Álex me despierta suavemente. El cielo sigue teniendo una negrura de tinta, la luna está alta y brillante, pero por la forma en que las velas se han consumido a nuestro alrededor, noto que debo de haber dormido al menos una hora.

—Debemos irnos —dice apartándose el cabello de la frente.

—¿Qué hora es? —mi voz está aún teñida de sueño.

—Un poco menos de las tres —Álex se sienta y salta de la cama; luego me tiende una mano y me ayuda a ponerme de pie—. Tenemos que cruzar antes de que despierte la Bella Durmiente.

—¿La Bella Durmiente? —muevo la cabeza, confusa.

Álex se ríe suavemente.

—Después de la poesía —dice inclinándose para besarme—, pasamos a los cuentos de hadas.

Más tarde volvemos a cruzar los bosques, bajamos por el sendero estropeado que pasa entre las casas bombardeadas y nos internamos en los bosques otra vez. Todo el tiempo tengo la sensación de que no me he despertado del todo. Ni siquiera me da miedo ni estoy nerviosa cuando escalamos la valla. Pasar por el alambre de espino es muchísimo más fácil la segunda vez, y tengo la sensación de que las sombras tienen textura y nos cobijan como una capa. El guardia de la garita número veintiuno sigue exactamente en la misma posición, con la cabeza echada hacia atrás, los pies sobre la mesa y la boca abierta. Enseguida estamos recorriendo el perímetro de la ensenada. Luego nos deslizamos silenciosos por las calles hacia Deering Highlands, y es entonces cuando se me ocurre la idea más extraña, entre el deseo y el temor quizá todo esto sea un sueño y cuando despierte me vuelva a encontrar en la Tierra Salvaje. Quizá me despierte para descubrir que siempre he estado allí, y que todo Portland y los laboratorios y el toque de queda y la intervención han sido una pesadilla larga y retorcida.

Brooks 37. Entramos por la ventana y el calor y el olor a moho nos golpean fuerte, como un muro. Solo he pasado unas horas allí y ya echo de menos la

Tierra Salvaje, el viento entre los árboles que suena como el océano, los increíbles olores de las plantas en flor, las cosas invisibles que se mueven, toda esa vida que puja y se extiende en todas las direcciones, y más y más y más...

Sin muros...

Luego, Álex me lleva al sofá y me cubre con una manta, me besa y me desea buenas noches. Tiene el turno de mañana en los laboratorios y le queda apenas el tiempo justo para ir a casa, ducharse y llegar al trabajo. Escucho cómo sus pasos se disuelven en la oscuridad.

Después duermo.

Amor, una sola palabra, una cosa pequeña, una palabra no mayor ni más larga que el filo de una navaja. Eso es lo que es: una cuchilla. Corta tu vida por el centro, separándolo todo en dos, haciendo que caiga a uno u otro lado. *Antes y después*.

Antes y después. Pero también *durante*: un instante no mayor ni más largo que el filo de una navaja.

Vive libre o muere.

Antiguo dicho, de procedencia desconocida, incluido en
la *Compilación exhaustiva de palabras e ideas peligrosas*,
www.cepip.gob.org

Lo más extraño de la vida es que sigue su traqueteo, ciega e ignorante, incluso cuando tu mundo privado, la pequeña esfera que te has forjado, se retuerce y deforma hasta que llega a explotar. Un día tienes padres, al siguiente eres huérfana. Un día tienes un lugar y un camino. Al siguiente estás perdida en una selva.

Y sin embargo, el sol sigue saliendo y las nubes se juntan y van a la deriva y la gente compra comida y las persianas suben y bajan y se tira de la cadena. Es entonces cuando te das cuenta de que casi todo, la vida, el incesante mecanismo de existir, no tiene que ver contigo. No te incluye en absoluto. Va a empujarte hacia delante incluso después de que hayas saltado más allá. Incluso después de que hayas muerto.

Cuando por la mañana vuelvo al centro de la ciudad, me sorprende lo normal que parece todo. No sé qué esperaba. No es que pensara realmente que los edificios fueran a derrumbarse de un día para otro o que las calles se fundieran y quedaran solo escombros, pero me sigue chocando ver a un montón de gente con cartera, tenderos que suben el cierre de sus negocios y un coche que intenta avanzar por una calle concurrida.

Parece absurdo que no lo sepan, que no hayan sentido ningún cambio ni temblor, en este momento en que mi vida se ha vuelto del revés. Mientras me dirijo a casa, no dejo de sentirme paranoica, como si alguien fuera capaz de oler la Tierra Salvaje en mí, como si pudieran adivinar solo con mirarme a la cara que he cruzado al otro lado. Me pica la nuca como si me rozaran las ramas de los árboles, y no hago más que sacudir la mochila para asegurarme de que no quedan hojas o semillas (no es que importe, ¡como si no hubiera árboles en Portland!). Pero nadie me mira. Son casi las nueve y la mayor parte de la gente se afana para llegar a tiempo al trabajo. Un borrón interminable de personas normales que hacen cosas normales con los ojos fijos en lo que tienen delante, sin prestar atención a la chica bajita y sosa que pasa por su lado con una mochila abultada.

La chica bajita y sosa con un secreto que le quema por dentro como el fuego.

Es como si la noche que he pasado en la Tierra Salvaje hubiera agudizado mi visión por los bordes. Aunque superficialmente todo está igual, de algún modo me parece distinto, poco sólido, casi como si pudiera atravesar los edificios y el cielo y hasta la gente con la mano. Me viene a la cabeza un día, cuando era muy pequeña, en que Rachel se puso a hacer un castillo de arena en la playa. Debí de trabajar en él durante horas, usando diferentes vasos y cubos para dar forma a torres y torretas. Cuando lo terminó parecía perfecto, como si estuviera hecho de piedra. Pero luego subió la marea, y no hicieron falta más que dos o tres olas para acabar con él totalmente. Recuerdo que me eché a llorar, y mi madre me compró un helado y me hizo compartirlo con mi hermana.

Este es el aspecto que tiene Portland esta mañana, como algo que corre peligro de disolverse.

No hago más que pensar en lo que dice siempre Álex: «Somos más de los que crees». Miro de reojo a la gente que pasa, pensando que ahora tal vez será capaz de encontrar alguna señal secreta en su cara, una marca de la resistencia. Pero todo el mundo tiene el mismo aspecto de siempre: agobiado, apresurado, ausente.

Cuando llego a casa, Carol está en la cocina lavando los platos. Intento pasar rápido junto a ella, pero me llama. Me detengo con un pie en las escaleras. Sale al pasillo, secándose las manos en un trapo.

—¿Cómo te ha ido en casa de Hana? —pregunta.

Sus ojos me recorren el rostro buscando, como si quisiera comprobar algo. Intento contener otro ataque de paranoia. No hay forma de que sepa dónde he estado.

—Bien —digo encogiéndome de hombros, esforzándome porque mi voz suene natural—. Pero no es que hayamos dormido mucho.

—Ah —Carol sigue mirándome intensamente—. ¿Y qué hicisteis?

Lleva años sin preguntarme por lo que hemos hecho en casa de Hana. «Aquí pasa algo», pienso.

—Pues ya sabes, lo normal. Vimos la tele un rato. Hana tiene como siete canales.

No sé si mi voz suena extraña y demasiado aguda, o son solo imaginaciones mías.

Carol aparta la mirada y tuerce la boca como si se hubiera bebido accidentalmente un trago de leche agria. Noto que está buscando una forma de decir algo que no es agradable, porque se le pone ese gesto hosco que tiene cuando da malas noticias. «Sabe lo de Álex, lo sabe, lo sabe». Las paredes se acercan unas a otras y el calor es sofocante.

Luego, para mi sorpresa, su boca se curva en una sonrisa y me pone una mano en el brazo.

—¿Sabes, Lena...? No va a ser así durante mucho más tiempo.

He conseguido no pensar en la operación durante veinticuatro horas, pero ahora ese número horrible, inminente, vuelve a mi cabeza proyectando una sombra sobre todo. Diecisiete días.

—Lo sé —consigo decir. Ahora mi voz suena claramente distorsionada.

Carol asiente y mantiene esa extraña sonrisa fija en la cara.

—Se que te resultará difícil de creer, pero no la echarás de menos cuando todo pase.

—Lo sé.

Como si tuviera una rana moribunda en la garganta.

Ella sigue asintiendo de forma muy enérgica. Parece como si tuviera la cabeza conectada a un yo-yo. Me da la impresión de que quiere decir algo más, algo que me tranquilice, pero claramente no se le ocurre nada porque nos quedamos allí, paralizadas, durante casi un minuto.

Al final digo:

—Voy arriba. Ducha.

Necesito toda mi fuerza de voluntad para conseguir pronunciar esas palabras. Diecisiete días. El número no hace más que dar vueltas por mi mente como una sirena de bomberos.

Carol parece aliviada de que yo haya roto el silencio.

—Vale —dice—. Vale.

Empiezo a subir las escaleras de dos en dos. Estoy impaciente por encerrarme en la habitación. Aunque la temperatura de la casa debe de superar los veintiséis grados, quiero colocarme bajo una corriente de agua muy caliente y convertirme en vapor.

—Ah. Lena —Carol me llama casi como si acabara de acordarse. Me vuelvo, pero ella no me mira. Está inspeccionando el borde desgastado de uno de sus trapos de cocina—. Deberías ponerte algo bonito. Un vestido, o esos pantalones blancos tan monos que te compraste el año pasado. Y arréglate el pelo. No te lo seques al aire sin más.

—¿Por qué?

No me gusta esa forma de evitar mi mirada, en particular porque se le ha vuelto a poner el gesto raro en la boca.

—He invitado a Brian Scharff a que venga hoy a vernos —dice hablando con ligereza, como si fuera una cosa normal, cotidiana.

—¿Brian Scharff? —repito tontamente. El nombre parece extraño en mi boca, como si tuviera un gusto metálico.

Carol vuelve la cabeza bruscamente y me mira.

—No va a venir solo —dice rápidamente—. Por supuesto que no vendrá solo. Su madre vendrá con él. Y yo también estaré aquí, claro. Además, Brian fue intervenido el mes pasado.

Como si fuera eso lo que me preocupa.

—¿Que va a venir aquí? ¿Hoy?

Tengo que apoyarme en la pared para no caer. Había conseguido olvidar completamente a Brian Scharff, ese nombre pulcramente impreso en una página.

Carol debe de pensar que estoy nerviosa ante la idea de conocerlo, porque me sonríe.

—No te preocupes. Lena. Todo va a ir bien. Nosotras llevaremos el peso de la conversación. Simplemente se me ocurrió que tendríais que conoceros, dado que...

No termina la frase. No hace falta.

Dado que estamos emparejados. Dado que nos vamos a casar. Dado que voy a compartir mi cama con él y a despertarme a su lado cada día de mi vida y que tendré que permitir que me toque y tendré que sentarme a la mesa de la cena con él para comer espárragos de lata y oírle parlotear sobre la fontanería o la carpintería o lo que sea que le asignen como trabajo.

—¡No! —estallo.

Carol parece asustada. No está acostumbrada a escuchar esa palabra; desde luego, no de mí.

—¿Qué quieres decir con ese «no»?

Me humedezco los labios. Sé que es peligroso decirle que no y sé que está mal. Pero no quiero conocer a Brian Scharff. No lo haré. No voy a sentarme ahí y fingir que me cae bien ni voy a escuchar a Carol hablar de dónde viviremos dentro de algunos años, mientras Álex está por ahí en algún sitio, esperándome porque hemos quedado o golpeando con los dedos en la mesa mientras escucha música o respirando o haciendo cualquier otra cosa.

—Quiero decir... —lucho por encontrar una excusa—. Quiero decir... o sea, ¿no podríamos hacerlo en otro momento? No me encuentro nada bien.

Esto, por lo menos, es verdad. Carol me mira con el ceño fruncido.

—Es una hora, Lena. Si has podido dormir en casa de Hana, bien puedes hacer esto.

—Pero... pero —aprieto el puño, hundiendo las uñas en la palma de la mano hasta que me empieza a doler, lo que me proporciona algo en lo que concentrarme—. Pero yo quería que fuera una sorpresa.

La voz de Carol adquiere un tono de crispación:

—No hay nada de sorprendente en esto, Lena. Es el orden de las cosas. Esta es tu vida. Él es tu pareja. Le conocerás, te gustará y punto. Ahora ve arriba y métete en la ducha. Llegarán a la una.

Mediodía. Álex sale hoy de trabajar a mediodía. Se suponía que iba a encontrarme con él. Íbamos a hacer un *picnic* en Brooks 37, como hacemos siempre que sale del turno de mañana. Íbamos a disfrutar pasando la tarde juntos.

—Pero... —empiezo a protestar, sin saber qué más puedo decir.

—Nada de peros —me ataja cruzándose de brazos con su mirada implacable—. Arriba.

No sé cómo consigo subir las escaleras. Estoy tan enfadada que casi no puedo ver. Jenny está en el descansillo, mascando chicle, vestida solo con un bañador viejo de Rachel. Le queda demasiado grande.

—¿Qué te ocurre? —pregunta cuando paso por su lado.

No contesto. Me voy directamente al baño y regulo el grifo a la máxima temperatura. Carol odia que desperdiciemos agua, y normalmente me ducho lo más rápido posible, pero hoy no me importa. Me siento en el váter, me meto los dedos en la boca y los muerdo para no gritar. Todo es culpa mía. He ignorado la fecha de la operación y he evitado hasta pensar el nombre de Brian Scharff. Y Carol tiene toda la razón: esta es mi vida, este es el orden de las cosas. No hay forma de cambiarlo. Respiro hondo y me digo que debo dejar de ser una cría. Todo el mundo tiene que madurar en algún momento, y mi momento es el tres de septiembre.

Voy a ponerme de pie, pero entonces veo una imagen de Álex anoche, muy cerca de mí, pronunciando aquellas palabras extrañas, maravillosas: «Te amo con toda la profundidad y amplitud y altura que mi alma puede alcanzar». Esa imagen me derriba y vuelvo a caer sentada en la tapa del váter.

Álex que ríe, que respira, que está vivo pero lejos, desconocido. Una oleada de náuseas se apodera de mí y me doblo con la cabeza entre las rodillas, luchando contra las arcadas.

«La enfermedad», me digo a mí misma. «La enfermedad progresa. Todo irá bien después de la operación. Ese es el objetivo».

Pero no funciona. Cuando por fin consigo meterme en la ducha, trato de perderme en el ritmo del agua que golpea la porcelana, pero los recuerdos de Álex no dejan de pasarme por la mente: me besa, me acaricia el pelo, sus dedos se deslizan sobre mi piel. Las imágenes bailan y parpadean como la luz de una vela a punto de extinguirse.

Lo peor es que ni siquiera puedo avisarle de que no podré reunirme con él. Es demasiado peligroso llamarle. Mi plan era bajar a los laboratorios y decírselo en persona, pero cuando llego al piso de abajo, duchada y vestida, y me dirijo a la puerta, Carol me detiene.

—¿Dónde crees que vas? —dice con aspereza.

Noto que sigue enfadada porque antes he discutido con ella; sigue enfadada y seguramente ofendida. Sin duda, piensa que yo tendría que estar dando volteretas de alegría porque finalmente he sido emparejada. Tiene derecho a pensarlo: hace unos meses, yo habría reaccionado exactamente así.

Agacho la mirada e intento sonar lo más dulce y dócil posible.

—Solo pensaba dar un paseo antes de que llegue Brian —intento ruborizarme

a voluntad—. Estoy un poco nerviosa.

—Ya has pasado demasiado tiempo fuera de casa —replica—. Y lo único que vas a conseguir es ensuciarte y volver a sudar. Si quieres algo que hacer, puedes ayudarme a ordenar el armario de la ropa blanca.

No puedo desobedecerla, así que la sigo escaleras arriba y me siento en el suelo mientras me pasa toalla raída tras toalla raída. Las inspecciono buscando agujeros, manchas y otros daños, las desdoble y las vuelvo a doblar, cuento servilletas... Siento tal enfado y tanta frustración que estoy temblando. Álex no sabrá lo que me ha sucedido. Se preocupará. O, lo que es peor, creerá que le estoy evitando deliberadamente. Quizá piense que la visita a la Tierra Salvaje me ha hecho acobardarme.

Me asusta lo violento de mis sentimientos: casi rozan la locura, y creo que sería capaz de cualquier cosa. Quiero escalar las paredes, quemar la casa, ¡algo! Varias veces tengo la fantasía de coger uno de los estúpidos trapos de cocina de Carol y estrangularla con él. Contra esto es contra lo que me han advertido siempre todos los libros de texto y el *Manual de FSS* y los profesores. No sé si llevan razón ellos o la lleva Álex. No sé si este sentimiento, esto que crece en mi interior, es algo horrible y morboso o es lo mejor que me ha pasado nunca.

Sea como sea, no puedo pararlo. He perdido el control. Y lo más terrible es que, a pesar de todo, estoy contenta.

A las doce y media, Carol me lleva abajo, a la sala de estar, donde se nota que ha estado limpiando y ordenando. Las notas de pedidos del tío, que normalmente están tiradas por todas partes, han sido colocadas en un pulcro montón, y tampoco se ven los libros escolares viejos ni los juguetes rotos que normalmente cubren el suelo. Me sienta en un sofá y empieza a enredar con mi pelo. Me siento como un cerdo de concurso, pero sé que no debo decir nada. Si hago todo lo que ella me mande, si todo va bien, quizá me dé tiempo para ir a Brooks 37 cuando Brian se marche.

—Ya está —dice Carol apartándose de mí y mirándome con expresión crítica—. Esto es lo máximo que se puede hacer.

Me muerdo el labio y aparto la vista. No quiero que lo note, pero sus palabras me han producido un agudo dolor. Es asombroso, pero de verdad se me había olvidado que se supone que soy fea. Estoy tan acostumbrada a que Álex me diga que soy bella, a sentirme bella cuando estoy con él... Se me abre un agujero en el pecho. Así es como será la vida sin él. Todo se volverá normal y corriente otra vez. Yo volveré a ser normal y corriente una vez más.

Unos minutos después de la hora acordada, la cancela delantera se abre con un chirrido y suenan pasos en el sendero de entrada. He estado tan centrada en Álex que no he tenido tiempo de ponerme nerviosa por la llegada de Brian Scharff. Pero en este momento siento la urgencia desesperada de correr hasta la puerta trasera o de precipitarme por la ventana abierta. Pensar en lo que Carol

haría si me lanzara de tripa contra la mosquitera hace que me dé un ataque incontrolable de risa floja.

—Lena —me dice entre dientes, justo cuando Brian y su madre llaman a la puerta principal—. Contrólate.

Me siento tentada de replicar: «¿Por qué?» . Aunque Brian me odie, no podrá hacer nada para cambiar las cosas. Tiene que apechugar conmigo y yo tengo que apechugar con él. Los dos tenemos que aguantarnos.

Eso es lo que significa hacerse adulto, supongo.

En mi imaginación, Brian Scharff era alto y gordo, una especie de mole. En realidad solo me saca unos centímetros, lo que resulta impresionantemente bajo para ser chico, y está tan delgado que me preocupa romperle la muñeca al estrecharle la mano. Tiene la palma húmeda de sudor y apenas aprieta. Es como coger un pañuelo de papel mojado. Luego, cuando nos sentamos, me limpio la mano a escondidas en los pantalones.

—Muchas gracias por venir —dice Carol, y entonces se produce una pausa larga e incómoda.

En ese silencio puedo oír cómo Brian resuella. Da la impresión de que tiene un animal moribundo atrapado en el conducto nasal.

Me he debido de quedar mirándolo, porque la señora Scharff explica:

—Brian tiene asma.

—Ah —digo.

—Las alergias se lo empeoran.

—Esto... ¿a qué tiene alergia? —pregunto, porque ella parece esperarlo.

—Al polvo —contesta categóricamente, como si hubiera estado esperando usar esa palabra desde que ha entrado por la puerta. Recorre con mirada fulminante la habitación impoluta, y Carol se ruboriza—. Y al polen. Y a los perros y a los gatos, claro, y a los cacahuets, el marisco, el trigo, los productos lácteos y el ajo.

—No sabía que se podía tener alergia al ajo —digo. No he podido remediarlo. Se me ha escapado.

—Se le hincha la cara como un acordeón —dice la señora Scharff girándose hacia mí con mirada desdeñosa, como si de alguna forma yo fuera la culpable.

—Ah —repito, y de nuevo se instala entre nosotros un silencio incómodo. Brian no dice nada, pero resuella más fuerte que antes.

Esta vez es Carol la que acude al rescate.

—Lena —dice—, quizá a Brian y a la señora Scharff les apetezca un poco de agua.

Nunca he agradecido más una excusa para irme de un cuarto. Me pongo de pie con tal entusiasmo que por poco tiro accidentalmente una lámpara con la rodilla.

—Claro, ahora la traigo.

—Asegúrate de que sea filtrada —me dice la señora Scharff cuando salgo de la sala a toda pastilla—. Y no le pongas demasiado hielo.

En la cocina, me tomo mi tiempo llenando los vasos (del grifo, claro) y dejando que el aire frío del congelador me refresque la cara. Del salón me llega el ruido amortiguado de una conversación, pero no puedo distinguir quién habla ni lo que se dice. Quizá la señora Scharff haya decidido retomar la lista de las alergias de Brian.

Sé que al final tendré que volver al salón, pero mis pies no quieren moverse hacia el pasillo. Cuando por fin les obligo a que lo hagan, parece como si se hubieran vuelto de un material muy pesado; con todo, me llevan demasiado rápido hacia la sala. No hago más que ver una serie interminable de días anodinos, días blancuzcos y amarillentos como pastillas, días que dejan el regusto amargo de una medicina. Mañanas y noches llenas de un humidificador que runrunea bajito, de Brian que no deja de resollar, del plop, plop, plop de un grifo averiado.

No hay forma de detener el tiempo. El pasillo no dura eternamente y llego al salón justo a tiempo de oír a Brian que dice:

—No es tan guapa como en las fotos.

Él y su madre están de espaldas a mí, pero Carol se queda con la boca abierta cuando me ve ahí de pie, y los dos Scharff se vuelven a mirarme. Al menos tienen la cortesía de parecer avergonzados. Brian baja la vista rápidamente y ella se pone colorada.

Nunca me he sentido más humillada o expuesta. Esto es incluso peor que estar de pie vestida con el camisón transparente de las evaluaciones, bajo el resplandor descarnado de los fluorescentes. Me tiemblan tanto las manos que el agua se sale de los vasos.

—Aquí tienen el agua —digo. No sé de dónde saco las fuerzas para rodear el sofá y colocar los vasos en la mesita de café—. Sin mucho hielo.

—Lena... —comienza a decir mi tía, pero la interrumpo.

—Lo siento —milagrosamente, consigo incluso sonreír. Pero no mantengo la sonrisa más que una fracción de segundo. Además, me tiembla la mandíbula y sé que me voy a poner a llorar en cualquier momento—. No me encuentro muy bien. Creo que voy a salir un segundo.

No espero a que me den permiso. Me vuelvo y corro hacia la puerta. Al abrirla para salir al sol oigo a la tía Carol que pide disculpas por mi comportamiento.

—Aún le faltan varias semanas para la intervención —dice—. Así que tendrán que perdonarla por ser tan sensible. Estoy segura de que todo va a salir bien...

En cuanto salgo, me pongo a llorar a lágrima viva. El mundo comienza a derretirse, los colores y las formas se funden unos con otros. Todo parece

inmóvil. El sol ha ido avanzando hasta la mitad del cielo, un disco blanco plano como un círculo de metal recalentado. Un globo rojo se ha quedado atrapado en un árbol. Debe de llevar tiempo ahí. Se está quedando flácido, moviéndose lánguidamente, medio desinflado, varado.

No sé cómo voy a enfrentarme a Brian cuando tenga que volver adentro. No sé cómo voy a poder enfrentarme nunca a él. Se me vienen a la mente mil cosas horribles, insultos que me gustaría soltarle: « Por lo menos, yo no parezco una tenia », o « ¿Se te ha ocurrido alguna vez que a lo que le tienes alergia es a la vida? » .

Pero sé que no lo haré, que no puedo decir ninguna de esas cosas. Además, en realidad el problema no es que él resuelle o que sea alérgico a todo. El problema no es ni siquiera que no me considere guapa.

El problema es que no es Álex.

Detrás de mí, la puerta se abre con un crujido. Brian dice:

—¿Lena?

Rápidamente, me aprieto las palmas de las manos contra las mejillas para secarme las lágrimas. Lo último que deseo en el mundo es que sepa que su estúpido comentario me ha disgustado.

—Estoy bien —digo sin volverme, porque estoy segura de que tengo mal aspecto—. Entraré enseguida.

Debe de ser tonto o cabezota, porque no me deja sola. Por el contrario, cierra la puerta a sus espaldas y baja los escalones. Le oigo resollar algunos metros detrás de mí.

—Tu madre ha dicho que podía venir contigo —dice.

—No es mi madre —le corrijo rápidamente.

No sé por qué me parece tan importante decirlo. Antes me gustaba que la gente pensara que Carol era mi madre. Eso significaba que no conocían la verdadera historia. Pero, claro, antes me gustaban muchas cosas que ahora me parecen ridículas.

—Ah, vale —ataja. Brian debe de saber algo sobre mi verdadera madre. Está en el historial que habrá visto—. Perdón, se me había olvidado.

« Claro, por supuesto que se te había olvidado », pienso, pero no digo nada. Al menos, el hecho de que esté revoloteando a mí alrededor me enfada tanto que se me pasa la tristeza. Ya no lloro. Me cruzo de brazos y espero a que pille la indirecta o a que se canse de mirarme la espalda y se vuelva dentro. Pero el resuello continúa.

Hace menos de media hora que le conozco y ya me dan ganas de matarle. Por fin me canso de estar ahí en silencio, así que me vuelvo y paso rápidamente a su lado.

—Ya me siento mucho mejor —digo sin mirarle, dirigiéndome hacia la casa—. Deberíamos entrar.

—Espera, Lena.

Alarga la mano y me agarra la muñeca. Supongo que realmente *agarrar* no es la palabra correcta; más bien, me unta la muñeca de sudor. Pero en cualquier caso me detengo, aunque sigo sin poder mirarle a los ojos. Los mantengo fijos en la puerta delantera, notando por primera vez que la mosquitera tiene tres agujeros grandes cerca de la esquina superior derecha. Con razón la casa ha estado llena de insectos este verano. El otro día, Gracie encontró una mariquita en nuestro cuarto. Me la trajo, cobijada en su manita. La ayudé a llevarla abajo y a soltarla fuera.

Se apodera de mí una oleada de tristeza que no tiene que ver con Álex ni con Brian ni nada de eso. Simplemente me impresiona lo rápido que pasa el tiempo. Algún día me despertaré y toda mi vida estará ya detrás de mí y me parecerá que ha transcurrido tan deprisa como un sueño.

—Siento mucho que oyeras lo que he dicho antes —susurra. Me pregunto si su madre le ha obligado a disculparse. Las palabras parecen requerir un esfuerzo tremendo por su parte—. Ha sido de mala educación.

Como si no me sintiera ya completamente humillada, ahora tiene que disculparse por llamarme fea. Se me van a derretir las mejillas de lo calientes que están.

—No te preocupes —digo intentando liberar mi muñeca de su mano. Curiosamente, no me la suelta, aunque técnicamente no debería tocarme para nada.

—Lo que quería decir es... —su boca se abre y se cierra durante un momento. No me mira a los ojos. No hace más que observar la calle detrás de mí; sus ojos se mueven de un lado a otro, como un gato que vigila a un pájaro—. Lo que quería decir es que en las fotos parecías más feliz.

Esto es una sorpresa y, por un momento, no se me ocurre qué responder.

—¿Ahora no parezco feliz? —suelto, y entonces me da todavía más vergüenza.

Resulta tan extraño estar manteniendo esta conversación con un desconocido, sabiendo que no lo seguirá siendo durante mucho tiempo...

Pero no parece que la pregunta le choque. Solo mueve la cabeza.

—Sé que no lo eres —dice.

Me suelta la muñeca, pero ya no me siento tan desesperada por entrar. Sigue observando la calle, y aprovecho para mirar más de cerca a su cara. Supongo que se le podría considerar guapo. No es comparable a Álex, por supuesto —tiene la piel superblanca y un aire un poco femenino, con la boca grande y redonda y la nariz pequeña y afilada—, pero sus ojos son de color azul pálido, como el cielo de la mañana, y tiene una mandíbula fuerte. Ahora empiezo a sentirme culpable. Debe de notar que no estoy contenta de que me hayan emparejado con él. No es culpa suya que yo haya cambiado: que haya visto la

luz o que haya contraído *deliria*, según con quién hables. Tal vez las dos cosas.

—Lo siento —digo—. No es por ti. Es solo... es que me da miedo la intervención, eso es todo.

Pienso en cuántas noches he pasado fantaseando sobre cómo sería tenderme en la camilla, esperar la anestesia que convertiría el mundo en niebla, con la esperanza de levantarme renovada. Ahora despertaré en un mundo sin Álex. Despertaré envuelta en niebla, en un mundo gris, borroso e irreconocible.

Brian me mira, por fin, con una expresión que al principio no puedo descifrar. Luego me doy cuenta: compasión. Le doy pena. Se pone a hablar apresuradamente:

—Oye, igual no debería contarte esto, pero antes de que me operaran, yo era como tú —dice, y sus ojos vuelven a la calle. Ha dejado de resollar. Ahora habla claramente, pero en voz baja, para que su madre y Carol no lo puedan oír por la ventana abierta—. Yo no... yo no estaba listo —baja la voz hasta que es solo un susurro y se humedece los labios—. Había una chica a la que veía a veces en el parque. Ella cuidaba a sus primos, los solía llevar al parque infantil que había allí. Yo era capitán del equipo de esgrima del instituto y allí era donde practicábamos.

«Claro, tenías que ser capitán del puñetero equipo de esgrima», pienso. Pero no lo digo en voz alta, me doy cuenta de que está intentando ser agradable.

—Bueno, el caso es que a veces hablábamos. No pasó nada... —se apresura a aclarar—. Solo alguna conversación, aquí y allá. Tenía una sonrisa bonita. Y yo sentí... —se interrumpe.

El asombro y el miedo me atraviesan. Está intentando decirme que somos parecidos. De alguna manera sabe lo de Álex; no lo de Álex en concreto, pero sabe que hay alguien.

—Espera un momento —le interrumpo mientras la mente me da vueltas sin parar—. ¿Estás intentando decirme que antes de la operación tú estuviste... estuviste enfermo?

—Solo estoy diciendo que lo comprendo.

Sus ojos se encuentran con los míos apenas una fracción de segundo, pero no necesito más. Ahora tengo la certeza. Sabe que me he contagiado. Me siento aliviada y aterrorizada. Si lo puede notar él, otra gente también se dará cuenta.

—Lo único que quiero decir es que la cura funciona —dice remarcando la última palabra como si quisiera consolarme—. Ahora soy mucho más feliz. Y tú lo serás también, te lo prometo.

Cuando dice eso, algo se fractura en mi interior y me dan ganas de llorar otra vez. Su voz es reconfortante. No hay nada que desee más en ese momento que creerle. Seguridad, felicidad, estabilidad: lo que he deseado toda mi vida. Y en ese instante pienso que quizá las últimas semanas hayan sido en realidad un delirio largo y extraño. Puede que después de la intervención me despierte como si hubiera tenido fiebre alta, con apenas un recuerdo vago de mis sueños y un

sentimiento abrumador de alivio.

—¿Amigos? —dice Brian ofreciéndome la mano para estrecharla, y esta vez no hago una mueca cuando me toca. Incluso le dejo que la sostenga unos segundos extra.

Sigue de cara a la calle y, mientras estamos ahí, frunce el ceño momentáneamente.

—¿Qué querrá ese? —musita, pero alza después la voz—. No pasa nada. Es mi pareja.

Me vuelvo justo a tiempo de ver un destello de pelo castaño claro, como quemado, del color de las hojas en otoño, que desaparece por la esquina. Álex. Desprendo bruscamente mi mano de la de Brian, pero es demasiado tarde. Ya se ha ido.

—Debía de ser un regulador —dice Brian—. Estaba ahí mirando.

La sensación de serenidad y consuelo que he tenido un minuto antes se desvanece de golpe. Álex me ha visto, nos ha visto, con las manos juntas, y le ha oído a Brian decir que yo era su pareja. Y se supone que yo había quedado con él hace una hora. No sabe que no he podido salir de casa, que no he podido hacerle llegar un mensaje. No puedo imaginar lo que debe de estar pensando de mí en este momento. O la verdad es que si me lo puedo imaginar.

—¿Estás bien? —me pregunta Brian.

Sus ojos son tan pálidos que parecen casi grises. Un color enfermizo, como el moho o la putrefacción, y en absoluto parecido al cielo. No puedo creer que me haya parecido atractivo ni siquiera por un segundo.

—No tienes muy buen aspecto —dice.

—Estoy bien —afirmo intentando dar un paso hacia la casa, pero me tambaleo. Brian hace ademán de ayudarme, pero me giro para evitarle—. Estoy bien —repito, aunque todo se está rompiendo a mí alrededor, fracturándose.

—Hace calor aquí fuera —dice. No soporto mirarle—. Vamos dentro.

Me pone una mano en el codo y me impulsa por las escaleras, a través de la puerta y hasta el salón, donde nos esperan Carol y la señora Scharff, sonriendo.

EX REMEDIUM SALVAE (De la cura, salvación)

Impreso en toda la moneda nacional

Por algún milagro, debo de causar en Brian y la señora Scharff una impresión lo suficientemente buena como para satisfacer a Carol, aunque apenas hablo durante el resto de la visita (o quizá precisamente porque apenas hablo). Para cuando se van es media tarde y, aunque la tía insiste en que ayude con algunas otras tareas y hace que me quede para la cena (cada minuto en que no puedo salir corriendo hacia Álex es una agonía, sesenta segundos de pura, intensa tortura), me promete que podré salir a dar un paseo cuando termine de cenar, antes del toque de queda. Me trago las alubias cocidas y los palitos de pescado congelado a tal velocidad que casi vomito, y me quedo dando botes en la silla hasta que me deja ir. Incluso me dispensa de la tarea de fregar los platos, pero estoy demasiado enfadada con ella por el encierro como para agradecerse.

Voy primero a Brooks 37. No es que de verdad crea que Álex vaya a estar allí esperándome, pero tengo esperanzas de todos modos. Sin embargo, los cuartos están vacíos, y también el jardín. Para entonces debo de estar delirando, porque miro hasta detrás de los árboles y de los arbustos como si de repente fuera a aparecer de la nada, igual que hace algunas semanas cuando Hana, él y yo jugábamos al escondite. Solo de pensar en eso me duele el corazón. Hace menos de un mes, todo agosto, largo, dorado y reconfortante, se extendía ante mí como un período interminable de sueños delicioso.

Bueno, ahora he despertado.

Regreso atravesando las habitaciones. Ver todas nuestras cosas esparcidas por la sala de estar (las mantas, algunas revistas y libros, una caja de galleta, latas de refresco, viejos juegos de mesa, incluyendo una partida de *scrabble* a medio terminar, abandonada cuando Álex empezó a inventarse palabras como *quozz* o *yregg*) me pone profundamente triste, y me trae a la mente aquella casa solitaria que sobrevivió al bombardeo y a la calle agrietada y destruida: un lugar donde todos siguieron estúpidamente haciendo sus cosas de cada día justo hasta el momento del desastre, para que después los supervivientes comentaran: «¿Cómo no se imaginaron lo que iba a ocurrir?»

Es estúpido, ser tan descuidados con nuestro tiempo y creer que nos queda tanto.

Después me dirijo hacia las calles, frenética y desesperada, sin saber qué

debo hacer. Una vez, Álex me comentó que vivía en Forsyth, en una larga fila de edificios de piedra gris que pertenecen a la universidad, por lo que me encamino hacia allí. Pero todos me parecen idénticos. Debe de haber docenas de ellos, cientos de apartamentos individuales. Me siento tentada a entrar en todos y cada uno hasta encontrarle pero eso sería suicidio. Cuando un par de estudiantes me lanzan miradas de sospecha, me doy cuenta de que debo de tener un aspecto desastroso, cercano a la histeria, con ojos de loca y la cara colorada, así que me refugio en una calle lateral. Para calmarme empiezo a recitar las plegarias básicas: « H de hidrógeno, que pesa uno: fusión ardiente cual sol caliente » .

De camino a casa, estoy tan distraída que me pierdo en el laberinto de calles que salen del campus de la universidad. Acabo en una vía estrecha de un solo sentido por la que nunca había pasado, y tengo que retroceder hasta Monument Square. El Gobernador está allí como siempre, con la palma vacía extendida. A la luz decreciente de la tarde tiene un aspecto triste y desolado, como si fuera un mendigo condenado para siempre a pedir limosna.

Pero verlo me da una idea. Rebusco en el fondo de mi bolso hasta encontrar un trozo de papel y un boli y escribo: « Déjame que te explique. A medianoche en la casa. 17/8 » . Luego, tras echar un vistazo para asegurarme que nadie está mirándome por las escasas ventanas iluminadas que dan a la plaza, salto hasta el pedestal de la estatua e introduzco la nota en la pequeña oquedad del puño. La posibilidad de que a Álex se le ocurra mirar ahí es de una entre un millón. Pero siempre es una posibilidad.

Esa noche, cuando estoy a punto de salir del dormitorio, oigo un ruido detrás de mí. Al volverme, veo otra vez a Gracie sentada en la cama, observándome con los ojos brillantes como los de un animalito. Me llevo el dedo a los labios. Ella hace lo mismo, imitándome inconscientemente, y salgo sin ruido por la puerta.

Cuando estoy en la calle, alzo la mirada una vez hasta la ventana. Por un instante me parece ver su cara pálida como una luna. Pero quizá sea solo un truco de las sombras que se deslizan silenciosamente por el costado de la casa. Cuando vuelvo a mirar, ya no está.

La casa de Brooks 37 está a oscuras cuando entro por la ventana, totalmente en silencio. « No está aquí » , pienso. « No ha venido » . Pero una parte de mí se niega a creerlo. Tiene que haber venido.

He traído una linterna y, a su luz, empiezo a hacer un barrido de la casa, el segundo del día, negándome a llamarle por pura superstición. Si no contestara, no podría soportarlo: me vería obligada, por fin, a aceptar que no ha visto mi nota o, lo que es peor, que sí la ha visto pero ha decidido no venir.

En el salón me detengo de pronto.

Todas nuestras cosas (las mantas, los juegos, los libros) han desaparecido. El suelo de madera parece vacío y expuesto a la luz de la linterna. Los muebles tienen un aire desolado y silencioso, desnudos de todos nuestros toques

personales, sin sudaderas abandonadas ni botes de broncear a medio usar. Hace mucho que no me da miedo la casa ni me asusta pasear de noche por sus habitaciones, pero en este momento regresa el recuerdo de los oscuros lugares que me rodean: cuarto tras cuarto de objetos en decadencia, de cosas que se pudren, de roedores que miran desde rincones tenebrosos. Me recorre un profundo escalofrío. Álex debe de haber estado aquí, después de todo, para recoger nuestras cosas.

El mensaje me resulta tan claro como cualquier nota. Ya no quiere saber nada de mí.

Por un momento, casi me olvido de respirar. Y luego siento un horrible frío en mi interior, una sacudida en el pecho, como si avanzara directamente contra los rompientes en la playa. Me fallan las rodillas y me agacho, temblando de forma incontrolable.

Se ha ido. Me sale de la garganta un sonido estrangulado que rompe el silencio a mí alrededor. De repente, me pongo a llorar a gritos en la oscuridad, y la linterna cae al suelo y se apaga. Sueño despierta que voy a llorar tanto que se llenará la casa y me ahogaré, o que un río de lágrimas me arrastrará a algún lugar lejano.

Luego siento una mano cálida en la nuca, que me acaricia por entre el pelo enredado.

—Lena.

Me doy la vuelta y Álex está ahí, inclinado hacia mí. En realidad no puedo distinguir su expresión, pero a la escasa luz de la noche me parece dura, dura e inmóvil, como si estuviera hecha de piedra. Por un momento me preocupa que sea solo un sueño, pero luego me vuelve a tocar y su mano es sólida y cálida y áspera.

—Lena —repite, pero no parece saber qué más decir. Me pongo de pie, limpiándome la cara con el antebrazo.

—Has recibido mi nota.

Intento tragarme las lágrimas, pero solo consigo que me dé un ataque de hipo.

—¿Una nota? —repite.

Ojalá tuviera todavía la linterna en la mano para poder verle la cara más claramente. Al mismo tiempo, eso me aterra por la distancia que podría encontrar en ella.

—Te he dejado una nota en el Gobernador —digo—. Te decía que quedábamos aquí.

—No la he visto —dice. Me parece distinguir cierta frialdad en su voz—. Solo he venido a...

Interrumpo. No puedo dejar que continúe. No puedo dejar que diga que ha venido a recoger, que no quiere volver a verme. Eso me matará. « Amor, la más mortal de todas las cosas mortales» .

—Escucha —le digo entre hipos—. Escucha: lo de hoy no ha sido idea mía. Carol me ha dicho que tenía que conocerle y yo no he podido hacerte llegar un mensaje. Así que ahí estábamos los dos, y yo estaba pensando en ti y en la Tierra Salvaje y en cómo todo ha cambiado tanto y en que ya no queda tiempo y que a ti y a mí se nos acaba el plazo y, por un segundo, por un solo segundo, he deseado poder volver a como eran las cosas antes.

Lo que digo no tiene ningún sentido, y lo sé. La explicación a la que había dado tantas vueltas mentalmente se me está revolviendo, las palabras se atropellan unas a otras. Las excusas parecen irrelevantes. A medida que hablo, me doy cuenta de que solo hay una sola cosa que importa realmente: a Álex y a mí no nos queda tiempo.

—Pero juro que ese deseo no era de verdad. Nunca habría. Si nunca te hubiera conocido, yo nunca habría. Antes de ti, yo no sabía lo que significaba nada.

Álex se acerca y me envuelve entre sus brazos. Entierro mi cara en su pecho. Encajo tan bien como si nuestros cuerpos hubieran sido diseñados el uno para el otro.

—Ssssh —me susurra al oído. Me aprieta tan fuerte que me duele un poco, pero no me importa. Me gusta. Si quisiera, podría elevar los pies del suelo y él seguiría sosteniéndome—. No estoy enfadado contigo, Lena.

Me aparto apenas un centímetro. Sé que, incluso en la oscuridad, debo de tener un aspecto horrible. Se me están hinchando los ojos y tengo el pelo pegado a la cara. Por suerte, Álex no me suelta.

—Pero tú... —trago saliva, inspiro profundamente—. Te lo has llevado todo. Todas nuestras cosas.

Aparta la vista por un segundo y las sombras se tragan su rostro. Cuando habla, lo hace demasiado alto, como si tuviera que forzar las palabras para que salgan.

—Siempre supimos que sucedería esto. Sabíamos que no nos quedaba mucho tiempo.

—Pero.

No hace falta que le diga que hemos estado fingiendo. Hemos actuado como si las cosas no fueran a cambiar nunca.

Coloca las manos a ambos lados de mi cara, me seca las lágrimas con los pulgares.

—No llores, ¿vale? Ya no llores más —dice besándome ligeramente la punta de la nariz; luego me toma de la mano—. Quiero enseñarte algo.

Se le quiebra un poco la voz; me hace pensar en cosas que se desquician, que se desmoronan.

Me lleva hasta la escalera. Por encima de nosotros, el techo está podrido en ciertos lugares, y los escalones están delineados en una luz plateada. Esta

escalera debe de haber sido magnífica en algún momento, deslizándose hacia arriba de forma majestuosa para luego dividirse en dos, con un rellano a cada lado.

No he estado arriba desde la primera vez que Álex me trajo aquí con Hana, cuando nos propusimos explorar todos los cuartos de la casa. Ni siquiera se me ha ocurrido mirar ahí al llegar esta tarde. Aquí está aún más oscuro que en la planta baja y también hace más calor, como si en el aire flotara una neblina negra y sofocante.

Álex avanza por el pasillo arrastrando los pies. Vamos pasando una fila de puertas de maderas idénticas.

—Por aquí.

Por encima de nosotros se oye un aleteo frenético de murciélagos a lo que ha perturbado la voz de Álex. Suelto un grito de temor. ¿Ratones? Perfecto ¿Ratones voladores? No tan perfecto. Esa es otra razón por la cual me he quedado en el piso de abajo. Durante nuestra exploración inicial llegamos a lo que debió ser el dormitorio principal, una habitación enorme: en medio había una cama con dosel, con los palos medio derrumbados. Al alzar la vista hacia la parte en tinieblas, vimos docenas y docenas de formas oscuras y silenciosas alineadas en las vigas de madera, como capullos horribles que colgaran de un tallo de flor, a punto de caer. Cuando nos movimos, algunos abrieron los ojos y parecieron hacer un guiño. El suelo estaba salpicado de heces de murciélago y flotaba un olor dulzón y enfermizo.

—Por aquí —dice, y aunque no estoy segura, creo que se detiene en la puerta del dormitorio principal. Me estremezco. No tengo ningún deseo de ver el interior de la Sala Murciélago de nuevo. Pero Álex se muestra categórico, así que dejo que abra la puerta y paso delante de él.

En cuanto entramos a la habitación, suelto un grito ahogado y me detengo tan bruscamente que se choca contra mí. El cuarto está increíble, está transformado.

—¿Y bien? —en su voz hay una nota de ansiedad—. ¿Qué te parece?

No puedo responder inmediatamente. Álex ha quitado de en medio la vieja cama y la ha dejado en un rincón, y ha barrido el suelo hasta dejarlo perfectamente limpio. Las ventanas, o lo que queda de ellas, están abiertas de par en par, así que el aire huele a gardenias y a jazmín, y sus aromas se mezclan con la brisa que viene del exterior. Ha colocado nuestra manta y los libros en el centro de la habitación y ha desenrollado además un saco de dormir. Ha rodeado toda la zona con decenas de velas colocadas en improvisadas palmatorias, como tazas o vasos viejos o latas de coca-cola desechadas, igual que en su casa de la Tierra Salvaje.

Pero lo mejor es el techo, o más bien, la falta de techo. Debe de haber retirado la madera podrida del tejado y ahora, una vez más, se extiende por encima de nosotros un enorme fragmento de cielo. En Portland se ven menos

estrellas que en el otro lado de la frontera, pero sigue siendo bello. Pero esto no es todo: los murciélagos, molestos con el cambio, se han ido. Muy por encima de nosotros, en el exterior, veo varias formas oscuras que vuelan en círculos cruzando la luna, pero mientras estén al aire libre, no me preocupan.

Y de repente me doy cuenta: lo ha hecho por mí. Incluso después de lo que ha sucedido hoy, ha venido y ha hecho esto por mí. Me siento llena de gratitud, pero hay otro sentimiento que trae consigo una punzada de dolor. No me lo merezco. No me merezco a Álex. Me vuelvo hacia él y no puedo siquiera hablar: su rostro está iluminado por las velas y aparece radiante, como si se estuviera transformando en fuego. Es el ser más bello que he visto en mi vida.

—Álex... —empiezo, pero no puedo continuar. De repente, me da casi miedo de él, me aterra su absoluta y total perfección.

Se inclina hacia delante y me besa. Y cuando está tan cerca de mí que noto la suavidad de su camiseta acariciándome la cara y el olor a bronceador y a hierba que desprende su piel, entonces me da menos miedo.

—Es demasiado peligroso volver a la Tierra Salvaje —dice con voz ronca, como si hubiera estado gritando durante mucho tiempo. Le tiembla frenéticamente un músculo en la mandíbula—. Así que he traído aquí la Tierra Salvaje. He pensado que te gustaría.

—Me gusta. Me... me encanta.

Me llevo la mano al pecho, deseando que hubiera alguna forma de estar incluso más cerca de él. Odio la piel. Odio los huesos y los cuerpos. Quiero acurrucarme dentro de él y que me lleve consigo para siempre.

—Lena... —dice, y cruzan su rostro diversas expresiones, tan rápidas que apenas puedo captarlas todas, mientras su mandíbula no deja de moverse—. Sé que no tenemos mucho tiempo, como tú has dicho. Apenas nos queda tiempo.

—No —respondo. Entierro mi cara en su pecho, le envuelvo en mis brazos y aprieto.

Inimaginable, incomprensible: una vida vivida sin él. La idea me destroza, el hecho de que esté casi llorando me hace pedazos. La idea de que haya hecho esto por mí, que crea que yo merezco esto, me mata. Él es mi mundo y mi mundo es él, y sin él no hay mundo.

—No lo voy a hacer. No voy a seguir con esto. No puedo. Quiero estar contigo. Necesito estar contigo —afirmo.

Álex toma mi cara, se inclina para mirarme a los ojos. Su rostro está radiante, lleno de esperanza.

—No tienes que hacerlo —dice. Sus palabras salen atropelladamente. Es obvio que lleva mucho tiempo pensando en esto y procurando no decirlo—. Lena, no tienes que hacer nada que no quieras hacer. Podríamos huir juntos. A la Tierra Salvaje. Podríamos irnos y no volver más. El único problema, Lena, es que no podríamos volver nunca jamás. Lo sabes, ¿verdad? Nos matarían a los

dos, o nos encerrarían para siempre. Pero podríamos hacerlo, Lena.

« Nos matarían a los dos » . Por supuesto, tiene razón. Una vida entera de huir: eso es lo que acabo de decir que deseo. Doy un paso atrás rápidamente: de repente me siento mareada.

—Espera —digo—. Espera un minuto.

Me suelta. La esperanza muere en su rostro de repente, y por un momento nos quedamos ahí, mirándonos.

—No hablabas en serio —dice por fin—. No lo decías en serio.

—No, sí lo decía en serio, es solo que...

—Es solo que tienes miedo —dice. Se acerca a la ventana y se queda contemplando la noche, negándose a mirarme. Su espalda vuelve a darme terror, sólida e impenetrable, un muro.

—No tengo miedo. Es solo...

Tengo que luchar contra un sentimiento turbio. No sé lo que soy. Quiero a Álex y quiero mi antigua vida y quiero paz y felicidad y sé que no puedo vivir sin él, todo al mismo tiempo.

—No importa —su voz suena apagada—. No tienes que darme explicaciones.

—Mi madre —suelto, y él se vuelve con aspecto sorprendido. Yo estoy tan sorprendida como él; ni siquiera sabía que iba a decir esas palabras hasta que las he pronunciado—. No quiero ser como ella, ¿no lo entiendes? He visto lo que le hizo a ella, vi cómo era. La mató, Álex. Me dejó a mí, dejó a mi hermana, lo dejó todo. Todo por esa cosa, esa cosa en su interior. Y yo no quiero ser como ella.

Realmente, nunca he hablado de esto y me sorprende lo que me cuesta hacerlo. En este momento tengo que volverme, me siento enferma y avergonzada porque he roto de nuevo a llorar.

—¿Por qué no estaba curada? —pregunta Álex suavemente.

Por un momento no puedo hablar, y simplemente me permito llorar, ahora en silencio, esperando que no lo note. Cuando recupero el control de la voz, digo:

—No es solo eso.

Luego, todo sale apresuradamente, los detalles, cosas que nunca había compartido con nadie.

—Ella era tan distinta de todas las demás personas. Yo sabía que ella era distinta, que nosotras éramos distintas, pero al principio no me daba miedo. Era nuestro pequeño, delicioso secreto. Mío, de mamá y de Rachel también, como si estuviéramos en nuestro mundo particular. Era... era fascinante. Corríamos bien todas las cortinas para que nadie nos viera. Jugábamos a un juego en el que ella se escondía en el pasillo y nosotras intentábamos pasar a su lado corriendo, y ella saltaba y nos atrapaba; lo llamaba «jugar al trasgo». Siempre terminaba con una batalla de cosquillas. Ella reía constantemente. Las tres reíamos constantemente. Pero a veces, cuando hacíamos demasiado ruido, nos tapaba la

boca con la mano, se ponía muy tensa y se quedaba escuchando. Supongo que lo hacía para ver si oía a los vecinos, para asegurarse de que ninguno de ellos se alarmara. Pero nadie vino nunca.

—A veces nos hacía crepes de arándanos para cenar, como una celebración especial. Los recogía ella misma. Y siempre estaba cantado. Tenía una voz preciosa, magnífica, como la miel... —se me quiebra la voz, pero ya no puedo detenerme; las palabras me salen como una avalancha, tropezándose—. También bailaba. Ya te conté. Cuando yo era pequeña, me colocaba con mis pies sobre los suyos. Me envolvía en sus brazos y nos movíamos lentamente por la habitación mientras ella marcaba el compás, intentando enseñarme lo que es el ritmo. A mí se me daba fatal, era muy torpe, pero ella siempre me decía que era preciosa.

Las lágrimas hacen que las tablas del suelo aparezcan borrosas a mis pies.

—No todo fue bueno, no todo el tiempo. A veces me levantaba en mitad de la noche para ir al baño y la oía llorar. Ella siempre intentaba amortiguar el ruido con la almohada, pero yo lo sabía. Cuando lloraba era aterrador. Yo nunca había visto a una persona adulta llorar, ¿entiendes? Y la forma en que lloraba, los gemidos. Parecía un animal. Y luego había días en que no se levantaba de la cama para nada. Los llamaba días negros.

Álex se acerca más a mí. Tiemblo tanto que casi no puedo mantenerme en pie. Parece como si mi cuerpo entero intentara expulsar algo, sacarlo de lo más profundo de mi pecho.

—Yo rezaba para que Dios la curara de los días negros. Para que la mantuviera... la mantuviera a salvo por mí. Quería que siguiéramos juntas. A veces parecía que las oraciones funcionaban. Casi todo el tiempo, las cosas iban bien. Mejor que bien —apenas consigo decir estas palabras; tengo que sacarlas a la fuerza en un susurro bajo—. ¿No lo entiendes? Abandonó todo aquello. Renunció a ellos... por el amor. *Deliria nervosa de amor*, como quieras llamarlo. Renunció a mí.

—Lena, lo siento —susurra detrás de mí. Esta vez sí extiende los brazos. Comienza lentamente a dibujarme largos círculos en la espalda. Yo me inclino hacia él.

Pero aún no he terminado. Me limpio las lágrimas furiosamente, respiro hondo.

—Todo el mundo piensa que se mató porque no podía soportar la idea de volver a hacerse la operación. Seguían intentando curarla, ¿sabes? Habría sido la cuarta vez. Después de la segunda operación se negaron a anestesiarla, pensaron que eso interfería con la forma en que se desarrollaba la cura. Le abrieron el cerebro, Álex, mientras estaba despierta.

Noto que su mano se tensa momentáneamente y noto que está tan indignado como yo. Luego, vuelven los círculos.

—Pero yo sé que esa no era la verdadera razón —digo moviendo la cabeza

—. Mi madre era valiente. No le tenía miedo al dolor. En realidad, ese era el problema. Ella no tenía miedo. No quería que la curaran; no quería dejar de amar a mi padre. Recuerdo que me lo dijo una vez, justo antes de morir. «Tratan de arrebatármelo», dijo y sonreía de una forma tan triste. «Intentan quitármelo, pero no pueden». Llevaba una de sus insignias militares alrededor del cuello, con una cadena. La mayor parte del tiempo la mantenía escondida, pero esa noche la tenía fuera y la estaba mirando. Era una especie de extraña daga larga de plata, con dos joyas brillantes en la empuñadura, como ojos. Mi padre la llevaba prendida en la manga. Cuando él murió, mi madre se quedó con ella. La llevaba siempre, no se la quitaba nunca, ni para bañarse.

De pronto me doy cuenta de que Álex ha apartado la mano y se ha alejado de mí. Me doy la vuelta y veo que me está mirando fijamente, la cara pálida y horrorizada, como si acabara de ver un fantasma.

—¿Qué pasa? —Me pregunto si es posible que le haya ofendido de alguna forma. Algo en el modo en que me mira hace que el miedo comience a latir en mi pecho con un aleteo frenético—. ¿He dicho algo malo?

Niega con la cabeza, un movimiento casi imperceptible. El resto de su cuerpo sigue derecho y tenso como un alambre extendido entre dos postes.

—¿Cómo era de grande? La insignia, quiero decir —su voz suena extrañamente aguda.

—¿Qué importa la insignia, Álex? Lo que importa es...

—¿Cómo era de grande? —repite en tono más fuerte y enérgico.

—No lo sé. Del tamaño del pulgar, tal vez —contesto. Me siento totalmente desconcertada por su comportamiento. Tiene un gesto dolorido, como si estuviera intentando tragarse un puercoespín—. Inicialmente perteneció a mi abuelo, la hicieron para él como premio por un servicio especial para el gobierno. Era única. Bueno, eso es lo que decía siempre mi padre.

Durante un minuto, no dice nada. Se aparta. La luna derrama su luz sobre él, y su perfil parece tan duro e inmóvil que podría estar tallado en piedra. Pero me alegro de que ya no me esté mirando directamente. Empezaba a darme miedo.

—¿Qué vas a hacer mañana? —me pregunta por fin, lentamente, como si le costara pronunciar cada palabra.

Parece una pregunta extraña en mitad de una conversación sobre un tema completamente distinto, y empiezo a mosquearme.

—¿Pero tú me has estado escuchando?

—Lena, por favor —su voz vuelve a sonar ahogada, sofocada—. Por favor, contéstame. ¿Trabajas mañana?

—Hasta el sábado, no —digo frotándome los brazos. El viento que sopla tiene un filo helado. Me eriza el vello de los brazos y hace que se me ponga la carne de gallina. Se acerca septiembre—. ¿Por qué?

—Tenemos que quedar. Tengo... tengo que enseñarte algo —dice, y se vuelve

hacia mí otra vez. Sus ojos parecen tan oscuros y salvajes, su rostro tiene un aspecto tan extraño que doy un paso atrás.

—Tendrás que ser más claro —insisto. Intento reírme, pero lo que me sale es un pequeño balbuceo. «Tengo miedo». Quiero decir. «Me estas asustando»—. ¿No me puedes dar ni siquiera una pista?

Álex respira hondo y por un momento me parece que no me va a contestar.

Pero luego me contesta.

—Lena —dice por fin—, creo que tu madre está viva.

*LIBERTAD EN LA ACEPTACIÓN, PAZ EN LA
RECLUSIÓN, FELICIDAD EN LA RENUNCIA.*

(Palabras grabadas sobre la puerta de entrada a las
Criptas)

Cuando estaba en cuarto, fuimos de excursión a las Criptas. Es obligatorio que todos los niños las visiten al menos una vez durante la Primaria como parte de la educación antidelinquencia y antiresistencia. No recuerdo mucho de la visita, salvo un sentimiento de horror absoluto, una leve impresión de frialdad y una serie de imágenes borrosas: puertas electrónicas y pasillos ennegrecidos de hormigón, resbaladizos por el moho y la humedad. Para ser sincera, creo que he conseguido bloquear casi todo lo que vi aquel día. La finalidad principal del viaje era traumatizarnos para que no nos desmandáramos y, desde luego, en lo de traumatizarnos tuvieron un éxito total.

Lo que sí recuerdo es salir después a la brillante luz de un día de primavera con una sensación abrumadora, irresistible, de alivio, y también de confusión, al darme cuenta de que, para dejar las Criptas, en realidad habíamos bajado varios tramos de escalera hasta la planta baja. Todo el tiempo que estuvimos dentro, incluso cuando subíamos, tuve la impresión de estar enterrada, reclusa varios pisos por debajo del suelo.

Supongo que sería por lo oscuro que estaba, por aquel ambiente tan cargado y maloliente como el de un ataúd con cuerpos putrefactos. También recuerdo que, en cuanto salimos, Liz Billmun se puso a llorar, empezó a sollozar allí mismo mientras una mariposa aleteaba en torno a su hombro, y todas nos quedamos impactadas porque Liz Billmun era superdura, una especie de mandona dominante que no lloró ni siquiera cuando se rompió el tobillo en clase de gimnasia.

Aquel día juré que por nada del mundo volvería a las Criptas. Pero la mañana después de la conversación con Álex estoy ante la puerta, dando vueltas de un lado para otro, con los brazos cruzados sobre el estómago. Esta mañana no he podido tomar nada excepto el espeso barro negro al que mi tío llama café, una decisión que ahora lamento. Es como si el ácido me corroyera las extrañas.

Álex debería haber llegado ya.

El cielo está cubierto por completo de enormes nubes negras de tormenta. Se supone que estallará una dentro de poco, lo que parece conveniente. Más allá de

la puerta, al final de un corto camino pavimentado, se alzan las Criptas, negras e imponentes. Recortadas contra el cielo gris, parecen salidas de una pesadilla. Unos pocos ventanucos, como los ojos múltiples de una araña, están repartidos por la fachada de piedra. Entre la verja y el edificio se extiende un tramo despejado. De niña lo recordaba como un prado, pero en realidad son unos metros de césped poco cuidado y salpicado de calvas. Con todo, el verde vivo de la hierba, donde realmente consigue afirmarse y salir de la tierra, parece fuera de lugar. Este es un sitio donde nada debería crecer ni florecer, donde no debería lucir nunca el sol, un lugar en el borde, en el límite, un lugar completamente fuera del tiempo y de la felicidad y de la vida.

Supongo que técnicamente está al borde, pues las Criptas están situadas justo en la frontera este, limitadas en la parte trasera por el río Presumpscot, y más allá, por la Tierra Salvaje. La valla electrificada, o no tanto, llega justo hasta uno de los costados y continúa de nuevo en el otro lado, de forma que el edificio mismo funciona como un puente de conexión.

—¡Hola!

Álex baja por la acera, con el pelo agitado. Hoy sopla un viento realmente frío. Tendría que haberme puesto una sudadera más gruesa. Álex también parece notarlo, porque se protege el pecho con los brazos. Por supuesto, él solo lleva una camisa fina de lino, el uniforme oficial de guardia que usa en los laboratorios. También lleva su identificación colgada al cuello. No le había visto con ella desde el primer día que hablamos. Incluso lleva unos vaqueros oscuros buenos, bien planchados, con un dobladillo que no está completamente pisado ni hecho polvo. Todo esto forma parte del plan: para que podamos entrar los dos, tiene que convencer a los administradores de la cárcel de que venimos por un asunto oficial. Pero me reconforta el hecho de que lleve sus zapatillas gastadas con los cordones manchados de tinta. De alguna forma, ese pequeño detalle familiar hace posible que yo esté aquí, con él, haciendo esto. Me proporciona algo en lo que concentrarme y a lo que agarrarme, un diminuto destello de normalidad en un mundo que de repente se ha vuelto irreconocible.

—Siento llegar tarde —dice. Se detiene a varios pasos de mí. Veo la preocupación en sus ojos, aunque consigue mantener sereno el resto de la cara. Algunos guardias circulan por el patio o vigilan de pie justo al otro lado de la puerta. Este no es el lugar para tocarnos ni para revelar ningún tipo de familiaridad entre nosotros.

—No importa.

Se me quiebra la voz. Puede que tenga fiebre. Desde que hablamos anoche, me da vueltas la cabeza y mi cuerpo arde un minuto para quedarse helado al siguiente. Apenas puedo pensar. Es un milagro que haya sido capaz de salir hoy de casa. Es un milagro que me haya vestido y un doble milagro que me haya acordado de ponerme los zapatos.

« Mi madre podría estar viva. Mi madre podría estar viva » . Esa es la única idea en mi mente, la que ha eliminado toda posibilidad de cualquier otro pensamiento racional.

—¿Estás preparada para esto?

Álex habla con voz baja e inexpressiva por si acaso los guardias nos oyen, pero por debajo detecto preocupación.

—Creo que sí —digo. Intento sonreír, pero parece que tengo los labios agrietados y secos como la piedra—. Puede que ni siquiera sea ella, ¿verdad? Podrías estar equivocado.

Asiente con la cabeza, pero noto que está seguro de que no ha cometido un error. Está seguro de que mi madre se encuentra aquí, que ha estado aquí todo el tiempo, en este lugar, en esta tumba sobre la Tierra. La idea me resulta abrumadora. No puedo pensar demasiado en la posibilidad de que él lleve razón. Tengo que concentrarme, centrar toda mi energía en mantenerme de pie.

—Ven —dice.

Camina por delante, como si me llevara allí para un asunto oficial. Mantengo los ojos fijos en el suelo. Casi me alegro de que tenga que ignorarme para disimular ante los guardias. No creo que pudiera mantener una conversación en este momento. Dentro de mí se revuelven mil sentimientos, mil preguntas se agolpan en mi mente, mil deseos y esperanzas silenciados, enterrados hace mucho, y sin embargo no consigo aferrarme a nada, ni a una sola teoría o explicación que tenga algo de sentido.

Álex se ha negado a contarme nada más después de lo de anoche.

—Tienes que verlo por ti misma —repetía una y otra vez anonadado, como si fuera lo único que sabía decir—. No quiero darte falsas esperanzas.

Y luego me dijo que me reuniera con él en las Criptas. Creo que me encontraba en estado de shock. No hacía más que felicitarme a mí misma por no haber perdido los nervios, por no haberme puesto a llorar o a gritar o a exigir una explicación, pero cuando llegué a casa más tarde, me di cuenta de que no me acordaba en absoluto de cómo había hecho el camino de regreso, y de que no había prestado ninguna atención a posibles reguladores o patrullas. Supongo que simplemente caminé por las calles como un robot, sin darme cuenta de nada.

Pero en este momento comprendo el objetivo del estado de shock, de la insensibilidad. Sin ella no habría podido levantarme esta mañana ni vestirme. No habría sido capaz de encontrar el camino hasta aquí y no estaría ahora dando pasos cuidadosos hacia delante, deteniéndome a una distancia respetuosa de Álex mientras él muestra su identificación al guardia de la puerta y se pone a hacer gestos señalándome.

Álex se lanza a dar explicaciones que, obviamente, ha ensayado antes:

—Hubo un... pequeño problema con su evaluación —dice con la voz helada.

Tanto él como el guardia me miran fijamente: el guardia, con aire suspicaz;

Álex, con tanta distancia como puede. Sus ojos parecen de acero, toda la calidez los ha abandonado, y me pone nerviosa que le salga tan bien convertirse en otro, en alguien que no siente ningún apego por mí.

—Nada demasiado grave. Pero sus padres y mis superiores pensaron que le podría venir bien un pequeño recuerdo de los riesgos que entraña desobedecer.

El guardia me lanza una mirada. Su cara es gorda y roja, la piel a ambos lados de los ojos está hinchada y sobresale como un montículo de masa en mitad de la fermentación. Pronto, fantaseo, sus ojos quedarán completamente ocultos por la carne

—¿Qué tipo de problema? —dice sin dejar de mascar chicle. Cambia de hombro el enorme fusil automático que lleva.

Álex se inclina hacia adelante, de forma que aunque el guardia y él están en lados distintos de la verja, los separan apenas unos centímetros. Baja la voz, pero aun así lo oigo.

—Su color favorito es el del amanecer —dice.

El guardia se me queda mirando durante una fracción de segundo más y luego nos hace un gesto de que pasemos.

—Apártense mientras abro la puerta.

Desaparece en el interior de una garita de vigilancia, similar a las de los laboratorios donde está destinado Álex, y unos segundos después las puertas electrónicas se abren hacia dentro con un estremecimiento. Cruzamos el patio hasta la entrada del edificio. Con cada paso, la silueta pesada de las Criptas se va haciendo más grande. Se levanta una ráfaga de viento que hace girar remolinos de polvo por el desolado lugar. El aire está cargado con ese tipo de electricidad que precede a una tormenta eléctrica, el tipo de energía enloquecida y vibrante que hace creer que en cualquier momento podría suceder algo terrible, como que el caos se adueñara del mundo, daría lo que fuera porque Álex se volviera, me sonriera y me ofreciera su mano. Por supuesto, no puede. Camina ligero delante de mí, con la espalda tesa y la mirada al frente.

No estoy segura de cuántas personas hay confinadas en las Criptas. Álex calcula que rondan los tres mil. Casi no hay delincuencia en Portland, gracias a la cura, pero de vez en cuando la gente roba cosas, comete actos vandálicos o se resiste a los procedimientos policiales. Y luego están los resistentes y los simpatizantes. Si no son ejecutados inmediatamente, a algunos de ellos se les permite que se pudran en este lugar.

El sitio también funciona como manicomio de Portland y, aunque delincuencia no hay mucha, a pesar de la cura tenemos nuestra cuota de dementes, como en todas partes. Álex diría que es precisamente debido a la cura, y es cierto que si se anticipa la operación o no sale bien, el resultado puede provocar problemas mentales o algún tipo de colapso nervioso. Por otro lado, hay algunas personas que no vuelven a ser las mismas después de la intervención. Se

vuelven catatónicas, miran con ojos fijos y babean, y si sus familias no pueden permitirse cuidarlos, se los mandan también a las Criptas para que se pudran allí.

Una enorme puerta doble da acceso al edificio. Tiene dos diminutos paneles de cristal, que debe de ser blindado, manchados con suciedad y restos de insectos, que me proporcionan una visión borrosa del largo pasillo oscuro que hay más allá, con varias luces eléctricas que parpadean. Pegado a la puerta hay un letrero escrito a máquina, combado por la lluvia y el viento, donde dice: VISITANTES, DIRÍJANSE DIRECTAMENTE A CONTROL Y SEGURIDAD.

Álex se detiene durante una fracción de segundo.

—¿Estás lista? —me dice sin volverse.

—Sí —consigo responder a duras penas.

El olor que nos recibe al entrar casi me lanza para atrás, más allá de la puerta, a través del tiempo, de vuelta a cuarto curso. Es el tufo de miles de cuerpos sin lavar acumulados muy cerca unos del otros, bajo el olor penetrante y fuerte de la lejía y del desinfectante. Entremezclados con todo eso, la simple peste a humedad y pasillos que nunca están secos de verdad, cañerías que gotean, moho que crece detrás de las paredes y en todos los pequeños rincones retorcidos que a los visitantes nunca se les permite visitar. El puesto de control está a la izquierda, y la mujer que atiende la mesa situada detrás de otro cristal a prueba de balas lleva una mascarilla. No la culpo.

Curiosamente, al acercarnos a su mesa, levanta la vista y se dirige a Álex por su nombre.

—Álex —dice asintiendo bruscamente con la cabeza. Sus ojos vuelan hasta mí—. ¿Quién es esta?

Álex repite su historia sobre el problema en las evaluaciones. Obviamente la conoce bastante bien, porque usa su nombre un par de veces y no veo que ella lleve ninguna acreditación. La guardia introduce nuestros nombres en el antiquísimo ordenador que tiene en la mesa y nos dice que vayamos a seguridad. Allí Álex también saluda al personal, y le admiro por su frialdad. A mí me está costando incluso desabrocharme el cinturón para el detector de metales, por lo mucho que me tiemblan las manos. Los guardias de las Criptas parecen ser casi un cincuenta por ciento más grandes que las personas normales, con manos como raquetas de tenis y torsos tan anchos como barcos. Y todos llevan armas, armas grandes. Hago lo que puedo por no parecer completamente aterrada, pero es difícil mantener la calma cuando hay que desnudarse hasta quedar prácticamente en ropa interior ante gigantes equipados con fusiles de asalto.

Finalmente, conseguimos pasar seguridad. Nos volvemos a vestir en silencio y a mí me sorprende y me agrada conseguir atarme los zapatos.

—Pabellones del uno al cinco solamente —grita uno de los guardias, mientras Álex me indica con un gesto que le siga por el pasillo. Las paredes están pintadas de un color amarillo enfermizo. En una casa o en una oficina o en un cuarto

infantil bien iluminados, podría resultar alegre; pero aquí, con solo unas irregulares luces fluorescentes que no hacen más que encenderse y apagarse con un zumbido, manchadas además por años y años de humedad, insectos aplastados, huellas de manos y no quiero saber qué mas, el resultado es increíblemente deprimente, como una gran sonrisa con dientes ennegrecidos y podridos.

—Entendido —contesta Álex. Asumo que eso significa que ciertas zonas están vedadas a los visitantes.

Le sigo por un corredor estrecho y luego por otro. Están vacíos y, por el momento, no hemos pasado ninguna celda, aunque a medida que continuamos doblando esquinas y dando vueltas, empezamos a oír gemidos y gritos, que más bien parecen extraños balidos, mugidos y graznidos; es como si un grupo de personas imitara a animales de granja. Debemos de estar cerca del pabellón psiquiátrico. No nos cruzamos con nadie, ni enfermeros, ni guardias, ni pacientes. Todo está tan quieto que casi da miedo, y no se oye nada salvo esos sonidos horribles que parecen surgir de las paredes.

Me da la impresión de que podemos hablar sin peligro, así que le pregunto a Álex:

—¿Cómo es que todo el mundo te conoce?

—Me paso bastante por aquí —dice, como si eso fuera una respuesta satisfactoria.

La gente no «se pasa» por las Criptas. Ir a las Criptas no es como ir a la playa. Ni siquiera es como ir a un baño público.

Pienso que ya no va a decir nada más, y estoy a punto de pedirle una respuesta más clara cuando suelta el aire que ha acumulado en las mejillas y dice:

—Mi padre está aquí. Por eso vengo.

La verdad es que no creía que nada pudiera sorprenderme ya o penetrar en la niebla de mi cerebro, pero esto lo consigue.

—Creí que habías dicho que tu padre estaba muerto.

Hace mucho tiempo me contó que su padre había muerto, pero se negó a darme más detalles. «Nunca supo que tenía un hijo», eso es lo único que me dijo, y yo me imagine que significaba que su padre había muerto antes de que él naciera.

Por delante de mí, sus hombros se alzan y descienden en un pequeño suspiro.

—Lo está —dice, y gira abruptamente a la derecha por un pasillo corto que termina en una pesada puerta de acero. Está marcada con otro letrero impreso. Dice: CADENA PERPETUA. Bajo esa línea, alguien ha escrito con boli: Y TANTO.

—¿Qué quieres...?

Me siento más confundida que nunca, pero no tengo tiempo de completar la

pregunta. Álex abre la puerta empujándola y el olor que nos recibe, de viento y hierba y frescor, es tan inesperado y tan bienvenido que dejo de hablar y respiro profundamente, agradecida. Sin darme cuenta, he estado respirando por la boca.

Estamos en un patio diminuto, rodeado por paredes del color gris sucio de las Criptas. Aquí la hierba es asombrosamente exuberante, me llega prácticamente hasta la rodilla. Hay un solo árbol que se alza retorcido a nuestra izquierda con un pájaro que gorjea en sus ramas. Es sorprendentemente agradable, tranquilo y bonito; resulta extraño estar en el centro de un pequeño jardín rodeado por los sólidos muros de una cárcel. Es como llegar al centro exacto de un huracán y encontrar paz y silencio en medio de tanto daño descontrolado.

Álex se ha alejado varios pasos. Está de pie con la cabeza inclinada, mirando al suelo. También él debe de estar apreciando la calma de este lugar y la quietud que parece suspendida en el aire como un velo que lo cubre todo de suavidad y descanso. El cielo está ahora mucho más oscuro que cuando hemos entrado en las Criptas. Contra ese gris y esa sombra, la hierba reluce vivida y eléctrica, como si estuviera iluminada desde dentro. Va a llover en cualquier momento. Tiene que hacerlo. Me da la impresión de que el mundo contiene el aliento antes de soltar el aire en una gigantesca exhalación, de que ya no puede aguantar más la respiración y en cualquier momento se dejará ir.

—Es aquí —la voz de Álex resuena sorprendentemente alta, y me sobresalta—. Justo aquí —señala un fragmento torcido de roca que sobresale del suelo—. Ahí es donde está mi padre.

El prado está roto por decenas y decenas de esas rocas, que a primera vista parecían estar colocadas sin orden, al azar. Luego me doy cuenta de que han sido clavadas en la tierra de forma deliberada. Algunas están cubiertas de gastadas marcas negras, casi ilegibles, aunque en una de ellas reconozco la palabra RICHARD y en otra veo MURIÓ.

Lápidas, por fin me doy cuenta. Estamos en mitad de un cementerio.

Álex se ha quedado mirando un trozo grande de hormigón, tan plano como una tableta, clavado en la tierra delante de él. Se ve bien la escritura: las palabras están pulcramente escritas con lo que parece rotulador negro, y tienen los bordes un poco borrosos como si alguien las hubiera repasado una y otra vez a lo largo del tiempo. Dice: WARREN SHEATHES, R.I.P.

—Warren Sheathes —digo.

Quiero alargar la mano y tomar la de Álex, pero no creo que sea prudente. Hay algunas ventanas en la planta baja que dan al patio, y aunque están cubiertas por una gruesa capa de suciedad, alguien podría pasar en cualquier momento, mirar hacia afuera y vernos.

—¿Tu padre?

Álex asiente con la cabeza y luego mueve los hombros en una sacudida repentina, como si estuviera tratando de quitarse el sueño.

—Sí.

—¿Estuvo aquí?

Un lado de su boca se tuerce en una sonrisa, pero el resto de la cara permanece frío.

—Durante catorce años.

Traza un lento círculo en la tierra con el pie, la primera señal de malestar o de distracción que ha mostrado desde que llegamos. En ese momento me siento intimidada por él: desde que le conozco, no ha hecho más que apoyarme, escucharme y ofrecermelo consuelo, y todo este tiempo ha cargado también con el peso de sus propios secretos.

—¿Qué sucedió? —pregunto en voz baja—. Quiero decir, ¿qué...?

Me interrumpo. No quiero presionarle.

Álex me mira rápidamente y luego aparta la vista.

—¿Que qué hizo? —dice. La dureza ha vuelto a su voz—. No lo sé. Lo mismo que el resto de los que terminan en el pabellón seis. Pensó por sí mismo. Luchó por aquello en lo que creía. Se negó a rendirse.

—¿El pabellón seis?

Álex evita mis ojos cuidadosamente.

—El pabellón de los muertos —dice en voz baja—. Es, sobre todo, para presos políticos. Los encierran en celdas de aislamiento. Y ninguno llega a salir —dice señalando con un ademán los otros fragmentos de piedra que sobresalen de la hierba, docenas de tumbas improvisadas—. Jamás —insiste, y me acuerdo del letrero de la puerta: CADENA PERPETUA Y TANTO.

—Lo siento muchísimo, Álex.

Daría cualquier cosa por tocarle, pero lo más que puedo hacer es acercarme mínimamente a él, de forma que nuestra piel queda separada por solo unos centímetros.

Entonces me mira y me lanza una sonrisa triste.

—Mi madre y él solo tenían dieciséis años cuando se conocieron. ¿Puedes creerlo? Ella solo tenía dieciocho cuando me tuvo.

Se agacha y recorre el nombre de su padre con el pulgar sobre la losa. De repente comprendo por qué viene aquí tan a menudo: es para continuar repasando las letras a medida que se desgastan, para mantener la memoria de su padre.

—Querían escaparse juntos, pero a él lo atraparon antes de que pudiera ultimar el plan. Nunca supe que lo habían hecho prisionero. Creía que estaba muerto. Mi madre pensó que sería lo mejor para mí, y nadie en la Tierra Salvaje sabía lo suficiente para contradecirla. Creo que para mi madre era más fácil creer que él había muerto. No quería imaginarlo pudriéndose en este lugar —continúa recorriendo las letras con un dedo, adelante y atrás—. Mi tío y mi tía me dijeron la verdad cuando cumplí los quince. Querían que yo lo supiera. Vine

a conocerle, pero... —me parece ver que Álex se estremece, un movimiento de tensión repentina en los hombros y la espalda—. De cualquier manera, era demasiado tarde. Estaba muerto, llevaba algunos meses muerto y había sido enterrado aquí, donde sus restos no pudieran contaminar nada.

Me siento enferma. Las paredes parecen irse cerrando sobre nosotros al tiempo que se hacen más altas y estrechas, de forma que el cielo queda cada vez más lejano, un punto que se reduce más y más... «Nunca podremos salir de aquí, pienso, y luego respiro hondo intentando mantener la calma».

Álex se incorpora.

—¿Lista? —me pregunta por segunda vez en esta mañana. Asiento con la cabeza, aunque en realidad no creo estarlo. Él se permite una breve sonrisa y por un momento veo una pizca de calidez que chispea en sus ojos. Luego vuelve a mostrarse serio.

Lanzo una última mirada a la lápida antes de volver dentro. Trato de pensar en una plegaria o algo apropiado que decir, pero no se me ocurre nada. Las enseñanzas de los científicos sobre lo que sucede cuando morimos no son muy claras: supuestamente, nos dispersamos en la materia celestial que es Dios y somos absorbidos por él, aunque también nos dicen que los curados van al cielo y viven para siempre en perfecto orden y armonía.

—Tu nombre... —me giro para mirar a Álex, que ya ha echado a andar hacia la puerta—. ¿Álex Warren?

Niego con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Me lo asignaron —dice.

—Tu verdadero nombre es Álex Sheathes —digo, y él asiente con la cabeza. También tiene un nombre secreto, como yo, nos quedamos ahí un momento más, mirándonos, y en ese instante siento que nuestra conexión es tan fuerte que parece adquirir una existencia física, y se convierte en una mano que nos rodea, nos abriga, nos protege. Esto es lo que la gente trata de explicar cuando habla de Dios: que los hace sentirse abrazados, comprendidos y protegidos. Supongo que esta sensación es lo más parecido que hay a pronunciar una oración; tras este singular rezo, sigo a Álex hacia el interior y contengo el aliento cuando vuelve a golpearnos ese hedor horrible.

Le sigo por una serie de pasillos sinuosos. La sensación de quietud y de paz que he tenido en el patio se ve sustituida casi al momento por un miedo tan agudo como una cuchilla dirigida directamente al centro de mi alma, que penetra más y más hasta que apenas puedo respirar ni seguir caminando, en algunos momentos, los aullidos se hacen más fuertes, desquiciados, y me tengo que tapar las orejas; luego se van amortiguando de nuevo. En algún momento nos cruzamos con un hombre que lleva una larga bata blanca de laboratorio, manchada con lo que parece sangre. Lleva a un paciente sujeto con una correa. Ninguno de los dos nos mira al pasar.

Damos tantas vueltas y giros que empiezo a preguntarme si Álex se ha perdido, sobre todo porque los pasillos se hacen más sucios y las luces del techo van escaseando. Al cabo de un rato, caminamos entre la penumbra, con solo una bombilla encendida cada seis metros de pasillo. A intervalos, se encienden en la oscuridad letreros de neón que parecen surgir del vacío: PABELLÓN 1, PABELLÓN 2, PABELLÓN 3, PABELLÓN 4. Pero Álex sigue adelante. Cuando pasamos el pasillo que lleva al pabellón 5, le llamo, convencida de que se ha confundido o se ha equivocado de camino.

—Álex —digo; pero según empiezo a hablar, la palabra se me estrangula en la garganta. Acabamos de llegar a una pesada puerta doble marcada con un letrero iluminado tan débilmente que apenas puedo leerlo. Y sin embargo, parece lucir con tanta fuerza como mil soles.

Álex se vuelve y, para mi sorpresa, su cara no está serena en absoluto. Le tiembla la mandíbula y sus ojos están llenos de dolor; sé que se odia a sí mismo por estar aquí, por ser él quien me lo dice, por ser él quien me lo muestra.

—Lo siento, Lena —dice. Por encima de su cabeza, veo el letrero que reluce en la oscuridad: PABELLÓN 6.

Los humanos, sin regulación, son crueles y caprichosos, violentos y egoístas, desdichados y pendencieros. Solo cuando sus instintos y emociones primigenias han sido controlados pueden ser felices, generosos y buenos.

Manual de FSS

De repente me da miedo avanzar más. Tengo un nudo en la boca del estómago que me dificulta la respiración. No puedo continuar. No quiero saber.

—Tal vez no deberíamos —digo—. Él dijo... él dijo que no podíamos entrar.

Álex alarga la mano como si pensara tocarme; luego se acuerda de dónde estamos y se fuerza a bajar los brazos a los costados.

—No te preocupes —dice—. Tengo amigos aquí.

—Probablemente ni siquiera sea ella —mi voz se alza un poco y me preocupa que me dé un ataque de nervios. Me humedezco los labios, intentando mantener la calma—. Tal vez todo haya sido un gran error. Para empezar, no deberíamos haber venido. Quiero irme a casa.

Sé que parezco una niña pequeña con una rabieta, pero no puedo remediarlo. Pasar por esas puertas me resulta absolutamente imposible.

—Venga, Lena. Tienes que confiar en mí —dice, rozándome el antebrazo con un dedo en una caricia que solo dura un segundo—. ¿Vale? Confía en mí.

—Lo hago: confío en ti. Es solo... —el aire, el hedor, la oscuridad y la sensación de podredumbre a mí alrededor me empujan a salir corriendo—. Si no está aquí. Bueno, eso sería malo. Pero si está... creo, creo que podría ser incluso peor.

Álex me mira atentamente durante un instante.

—Tienes que saberlo, Lena —dice por fin, firmemente, y lleva razón.

Asiento con la cabeza. Me lanza una brevísima sonrisa; luego alarga el brazo y abre de un empujón las puertas del pabellón 6.

Entramos en un vestíbulo que tiene exactamente el aspecto con el que he imaginado siempre las celdas de las Criptas. Las paredes y el suelo son de cemento y, cualquiera que fuera el color con que se pintaron inicialmente, se ha ido desgastando hasta convertirse en un gris lúgubre como de mojo. En el techo alto solo hay una bombilla, que apenas consigue lanzar luz suficiente para iluminar el reducido espacio. Hay un taburete en la esquina, ocupado por un guardia. Este es de tamaño normal, casi flaco, con marcas de granos en la cara y

un pelo que me recuerda a los espaguetis demasiado cocidos. En cuanto pasamos por la puerta, el guardia realiza un pequeño movimiento reflejo para ajustarse el arma, acercándola más a su cuerpo y girando el cañón ligeramente hacia nosotros.

Junto a mí, Álex se tensa. Me pongo alerta.

—No pueden estar aquí —dice el guardia—. Zona restringida.

Por primera vez desde que hemos entrado en las Criptas, Álex parece incómodo. Juguetea nerviosamente con su identificación.

—Pensaba... pensaba que Thomas estaría aquí.

El guardia se pone de pie. Asombrosamente, no es mucho más alto que yo, y desde luego es más bajo que Álex, pero de todos los guardias que he visto hoy, es el que más miedo me da. Hay algo extraño en sus ojos, una dureza y una inexpressividad que me recuerdan a una serpiente. Nunca me habían apuntado con un arma, y mirar el largo túnel del cañón me marea como si fuera a desmayarme.

—Ah, ¡vaya si está aquí!, ya te digo. Últimamente, siempre está aquí —dice el guardia sonriendo sin una pizca de simpatía, y sus dedos bailan junto al gatillo. Cuando habla, sus labios se curvan hacia arriba mostrando una boca llena de dientes amarillos y torcidos—. ¿Qué sabes tú de Thomas?

El cuarto adopta la quietud y la tensión del aire exterior, como si tuviera a punto de estallar un trueno. Álex se permite una pequeña muestra de nerviosismo: curva y flexiona los dedos junto a sus muslos. Casi le puedo ver pensar, intentando decidir qué va a decir ahora. Debe de ser consciente de que mencionar a Thomas ha sido un error; incluso yo he podido notar el desprecio y la sospecha en la voz del guardia al pronunciar el nombre.

Después de lo que parece un tiempo larguísimo, pero que probablemente no dure más que unos pocos segundos, la mirada neutra de vigilante oficial se instala de nuevo en su cara.

—Hemos oído que ha habido algún problema, eso es todo.

La afirmación es lo suficientemente vaga para encajar en cualquier situación. Álex da vueltas con dos dedos a su identificación de seguridad. El guardia posa la vista en ella por un momento y noto que se relaja. Por suerte, no intenta echarle una mirada más detenida. Álex solo tiene autorización de nivel 1 en los laboratorios, lo que significa que apenas tiene derecho a visitar el cuarto de limpieza, y ya no digamos a pasearse por zonas restringidas, allí o en ningún otro sitio de Portland, como si fuera su propietario.

—Pues habéis tardado lo vuestro —dice el guardia secamente—. Lo de Thomas fue hace cuatro meses. Mejor para el DIC, supongo. No es el tipo de cosas que queremos que se sepan.

El DIC es el Departamento de Información Controlada (o, si uno es cínico como Hana, el Departamento de Idiotas Corruptos o el Departamento de

Implementación de la Censura). Se me pone la carne de gallina: algo muy grave debió de pasar en el pabellón 6 para que tuviera que intervenir el DIC.

—Ya sabes cómo son estas cosas —dice Álex. Se ha recuperado de su momentáneo desliz; la seguridad y la simpatía vuelven a su voz—. Imposible obtener una respuesta clara de nadie por allí.

Otra afirmación vaga, pero el guardia se limita a asentir.

—Ya te digo —luego hace un gesto con la cabeza hacia mí—. ¿Quién es?

Noto que me mira el cuello y se da cuenta de que no tengo la marca de la operación. Como mucha gente, retrocede inconscientemente, apenas unos centímetros, pero lo suficiente para que se apodere de mí el viejo sentimiento de humillación, la sensación de estar contaminada. Bajo los ojos al suelo.

—No es nadie —dice Álex, y aunque sé que tiene que decirlo oírle me produce un dolor sordo en el pecho—. Se supone que le tengo que enseñar las Criptas, eso es todo. Un proceso de reeducación, ya sabes a qué me refiero.

Contengo el aliento, convencida de que en cualquier momento nos va a echar de un puntapié, casi deseando que lo haga. Y sin embargo. Justo más allá del taburete hay una sola puerta hecha de un metal pesado y grueso y protegida por un teclado numérico. Me recuerda la cámara acorazada del banco Savings, en el centro. A través de ella me parece distinguir sonidos lejanos, sonidos humanos, creo, aunque es difícil de precisar.

Mi madre podría estar al otro lado de esa puerta. Podría estar ahí dentro. Álex tenía razón. Tengo que saberlo.

Por primera vez, empiezo a entender plenamente lo que me contó Álex anoche. Puede que mi madre haya estado viva todo este tiempo. Cuando yo respiraba, ella respiraba también. Cuando yo dormía, ella dormía en otro lugar. Cuando yo estaba despierta pensando en ella, puede que ella también haya pensara en mí. Es abrumador, a la vez que extraordinario e intensamente doloroso.

Álex y el guardia se miran durante un minuto. Álex sigue dándole vueltas a la credencial, enrollando y desenrollando la cadena. El gesto parece hacer que el guardia se relaje.

—No os puedo dejar entrar ahí —dice, pero esta vez su voz tiene un tono de disculpa. Baja el arma y se vuelve a sentar en el taburete. Suelto el aire; sin darme cuenta, he estado conteniendo el aliento.

—Solo estás haciendo tu trabajo —dice Álex en tono neutro—. Entonces, ¿tú eres el sustituto de Thomas?

—Eso es —contesta.

El guardia vuelve a mirarme y de nuevo noto que su mirada se detiene en mi cuello sin marcas. Tengo que hacer un esfuerzo para no cubrirme la piel con la mano. Finalmente, el guardia parece decidir que no le vamos a dar problemas.

—Frank Dorset. Me reasignaron aquí el tres de febrero, después del incidente

—dice mirando a Álex.

Algo en la forma de pronunciar la palabra *incidente* me produce un escalofrío.

—Es duro, ¿eh?

Álex se apoya en una pared; es la imagen misma de la naturalidad. Solo yo detecto la tensión en su voz. Está atascado. En ese momento no sabe qué hacer ni cómo conseguir que entremos.

Frank se encoge de hombros.

—Bueno, esto es más tranquilo, desde luego. No sale ni entra nadie. O casi nadie, vaya.

Vuelve a sonreír mostrando sus horribles dientes, pero los ojos conservan esa extraña falta de expresión, como si hubiera una cortina echada sobre ellos, me pregunto si será un efecto secundario de la cura, o si siempre habrá sido así.

Inclina la cabeza hacia atrás, mirando a Álex con los ojos entrecerrados, y su parecido con una serpiente se hace incluso mayor.

—¿Y cómo te has enterado tú de lo de Thomas?

Álex mantiene la postura de despreocupación, sonriendo y moviendo la credencial.

—Los rumores van y vienen —dice encogiéndose de hombros—. Ya sabes cómo es.

—Sí, lo sé —dice Frank—. Pero el DIC no estaba muy contento con el asunto. Nos tuvieron unos cuantos meses controladísimos. ¿Tú qué oíste exactamente?

Noto que la pregunta es importante, como una especie de test. «Ten cuidado», le digo mentalmente a Álex como si pudiera oírme.

Álex duda solo un momento ante de decir:

—Oí que quizá tuviera contacto con el otro lado.

De repente lo comprendo todo: el hecho de que Álex dijera: «Tengo amigos aquí», el hecho de que parezca haber tenido acceso al pabellón 6 en el pasado. Uno de los guardias debe de haber sido simpatizante o quizá miembro activo de la resistencia. Resuena en mi mente lo que Álex repite continuamente: «Somos más de lo que crees».

Frank se relaja. Esa debía de ser la respuesta correcta. Parece decidir que Álex es digno de confianza, después de todo. Acaricia el cañón del arma, que ha dejado descansando entre sus rodillas como si fuera una mascota.

—Eso es. Cuando lo oí, me quedé tieso. Claro que yo casi no le conocía. Le vi algunas veces en el cuarto de descanso, una o dos veces yendo a mear al tigre, eso es todo. En general, no se juntaba mucho con la gente. Supongo que es lógico; debió de hacerse colega de los inválidos.

Esta es la primera vez que he oído a alguien con un cargo oficial reconocer la existencia de gente en la Tierra Salvaje. Trago aire bruscamente. Sé que debe de ser doloroso para Álex quedarse ahí, hablando despreciativamente de un amigo

que ha sido atrapado por ser simpatizante. El castigo habrá sido severo y rápido, en especial porque él estaba en la nómina del gobierno. Lo más probable es que lo hayan colgado, fusilado o electrocutado, o que hayan dejado que se pudra en una celda, si el tribunal fue magnánimo y votó en contra de un veredicto de muerte con tortura. Suponiendo que hubiera juicio.

Asombrosamente, la voz de Álex no flaquea:

—¿Y cómo os llegó el chivatazo?

Frank no hace más que frotar el arma. En sus gestos hay una especie de ternura, casi como si pensara que se trata de un ser vivo; me da náuseas.

—No fue exactamente un chivatazo —dice apartándose el pelo de la cara, lo que revela una frente con manchas rojas, brillante de sudor. Aquí hace más calor que en los otros pabellones: el aire debe de quedarse atrapado entre estas paredes, ulcerándose y pudriéndose como todo lo demás—. Creen que sabía algo sobre la huida. Estaba encargado de la inspección de las celdas. Y el túnel no pudo aparecer de la noche a la mañana.

—¿La huida?

Las palabras se me escapan antes de que pueda evitarlo. El corazón se pone a saltar dolorosamente en mi pecho, nadie ha huido de las Criptas, nunca jamás.

Por un instante, la mano de Frank se detiene sobre el arma, y una vez más sus dedos bailan sobre el gatillo.

—Claro —dice manteniendo los ojos en Álex, como si yo no estuviera—. Habrás oído hablar de ello.

Álex se encoge de hombros.

—Bueno, un poco aquí, un poco allá. Nada confirmado.

Frank se ríe. Es un sonido horrible. Me recuerda a una vez que vi dos gaviotas que peleaban en el aire por un poco de comida, gritando mientras se precipitaban hacia el océano.

—Pues ya te lo confirmo yo —dice—. Sucedió en febrero. De hecho, fue Thomas quien dio la alarma. Claro que, si estaba implicado, la fugitiva pudo tener una ventaja de seis o siete horas.

Cuando dice la palabra *fugitiva*, las paredes parecen derrumbarse a mi alrededor. Doy rápidamente un paso hacia atrás, me choco con la pared. «Podría ser ella», pienso, y durante un terrible momento me siento casi decepcionada. Luego me recuerdo a mí misma que tal vez mi madre no esté aquí; en cualquier caso, podría ser cualquier mujer la que se escapó, una simpatizante o agitadora. Con todo, no se me pasa el mareo. Me siento llena de ansiedad y de miedo y de un anhelo desesperado, todo a la vez.

—¿Qué le pasa? —pregunta Frank. Su voz suena lejana.

—Aire —consigo decir—. Es el aire de aquí.

Frank vuelve a soltar una carcajada desagradable y burlona.

—Pues si te crees que aquí huele mal —dice—, que sepas que esto es un

paraíso comparado con las celdas.

Parece encontrar placer en lo que dice, y me recuerda un debate que mantuve hace algunas semanas con Álex, en que él atacaba la utilidad de la cura. Yo decía que sin amor tampoco había odio, y sin odio no había violencia. «El odio no es lo más peligroso», dijo él. «Es la indiferencia».

Álex comienza a hablar. Su voz es baja y mantiene el tono natural, pero por debajo hay un trasfondo persuasivo; es el tipo de voz que los vendedores callejeros usan cuando intentan que les compres una caja de fruta magullada o un juguete roto. «No pasa nada, te hago un buen precio, no hay problema, confía en mí».

—Escucha, déjanos entrar solo un minuto. No me hace falta más: un minuto. Ya ves que tienes más miedo que vergüenza. He tenido que venir hasta aquí solo para esto, a pesar de que era mi día libre. Tenía pensado ir al embarcadero a ver si pescaba algo. El caso es que si la llevo a casa y no se ha enderezado... Bueno, y ya sabes, lo más probable es que me toque volver otra vez. Y solo me quedan un par de días libres, y el verano casi se ha acabado.

—¿Y por qué tanto lío? —dice Frank moviendo la cabeza hacia mí—. Si está causando problemas, hay una forma sencilla de arreglarla.

Álex sonríe forzosamente.

—Su padre es Steven Jones, comisionado de los laboratorios. No quiere una intervención anticipada; no quiere problemas, ni violencia, ni movidas. Mala publicidad, y ya sabes.

Es una mentira audaz. Frank podría pedir que le enseñe mi identificación, y entonces Álex y yo estaríamos fastidiados. No sé cuál será el castigo por infiltrarse en las Criptas con falsos pretextos, pero dudo que sea leve.

Por primera vez, Frank parece interesado en mí. Me mira de arriba abajo como si tuviera un pomelo que está examinando en el supermercado para ver si está maduro, y por un momento no dice nada.

Luego, por fin, se pone de pie echándose el arma al hombro.

—Venga —dice—. Cinco minutos.

Se acerca a la puerta, teclea un código y posa la mano en una especie de pantalla de huellas dactilares. Cuando acaba, Álex me toma del codo.

—Vamos.

Me habla con voz irritada, como si mi pequeño ataque le hubiera hecho impaciente. Pero su toque es tierno y su mano resulta cálida y reconfortante. Ojalá pudiera dejarla donde está; pero solo un segundo después, me vuelve a soltar: «Sé fuerte. Casi estamos, aguanta solo un poco más».

Los cerrojos de la puerta se abren con un chasquido. Frank apoya el hombro, empuja con fuerza y la puerta se abre apenas lo justo para que accedamos al pasillo que hay más allá. Álex pasa primero, luego yo, y por último Frank. El pasaje es tan estrecho que tenemos que avanzar en fila india y está aún más

oscuro que el resto de las Criptas.

Pero el olor es lo que realmente me impacta: un hedor asqueroso, pestilente, putrefacto, como los contenedores de la bahía —el lugar donde se tiran todas las tripas de pescado— en un día caluroso. Hasta Álex maldice y tose, tapándose la nariz con la mano.

Detrás de mí, me imagino a Frank sonriendo.

—El pabellón 6 tiene su perfume particular —dice.

Mientras caminamos, oigo cómo el cañón del arma golpea contra su muslo. Me da miedo desmayarme y siento la tentación de apoyarme en las paredes para mantenerme en pie, pero están cubiertas de humedad y hongos. A ambos lados aparecen a intervalos las puertas metálicas de las celdas, cada una con su cerrojo y su ventanita mugrienta del tamaño de un plato. A través de las paredes nos llegan gemidos ahogados, una vibración constante. Es peor, de algún modo, que los gritos y aullidos de antes. Este es el sonido que producen las personas cuando han perdido hace tiempo la esperanza de que nadie las oiga, un sonido reflejo destinado solo a llenar el tiempo y el espacio y la oscuridad.

Voy a vomitar. Si Álex tiene razón, mi madre está aquí, tras una de esas terribles puertas, tan cerca que si pudiera reordenar las partículas y hacer que la piedra se disolviera, podría alargar la mano y tocarla. Más cerca de lo que nunca creí que volvería a estar de ella.

Me inundan deseos y pensamientos enfrentados. « Mi madre no puede estar aquí; preferiría que estuviera muerta; quiero verla viva » . Y me llena, también, esa otra palabra que hace presión desde debajo de mis otros pensamientos: *huida, huida, huida*. Una posibilidad demasiado fantástica para pensar en ella. Si mi madre hubiera sido la que escapó, yo lo habría sabido. Ella habría venido a buscarme.

El pabellón 6 está formado exclusivamente por un largo corredor. Por lo que puedo ver, hay unas cuarenta puertas, cuarentas celdas separadas.

—Esto es todo —dice Frank—. El gran *tour* —ironiza golpeando en unas de las primeras puertas—. Aquí está nuestro amigo Thomas, por si le quieres decir hola.

Luego vuelve a reírse, con ese detestable tono de mofa.

Me acuerdo de lo que comentó cuando entramos en el vestíbulo. « Últimamente, siempre está aquí » .

Por delante, Álex no contesta, pero me parece que le veo estremecerse.

Frank me toca abruptamente en la espalda con el cañón del arma.

—Bueno, ¿qué te parece?

—Horrible —consigo decir. Me parece tener la garganta rodeada de alambre de espino. Frank parece complacido.

—Más vale que escuches y hagas lo que te dicen —afirma—. No tiene sentido terminar como este tipo.

No hemos detenido ante unas de las celdas. Frank nos hace una señal indicando la diminuta ventana y doy un paso vacilante hasta apoyar la cara en el cristal. Está tan sucio que resulta casi opaco, pero si entrecierro los ojos puedo distinguir algunas formas en la oscuridad de la celda: una cama individual con un colchón fino y sucio, un váter, un cubo que podría ser el equivalente humano del cuenco de agua para un perro.

Al principio me parece que también hay un montón de harapos en un rincón, hasta que me doy cuenta de que esos harapos son el «tipo» al que Frank se refería: un asqueroso bulto en cuclillas, un montón de piel y huesos con el pelo enredado y aspecto de loco. No se mueve, y su piel está tan sucia que se confunde con el gris de la pared de piedra a sus espaldas. Si no fuera por los ojos, que se mueven continuamente de un lado para otro como si estuviera buscando insectos en el aire, cualquiera pensaría que está muerto. Apenas parece humano.

Me vuelve la idea de antes: «Preferiría que estuviera muerta». No quiero encontrarla en este lugar. En cualquier sitio menos aquí.

Álex ha seguido pasillo abajo, y de pronto oigo que inspira bruscamente. Alzo la vista. Está totalmente quieto, y la expresión de su rostro me da miedo.

—¿Qué? —pregunto.

Por un momento, no contesta. Está mirando algo que no puedo ver, supongo que alguna puerta de las que hay más adelante. Luego se vuelve hacia mí y hace un gesto de negación rápido, convulsivo.

—No —dice. Su voz es un graznido, y el miedo se alza hasta abrumarme.

—¿Qué pasa? —pregunto de nuevo.

Avanzo por el pasillo hacia él. De repente me parece que está muy lejos, y cuando Frank habla detrás de mí, su voz también suena remota.

—Aquí es donde estaba ella —dice—. La número ciento dieciocho. La administración aún no ha soltado la pasta necesaria para arreglar las paredes, así que por el momento lo hemos dejado así. Aquí no hay mucho presupuesto para reformas.

Álex me mira fijamente. Todo su control y su seguridad se han desvanecido. Sus ojos arden de enfado, o quizá de dolor, y su voz se tuerce en una mueca. Mi cabeza parece llena de ruido.

Álex alza la mano como si quisiera detener mi avance. Nuestras miradas se cruzan por un segundo y algo destella entre nosotros, una advertencia o una disculpa, tal vez, y luego paso a su lado hasta llegar a la celda 118.

Es idéntica en casi todo a las celdas que he entrevisto por las diminutas ventanas del pasillo: un áspero suelo de cemento, un váter oxidado y un cubo lleno de agua, en el que dan vueltas lentamente varias cucarachas: también hay una diminuta cama de metal con un colchón de papel de fumar, que alguien ha arrastrado hasta el centro mismo del cuarto.

Y paredes.

Las paredes están cubiertas, centímetro a centímetro, de escritura. No. No de escritura. Están cubiertas por una sola palabra de cuatro letras que ha sido inscrita una y otra vez sobre todas las superficies disponibles.

Amor.

Grabada con curvas enormes y apenas arañadas en los rincones; acuñada con una caligrafía elegante y con sólidas mayúsculas, rascada, tallada, labrada, como si las paredes se estuvieran volviendo poesía lentamente.

Y en el suelo, junto a una pared, hay una cadena de plata ennegrecida, con un colgante todavía unido a ella: una daga con rubíes incrustados cuya cuchilla se ha gastado hasta quedar reducida a un pequeño fragmento. La insignia de mi padre. El collar de mi madre.

Mi madre.

Todo este tiempo, durante cada segundo de mi vida en que la creía muerta, ella estaba aquí: arañando, rascando, rayando, encajonada entre estas paredes de piedra como un secreto largamente enterrado.

De repente siento como si estuviera de vuelta en mi sueño, de pie en lo alto de un acantilado mientras el suelo que casi piso se desintegra y se transforma en la arena de un reloj que escapa bajo mis pies. Me siento como en ese momento en que me doy cuenta de que el suelo ha desaparecido y estoy de pie en un filo desnudo de aire, preparada para caer.

—Es terrible, ¿lo veis? Mirad lo que le provocó la enfermedad. Quién sabe cuántas horas pasaría escribiendo en esas paredes, como una rata.

Frank y Álex están de pie detrás de mí. Las palabras de Frank me llegan como si estuvieran amortiguadas por una capa de tejido. Doy un paso hacia el interior de la celda, y de repente me fijo en un rayo de luz que se extiende como un largo dedo dorado desde una grieta abierta en la pared. Las nubes han debido de empezar a dispersarse en el exterior; por el resquicio, al otro lado de la fortaleza de piedra, veo el azul llameante del río Presumpscot y las hojas que se mueven y se atropellan unas a otras, una avalancha de verde y sol y perfume de plantas que crecen a su antojo. La Tierra Salvaje.

Tantas horas, tantos días, escribiendo esas mismas cuatro letras una y otra vez: esa palabra extraña y aterradora, esa palabra que la recluyó durante más de diez años.

Y, en última instancia, la palabra que la ayudó a escapar. En la parte inferior de una pared trazó la palabra, AMOR, tantas veces y con una escritura tan grande que cada letra tenía el tamaño de un niño, y penetró tan profundamente en la piedra que la formó un túnel y ella se fue.

Para el cuerpo comida, para los huesos calcio, para los golpes hielo y en la tripa un guijarro.

Bendición tradicional.

Incluso una vez que las puertas se cierran con un sonido metálico y las Criptas se van haciendo pequeñas a nuestras espaldas, no se me pasa la sensación de estar completamente enjaulada. Sigo sintiendo una presión terrible que me aprieta el pecho, y tengo que luchar para conseguir llenar de aire los pulmones.

Un viejo autobús de prisioneros con un motor asmático nos transporta alejándonos de la frontera, hasta Deering. Desde ahí, Álex y yo volvemos caminando hacia el centro de Portland. Vamos por la misma acera pero procuramos separarnos tanto como podemos. Cada pocos pasos, él gira la cabeza para mirarme y abre y cierra la boca, como si estuviera pronunciando una serie de palabras inaudibles. Sé que está preocupado por mí, y probablemente teme que me dé un ataque, pero no puedo mirarle a los ojos ni hablarle. Mantengo la vista al frente y mis piernas dan un paso detrás de otro sin pedir permiso a mi cerebro. Aparte de un terrible dolor en el pecho y en el estómago, mi cuerpo parece entumecido. No noto siquiera el suelo bajo mis pies, ni el viento que corre entre los árboles y me roza la cara; no puedo sentir la calidez del sol que, contra todo pronóstico, ha conseguido romper las nubes negras e ilumina el mundo con un extraño color verdusco, como si todo estuviera sumergido en el mar.

Cuando yo era pequeña y mi madre murió —cuando pensé que había muerto—, recuerdo que salí por primera vez a correr y me perdí irremisiblemente al final de la calle Congress, un sitio en el que había jugado durante toda mi vida. Doblé una esquina y me encontré delante de Limpiezas Bubble & Soap, y de pronto fui incapaz de recordar dónde estaba, o si mi casa quedaba hacia la derecha o hacia la izquierda. Nada era igual. Todo parecía una copia de sí mismo, frágil y distorsionada, como si me hubiera quedado atrapada en la galería de los espejos de la «casa de la risa» y viera allí reflejado mi antiguo mundo.

Así es como me siento en este momento: he perdido algo, lo he encontrado y lo he vuelto a perder, todo al mismo tiempo. Y ahora sé que en algún lugar de este mundo, en la tierra agreste del otro lado de la alambrada, mi madre está viva y respira y suda y se mueve y piensa. Me pregunto si pensará en mí y el dolor se hace más profundo, me deja sin aliento hasta tal punto que me detengo y

me doblo en dos con una mano en el estomago.

Seguimos sin haber llegado a la península; de hecho, no estamos lejos de Brooks 37. En esta zona, las casas están separadas por amplios tramos de césped descuidado y jardines abandonados, llenos de basura. Aun así hay gente por la calle, incluyendo un hombre al que identifico enseguida como regulador. A pesar de la hora —no es ni siquiera mediodía—, lleva un megáfono colgado del cuello y una porra de madera atada al muslo. Álex también debe de haberlo visto. Se mantiene a cierta distancia, recorriendo la calle con la mirada, intentando aparentar indiferencia, pero me susurra:

—¿Estás bien?

Tengo que vencer el dolor. En este momento irradia por todo mi cuerpo hasta llegar a la cabeza, donde palpita sordamente.

—Creo que sí —consigo decir en un jadeo.

—En el callejón. A tu izquierda. Ve.

Me endezco todo lo que puedo, lo suficiente, al menos para llegar con dificultad hasta el callejón que se abre entre dos edificios altos. Hacia la mitad hay varios contenedores de metal, colocados en paralelo, llenos de moscas. El olor es asqueroso, es como estar de vuelta en las Criptas, pero igualmente me meto entre ellos agradecida por la posibilidad de sentarme. En cuanto me detengo, se calma el latido de mi cerebro. Inclino la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la pared de ladrillo. Siento que el mundo se mece, soy un barco que ha perdido sus amarras.

Álex llega un minuto después, se acucilla delante de mí y me aparta el cabello de la cara. Es la primera vez que ha podido tocarme en todo el día.

—Lo siento, Lena —dice, y sé que es verdad—. Pensé que querías saberlo.

—Doce años —digo simplemente—. He pasado doce años pensando que estaba muerta.

Durante un rato nos quedamos en silencio. Él me dibuja círculos en los hombros, en los brazos, en las rodillas, por donde alcanza, como si estuviera desesperado por mantener contacto físico conmigo. Ojalá pudiera cerrar los ojos y convertirme en polvo y en nada, sentir que mis pensamientos se dispersan como pelusas de diente de león llevadas por el viento. Pero sus manos siguen trayéndome de vuelta al callejón, a Portland y a un mundo que de pronto ha dejado de tener sentido.

«Ella está por ahí, respira, pasa sed, come, camina, nada». Me resulta imposible, en este momento, pensar en seguir con mi vida, imposible imaginar que puedo dormir y atarme los cordones para correr, ayudar a Carol a llevar los platos y hasta estar en la casa con Álex, cuando sé que ella existe, que está por ahí en algún sitio, en una órbita tan lejana de la mía como una constelación remota.

«¿Por qué no vino a por mí?». La idea se me pasa por la mente con una

claridad tan veloz como una descarga eléctrica, trayendo consigo de vuelta un dolor agudo. Cierro los ojos, dejo caer la cabeza hacia delante, rezo para que pase. Pero no sé a quién rezar. De repente, no puedo recordar ninguna palabra; solo puedo pensar en una vez que fui a la iglesia cuando era pequeña y vi cómo resplandecía el sol y luego se desvanecía más allá de la vidriera, y contemple cómo moría toda aquella luz dejando solo paneles de vidrio de colores apagados y polvorientos.

—Oye, mírame.

Abrir los ojos me supone un esfuerzo tremendo. Álex se me aparece borroso, aunque está agachado a poca distancia de mí.

—Tienes que tener hambre —dice dulcemente—. Voy a llevarte a casa, ¿vale? ¿Puedes caminar? —se echa hacia atrás un poco, dejando sitio para que me ponga de pie.

—No —me sale más enérgico de lo que yo quería, y Álex parece desconcertado.

—¿Que no puedes caminar?

Entre sus cejas aparece un pliegue.

—No —me cuesta mantener la voz a un volumen normal—. Quiero decir que no puedo ir a casa. No puedo ni quiero.

Álex suspira y se frota la frente.

—Podríamos ir un rato a Brooks, quedamos en la casa. Y cuando te sientas mejor...

—No lo comprendes —le corto en seco.

En mi interior se va acumulando un grito, un insecto negro escarba en mi garganta. Lo único que pienso es: «Lo sabían». Lo sabían todos: Carol y el tío William, quizá incluso Rachel, y aun así dejaron que siguiera creyendo que estaba muerta.

Dejaron que creyera que me había abandonado. Dejaron que creyera que no me quería lo suficiente. De repente, me siento llena de ira al rojo vivo que me quema por dentro. Si los veo, si vuelvo allí, no seré capaz de detenerme. Le prenderé fuego a la casa o la echaré abajo, viga a viga.

—Quiero irme contigo a la Tierra Salvaje, como hablamos.

Pensaba que le haría ilusión, pero su gesto al oírlo era más de cansancio. Aparta la vista y entrecierra los ojos.

—Mira, Lena, ha sido un día muy largo. Estás agotada. Tienes hambre. No piensas con claridad.

—Sí pienso con claridad —afirmó, poniéndome de pie para no parecer tan impotente. Estoy enfadada con él también, aunque sé que no es culpa suya. Pero la furia da vueltas en mi interior, sin objetivo, mientras gana impulso—. No puedo quedarme aquí, Álex. Ya no. No después, no después de esto —se me agarrota la garganta mientras me vuelvo a tragar el grito que quiere salir—. Lo

sabían, Álex. Ellos lo sabían y nunca me lo contaron.

Él también se pone de pie, lentamente, como si le doliera.

—No puedes estar segura —dice.

—Lo estoy —insisto, y es verdad.

En lo más profundo de mí ser, no tengo dudas. Pienso en mi madre inclinada sobre mí, en la palidez de su rostro que se abre paso en mi sueño, su voz: « Te amo. Recuerda. Eso no pueden quitártelo », esas palabras susurradas en mi oído en voz baja, una pequeña sonrisa triste que le bailaba en los labios. Ella también lo sabía. Ella sabía que venían a por ella para llevarla a aquel horrible lugar. Y solo una semana después, yo estaba sentada con un vestido negro que picaba delante de un ataúd vacío, con un montón de cáscaras de naranja para chupar, intentando contener las lágrimas mientras todos aquellos en quienes creía construían en torno a mí una superficie sólida y suave de mentiras (« Estaba enferma », « Eso es lo que hace la enfermedad », « Suicidio »). Fue a mí a quien realmente enterraron aquel día.

—No puedo volver a casa y no lo voy a hacer, Voy a ir contigo. Podemos construirnos un hogar en la Tierra Salvaje. Otra gente lo hace, ¿no? Otras personas lo han hecho. Mi madre.

Quiero decir: « Mi madre lo va a hacer », pero se me quiebra la voz al pronunciar esa palabra.

Álex me mira atentamente.

—Lena, si te vas, si te vas de verdad, para ti no podrás ser como es ahora para mí. Eso lo entiendes, ¿verdad? No podrás ir y volver. No podrás regresar nunca. Tu número será invalidado. Todo el mundo sabrá que eres una resistente. Todo el mundo te buscará. Si alguien te encontrara... si alguna vez te atraparan... —no termina la frase.

—No me importa —replico; ya no puedo controlar mi temperamento—. Tú fuiste quien lo sugirió, ¿no? Entonces, ¿qué? Ahora que estoy lista para irme, ¿tú te echas atrás?

—Solo estoy tratando de...

Le vuelvo a interrumpir; estoy desvariando, deslizándome sobre el enfado, sobre mi deseo de hacer daño, romper, destrozar.

—Eres como los demás. Eres igual que ellos. Venga a hablar, hablar, hablar, se te da muy bien. Pero cuando llega el momento de hacer algo, cuando llega el momento de ayudarme.

—Estoy tratando de ayudarte —dice con dureza—. Estás hablando de algo muy grave. ¿Te das cuenta? Es una elección tremenda y estás cabreada y no sabes lo que dices.

Él también se está enfadando. El tono de su voz hace que sienta una punzada de dolor, pero no puedo parar de hablar. Destrozar, destrozar, destrozar. Quiero romperlo todo, a él, a mí, a nosotros, a la ciudad entera, al mundo entero.

—No me trates como a una niña —digo.

—Entonces deja de actuar como si lo fueras —me replica; en cuanto las palabras salen de su boca, sé que las lamenta. Se aparta un poco, respira y entonces dice, en un tono normal de voz—: Escucha Lena. Lo siento muchísimo. Sé que has tenido... en fin, con todo lo que ha sucedido hoy, no puedo ni imaginar cómo te sientes.

Es demasiado tarde. Las lágrimas me emborronan la visión. Me aparto de él y me pongo a rascar la pared con una uña. Una escama de ladrillo se desprende. Verla caer al suelo me recuerda a mi madre y a aquellas paredes extrañas y terroríficas. Y lloro aún con más intensidad.

—Si yo te importara, me llevarías lejos —digo—. Si yo te importara algo, nos iríamos ya mismo.

—Tú me importas —dice Álex.

—No, no te importo —ahora sé que me estoy comportando como una cría, pero no puedo remediarlo—. A ella tampoco le importé. No le importaba en absoluto.

—Eso no es cierto.

—¿Por qué no vino por mí entonces? —aún estoy de espaldas a él, con una mano apoyada en la pared, sintiendo cómo eso también, podría derrumbarse en cualquier momento—. ¿Dónde está ahora? ¿Por qué no vino a buscarme?

—Ya sabes por qué —dice con mayor firmeza—. Ya sabes lo que le habría sucedido si la hubieran vuelto a atrapar, si la hubieran cogido contigo. Habría significado la muerte para las dos.

Sé que tiene razón, pero eso no me alivia en absoluto. Sigo adelante obstinadamente, incapaz de detenerme.

—No es eso. A ella no le importo y a ti tampoco. No le importo a nadie.

Me paso el brazo por la cara, limpiándome la nariz.

—Lena —me llama colocando las manos en mis codos y haciéndome girar para situarme frente a él. Cuando me niego a mirarle a los ojos, me alza la barbilla obligándome a que le mire—. Magdalena —repite; es la primera vez que ha usado mi nombre completo desde que nos conocemos—. Tu madre te amaba, ¿lo entiendes? Te amaba. Te sigue amando. Quería que estuvieras a salvo.

El calor me invade. Por primera vez en mi vida, no me da miedo el verbo amar. Algo parece abrirse dentro de mí como un bostezo, se estira como un gato que intenta absorber el sol, y necesito desesperadamente que me lo vuelva a decir.

Su voz es infinitamente suave. Sus ojos son cálidos y están veteados de luz, con ese color del sol que se derrite como mantequilla a través de los árboles en una luminosa tarde otoñal.

—Y yo también te amo —sus dedos me acarician el borde de la mandíbula, bailando brevemente sobre mis labios—. Tendrías que saberlo. Tienes que

saberlo.

Entonces es cuando sucede.

De pie entre dos contenedores asquerosos en una callejuela de mierda, mientras el mundo se derrumba a mi alrededor, al oír cómo Álex dice esas palabras, todo el miedo que he llevado conmigo desde que aprendí a sentarme, a ponerme de pie, a respirar, desde que me dijeron que dentro de mí había algo malo, algo enfermo y podrido, algo que debía ser eliminado, desde que me dijeron que estaba casi echada a perder... todo se desvanece de repente. Eso que habita en lo más profundo de mi espíritu, el corazón de mi corazón, se estira y se despliega más, se alza como una bandera y me hace sentir más fuerte de lo que me había sentido nunca.

Abro la boca y digo:

—Yo también te amo.

Es extraño, pero después de ese momento en el callejón, de pronto comprendo el significado de mi nombre completo, la razón principal por la cual mi madre me puso Magdalena, el significado de la antigua historia bíblica de José y su abandono de María Magdalena. Comprendo que él renunció a ella por una razón. Él renunció a ella para que pudiera ser salvada, aunque a él le destrozó dejarla marchar.

Renunció a ella por amor.

Creo que tal vez mi madre ya sabía cuando nací que ella tendría que hacer lo mismo algún día. Supongo que eso forma parte de lo que significa amar a las personas. Hay que renunciar a cosas. A veces incluso hay que renunciar a esas personas.

Álex y yo hablamos de todas las cosas que yo dejaría atrás para ir con él a la Tierra Salvaje. Quiere estar totalmente seguro de que sé en lo que nos estamos metiendo. Pasar por la panadería Fat Cats después del cierre y comprar panecillos y bollos de queso por un dólar la pieza, sentarme en los embarcaderos y oír chillar a las gaviotas mientras vuelan en círculos, echar largas carreras hasta las granjas cuando el rocío hace relucir cada brizna de hierba como si estuvieran envuelta en cristal, escuchar el ritmo constante de los océanos que palpita bajo la ciudad como el latido del corazón, ver las callejuelas adoquinadas del puerto viejo, las tiendas atiborradas de cosas brillantes y hermosas que nunca he podido permitirme.

Lo único que lamento es perder a Hana y Gracie. El resto de Portland, por lo que a mí respecta, puede desvanecerse. Sus brillantes y altas torres falsas, y los escaparates tapados, y la gente obediente que mira con ojos fijos y agacha la cabeza para recibir más mentiras, como animales que se ofrecen para ser sacrificados.

—Si nos vamos juntos, estaremos solos tú y yo —Álex no deja de repetirlo, como si necesitara asegurarse de que yo lo comprendo, como si necesitara

asegurarse de que yo estoy segura—. No hay forma de volver atrás. Nunca.

—Eso es lo que quiero. Solo tú y yo. Siempre —corroboro.

Y lo digo en serio. Ni siquiera tengo miedo. Ahora que sé que lo voy a tener a él, que nos tenemos el uno al otro, siento que nunca más voy a tener miedo de nada.

Decidimos irnos de Portland una semana después, exactamente nueve días antes de la fecha prevista para mi intervención. Preferiría no posponer nuestro viaje tanto tiempo, me siento tentada de echar a correr directamente hacia la valla fronteriza y tratar de pasarla a plena luz del día, pero Álex me calma y me explica porqué es importante que esperemos.

En los últimos años, él solo ha cruzado unas pocas veces. Es muy peligroso ir y venir más a menudo. Sin embargo, en la próxima semana cruzará dos veces antes de que llevemos a cabo la escapada final; es un riesgo casi suicida, pero me convence de que es necesario. Cuando se vaya conmigo y empiece a faltar al trabajo y a clase, él también será invalidado, aunque técnicamente su identidad nunca ha sido realmente válida, ya que fue creada por la resistencia.

Y en cuanto nos invaliden a los dos, nos borrarán del sistema como un clic. Será como si nunca hubiéramos existido. Al menos, podemos contar con que no nos perseguirán por la Tierra Salvaje. No habrá grupos de captura. Nadie irá a buscarnos. Si quisieran atraparnos, tendrían que admitir que habíamos conseguido salir de Portland, que se puede hacer, que los inválidos existen.

No seremos más que fantasmas, rastros, recuerdos. Y pronto, como los curados mantienen la vista firmemente centrada en el futuro y en la larga procesión de días por los que marchar, ni siquiera seremos eso.

Como Álex ya no podrá entrar en Portland, tendremos que llevarnos toda la comida que podamos, además de ropa para el invierno y todo aquello de lo que no podemos prescindir. Los inválidos de los asentimientos suelen compartir lo que tienen sin problemas. Sin embargo, el otoño y el invierno son siempre duros allí y, después de tanto tiempo viviendo en la ciudad, Álex no es precisamente un cazador-recolector experto.

Quedamos en verno en la casa a medianoche para continuar los preparativos. Yo le pasaré el primer cargamento de cosas que quiero llevarme: mi álbum de fotos, un montón de notas que Hana y yo nos intercambiamos en clase de Matemáticas en décimo y toda la comida que pueda escamotear del Stop-N-Save.

Son casi las tres cuando nos separamos y me dirijo a casa. Las nubes han empezado a dispersarse y con ellas se entrelazan jirones de cielo, de un azul pálido como seda desvaída. El aire es cálido, pero el viento tiene un filo de olores otoñales a frío y humo. Pronto los verdes del paisaje darán paso a violentos rojos y naranjas, y después esos también serán sustituidos por la desnudez quebradiza del invierno. Y yo me habré ido, estaré por ahí en alguna parte, entre los árboles

tremolosos, envueltos por la nieve. Pero Álex vendrá conmigo y estaremos a salvo. Caminaremos de la mano y nos besaremos a plena luz del día y nos amaremos todo lo que queramos y nadie intentará separarnos.

A pesar de todo lo que ha sucedido, hoy me siento más serena de lo que he estado nunca, como si las palabras que nos hemos dicho el uno al otro me hubieran envuelto en una neblina protectora.

Hace más de un mes que no corro de forma regular. Ha hecho demasiado calor, y hasta hace poco Carol me lo tenía prohibido. Pero en cuanto llego a casa, llamo a Hana y le pido que se reúna conmigo en las pistas, nuestro punto de inicio habitual, y ella simplemente se ríe.

—Estaba a punto de llamarte y sugerirte lo mismo —dice.

—Ya sabes lo que dicen de las grandes mentes.

Su risa se pierde por un momento en el zumbido que resuena por el auricular, cuando un censor en algún punto de Portland conecta con nuestra conversación. El ojo giratorio, siempre dando vueltas, siempre vigilante. Por un momento me invade el enfado, pero se disipa enseguida. Pronto estaré fuera del mapa totalmente y para siempre.

Esperaba poder salir de casa sin ver a Carol, pero se cruza conmigo cuando me dirijo a la puerta. Como siempre, está en la cocina, repitiendo hasta la saciedad su ciclo de guisos y limpieza.

—¿Dónde has estado todo el día? —pregunta.

—Con Hana —respondo automáticamente.

—¿Y vas a volver a salir?

—Solo a correr.

Antes pensé que si la volvía a ver, le arañaría la cara o la mataría. Pero en este momento, al mirarla, me siento totalmente indiferente, como si fuera una valla publicitaria o un extraño que pasa en un autobús.

—La cena es a las siete y media —dice—. Me gustaría que estuvieras en casa para poner la mesa.

—Estaré en casa —digo. Se me ocurre que esta insensibilidad, esta sensación de distancia, debe de ser lo que ella y los demás curados experimentan todo el tiempo: como si hubiera un cristal grueso entre cada persona y los demás, un cristal que lo amortigua todo. Casi nada lo atraviesa. Casi nada importa. Dicen que la cura tiene que ver con la felicidad, pero ahora comprendo que no es así, que nunca ha sido así. Tiene que ver con el miedo: miedo al dolor, miedo al daño, miedo, miedo, miedo. Una ciega existencia animal, aterrorizada, embotada, estúpida, sin más horizonte que toparse con las paredes y arrastrar los pies por los pasillos cada vez más angostos.

Por primera vez en mi vida, realmente siento compasión por Carol. Solo tengo diecisiete años y ya sé algo que ella no sabe. Sé que la vida no es vida si te limitas a dejarte llevar por ella. Sé que el objetivo, el único objetivo, es encontrar

las cosas que importan y aferrarse a ellas, luchar por ellas y negarse a soltarlas.

—Vale —Carol se queda ahí, un poco incómoda, como le pasa siempre que quiere decir algo importante pero no sabe muy bien cómo hacerlo—. Dos semanas hasta el día de tu cura —dice por fin.

—Dieciséis días —digo, pero mentalmente cuento: «siete días». Siete días para ser libre y estar lejos de todas estas personas y sus vidas superficiales, en las que se deslizan rozándose apenas unos a otros, resbalando, resbalando de la vida a la muerte. Para ellos, casi no hay cambios entre la una y la otra.

—Es comprensible que estés nerviosa —dice. Esas deben de ser palabras de consuelo que le ha costado tanto esfuerzo recordar y pronunciar.

Pobre tía Carol: una vida de platos y latas abolladas de alubias y días que se funden unos con otros. Me doy cuenta, en ese momento, de lo vieja que está. Su cara está llena de arrugas y su cabello tiene zonas grises. Eran sus ojos los que me habían convencido de que no tiene edad: esos ojos fijos, diáfanos, que comparten todos los curados, como si estuvieran siempre mirando algo en la lejanía. Debió de ser bastante bonita antes de ser curada. Es tan alta como mi madre, y probablemente igual de delgada; me viene a la cabeza una imagen de dos muchachas adolescentes, dos esbeltos paréntesis negros separados por un océano plateado, que se echan agua con el pie la una a la otra, riéndose. Esas son las cosas a las que no se renuncia.

—Ah, no estoy nerviosa —le digo—. Créeme. Estoy impaciente.

Solo siete días más.

¿Qué es la belleza? La belleza no es más que un truco, una ilusión; la influencia de partículas y electrones excitados que colisionan en tus ojos, que se empujan en tu cerebro como un puñado de escolares sobreexcitados a punto de salir al recreo. ¿Vas a dejar que te engañen? ¿Vas a permitir que te mientan?

« Sobre la belleza y la falsedad », *La nueva filosofía*,
Ellen Dorshires

Hana ya está allí cuando llego, apoyada en la valla metálica que rodea la pista, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados para protegerse del sol. El pelo, largo y suelto sobre su espalda, parece casi blanco al sol. Me detengo a unos cinco metros deseando poder recordarla exactamente así, conservar esa imagen en mi mente para siempre.

Entonces abre los ojos y me ve.

—Todavía no hemos empezado a correr —dice apartándose de la verja y mirando el reloj con un gesto teatral—, y ya llegas en segundo lugar.

—¿Me estás retando? —digo salvando la distancia que nos separa.

—Solo constato un hecho —dice sonriendo. Su rostro vacila un poco a medida que me acerco—. Pareces distinta.

—Estoy cansada —digo. Me parece raro que nos saludemos sin un abrazo ni nada, aunque así es como han sido siempre las cosas entre nosotras, como debían ser. Me parece extraño no haberle dicho nunca cuánto significa para mí—. Ha sido un día muy largo.

—¿Te apetece hablar? —me mira con los ojos entrecerrados. Este verano se ha puesto morena, y las pecas de su nariz forman una especie de constelación. Tal vez sea una de las chicas más bellas de Portland, quizá del mundo entero. Noto un dolor agudo detrás de las costillas al pensar que envejecerá y se olvidará de mí. Algún día apenas pensará en todo el tiempo que pasamos juntas y, cuando lo haga, le parecerá lejano y bastante ridículo, como el recuerdo de un sueño cuyos detalles ya han comenzado a desvanecerse.

—Tal vez después de correr —digo. Es todo lo que se me ocurre. Hay que avanzar. Es la única manera. Hay que avanzar, pase lo que pase. Esa es la ley universal.

—O sea, después de que muerdas el polvo —dice, inclinándose hacia delante

para estirar los tendones de la corva.

—Te veo muy segura de ti misma para haberte pasado todo el verano sin mover un músculo.

—Mira quién habla —alza la cabeza y me guiña un ojo—. No creo que lo que habéis estado haciendo Álex y tú cuente realmente como ejercicio.

—Ssssh.

—Tranquila, tranquila. No hay nadie. Ya lo he comprobado.

Todo parece tan normal, tan deliciosa y maravillosamente normal, que me lleno de pies a cabeza con una alegría que me marea. Las calles están rayadas de sol dorado y sombra, el aire huele a sal y a frituras y, más débilmente, a las algas que se secan en las playas. Quiero guardar ese momento dentro de mí para siempre, mantenerlo a salvo, como un corazón en la sombra: mi antigua vida, mi secreto.

—A que no me pillas —le digo a Hana dándole una palmadita en el hombro—. ¡Tú la llevas!

Y entonces salgo disparada mientras ella grita e intenta alcanzarme. Damos la vuelta a la pista y nos dirigimos a los embarcaderos sin vacilar ni debatir sobre la ruta. Mis piernas están fuertes, firmes, la mordedura que sufrí la noche de la redada se ha curado por completo, solo me ha quedado una fina marca roja que recorre como una sonrisa la parte posterior de la pantorrilla. El aire fresco entra y sale de mis pulmones; duele, pero es un dolor agradable, ese dolor que te recuerda lo asombroso que es respirar, sufrir, ser capaz de sentir lo que sea. La sal hace que me escuezan los ojos y parpadeo rápidamente, sin saber si estoy sudando o llorando.

No es el día que hemos corrido más rápido, pero es uno de los mejores. Mantenemos exactamente el mismo ritmo, corremos casi hombro con hombro, describiendo una curva desde el puerto viejo hasta Eastern Prom.

Vamos más despacio que al comienzo del verano, eso sin duda. Al acercarnos a la marca de los cinco kilómetros, comenzamos a bajar el ritmo y, sin hablar, atajamos por el césped que baja hacia la playa, donde nos tiramos en la arena y nos echamos a reír.

—Dos minutos —dice Hana jadeando—. Solo necesito dos minutos.

—Das pena —digo, aunque yo me siento igual de agradecida por el descanso.

—Eso te digo yo a ti —dice lanzándome un puñado de arena.

Ambas caemos de espaldas, con los brazos y las piernas abiertos como si estuviéramos a punto de hacer ángeles de nieve. La arena resulta sorprendentemente fresca y hasta un poco húmeda. Debe de haber llovido, quizá cuando Álex y yo estábamos en las Criptas. Al pensar otra vez en esa celda diminuta y en las palabras taladradas en la pared, con el sol que relucía atravesando la O como si fuera un telescopio, algo se contrae de nuevo en mi pecho. Incluso ahora, en este mismo instante, mi madre está ahí fuera, en algún

sitio, moviéndose, respirando, siendo.

Bueno, pronto yo también estaré ahí fuera.

Solo hay unas pocas personas en la playa, en su mayor parte familias que pasean, y un anciano que camina trabajosamente por la orilla clavando el bastón en la arena. El sol se va hundiendo más allá de las nubes y la bahía adquiere un tono gris oscuro, apenas teñido de verde.

—No puedo creer que dentro de unas pocas semanas ya no tengamos que preocuparnos más por el toque de queda —dice Hana, y luego gira la cabeza para mirarme—. Para ti, menos de tres semanas. Dieciséis días, ¿verdad?

—Sí.

No me gusta mentirle, así que me siento y me rodeo las rodillas con los brazos.

—Creo que el primer día después de la cura me voy a quedar fuera toda la noche. Solo porque puedo —Hana se alza sobre los codos—. Podemos hacer planes para pasarla juntas, tú y yo.

En su voz hay un tono de ruego. Sé que debería decir: « Claro, por supuesto » , o « ¡Qué buena idea! ». Sé que la haría sentir mejor: a mí también me haría sentir mejor fingir que la vida va a continuar como siempre.

Pero no consigo hacer que las palabras salgan de mi boca. En vez de eso, empiezo a quitarme arena de los muslos con el pulgar.

—Oye, Hana. Tengo que contarte una cosa. Sobre la operación...

—¿Qué pasa con la operación? —me mira con cierta prevención. Está preocupada por la seriedad de mi voz.

—Prométeme que no te vas a enfadar, ¿vale? No seré capaz de... —me detengo antes de decir: « No seré capaz de irme si te enfadas conmigo » . Me estoy precipitando.

Hana se sienta, alza una mano, fuerza una risa.

—Déjame que lo adivine. Vas a desertar con Álex, os vais a pirar y os vais a convertir en inválidos y renegados.

Lo dice en tono de broma, pero su voz tiene un filo, un trasfondo de necesidad. Quiere que yo la contradiga.

Pero yo no digo nada. Por un momento nos miramos fijamente hasta que toda la luz y la energía desaparecen de su rostro.

—No lo digo en serio —dice por fin—. No puede ser.

—Tengo que hacerlo, Hana —le digo en voz baja.

—¿Cuándo? —se muerde el labio y aparta la vista.

—Lo hemos decidido hoy. Esta mañana...

—No, quiero decir cuándo. ¿Cuándo os vais?

Dudo solo un momento. Después de esta mañana, siento que no sé demasiado sobre el mundo ni sobre lo que hay en él. Pero lo que sí sé es que Hana no me traicionaría nunca, al menos no ahora, no hasta que le inserten agujas en el

cerebro y se lo corten en trozos. Me doy cuenta de que eso es lo que hace la cura, después de todo. Fractura a la gente por medio de esos cortes, los aísla de sí mismos.

Pero para entonces, para cuando lleguen a ella, será demasiado tarde.

—El viernes —digo—. Dentro de una semana.

Suelta bruscamente el aire, que sale con un silbido suave entre sus dientes.

—No puedes estar hablando en serio —repite.

—Este lugar no es para mí —digo.

Entonces se vuelve a mirarme. Tiene los ojos muy abiertos y me doy cuenta de que la he herido.

—Yo estoy aquí.

De repente se me ocurre la solución, sencilla, ridículamente simple. Casi me río a carcajadas.

—Ven con nosotros —suelto. Hana recorre ansiosamente la playa con la vista, pero todo el mundo se ha ido. El anciano ha seguido su camino laboriosamente, y ya está demasiado lejos para oírnos—. Lo digo de verdad. Hana. Podrías venir con nosotros. Te encantaría la Tierra Salvaje. Es increíble. Allí hay asentamientos enteros...

—¿Has estado allí? —me interrumpe con severidad.

Me ruborizo, dándome cuenta de que nunca le he hablado de la noche que pasé con Álex en la Tierra Salvaje. Sé que esto lo va a ver, también, como una traición. Antes se lo contaba todo.

—Solo una vez —digo—. Y un par de horas nada más. Es asombroso, Hana. No es para nada como lo imaginábamos. Y el cruce... El mero hecho de que se pueda cruzar... Muchas cosas son distintas de como nos las han contado. Nos han mentido, Hana.

Me detengo, momentáneamente abrumada. Ella baja la cabeza y empieza a hurgar en la costura de sus pantalones cortos.

—Podríamos conseguirlo —digo más suavemente—. Los tres juntos.

Durante un largo rato no dice nada. Mira al océano con los ojos entrecerrados. Por fin mueve la cabeza, un movimiento casi imperceptible, y me lanza una sonrisa triste.

—Te echaré de menos. Lena —dice, y se me rompe el corazón.

—Hana... —comienzo a decir, pero me interrumpe.

—O quizá no te eche de menos —resuelve poniéndose de pie enérgicamente, y se sacude la arena de la ropa—. Esa es una de las promesas de la cura, ¿no? Ya no hay dolor. Al menos, no ese tipo de dolor.

—No tienes por qué seguir adelante con eso —yo también me pongo de pie rápidamente—. Ven a la Tierra Salvaje.

Suelta una risa hueca.

—¿Y dejar todo esto atrás?

Hace un gesto circular con el brazo. Sé que lo dice en broma, pero solo a medias. Al final, después de tanto hablar, de las fiestas clandestinas y la música prohibida, no quiere renunciar a esta vida, a este lugar: el único hogar que hemos conocido. Por supuesto, aquí tiene una vida: una familia, un futuro, un buen partido. Yo no tengo nada.

Le tiemblan las comisuras de los labios. Baja la cabeza y empieza a dar puntapiés a la arena. Quiero hacer que se sienta mejor, pero no se me ocurre qué decirle. Hay un dolor frenético en mi pecho. Mientras estamos aquí, veo desvanecerse toda mi vida con ella, toda nuestra amistad: las noches en que nos quedábamos a dormir juntas, con cuencos prohibidos de palomitas de madrugada; todas las veces que ensayamos para el día de la evaluación, cuando Hana se disfrazaba con unas gafas viejas de su padre y daba golpes en la mesa con una regla cada vez que yo me equivocaba en las respuestas y acabábamos casi ahogándonos de risa; aquella vez que le dio un puñetazo en la cara a Jillian Dawson porque esta dijo que mi sangre estaba contaminada; los helados que compartíamos en el embarcadero mientras soñábamos que estábamos emparejadas y que vivíamos en casas idénticas, una al lado de la otra. Todo esto gira en un remolino hasta desaparecer, como arena barrida por la corriente.

—Sabes que no es por ti —digo. Tengo que forzar las palabras para que atraviesen el nudo que tengo en la garganta—. Gracie y tú sois las únicas personas que me importáis. Nada más... —me interrumpo—. El resto no significa nada.

—Lo sé —dice, pero sigue sin mirarme.

—Ellos... se llevaron a mi madre. Hana.

No había planeado contárselo. No quería hablar de ello. Pero las palabras me salen apresuradamente.

Me mira con dureza.

—¿Qué quieres decir?

Entonces le cuento la historia de las Criptas. Curiosamente, consigo mantener la calma. Simplemente, le cuento todo con detalle. El pabellón 6, la huida, la celda, la palabra de las paredes. Ella escucha en un silencio congelado. Nunca la he visto tan quieta y tan seria. Cuando acabo de hablar, su cara está pálida. Tiene exactamente el mismo aspecto que se le ponía cuando, de pequeñas, nos quedábamos despiertas por la noche y tratábamos de asustarnos la una a la otra contándonos historias de fantasmas. De alguna manera, supongo que la historia de mi madre es una historia de fantasmas.

—Lo siento, Lena —dice; su voz es apenas un suspiro—. No sé qué más decir. Lo siento muchísimo.

Asiento con la cabeza, mirando al océano. Me pregunto si lo que hemos aprendido sobre las otras partes del mundo, las partes incuradas, es verdad: si realmente la gente es tan salvaje y despiadada, si está tan llena de dolor y ha

sufrido tanto los estragos de la enfermedad. Tengo bastante claro que eso, también, es una mentira. Aunque, en cierto modo, resulta más creíble que un lugar como Portland, un lugar encerrado por muros y barreras y medias verdades, un lugar donde el amor sigue surgiendo, pero de forma imperfecta.

—Tengo que irme —concluyo. No es una pregunta, pero ella asiente.

—Sí —mueve ligeramente los hombros, como intentando sacudirse el sueño. Luego se vuelve hacia mí. Aunque sus ojos están tristes, consigue sonreír—. Lena Haloway —dice—, tú eres una leyenda.

—Sí, claro —pongo los ojos en blanco. Pero me siento mejor: Hana ha utilizado el apellido de mi madre, así que sé que comprende—. Quizá una historia aleccionadora.

—Lo digo en serio —se aparta el cabello de la cara, mirándome intensamente—. Yo estaba equivocada, ¿sabes? ¿Te acuerdas de lo que te dije al comienzo del verano? Pensaba que tenías miedo. Creía que estabas demasiado asustada para correr riesgos —la sonrisa triste vuelve a sus labios otra vez—. Y resulta que tú eres más valiente que yo.

—Hana...

—No importa —hace un gesto con la mano, cortándome—. Te lo mereces. Tú mereces más.

La verdad es que no sé qué contestar. Quiero abrazarla, pero en lugar de eso me rodeo la cintura con los brazos y aprieto fuerte. El viento del mar es cortante.

—Te voy a echar de menos, Hana —digo un minuto después.

Ella camina un par de pasos hacia el agua y le da un puntapié a la arena, que se levanta formando un arco y parece mantenerse en el aire durante una milésima de segundo antes de esparcirse.

—Bueno, y a sabes dónde estaré.

Nos quedamos ahí durante un rato, escuchando el ruido de las olas en la orilla, el agua que sube y baja arrastrando trocitos de roca: roca tallada a lo largo de miles y miles de años hasta convertirse en arena. Algún día, quizá todo esto sea agua. Algún día, puede que todo esto se convierta en polvo.

Más tarde, Hana se gira y me dice:

—Venga. Te echo una carrera hasta las pistas —y se echa a correr antes de que yo pueda decir: «Vale».

—¡No es justo! —grito. Pero no me esfuerzo mucho por alcanzarla. Dejo que se mantenga unos metros por delante y trato de memorizarla exactamente como es: una chica que corre y ríe, bronceada y feliz y bella y mía, con el pelo rubio resplandeciente a la luz del ocaso como un faro que anunciara la llegada de cosas buenas y de tiempos mejores para las dos.

Amor, la más mortal de las cosas mortales. Te mata tanto cuando la tienes como cuando no la tienes.

Pero no es así exactamente.

Eres el que condena y el condenado. El verdugo, la cuchilla, el indulto de última hora, la respiración jadeante y el cielo tormentoso y el « gracias, gracias, gracias Dios» .

Amor: te mata y te salva a la vez.

Debo irme y vivir, o quedarme y morir.

De la historia aleccionadora *Romeo y Julieta*, de William Shakespeare, recogido en 100 citas esenciales para los exámenes de reválida, *Princeton Review*

Hace frío. Mientras camino hacia Brooks 37 poco después de medianoche, tengo que subirme hasta arriba de la cremallera de la cazadora de nailon. Las calles están más oscuras y desiertas que nunca. No se percibe ningún movimiento: ni cortinas que se agiten en las ventanas, ni sombras que pasen rozando las paredes y me hagan saltar del susto, ni ojos brillantes de gatos callejeros, ni patitas de rata que escarben, ni el golpeteo distante de pasos en el pavimento cuando los reguladores hacen sus rondas. Es como si todo el mundo se hubiera preparado ya para el invierno, como si la ciudad entera estuviera en mitad de una gran helada. Resulta un poco raro, la verdad. Me viene a la mente otra vez la casa que sobrevivió a los bombardeos y que ahora se alza ahí fuera en la Tierra Salvaje, perfectamente conservada pero deshabitada por completo, con flores silvestres que crecen en todos los cuartos.

Me siento aliviada cuando doblo la esquina y veo la verja herrumbrosa que marca el perímetro de Brooks 37. Siento una oleada de felicidad al pensar en Álex, que estará en alguno de los cuartos en penumbra, llenando solemnemente una mochila con mantas y latas de comida. No me había dado cuenta hasta ahora de que en algún momento del verano he empezado a considerar esta casa como mi hogar. Me ajusto los tirantes de la mochila y me dirijo corriendo hacia la cancela.

Pero sucede algo extraño: aunque la empujo varias veces, no se abre. Al principio me parece que se ha quedado atascada. Luego me doy cuenta de que alguien le ha puesto un candado. Además, parece nuevo. Cuando lo nuevo reluce nítidamente a la luz de la luna.

Alguien ha clausurado Brooks 37.

Me quedo tan sorprendida que ni siquiera siento miedo ni recelo. Solo pienso en Álex, en dónde estará y en si será él quien lo ha puesto. Tal vez, se me ocurre, haya cerrado la cancela para proteger nuestras cosas. O quizá yo haya llegado pronto, o tal vez tarde. Estoy a punto de saltar por encima de la verja cuando él emerge silenciosamente de la oscuridad a mi derecha.

—¡Álex!

Aunque solo hemos estado separados unas horas, me siento feliz de verlo. Pronto será mío total y abiertamente, y esa idea hace que se me olvide bajar la voz mientras me acerco a él corriendo.

—Ssssh —silba, envolviéndome entre sus brazos para frenar mi impulso, que le ha hecho trastabillar. Pero cuando alzo la cabeza para mirarle, sonrío y veo que está tan contento como yo. Me besa en la punta de la nariz—. Aún no estamos a salvo.

—No, pero pronto lo estaremos —me pongo de puntillas y le beso suavemente. Como siempre, la presión de sus labios en los míos parece emborronar todo lo malo del mundo. Tengo que hacer un esfuerzo para soltarme, al tiempo que le doy una palmada juguetona en la mano—. Por cierto, gracias por darme una llave.

—¿Una llave? —Álex me mira con los ojos entrecerrados, confuso.

—Para el candado.

Intento abrazarle fuerte, pero se aparta de mí sacudiendo la cabeza, su cara de repente palidísima y aterrada; y en ese momento lo capto, los dos lo captamos, y Álex abre la boca pero de ella no sale ningún sonido. Y en ese instante preciso en que me doy cuenta de por qué de pronto le veo con tanta claridad, enmarcado por la luz, inmóvil como un ciervo atrapado por los faros de un camión (los reguladores están usando reflectores esta noche), en ese mismo momento resuena una voz en la noche.

—¡Alto! ¡Las manos en la cabeza!

Y justo después, por fin me llega la voz de Álex, urgente:

—¡Corre, Lena, corre!

Él retrocede ya por la oscuridad, pero a mis pies les cuesta un poco más ponerse en movimiento, y para cuando lo hago, cuando me pongo a correr ciegamente y sin rumbo por la primera calle que veo, la noche ha cobrado vida y se ha poblado de sombras vociferantes que me intentan agarrar del cuerpo y el pelo, cientos de ellas que bajan por la colina, salen del suelo y descienden de los árboles, hasta del aire.

—¡Cogedla! ¡Cogedla!

Me retumba el corazón en el pecho y no puedo respirar. En mi vida he tenido tanto miedo, nunca he estado tan despavorida.

Cada vez más sombras se convierten en personas, y todas tratan de aferrarme, me gritan, llevan armas de metal reluciente, pistolas y palos, botes de spray. Me agacho y corro esquivando manos ásperas en dirección a la colina que corta hacia Brandon Road, pero no sirve de nada. Un regulador me coge violentamente desde atrás. Apenas consigo soltarme cuando reboto contra alguien que lleva uniforme de guardia y siento otro par de manos que me agarran. El miedo ya es una sombra, una manta que me asfixia y me impide respirar.

Aparece a mi lado un coche patrulla y las luces giratorias lo iluminan todo con un resplandor descarnado durante un segundo y el mundo a mi alrededor se vuelve blanco, negro, blanco, negro, y se mueve hacia delante en ráfagas, como a cámara lenta.

Una cara contorsionada en un grito terrible, un perro que salta desde la izquierda enseñando los dientes, alguien que chilla:

—¡Derribadla! ¡Derribadla!

«No puedo respirar. No puedo respirar. No puedo respirar».

Un sonido agudo de silbato, un grito, una porra que se detiene momentáneamente en el aire.

Luego cae. El perro salta gruñendo, me atraviesa un dolor ardiente, despiadado, como una llama.

Por último, oscuridad.

Cuando abro los ojos, el mundo parece haberse descompuesto en miles de piezas. Solo veo fragmentos borrosos de luz que forman un remolino, como si acabara de agitar un caleidoscopio. Parpadeo varias veces y poco a poco los fragmentos se reorganizan hasta formar una lámpara acampanada y un techo color crema, atravesado por una amplia mancha de humedad con forma de búho. Mi cuarto. Mi casa. Estoy en casa.

Por un momento, me siento aliviada. Me pica el cuerpo como si me hubieran pinchado con agujas por toda la piel, y lo único que quiero es tenderme sobre la suavidad de las sábanas y hundirme en la oscuridad y el olvido del sueño, esperando que se disipe el dolor agudo de cabeza. Luego me acuerdo: el candado, el ataque, el enjambre de sombras. Y Álex.

No sé qué le ha sucedido a Álex.

Me debato intentando sentarme, pero un dolor atroz me baja desde la cabeza hasta el cuello y me obliga a reclinarme de nuevo en las almohadas, jadeando. Cierro los ojos y oigo que la puerta del cuarto se abre con un crujido. De repente llegan voces del piso de abajo. Mi tía habla con alguien en la cocina, un hombre cuya voz no reconozco. Probablemente un regulador.

Unos pasos cruzan la habitación. Cierro los ojos con fuerza fingiendo que duermo, mientras alguien se inclina sobre mí. Noto un aliento cálido que me hace cosquillas a un lado del cuello.

Luego, más pasos que suben por las escaleras y la voz de Jenny, como un bufido, en la puerta:

—¿Qué estás haciendo tú aquí? La tía Carol te dijo que te quitaras del medio. Baja antes de que se lo cuente.

Se alza un peso de la cama y los pasos ligeros se alejan, de vuelta al pasillo. Abro los ojos un poquito, lo mínimo, lo suficiente para ver a Gracie que se agacha al pasar junto a Jenny, de pie en el umbral. Ha debido de venir a ver cómo estaba. Cierro los ojos de nuevo cuando Jenny da algunos pasos indecisos

hacia la cama.

Luego se gira abruptamente, como si tuviera mucha prisa por irse. La oigo gritar:

—¡Sigue dormida!

La puerta vuelve a cerrarse. Pero antes de hacerlo, oigo muy claramente a alguien que pregunta en la cocina:

—¿Quién habrá sido? ¿Quién la habrá infectado?

Esta vez me obligo a sentarme, a pesar del dolor que me atraviesa la cabeza y el cuello como un cuchillo y de la terrible sensación de mareo que acompaña cada movimiento que hago. Intento ponerme de pie, pero las piernas no me sostienen y caigo al suelo. Aun así, voy hasta la puerta a gatas. Incluso avanzar a cuatro patas requiere un esfuerzo agotador, y al llegar a mi destino me tumbo en el suelo, temblando, mientras el cuarto se mueve hacia atrás y hacia delante como un balancín diabólico.

Por suerte, al posar la cabeza en el suelo puedo escuchar la conversación de abajo. Capto las palabras de mi tía:

—Pero al menos ustedes le habrán visto.

Nunca la había oído hablar con un tono tan histérico.

—No se preocupe —dice el regulador—. Le encontraremos.

Esto, al menos, es un alivio. Álex debe de haber escapado. Si los reguladores supieran quién estaba conmigo en la calle, si tuvieran siquiera una sospecha, ya le habrían detenido. Rezo en silencio una oración de gratitud porque, milagrosamente, Álex ha conseguido salvarse.

—No teníamos ni idea —dice Carol, aún con esa voz temblorosa, urgente, tan distinta de su mesurado tono habitual. Y en ese momento lo comprendo: no es que esté histérica, es que está aterrada—. Tiene usted que creer que no teníamos ni idea de que se hubiera infectado. No mostraba síntomas. Su apetito era el de siempre. Iba puntual al trabajo. No tenía cambios de humor...

—Probablemente se esforzaba al máximo por ocultarlos —interrumpe el regulador—. Es lo que hacen a menudo los infectados.

Prácticamente puedo oír el asco en su voz cuando pronuncia la palabra *infectado*, como si en realidad estuviera diciendo «cucaracha» o «terrorista».

—¿Y ahora qué hacemos?

La voz de Carol suena más tenue en ese momento. El regulador y ella deben de estar dirigiéndose a la sala de estar.

—Hemos movilizado a todo el mundo con la máxima urgencia —replica la voz de hombre—. Con un poco de suerte, antes de que acabe la semana...

Sus voces se hacen ininteligibles, un zumbido bajo. Apoyo la cabeza en la puerta durante un minuto, me concentro en inspirar y soltar aire, intentando superar el dolor con respiraciones. Luego me pongo de pie con mucho cuidado. El mareo sigue siendo intenso y tengo que apoyarme en la pared en cuanto me

incorporo. Trato de valorar mis opciones. Tengo que averiguar qué ha pasado exactamente. Necesito saber cuánto tiempo llevaban los reguladores vigilando la casa de Brooks 37, y tengo que asegurarme más allá de toda duda de que Álex está a salvo. Tengo que hablar con Hana. Ella me ayudará. Ella sabrá qué hacer. Tiro de la puerta antes de darme cuenta de que la han cerrado con llave.

Claro, ahora estoy prisionera.

Todavía tengo agarrado el pestillo cuando la puerta comienza a abrirse. Me vuelvo tan rápido como puedo y me lanzo de vuelta a la cama —hasta eso me duele— justo en el momento en que la puerta se abre completamente para dar paso a Jenny.

No cierro los ojos lo bastante rápido. Ella se gira hacia el pasillo.

—Ya está despierta —grita.

Trae un vaso de agua, pero parece reacia a acercarse. Se queda mirándome junto a la puerta.

No es que me apetezca demasiado hablar con ella, pero necesito desesperadamente beber algo. Tengo la garganta como papel de lija.

—¿Es para mí? —digo señalando el vaso. Mi voz es un graznido.

Jenny asiente en silencio, con los labios estirados en una fina línea blanca. Por una vez, no sabe qué decir. De pronto se lanza hacia delante, coloca el vaso en la mesilla desvencijada que hay junto a la cama y retrocede con la misma velocidad.

—Tía Carol dijo que podría sentarte bien. —¿Sentarme bien para qué?

Bebo un largo trago y el ardor de la garganta y la cabeza parece reducirse.

Jenny se encoge de hombros.

—Para la infección, supongo.

Eso explica por qué se mantiene junto a la puerta y no quiere acercarse a mí. Estoy enferma, infectada, sucia. Le preocupa la posibilidad de contagiarse.

—No puedes ponerte enferma solo por estar cerca de mí, ¿sabes? —le digo.

—Lo sé —responde rápidamente, a la defensiva, pero se queda donde está, mirándome con recelo.

Me siento cansadísima.

—¿Qué hora es? —le pregunto a Jenny.

—Las dos y media.

Eso me sorprende. Ha pasado relativamente poco tiempo desde que fui a mi cita con Álex.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Se vuelve a encoger de hombros.

—Estabas inconsciente cuando te trajeron a casa.

Lo dice con tono práctico, como si esto fuera un hecho natural de la vida, algo que yo he hecho, y no el resultado de los golpes en la nuca de un grupo de reguladores. Qué ironía: me mira como si yo fuera la loca, la peligrosa. Mientras

tanto, el tipo de abajo que casi me fractura el cráneo y me esparce los sesos por toda la calle es el salvador.

No soporto mirarla, así que me vuelvo hacia la pared.

—¿Dónde está Gracie?

—Abajo —dice. Parte del tono quejica habitual vuelve a su voz—. Hemos tenido que poner sacos de dormir en el salón.

Por supuesto, quieren mantener a Gracie alejada de mí: la pequeña e impresionable Gracie, protegida de su prima enferma y enloquecida. Realmente me siento enferma, de ansiedad y de asco. Me acuerdo de que antes he fantaseado con prenderle fuego a la casa. Es una suerte para la tía Carol que yo no tenga cerillas. Si no, tal vez lo haría.

—Bueno, ¿y quién ha sido? —la voz de Jenny desciende hasta ser un susurro sinuoso, como una pequeña serpiente que lanza su lengua bífida hacia mi oído—. ¿Quién ha sido el que te ha infectado?

—Jenny.

Vuelvo la cabeza, sorprendida al oír la voz de Rachel. Está de pie en el umbral, observándonos con una expresión totalmente indescifrable.

—La tía Carol quiere que bajes —le dice a Jenny, y esta sale disparada hacia la puerta, no sin lanzarme una última mirada por encima del hombro con un gesto que mezcla el miedo y la fascinación.

Me pregunto si yo tendría el mismo aspecto hace años, cuando Rachel contrajo los *deliria* y tuvo que ser inmovilizada por cuatro reguladores antes de que pudieran llevarla por la fuerza a los laboratorios.

Rachel se acerca a la cama, observándome con esa expresión que no muestra nada.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

—De fábula —respondo sarcástica, pero ella se limita a parpadear.

—Tómate esto.

Deja dos pastillas blancas en la mesita.

—¿Qué son? ¿Tranquilizantes?

Ella pestañea de nuevo.

—Ibuprofeno.

Su voz suena irritada, y me alegro por ello. No me gusta verla así, serena e indiferente, evaluándome como si yo fuera un espécimen de taxidermia.

—O sea que... ¿te ha llamado Carol?

Me pregunto si debo confiar en ella con lo del ibuprofeno, pero decido arriesgarme. El dolor de cabeza me está matando, y a estas alturas no creo que haya nada que me pueda hacer sentir aún peor. En cualquier caso, por más empeño que le ponga, no puedo escapar corriendo de la casa en este estado. Me tomo las dos pastillas con un buen sorbo de agua.

—Sí, vine en cuanto me avisó —se sienta en la cama—. Estaba durmiendo,

claro.

—Perdón por las molestias. No es que yo pidiera que me dejaran sin sentido y me trajeran aquí a la fuerza.

Nunca le he hablado de esta forma, y veo que le sorprende. Se frota la frente con aire cansado y por un segundo entreveo a la Rachel que yo conocía, mi hermana mayor, la que me torturaba con cosquillas y me trenzaba el pelo y se quejaba de que siempre me tocaba el helado más grande.

Luego, la indiferencia vuelve a cubrir su rostro como un velo. Es asombroso que nunca me haya llamado la atención la forma en que la mayor parte de los curados pasan por el mundo, como envueltos en una gruesa capa de sueño. Quizá sea porque también yo estaba dormida. Hasta que Álex me despertó, no pude ver las cosas con claridad.

Durante un rato, Rachel no dice nada más. Yo tampoco tengo nada que decirle, así que las dos nos quedamos ahí sentadas. Yo cierro los ojos esperando que se me pase el dolor, intentando distinguir palabras en el barullo de abajo — las voces, los sonidos de pasos, las exclamaciones amortiguadas, la televisión que está enchufada en la cocina—, pero no puedo captar ninguna conversación en concreto.

Por fin, Rachel pregunta:

—¿Qué ha sucedido esta noche, Lena?

Cuando abro los ojos, veo que vuelve a mirarme fijamente.

—¿Crees que te lo voy a contar?

Ella menea levemente la cabeza.

—Soy tu hermana.

—Como si eso significara algo para ti.

Retrocede ligeramente, apenas una fracción de centímetro. Cuando me vuelve a hablar, su voz es dura.

—¿Quién ha sido? ¿Quién te ha infectado?

—Esa es la pregunta de la noche, ¿verdad? —me doy la vuelta para no verla hasta quedar de cara a la pared; siento frío—. Si has venido aquí a interrogarme, estás perdiendo el tiempo. Más vale que te vuelvas a casa.

—He venido porque estaba preocupada —dice.

—¿Por qué? ¿Por la familia? ¿Por nuestra reputación? —sigo mirando a la pared obstinadamente, mientras me subo la fina manta de verano hasta el cuello—. ¿O quizá te preocupa que todo el mundo crea que tú lo sabías? ¿Es que piensas que te van a tildar de simpatizante?

—Sé razonable, anda —suspira—. Estoy preocupada por ti. Me importas, Lena. Quiero que estés a salvo. Quiero que seas feliz.

Vuelvo la cabeza para mirarla, sintiendo una oleada de cólera y, por debajo de eso, odio. La odio, la odio por mentirme. La odio por fingir que le importo, hasta por usar esa palabra en mi presencia.

—Eres una mentirosa —suelto—. Tú sabías lo de mamá.

Esta vez, el velo cae. Se mueve agitadamente.

—¿De qué estás hablando?

—Tú sabías que ella no... que en realidad no se suicidó. Sabías que se la llevaron.

Me mira con ojos entrecerrados.

—La verdad es que no sé de qué estás hablando, Lena.

Y en ese momento me doy cuenta de que, al menos en esto, estoy equivocada. Ella no lo sabe. Nunca lo ha sabido. Siento que me inundan el alivio y el arrepentimiento a partes iguales.

—Rachel —le digo con más delicadeza—. Ella estaba en las Criptas. Ha estado en las Criptas todo este tiempo.

Se me queda mirando durante un rato, con la boca abierta. Luego se pone de pie y se alisa las perneras de los pantalones como si sacudiera migas invisibles.

—Escucha, Lena... Has recibido un golpe bastante fuerte en la cabeza —de nuevo habla como si me lo hubiera hecho yo sola—. Estás cansada. Estás confusa.

No la corrijo; no tiene sentido. En cualquier caso, para ella es demasiado tarde. Está condenada a existir detrás del muro. Siempre estará dormida.

—Deberías dormir un poco —dice—. Te traeré más agua.

Coge el vaso, se va hacia la puerta y apaga la luz del cuarto. Se detiene un momento en el umbral, de espaldas a mí. La luz del pasillo difumina su contorno y emborrona sus rasgos; parece una persona-sombra, una silueta.

—¿Sabes, Lena? —dice por fin, volviéndose para mirarme—. Las cosas van a ir mejor. Sé que estás enfadada. Sé que crees que no te entendemos. Pero yo sí te entiendo —se interrumpe, mirando al vaso vacío—. Yo era como tú. Yo recuerdo aquellos sentimientos, aquella ira y aquella pasión, la sensación de que no puedes vivir sin eso, de que preferirías morir —suspira—. Pero créeme, Lena. Todo eso es parte del trastorno. Es una enfermedad. Ya verás dentro de unos días. Todo esto te parecerá un sueño. A mí me lo parece.

—¿Y ahora eres más feliz? ¿Te alegras de haberlo hecho? —le pregunto.

Quizá interpreta mi pregunta como una señal de que estoy escuchando y prestando atención. En cualquier caso, sonríe.

—Mucho —dice.

—Entonces, tú no eres como yo —susurro furiosamente—. No eres como yo en absoluto.

Abre la boca para decir algo más, pero en ese momento Carol se acerca a la puerta. Su cara está colorada y tiene el pelo revuelto, pero cuando habla el tono es tranquilo:

—Todo va bien —le dice a Rachel en voz baja—. Ya está todo arreglado.

—Gracias a Dios —contesta Rachel—. Pero no va a ir de buena gana —

añade en tono grave.

—¿Alguna vez van de buena gana? —repone con sequedad.

Luego vuelve a desaparecer.

El tono de Carol me ha asustado. Intento sentarme apoyándome en los codos, pero es como si los brazos se me hubieran convertido en gelatina.

—¿Qué es lo que está arreglado? —pregunto, sorprendida al ver que arrastro las palabras.

Rachel me mira por un instante.

—Te lo he dicho: solo queremos que estés a salvo —responde de manera inexpressiva.

—¿Qué habéis arreglado?

Me invade el pánico, empeorado por la pesadez que parece estar apoderándose de mí. Tengo que hacer un esfuerzo para mantener los ojos abiertos.

—Tu intervención —esa es Carol, que acaba de entrar de nuevo en el cuarto—. Hemos conseguido que te adelanten la cita. Te harán la operación el domingo, a primera hora de la mañana. Una vez realizada, tenemos la esperanza de que te pongas bien.

—Imposible —me ahogo. Para el domingo por la mañana faltan menos de cuarenta y ocho horas. No hay tiempo para alertar a Álex, no hay tiempo para planear nuestra huida. No hay tiempo para hacer nada—. No lo haré.

En este momento, mi voz ni siquiera se parece a mi voz. Es un largo gemido.

—Algún día lo entenderás —dice Carol. Tanto ella como Rachel avanzan hacia mí, y entonces veo que cada una sujeta un extremo de una larga cuerda de nailon—. Algún día nos lo agradecerás.

Intento retorcerme, pero mi cuerpo parece pesar toneladas y lo veo todo borroso. Una sucesión de nubes desfila por mi mente, el mundo se vuelve confuso. «Así que me ha mentado sobre el ibuprofeno», pienso. Algo puntiagudo se clava en mis muñecas. «Eso duele», pienso luego. Y después ya no pienso nada en absoluto.

He aquí el más profundo secreto que nadie conoce (la raíz de la raíz, el brote del brote, el cielo del cielo de un árbol llamado tierra, que crece más de lo que puede esperar un alma o puede ocultar una mente), y este es el prodigio que mantiene a las estrellas en su lugar llevo tu corazón (lo llevo en mi corazón).

De « Llevo tu corazón conmigo », poema prohibido de C.

C. Cummings, incluido en la *Compilación exhaustiva de palabras e ideas peligrosas*, www.cepip.gob.org

Me despierto al oír que alguien repite mi nombre. Mientras lucho por recuperar la conciencia, veo mechones de pelo rubio, como un halo, y durante un instante de confusión pienso que quizá haya muerto. Tal vez los científicos estén equivocados y el cielo no sea solo para los curados.

Luego se concretan los rasgos de Hana y me doy cuenta de que está inclinada sobre mí.

—¿Estás despierta? —dice—. ¿Puedes oírme?

Gimo y ella retrocede un poco, soltando aire.

—Gracias a Dios —dice. Habla muy bajito y parece asustada—. Estabas tan quieta que por un minuto pensé que tú... que ellos... —se interrumpe—. ¿Cómo te encuentras?

—Fatal —grazno, y ella hace una mueca y mira por encima de su hombro.

Noto que hay una sombra revoloteando justo fuera de la puerta del dormitorio. Por supuesto: quieren enterarse de lo que nos decimos. O eso, o me han puesto alguien de guardia las veinticuatro horas. Probablemente, las dos cosas.

Por lo menos se me va pasando el dolor de cabeza, aunque ahora noto un fuego abrasador en los hombros. Me siento todavía bastante grogui y trato de buscar otra postura antes de acordarme de Carol, Rachel y la cuerda de nailon. Constato que tengo los brazos extendidos por encima de la cabeza y atados al cabecero, como una prisionera en toda regla. Me vuelve el enfado en oleadas, seguido del pánico cuando me acuerdo de lo que ha dicho Carol. Han adelantado mi intervención para el domingo por la mañana.

Giro la cabeza hacia un lado. Por las finas persianas de plástico, que están echadas, entra un haz de luz que ilumina motas de polvo en suspensión.

—¿Qué hora es? —intento incorporarme y grito de dolor cuando las cuerdas se me clavan aún más en las muñecas—. ¿Qué día es hoy?

—Ssssh —Hana me empuja para que vuelva a tumbarme y me obliga a quedarme en esa posición—. Estamos a sábado. Son las tres.

—No lo entiendes —cada palabra me raspa en la garganta—. Mañana me van a llevar a los laboratorios. Han adelantado la operación...

—Lo sé. Me lo han dicho —Hana me mira atentamente como si intentara comunicarme algo importante—. He venido en cuanto he podido.

Incluso esa pequeña lucha me ha dejado agotada. Caigo de nuevo sobre las almohadas. El brazo izquierdo se me ha quedado totalmente dormido por haberlo tenido en alto toda la noche, y la sensación de aturdimiento se va extendiendo en mi interior haciendo que mis entrañas se vuelvan hielo. No hay esperanza. Todo esto no tiene remedio. He perdido a Álex para siempre.

—¿Cómo te has enterado? —le pregunto a Hana.

—Todo el mundo habla de ello —se levanta, va hasta su bolso y rebusca dentro hasta encontrar una botella de agua. Luego vuelve y se arrodilla junto a la cama para quedar a mi altura—. Bebe esto —dice—. Te sentará bien...

Tiene que sostener la botella cerca de mis labios como si yo fuera una niña. Me da un poco de vergüenza, pero a estas alturas ya no me importa.

El agua apaga parte del fuego de la garganta. Tiene razón, el agua me ha hecho sentir algo mejor.

—¿La gente sabe...? ¿Están diciendo...? —me humedezco los labios y lanzo una mirada por encima de su hombro. La sombra sigue ahí; cuando se mueve un poco, distingo un delantal de rayas rojas y blancas. Bajo la voz hasta que es apenas un susurro—. ¿Hablan de quién...?

Hana dice, demasiado alto:

—No seas cabezota, Lena. Más pronto o más tarde, averiguarán quién te ha infectado. Más vale que nos digas de una vez quién ha sido.

Este pequeño discurso es para Carol, obviamente. Mientras habla, Hana me guiña un ojo y mueve un poco la cabeza en sentido negativo. Así que Álex está a salvo. Quizá haya alguna esperanza, después de todo.

Artículo con la boca para que Hana me lea los labios: «Álex». Luego le hago un gesto con la barbilla, esperando que entienda que quiero que ella lo encuentre y le explique lo que ha pasado.

Sus ojos parpadean y la pequeña sonrisa que había esbozado desaparece de sus labios. Sé que me va a dar malas noticias. Aun así, pronunciando en voz alta y clara, dice:

—No es solo cabezonería. Lena. Es egoísmo. Si se lo dices, tal vez se den cuenta de que yo no he tenido nada que ver. No quiero que alguien me esté cuidando las veinticuatro horas del día.

Se me cae el alma a los pies. Por supuesto, Hana también está vigilada.

Deben de sospechar que está implicada de algún modo, o por lo menos que sabe algo.

Quizá sea egoísta, pero en este momento no lamento en absoluto los problemas que le he causado. Solo puedo sentirme tremendamente desilusionada. No hay forma de hacerle llegar un mensaje a Álex sin que toda la fuerza de policía de Portland caiga sobre él. Y si se enteran de que se ha hecho pasar por curado y que ha ayudado a la resistencia... Bueno, dudo que se molestaran en juzgarlo. Directamente, sería ejecutado.

Hana debe de leer la desesperación en mi rostro.

—Lo siento, Lena —dice, esta vez en un susurro—. Sabes que te ayudaría si pudiera.

—Ya, pero no puedes.

En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Hana tiene un aspecto terrible; probablemente se sienta tan mal como yo. Tiene los ojos hinchados y la nariz roja, como si hubiera estado llorando, y está claro que ha venido corriendo en cuanto se ha enterado. Lleva las zapatillas de correr, una falda plisada y la camiseta grande que normalmente usa para dormir, como si se hubiera vestido con lo primero que ha cogido del suelo.

—Lo siento —le digo con menos dureza—. No quería ser tan brusca.

—No importa.

Se aparta de la cama y se pone a dar vueltas, como hace cuando está pensando. Por un instante, por una mínima fracción de segundo, casi desearía no haber conocido nunca a Álex. Ojalá pudiera rebobinar hasta el comienzo mismo del verano, cuando todo era tan claro, sencillo y fácil, o incluso más atrás, hasta el otoño pasado, cuando Hana y yo dábamos vueltas alrededor del Gobernador y estudiábamos para los exámenes de cálculo en el suelo de su habitación, y los días que faltaban para mi operación iban cayendo hacia delante como una hilera de piezas de dominó.

El Gobernador. Donde Álex me vio por primera vez, donde me dejó una nota. Y entonces, así de repente, se me ocurre una idea.

Me esfuerzo por adoptar un tono despreocupado.

—¿Y qué ha sido de Allison Doveney? —digo—. ¿No ha querido despedirse?

Hana se vuelve y me mira fijamente. Allison Doveney fue siempre nuestro nombre en código para Álex cuando teníamos que hablar de él por teléfono o en mensajes electrónicos. Junta las cejas.

—No he podido ponerme en contacto con ella —dice cuidadosamente. Su mirada dice: «Esto ya te lo he explicado».

Arqueo las cejas, esperando que entienda lo que quiero decirle: «Confía en mí».

—Sería agradable verla antes de la operación de mañana —espero que Carol esté escuchando y acepte esto como una señal de que me he resignado al cambio

de planes—. Las cosas serán distintas después de la cura.

Hana se encoge de hombros y abre los brazos. «¿Qué quieres que haga?».

Yo suspiro y cambio de tema:

—¿Te acuerdas de cuando nos daba clase el señor Raider, en quinto? ¿Cómo nos pasábamos notas todo el día?

—Sí—contesta Hana cautelosamente.

Aún sigue confundida. Veo que empieza a preocuparse porque el golpe en la cabeza haya podido afectar a mi capacidad para pensar con claridad.

Vuelvo a suspirar exageradamente, como si el recordar lo bien que lo pasábamos juntas me estuviera llenando de nostalgia.

—¿Te acuerdas de cuando nos pilló y nos hizo sentarnos separadas? Cada vez que nos queríamos decir algo, nos levantábamos a afilar el lápiz y dejábamos una nitita en el florero vacío del fondo de la clase —me obligo a reír—. Un día creo que afilé el lápiz diecisiete veces. Y el bueno de Raider nunca llegó a enterarse...

Una lucecita se enciende en sus ojos y se queda muy quieta, en estado de alerta, como un ciervo justo antes de saltar para escapar de un depredador. Aun así, se echa a reír.

—Sí, ya me acuerdo. Pobre señor Raider, no se enteraba de nada —dice.

A pesar de su tono despreocupado. Hana se sienta en la cama de Gracie y se inclina hacia delante con los codos en las rodillas y los ojos clavados en mí. Y entonces sé que se ha dado cuenta de adónde quiero ir a parar con todas estas tonterías sobre Allison Doveney y la clase del señor Raider. Tiene que llevarle una nota a Álex.

Vuelvo a cambiar de tema.

—¿Y te acuerdas de la primera vez que hicimos una ruta larga corriendo? Yo al final tenía las piernas como gelatina. ¿Y la primera vez que fuimos desde el West End hasta el Gobernador? Yo salté y le toqué la mano como si le estuviera chocando los cinco.

Hana entrecierra los ojos.

—Llevamos años haciendo bobadas cuando pasamos por allí —dice con cuidado, y sé que todavía no ha comprendido del todo.

Hago un esfuerzo para mantener la voz en calma.

—¿Sabes? Alguien me dijo que antes tenía algo en la mano. Me refiero al Gobernador. Una antorcha o un rollo de pergamino o algo así. Ahora solo le queda un hueco en el puño —eso es, ya lo he dicho. Hana inspira bruscamente y sé que ahora comprende—. ¿Me harías un favor? ¿Correrías esa ruta por mí hoy? ¿Una última vez? —añado por si acaso.

—No seas melodramática, Lena. La cura afecta al cerebro, no a las piernas. Pasado mañana podrás volver a correr —me da una respuesta frívola, como tiene que hacer, pero ahora sonríe y asiente con la cabeza. «Sí. Lo haré. Y

esconderé allí una nota». La esperanza late en mi interior, un resplandor cálido que consume parte del dolor.

—Sí. Pero será distinto —me quejo. La cara de Carol aparece un momento en la puerta, apenas entreabierta. Parece satisfecha, pues debe de pensar que me he resignado a hacerme la operación, después de todo—. Además, algo podría salir mal.

—Nada va a salir mal —Hana se pone de pie y me mira un momento—. Te prometo —dice lentamente, dándole peso a cada palabra— que todo va a salir perfectamente.

Mi corazón se salta un latido. Esta vez, es ella quien me está pasando un mensaje. Y sé que no se refiere a la intervención.

—Debería irme —dice dirigiéndose a la puerta con paso ligero.

Me doy cuenta de que si esto funciona, si logra de algún modo hacerle llegar un mensaje a Álex y si él consigue sacarme de esta casa convertida en prisión, esta será la última vez que la veo.

—Espera —grito cuando está a punto de salir.

—¿Qué?

Se da la vuelta. Sus ojos brillan: está emocionada, lista para ponerse en acción. Por un momento, a la luz difusa que entra por las persianas, parece relucir como si estuviera iluminada por una llama interior. Y en ese momento sé por qué inventaron palabras para nombrar el amor, por qué tuvieron que hacerlo. Es lo único que sirve para describir lo que siento ahora, esta mezcla desconcertante de dolor y placer, de miedo y alegría, que me recorre apresuradamente.

—¿Qué pasa? —repite con impaciencia, dando saltitos sin moverse del sitio.

Sé que está inquieta por irse y poner el plan en marcha. «Te quiero», pienso.

—Que disfrutes de la carrera —digo sin embargo, jadeando un poco.

—Tenlo por seguro —dice, y luego, sin más, desaparece.

*Quien trata de alcanzar el cielo de un salto puede caerse,
es cierto. Pero también puede que vuele.*

Dicho Antiguo, de procedencia desconocida, incluido en
la *Compilación exhaustiva de palabras e ideas peligrosas*,
www.cepip.gob.org

En mi vida ha habido días en los que el tiempo parecía extenderse lentamente como ondas concéntricas en el agua, y otros en los que parecía correr a tanta velocidad que me mareaba. Pero hasta ahora no sabía que pudiera hacer las dos cosas a la vez. Los minutos parecen hincharse a mi alrededor para sofocarme con su desidia. Miro cómo la luz se mueve centímetro a centímetro en el techo. Lucho contra el dolor de cabeza y el que me azota los omóplatos. Después del izquierdo, se me queda dormido el brazo derecho. Una mosca vuela zumbando por la habitación y se golpea contra las persianas una y otra vez. Al final cae agotada y choca contra el suelo con un pequeño chasquido.

«Lo siento, colega. Te entiendo muy bien».

Al mismo tiempo me asusta ver cuántas horas han pasado desde la visita de Hana. Cada instante me acerca a la intervención y me aleja de Álex, y a pesar de que cada minuto parece durar una hora, al mismo tiempo cada hora parece disolverse en un minuto. Ojalá tuviera alguna forma de saber si Hana ha conseguido ocultar una nota en el Gobernador.

Aunque lo haya hecho, hay muy pocas esperanzas de que a él se le ocurra mirar allí para tener noticias mías. Queda tan solo la esperanza más diminuta, el filo del filo.

Pero sigue siendo una esperanza.

Ni siquiera he pensado en los otros obstáculos que me dificultan la huida, como el hecho de que estoy atada como un salchichón o el que Carol, el tío William, Rachel o Jenny estén siempre de guardia en el pasillo junto a la puerta. Tal vez pueda considerarse simple obstinación o locura, pero tengo que seguir creyendo que Álex vendrá y me ayudará a liberarme como en uno de los cuentos de hadas que me contó en el camino de regreso de la Tierra Salvaje, uno de esos en los que el príncipe rescata a la princesa de una torre cerrada con siete llaves, y los dos matan dragones y atraviesan bosques de espinos venenosos solo para estar juntos.

A última hora de la tarde, Rachel vuelve con un cuenco de sopa humeante y

se sienta en mi cama sin decir nada.

—¿Más ibuprofeno? —le pregunto sarcásticamente cuando me ofrece una cucharada.

—¿No te sientes mejor ahora que has dormido? —me rebate.

—Me sentiría mejor si no estuviera atada.

—Es por tu propio bien —dice aproximando de nuevo la cuchara a mi boca.

Lo último que quiero es aceptar comida de Rachel, pero si Álex viene a buscarme (y vendrá; tengo que seguir creyendo), necesitaré estar fuerte. Además, si Carol y Rachel se convencen de que he renunciado a la idea de huir, tal vez me aflojen las ataduras o dejen de hacer guardia frente a la puerta del dormitorio. Al menos así tendría una oportunidad de escapar.

Así que trago la cucharada de sopa, fuerzo una sonrisa tensa y digo:

—No está mal.

Ella me lanza una sonrisa radiante.

—Puedes tomar toda la que quieras —dice—. Tienes que estar en forma para mañana.

« Amén, hermana » , pienso, y me tomo todo el cuenco antes de pedir más.

Más minutos: se arrastran lentamente, como un peso que tirara de mí hacia abajo. Pero luego, de repente, la luz del dormitorio se vuelve del color cálido de la miel, y luego del blanco temblón de la nata fresca, y luego empieza a girar alejándose de las paredes como el agua que se va por el sumidero. No es que esperara que Álex apareciera antes de la noche —eso sería un suicidio—, pero en cualquier caso, el dolor palpita en mi pecho. Casi no queda tiempo.

La cena consiste en más sopa, con trozos de pan empapados en ella. Esta vez es Carol quien me la trae mientras Rachel se queda fuera. Carol me desata las manos brevemente cuando le ruego que me deje ir al baño, pero insiste en acompañarme y se queda ahí mientras hago pis, lo que resulta más que humillante. Siento las piernas poco firmes y la cabeza me duele más cuando me pongo de pie. Tengo marcas profundas en las muñecas, cortesía de la cuerda de nailon, y mis brazos son dos pesos muertos que cuelgan sin vida de los hombros. Cuando Carol se dispone a atarme de nuevo, me planteo resistirme. Aunque ella es más alta que yo, yo soy claramente más fuerte, pero me lo pienso mejor. La casa está llena de gente, incluido mi tío, y creo que sigue habiendo algún regulador en el piso de abajo. Me tendrían atada y sedada en pocos minutos, y no puedo permitirme estar inconsciente de nuevo. Esta noche tengo que encontrarme despierta y bien alerta. Si Álex no viene, habré de pensar un plan alternativo.

Una cosa es cierta: mañana no me van a operar. Antes prefiero morir.

Me centro en tensar los músculos todo lo que puedo mientras Carol me ata. Cuando me vuelvo a relajar, queda un poco de espacio, apenas unos centímetros, entre la cuerda y la carne. Quizá sea suficiente para zafarme de esposas

improvisadas, si me empeño en ello. Más buenas noticias: a medida que pasa el día, todo el mundo va aflojando un poco la vigilancia constante de mi dormitorio, como yo esperaba. Rachel abandona su puesto cinco minutos para ir al baño. Jenny se pasa la mayor parte del tiempo sermoneando a Gracie sobre las reglas de algún juego que se ha inventado. Carol deja su puesto durante media hora cuando se va a lavar los platos. Después de la cena, llega el turno del tío William. Eso me alegra. Tiene encendida su pequeña radio portátil; espero que se quede dormido, como hace normalmente después de la cena.

Y después, tal vez —solo tal vez— pueda largarme de aquí.

Para las nueve, toda la luz del cuarto ha desaparecido y me quedo a oscuras, con las sombras extendidas como tapices sobre las paredes. La luna está brillante; se filtra por las persianas y delinea apenas los objetos con un difuso resplandor plateado. El tío William sigue fuera, escuchando la radio con el volumen bajo, un ruido indescifrable. Los sonidos suben flotando a través del suelo: agua que corre en la cocina y en el baño de abajo, voces que murmuran y pasos amortiguados, las últimas toses y movimientos antes de que la casa quede en silencio para la noche, como los últimos estertores de un moribundo. A Jenny y a Gracie aún no les permiten dormir en el cuarto conmigo. Supongo que se están instalando para dormir en el salón.

Rachel entra con un vaso de agua. Es difícil ver en la penumbra, pero el líquido parece sospechosamente turbio, como si hubieran disuelto algo en él.

—No tengo sed —digo.

—Solo algunos sorbitos.

—De veras, Rachel, no tengo sed.

—No seas tozuda, Lena —se sienta en la cama y me acerca el agua a los labios a la fuerza—. Te has portado muy bien todo el día.

No me queda otra opción. Noto el sabor acre de las medicinas. Sin duda, el agua estaba mezclada con más pastillas para dormir. Retengo el agua en la boca y, en cuanto Rachel se pone de pie y se vuelve hacia la puerta, giro la cabeza y dejo que el líquido caiga en la almohada. Da un poco de asco, pero es mejor que tragármela. La humedad empapa la almohada y me alivia temporalmente el dolor de los hombros.

Rachel vacila en la puerta como si estuviera buscando algo significativo que decir. Pero todo lo que se le ocurre es:

—Te veré por la mañana.

«No, si puedo evitarlo», pienso, pero no digo nada. Luego se va y cierra la puerta tras de sí.

Y entonces me quedo en la oscuridad total, acompañada solo por el transcurso de las horas, los minutos que pasan. Y mientras estoy ahí tumbada sin nada que hacer más que pensar, a medida que la casa se asienta y va quedando en silencio en torno a mí, vuelve el miedo, una niebla terrible. Me digo a mí

misma que él va a venir, tiene que venir, pero el reloj sigue avanzando, burlándose de mí. Fuera, las calles están silenciosas: solo se oye el ladrido ocasional de algún perro.

Para impedir que mi mente siga dándole vueltas a la misma pregunta («¿Vendrá Álex o no?»), intento pensar en todas las maneras en que puedo matarme de camino a los laboratorios. Si hay tráfico en la calle Congress, me puedo tirar delante de algún camión. O quizá pueda salir corriendo en dirección a los muelles; no debería ser muy difícil ahogarse, en especial si tengo aún las manos atadas. Y en el peor de los casos, puedo intentar subir hasta la azotea de los laboratorios, como hizo aquella chica hace tantos años, y lanzarme al vacío como una piedra, partiendo las nubes.

Me acuerdo de las imágenes que mostraron las televisiones una y otra vez a lo largo de aquel día: el hilillo de sangre, la extraña expresión de paz en su cara.

Ahora lo comprendo. Parece un poco morbos, pero la verdad es que tramar esos planes me hace sentir mejor, acaba con el miedo y la ansiedad que se agitan dentro de mí. Prefiero morir a mi manera que vivir a la suya. Prefiero morir amando a Álex que vivir sin él.

«Por favor, Dios, haz que venga a por mí. Nunca te volveré a pedir nada. Renunciaré a todo lo que tengo. Tan solo, por favor, haz que venga».

Hacia medianoche, el miedo se convierte en desesperación. Si él no viene, tendré que salir de aquí yo sola.

Muevo las manos en las ataduras, intentando hacer palanca con ese centímetro extra de espacio. La cuerda me corta profundamente la piel y tengo que morderme los labios para no gritar en la oscuridad. Por mucho que tire y afloje y retuerza las muñecas, la cuerda se niega a ceder más, pero aun así sigo intentándolo hasta que me cae el sudor por la línea del pelo. Me da miedo hacer ruido y que venga alguien al cuarto. Algo húmedo me baja por el brazo y, cuando giro la cabeza hacia atrás, veo una gruesa línea de sangre que me recorre la piel, como una horrible serpiente negra. De tanto forcejear, he terminado haciéndome una herida.

Las calles siguen tan tranquilas como siempre, y en ese momento me doy cuenta de que no hay esperanza. No podré escapar yo sola. Mañana me despertaré y mi tía y Rachel y los reguladores me escoltarán hasta el centro, y la única vía de escape que me quedará será lanzarme al océano o arrojarme al vacío desde la azotea de los laboratorios.

Pienso en los ojos de miel fundida de Álex, en la suavidad de su tacto y en dormir bajo un dosel de estrellas, extendidas ahí arriba como si las hubieran colocado solo para nosotros.

Ahora, tantos años después, comprendo lo que era la frialdad, y de dónde venía aquella sensación de que todo se había perdido y ya nada valía la pena ni tenía ningún significado. Por fin, el frío y la desesperación se vuelven clementes

y caen sobre mi mente como un velo oscuro y, milagro de milagros, consigo dormir.

Me despierto poco después en la penumbra violácea del cuarto, con la sensación de que hay alguien conmigo y de que se están aflojando las ataduras de mis muñecas. Por un segundo, mi corazón se eleva y pienso: «Álex», pero a continuación levanto la vista y veo a Gracie, sentada en la cama, manipulando las cuerdas que me atan al cabecero. Tira y retuerce y se inclina a veces para tirar del nailon con los dientes. Me recuerda a un animal callado y laborioso que rompe una valla royéndola.

Y de pronto, la cuerda se rompe y estoy libre. El dolor en los hombros es atroz, y siento pinchazos en los brazos. Pero, con todo, en ese momento de liberación sería capaz de gritar y saltar de alegría. Así debió de sentirse mi madre cuando vio el primer rayo de sol penetrar por la fisura en los muros de piedra de su cárcel.

Me siento frotándome las muñecas. Gracie se acurruca junto al cabecero mirándome. Me inclino hacia delante y la envuelvo en un gran abrazo. Huele a jabón de manzana y un poco a sudor. Tiene la piel caliente, y no puedo imaginar lo nerviosa que se habrá puesto al subir a escondidas a mi cuarto. Me sorprende lo delgada y frágil que parece mientras tiembla ligeramente entre mis brazos.

Pero no es frágil en absoluto. Gracie es fuerte, y me doy cuenta de que quizá sea más fuerte que ninguno de nosotros. Se me ocurre que durante mucho tiempo ella ha mantenido su propia versión de la resistencia, y el hecho de que sea una resistente nata me hace sonreír mientras la abrazo. Le va a ir bien. Le va a ir mejor que bien.

Me aparto solo un poquito para susurrarle al oído:

—¿El tío William sigue ahí fuera?

Gracie asiente en silencio, y luego se pone las manos a un lado de la cabeza para indicar que William está durmiendo.

Me inclino de nuevo hacia delante.

—¿Hay reguladores en la casa?

Gracie asiente de nuevo y muestra dos dedos. Se me hunde el estómago. No solo uno, sino dos reguladores.

Me pongo de pie para probar las piernas; tengo calambres después de dos días inmovilizada. Camino de puntillas hasta la ventana y abro la persiana tan silenciosamente como puedo, consciente de que el tío William dormita a pocos metros. En el exterior, el cielo muestra un tono púrpura oscuro, profundo, del color de las berenjenas, y la calle está envuelta en sombras como si la hubieran cubierto con terciopelo. Todo está inmóvil y silencioso, pero en el horizonte se percibe un tenue rubor, una claridad gradual. No falta mucho para el amanecer.

Abro cuidadosamente la ventana, con un deseo repentino de oler el mar. Ahí está: ese olor a espuma salada y a neblina que siempre me trae a la mente la

idea de una revolución constante, de una marea eterna. En ese momento siento una oleada de tristeza abrumadora. Sé que no hay forma de encontrar a Álex en esta enorme ciudad durmiente, y es imposible que yo alcance sola la frontera. Mi mejor opción es intentar llegar a los acantilados, al océano, y meterme en el agua hasta que esta se cierre sobre mi cabeza. Me pregunto si dolerá. Me pregunto si Álex estará pensando en mí.

En algún lugar de la ciudad se oye un motor en marcha, un rugido lejano como el jadeo de un animal. Dentro de pocas horas, el rubor brillante de la mañana se abrirá paso entre toda esa oscuridad y las formas volverán a afirmarse; la gente se despertará y bostezará y hará café y se preparará para ir a trabajar, como de costumbre. La vida seguirá. Algo me duele en lo más profundo, algo antiguo y más fuerte que las palabras: ese filamento que nos une a la raíz de la existencia, esa cosa antigua que se despliega y resiste y forcejea desesperadamente buscando un punto de apoyo, una forma de seguir aquí, de respirar, de continuar viviendo. Pero hago que se vaya, lo obligo a acurrucarse de nuevo, a marcharse.

Prefiero morir a mi manera que vivir a la vuestra.

El ruido del motor se va haciendo más fuerte, se aproxima.

Y veo entonces una solitaria motocicleta, un punto negro que se acerca por la calle. Por un momento la observo, fascinada.

Solo he visto una motocicleta en marcha dos veces en mi vida y, a pesar de todo, me parece bella la forma en que sube por la calle, como un leve resplandor atravesando la oscuridad, como la lustrosa cabeza negra de una nutria que corta el agua. Observo también al motorista, una silueta oscura en la parte trasera del vehículo, como una sombra inclinada hacia delante de la que solo se distingue la parte alta de la cabeza. Se va acercando y adquiere forma y detalle.

La parte alta de la cabeza como las hojas en otoño, un color que arde. Arde.

Álex.

Ahogo a duras penas un grito.

Fuera del dormitorio se oye un sonido seco, como de algo que golpeará contra la pared. Oigo al tío William.

—Mierda —masculla.

Álex entra en el pequeño jardín que separa nuestra propiedad de la siguiente, y que consiste en una franja de hierba, un solo árbol anémico y una verja metálica que llega hasta la cintura. Le hago señas desesperadamente. Apaga el motor y vuelve la cara hacia arriba, hacia la casa. Aún está muy oscuro, no estoy segura de que pueda verme.

Me arriesgo a gritar su nombre suavemente:

—¡Álex!

Vuelve la cabeza hacia mi voz, con la cara cruzada por una sonrisa, y abre los brazos como diciendo: «Sabías que vendría, ¿verdad?». Me recuerda el aspecto

que tenía la primera vez que lo vi en la plataforma de los laboratorios, resplandeciente como una estrella que parpadeara en la oscuridad solo para mí.

En ese instante, me siento tan llena de amor que es como si mi cuerpo se transformara en un único rayo de luz llameante que se alza hacia arriba más y más. Más allá de la habitación y las paredes y la ciudad, como si todo hubiera quedado atrás y Álex y yo estuviéramos en el aire solos y totalmente libres.

Entonces se abre de par en par la puerta del cuarto y William se pone a gritar.

De repente, la casa es ruido y luz, pasos y gritos. El tío William se ha quedado en la puerta, llamando a gritos a Carol; es como una de esas películas de miedo en las que se despierta una bestia dormida, solo que aquí la bestia es mi propia casa. Se oyen pasos pesados que suben las escaleras —los reguladores, imagino—, y al final del pasillo Carol sale corriendo de su habitación, con el camisón ondeando tras ella como una capa y la boca torcida en un largo grito indescifrable.

Yo empujo la mosquitera con todas mis fuerzas, pero está atascada. Álex también grita algo, pero el ruido del motor al arrancar de nuevo me impide entenderlo.

—¡Detenla! —grita Carol. y William sale de su parálisis y se lanza al interior del cuarto. Le doy otro empujón a la mosquitera y un latigazo de dolor me recorre el hombro; parece que va a ceder, pero acaba aguantando. No hay tiempo, no hay tiempo, no hay tiempo. En cualquier momento. William me agarrará y todo habrá terminado.

Entonces, Gracie chilla:

—¡Esperad!

Todo el mundo se detiene por un momento. Es la primera y única vez que Gracie les ha hablado. William tropieza y se queda mirando a su nieta, con la boca abierta. Carol se detiene en el umbral y, tras ella, Jenny se frota los ojos, convencida de que está soñando. Hasta los reguladores, los dos, se quedan inmóviles en lo alto de las escaleras.

Ese segundo es todo lo que necesito. Le doy otro empujón a la mosquitera, que se estremece y cae a la calle con un sonido metálico. Antes de pensar en lo que estoy haciendo —en la caída o el golpe que me voy a dar—, me encaramo al alféizar y me tiro. El aire me envuelve como en un abrazo, y por un momento mi corazón canta de nuevo y pienso: «Estoy volando».

Golpeo el suelo con tal fuerza que mis piernas ceden y me quedo sin aire. Se me tuerce el tobillo izquierdo y el dolor me atraviesa todo el cuerpo. Derrapo hacia delante con las manos y las rodillas, rodando en dirección a la verja. Arriba se han reanudado los gritos y un instante después la puerta principal se abre de par en par y los dos hombres salen al porche.

—¡Lena!

Es la voz de Álex. Alzo la vista. Se inclina sobre la valla metálica con la mano

extendida. Subo un brazo, y él me agarra por el codo y de un tirón me ayuda a pasar sobre la verja; un alambre suelto me engancha la camiseta y la desgarrá, arañándome la piel. No queda tiempo para tener miedo. En el porche hay una explosión de interferencias de radio. Uno de los reguladores habla a gritos por el *walkie-talkie*. El otro está cargando una pistola. En medio del caos, se me ocurre una idea tonta: « No sabía que a los reguladores se les permitiera llevar pistolas ».

—¡Venga! —grita Álex.

Me subo como puedo a la moto detrás de él y me agarro fuerte a su cintura.

La primera bala rebota en la verja a nuestra derecha. La segunda golpea la acera.

—¡Vamos! —grito, y Álex acelera justo en el momento en que una tercera bala pasa silbando junto a nosotros, tan cerca que siento el aire vibrar a su paso.

Nos dirigimos a toda velocidad al fondo del callejón. Álex gira la rueda violentamente a la derecha y salimos a la calle, tan inclinados que mi pelo roza la calzada. Mi estómago pega una vuelta de campana y pienso: « Se ha acabado » . Pero, milagrosamente, la moto se endereza sola y nos abalanzamos por la calle oscura, mientras los gritos y las detonaciones van quedando atrás.

Pero la tranquilidad no dura. Cuando giramos para entrar en la calle Congress, oigo el sonido de las sirenas: se hace más y más fuerte, como un aullido. Quiero decirle a Álex que acelere, pero el corazón me late tan intensamente que no puedo pronunciar las palabras. Además, mi voz se perdería en el furioso aleteo del viento a nuestro alrededor, y de todas formas sé que no podemos ir más rápido. Los edificios son un borrón gris e informe, como una masa de metal fundido. La ciudad nunca me ha parecido tan ajena, tan horrible y deformada. Las sirenas suenan tan alto que son como cuchillas que me atraviesan con su furiosa vibración. Las luces comienzan a parpadear en los edificios de alrededor a medida que la gente despierta. El horizonte está teñido de rojo: el sol está saliendo con un color herrumbroso, el color de la sangre vieja. Tengo tanto miedo que me siento morir; es un sentimiento desgarrador, peor que cualquier pesadilla que haya tenido nunca.

Entonces, al final de la calle surgen de la nada dos coches patrulla que bloquean nuestro avance. Los reguladores y la policía —docenas de ellos, todo cabezas y brazos y bocas que gritan— llenan la calle. Las voces retumban amplificadas, distorsionadas por las radios y los megáfonos.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Alto o empezaremos a disparar!

—¡Agárrate! —grita Álex. y noto que sus músculos se tensan bajo mis brazos.

En el último momento, gira el manillar bruscamente a la izquierda y derrapamos de costado hasta entrar en un callejón tan estrecho que pasamos rozando la pared de ladrillo. Grito cuando mi pierna derecha golpea la pared. Doblamos una esquina, todavía tan pegados al edificio que los ladrillos me raspan

la espinilla, hasta que al fin Álex recupera el control del vehículo y salimos disparados hacia delante. En cuanto salimos por el otro extremo del callejón, vemos dos coches patrulla que se lanzan detrás de nosotros.

Vamos tan rápido que me tiemblan los brazos mientras intento agarrarme. En ese momento tengo un destello de lucidez y me doy cuenta de que nunca lo conseguiremos. Hoy vamos a morir los dos, a tiros o aplastados o en una explosión, en un instante terrible de fuego y metal retorcido. Y cuando nos vayan a enterrar, estaremos tan entremezclados y fundidos que no podrán separar los cuerpos; partes de él irán conmigo y partes mías irán con él. Curiosamente, esa idea no me altera, estoy casi lista para darme por vencida y abandonar, lista para exhalar mi último aliento mientras estoy abrazada a su espalda, sintiendo sus costillas y sus pulmones y su pecho que se mueven con mi cuerpo por última vez.

Pero Álex, obviamente, no está dispuesto a darse por vencido. Se mete por el callejón más estrecho que puede encontrar y dos de los coches que nos persiguen frenan con un chirrido antes de chocar. La entrada queda bloqueada y los otros coches tienen que parar también. El olor acre a humo y a neumáticos quemados hace que me lloren los ojos, pero enseguida nos alejamos, siguiendo a toda velocidad por Franklyn Arterial.

Más sirenas, ahora a lo lejos: llegan los refuerzos.

Pero la enseada aparece ante nosotros, desplegándose gris y tranquila como si fuera de cristal o metal. El cielo arde por los bordes, un incendio creciente de rosas y amarillos. Álex gira por Marginal Way y me castañean los dientes al abalanzarnos por su calzada llena de baches; cada vez que nos metemos en otro socavón, mi estómago sube y baja como un yoyó. Nos estamos acercando. El gemido de las sirenas se acerca, como un enjambre de avispones. Si pudiéramos alcanzar la frontera antes de que lleguen más coches patrulla... Si de algún modo consiguiéramos pasar más allá de los guardias, si pudiéramos escalar la alabrada...

Luego, como un insecto enorme que acabara de echar a volar, un helicóptero se alza delante de nosotros iluminando con sus focos el camino oscurecido. El ruido de las hélices resulta atronador, produce turbulencias en el aire, lo desgarga en jirones.

Resuena una voz:

—En nombre del gobierno de los Estados Unidos de América, les ordeno que se detengan y se rindan.

Matas de hierba alta quemada por el sol aparecen a nuestra derecha. Hemos conseguido llegar a la cala. Álex saca la moto bruscamente del camino y se interna en la hierba; a medias acelerando y a medias resbalando, nos dirigimos hacia las marismas, cortando en diagonal hacia la frontera. El barro me salpica en la boca y en los ojos hasta ahogarme, y toso en la espalda de Álex mientras lo siento jadear. El sol es ya un semicírculo, como un párpado a medio abrir.

El puente de Tukey se vislumbra a nuestra derecha, negro y espectral en la penumbra. Delante de nosotros, las luces de las garitas están aún encendidas. Incluso desde esta distancia parecen tan apacibles como farolillos de papel, como algo frágil y provisional. Más allá están la valla, los árboles, la seguridad. Tan cerca. Si tuviéramos tiempo... Tiempo...

Algo estalla, una explosión en la oscuridad, y el barro salta hacia arriba formando un arco. Nos están disparando de nuevo, desde el helicóptero.

—¡Alto! ¡Desmonten y pongan las manos sobre la cabeza!

Los coches patrulla han llegado hasta el camino que bordea la ensenada, más y más vehículos que frenan con un chirrido. Los policías comienzan a invadir la hierba que rodea la marisma; hay cientos, más de los que he visto en ninguna otra ocasión, oscuros y de aspecto inhumano, como una multitud de cucarachas.

Ahora subimos otra vez; estamos en la delgada franja de hierba que separa el agua de la carretera vieja y de las garitas, serpenteando entre la maleza a tal velocidad que las matas me azotan la piel.

Y en ese momento, de pronto. Álex se detiene. Choco contra su espalda y me muerdo la lengua tan fuerte que el sabor de la sangre me inunda la boca. Por encima de nosotros, la luz del helicóptero parece vacilar mientras intenta localizarnos, hasta que nos congela en su resplandor. Álex levanta los brazos por encima de la cabeza, se baja de la moto y se vuelve a mirarme. A la sólida luz blanca, su expresión es indescifrable, como si se hubiera transformado en piedra.

—¿Qué haces? —chillo. El ruido es ensordecedor: hélices, gritos, sirenas y, por debajo de todo, el gemido infinito del agua a medida que la marea sube por la ensenada, siempre allí, siempre llevándose todo, desgastándolo hasta convertirlo en polvo—. ¡Aún podemos conseguirlo!

—Escúchame —no está gritando, pero de algún modo consigo oírle; es como si me hablara directamente al oído, aunque está ahí de pie con los brazos en alto—. Cuando yo te diga que te muevas, tú te mueves. Tienes que conducir esto, ¿vale?

—¿Cómo? Yo no sé...

—Ciudadana 914-238-6193216, desmonte y ponga las manos sobre la cabeza. Si no desmonta inmediatamente, nos veremos obligados a disparar.

—Lena —la forma en que dice mi nombre me hace callar—. Han electrificado la valla. Ahora tiene corriente.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú escúchame —se perciben la desesperación y el terror en su voz—. Cuando yo te lo diga, tú conduces. Y cuando te diga que saltes de la moto, salta. Podrás trepar por encima de la valla, pero solo tendrás treinta segundos antes de que la electricidad vuelva a conectarse, a lo sumo un minuto. Tendrás que escalar lo más rápido posible. Y después corre, ¿vale?

Todo mi cuerpo se queda frío como el hielo.

—¿Yo? ¿Y tú qué?

Su expresión no cambia.

—Yo estaré justo detrás de ti —dice.

—Disponen de diez segundos... nueve... ocho...

—Álex...

Dedos de hielo se alzan desde mi estómago.

Él sonríe solo un segundo, el más breve aleteo de sonrisa, como si ya estuviéramos a salvo, como si se inclinara a apartarme el pelo de los ojos o a besarme la mejilla.

—Te prometo que estaré justo detrás de ti —su expresión se endurece de nuevo—. Pero tienes que prometerme que no mirarás atrás. Ni siquiera por un segundo, ¿vale?

—Seis... cinco...

—Álex, no puedo...

—Júralo, Lena.

—Tres... dos...

—De acuerdo —digo, casi ahogándome al decirlo. Las lágrimas me impiden ver. Es imposible. No tenemos ninguna posibilidad—. Lo juro.

—Uno...

En ese momento comienzan las explosiones a nuestro alrededor, estallidos de fuego y de sonido. Al mismo tiempo Álex grita: « ¡Ahora! » y yo me inclino hacia delante y giro el acelerador como le he visto hacer a él. Siento que sus brazos me abrazan en el último momento, tan fuerte que me habrían tirado de la moto si no estuviera aferrada al manillar.

Más disparos. Álex grita y uno de sus brazos se suelta. Miro atrás un momento y veo que lo tiene doblado contra el pecho. Aterrizamos con un salto en la carretera vieja: allí nos espera una fila de guardias que nos apuntan con los fusiles. Todos gritan, pero no puedo oírlos. Lo único que oigo es un rumor, el rumor apresurado del viento y el zumbido de la electricidad que circula por la valla, como Álex ha dicho. Lo único que puedo ver son los árboles de la Tierra Salvaje, que se están volviendo verdes a la luz de la mañana, sus hojas anchas y planas como manos que se extienden hacia nosotros.

Los guardias están ya tan cerca que distingo caras individuales, gestos concretos: dientes amarillos en uno, una gran verruga en la nariz de otro. Pero aun así no me detengo. Subidos en la moto, nos lanzamos contra ellos, y se dispersan para que no los atropellemos.

La alambrada se yergue por encima de nosotros: cuatro metros, tres metros, dos metros. Pienso: « Vamos a morir » .

Entonces suena la voz de Álex, clara y fuerte y curiosamente serena, tanto que no sé si le oigo o solo imagino que me dice las palabras al oído: « Salta... Ahora... Conmigo » .

Suelto el manillar y me dejo caer hacia un lado mientras la moto sigue resbalando hacia delante hasta chocar con la valla. El dolor me alcanza todas las partes del cuerpo —siento que los huesos se separan de los músculos, que los músculos se separan de la piel— mientras ruedo sobre piedras afiladas, escupiendo polvo, tosiendo, intentando respirar. Durante un segundo entero, todo se vuelve negro.

Y luego, todo es color y explosión y fuego. La moto choca contra la alambrada y se produce un estruendo ensordecedor que retumba por el aire. El fuego se alza en el cielo, lenguas enormes que lamen un firmamento cada vez más claro. Por un momento la valla suelta un quejido agudo, estridente, y luego queda muerta de nuevo, en silencio. Sin duda, la descarga ha producido un cortocircuito.

Esta es mi oportunidad para escalarla, como ha dicho Álex.

No sé cómo encuentro la fuerza para arrastrarme a cuatro patas, sacudida por las arcadas. Oigo gritos a mis espaldas, pero todo suena distante, como si estuviera bajo el agua. Llego a la alambrada cojeando y empiezo a trepar centímetro a centímetro. Voy lo más rápido posible, pero aun así parece como si no avanzara. Álex debe de estar detrás de mí, porque le oigo gritar.

—¡Vamos, Lena! ¡Vamos!

Me centro en su voz. Es lo único que me hace seguir. De alguna forma, milagrosamente, consigo llegar arriba y paso al otro lado entre las curvas de alambre de espino, como él me enseñó, y entonces me doy la vuelta y me dejo caer hasta golpearme duro contra la hierba. Estoy medio inconsciente, soy incapaz de sentir ya más dolor. Solo unos metros más y la Tierra Salvaje me absorberá, me protegerá con su escudo impenetrable de árboles entrelazados, sombra y vegetación. Espero a que Álex caiga a mi lado.

Pero no lo hace.

Entonces hago lo único que juré que no haría. De repente me vuelve toda la fuerza, espoleada por el miedo. Me pongo de pie justo en el momento en que la alambrada vuelve a zumbar.

Y miro atrás.

Álex sigue de pie en el otro lado, más allá de un muro de fuego y humo. No se ha movido un centímetro desde que saltamos de la moto. Ni siquiera lo ha intentado.

Extrañamente, en ese momento recuerdo lo que contesté hace meses en mi primera evaluación, cuando me preguntaron por *Romeo y Julieta* y lo único que se me ocurrió decir fue que me parecía «bello». Entonces no pude explicarlo, pero quise decir algo sobre el sacrificio.

La camiseta de Álex es roja y por un momento me parece una ilusión óptica, pero luego me doy cuenta de que está mojada, empapada en sangre, sangre que le cubre el pecho, roja como la mancha que se extiende por el cielo trayendo

otro día al mundo. Y más allá está ese ejército humano de insectos que corren hacia él con las pistolas empuñadas. Los guardias llegan hasta él y tratan de agarrarle desde ambos lados como si le quisieran descuartizar. El helicóptero le ilumina con su foco. Está de pie, inmóvil y blanco, petrificado en el rayo de luz, y creo que nunca, en toda mi vida, he visto nada más bello que él.

Me mira a través del fuego, a través de la valla. No aparta los ojos de mí ni por un segundo. Su pelo es una corona de hojas, de espinas, de llamas. Sus ojos resplandecen con una luz que ilumina más que todas las luces de todas las ciudades del mundo entero, más de la que podríamos inventar en diez mil millones de años.

Y en ese momento abre la boca y sus labios forman la última palabra que me dice.

La palabra es: « ¡Huye! » .

Después de eso, los hombres insecto caen sobre él y desaparece bajo todos esos brazos y bocas que chasquean y desgarran, como un animal presa de los buitres, engullido por la oscuridad.

No sé durante cuánto tiempo corro. Horas, quizá, o días. Álex me dijo que huyera. Así que yo huyo.

Tienes que comprenderlo: yo no soy nadie especial. Soy solo una chica normal. Mido uno sesenta y soy del montón en muchas cosas.

Pero tengo un secreto. Aunque construyan murallas que lleguen hasta el cielo, yo encontraré la forma de volar sobre ellas. Aunque intenten atráparme con cientos de armas, yo encontraré un modo de resistir. Y hay muchos como yo ahí fuera, más de los que crees. Gente que se niega a dejar de creer. Gente que se niega a volver a tierra. Gente que ama en un mundo sin murallas, gente que ama frente al odio, frente al rechazo, sin miedo y contra toda esperanza.

Te amo. Recuerda. Eso no pueden quitártelo.



LAUREN OLIVER proviene de una familia de escritores en la que pasarse horas delante del ordenador es algo habitual. Empezó a escribir siendo una niña y afirma que cuando terminaba una historia le apremiaba el deseo de iniciar una secuela para no desprenderse de los personajes que había creado su imaginación.

Estudió Literatura y Filosofía en la Universidad de Chicago y completó sus estudios con un master en Bellas Artes en la Universidad de Nueva York. Luego trabajó como asistente editorial en la ciudad de los rascacielos, donde continúa viviendo en el barrio de Brooklyn.

Sus aficiones son muy variadas. Además de escribir constantemente, le gusta leer, dibujar, cocinar, viajar, bailar y cantar sus canciones favoritas. Se considera curiosa por naturaleza y disfruta probando cosas nuevas. Entre sus autores preferidos se encuentran Henry James, Edith Wharton, Gabriel García Márquez, C. S. Lewis y Roald Dahl.

Sus obras más conocidas son la trilogía *Delirium* y *Si no despierto*, que será adaptada al cine.